

El Corazón del Jaguar

“La Ciencia no es sino una perversión
de sí misma, a menos que tenga como
objetivo final el mejoramiento de la
Humanidad”

Nikola Tesla



Edmundo Prieto

A Emilia.

Prefacio

La vida se hace mediocre cuando pasan centenares de días, incluso miles de ellos, en que lo único que distinga a unos de otros es el tiempo que hace. Sí, el clima, que podrá ser la única punzada diferenciadora en casi todos ellos. Si ocurre una inusual ola de calor o de frío, una tormenta fuerte e inesperada, un temporal de viento, de lluvia o de nieve; o cuando se agarra esa niebla húmeda y espesa que cala en los huesos como la quilla afilada de un velero en la bruma. Entonces surge ese estúpido motivo para iniciar una conversación que queda olvidada por insustancial, por irrelevante, y hace que el día, el momento que se vive, sea un poco diferente a los demás días monótonos e insulsos, que no dejarán de ser días que pasan sin otra impronta en nuestras vidas que haberlos vivido como tantos otros, imposibles de recordar por ser imposible que nos marcaran. Sin dejar de lado los festivos y extraordinarios, como navidad, cumpleaños, celebraciones propias o de los allegados, o las fiestas locales y nacionales. Aunque todos ellos no dejan de ser una cadena de días que, siendo diferentes a los demás, no dejan de ser iguales a los iguales días festivos habidos. Y entonces, hasta estos días no dejan de ser días ordinarios en su peculiaridad de ser festivos o especiales y pasan a ese archivo inmenso de días que también se pierden en la memoria por haber sido tan iguales y anodinos, tan semejantes y previsibles, como los han sido todos los días marcados por la monotonía estéril e insustancial que acapara cada hora, cada día, año a año, de toda una vida.

Razón tenía Mark Twain cuando dijo: *“La única certeza terrenal es el olvido”*

Al final quedan momentos y días que han marcado la existencia, y son los que nos hacen recordar y enlazar el pasado, hacernos tomar memoria de nuestra vida, pues esos días son como los puntos de anclaje donde se agarran los recuerdos. Y es que sin recuerdos ni memoria es como si la vida no pasara y no se hubiera vivido.

Así la vida se va aferrando a los recuerdos, a los puntos de anclaje que son la palanca que hace levantar los espacios de tiempo que marcan la existencia: Aquellos cumpleaños de infancia que recordamos por algún regalo que nos sorprendió gratamente o con gran desilusión; el día que

conseguimos aquello que parecía tan difícil como estabilizarnos encima de una bicicleta y llegar a hacerla rodar manteniendo el equilibrio; el primer reloj que nos ajustamos a la muñeca y que mirábamos como en trance una y otra vez aunque sólo hubiesen pasado unos minutos; el momento de aquel beso que electrizó nuestra piel y que recordamos con precisión porque pocos besos nos hicieron sentir lo mismo; o la primera vez que hicimos el amor tan torpemente pero con tanto entusiasmo que tuvimos claro que había que repetirlo cuanto antes para ir perfeccionando y llegar a gozar tanto como tantos nos habían dicho que se gozaba; o cuando murió el primer ser, más o menos próximo, que nos reveló que no éramos inmortales y que la vida se llama así porque existe lo que más existe, que es la muerte, la parte más extensa de la existencia, si es que hay existencia después de la vida.

Si la muerte existe es que en sí, al igual que la vida, es existencia. Lo más constatable de la existencia es la muerte pues estaremos mucho más tiempo muertos que vivos.

Lo único que queda por saber, lo más importante, es si seremos conscientes o no y de qué manera después de la vida. La respuesta, si la hay, sólo puede estar cerrando el telón de esta parte de la existencia que es la vida, y abriendo el de la siguiente.

Todos esos momentos-anclaje fueron surcando la vida en paréntesis de espacio y tiempo, para después de que ésta hubiera recorrido más de lo que es previsible y lógico de lo que nos quedara por vivir, nos hiciera comprender que muchos de aquellos recuerdos eran en verdad nuestra vida, nuestra identidad, lo que habíamos llegado a ser para los demás, y sobre todo, para nosotros mismos. Si no somos conscientes de lo que hemos vivido, no hemos aprendido a entender lo que somos, lo que podríamos haber sido y lo que seremos.

Sí, al final, sólo seremos un simple cadáver. Aunque lo mismo que hay vivos que son cadáveres, también están aquellos que fallecieron y que serán siempre inmortales. Son quienes han marcado momentos-anclaje en su vida tan profundamente que han trascendido en la vida de los demás, incluso de la Humanidad, tanto para el bien como para el mal, incluso para ambos. Esos hechos son los que generalmente hacen diferentes unos días de otros, hasta que ocurren hechos y circunstancias que aunque siendo fútiles y sin trascendencia son los que después han marcado toda una vida, o gran parte de ella.

Ésa pudo ser esta historia, como un simple anuncio en un periódico de una oferta de una agencia de viajes, donde una frase simple y bien estudiada por un profesional del marketing, superpuesta sobre una fotografía de una extensa playa de fina arena besada por un mar turquesa de olas tan suaves

que parecían acariciar la mirada y humedecer con la brisa la cara del lector, hiciera que aquel instante de aquel día llegara a ser el inicio de uno de esos *momentos-palanca* que abren otro capítulo en la vida. Eso, un simple anuncio impreso a todo color y a toda página en un periódico provincial con el slogan “Tu sitio ahora mismo podría ser éste”. Aunque el verdadero slogan estaba impreso, como todo el anuncio, como todo el periódico, en francés:

“Votre place pourrait maintenant être ici”.

Y sí, esta frase fue la que desencadenó un nuevo e intenso paréntesis en la vida de Marcos Santana, un paréntesis definitivo cuando decidió viajar al mar, no al caribeño del anuncio que le indicaba la publicidad, si no a su mar, volver al litoral de su infancia.

Capítulo I. “El lastre del ayer hay que arrojarlo por la borda, para navegar ligero hoy y no zozobrar mañana”

- Allo, Bonsoir.

- Bonsoir Bernard.

- ¡Hola Marcos! Buenas tardes. ¿Qué tal por tu pueblo, y el viaje cómo fue?

- Bien gracias. ¿Y tú bien? Te llamo para... Hazme un favor, retira el cartel de venta que pusiste en mi casa.

Bernard hizo una breve pausa, esos silencios en las conversaciones que aunque sean por teléfono, y en apenas segundos, captan con claridad que algo ocurre en el corazón del allegado aunque esté a más de mil kilómetros.

- Marcos, el cartel lo puse hace unos días como tú me indicaste. – la voz de Bernard había perdido el tono entusiasta del principio.

- Bernard, de ayer a hoy las cosas cambian y los proyectos también. Ya te contaré cuando llegue.

- Vale, lo que tú quieras, pero ten en cuenta que de hoy a mañana también puedes cambiar de opinión. Tú sabes que mi negocio es vender y ya me han llamado un par de clientes interesados. De todas maneras me alegra bastante no vender tu casa, pues sé que entonces vuelves a Bergerac y no pierdo a mi amigo andaluz con el que seguiré tomando nuestros vinos en “Maison Paulette”.

- Bernard, los buenos amigos, los auténticos, no se pierden ni por mucho tiempo ni por mucho espacio que los separe, ¡no te preocupes!

que me seguirás soportando metiéndome con tu equipo el Saint Etienne y ganándote el café y las copas al mus.

- Ja, ja, ja... Sí, me ganas más veces que yo a ti; de acuerdo, pero cuando vuelvas ya veremos, que estoy cogiendo forma y ahora no se me escapa una partida.

- ¡Porque no estoy yo! aprovecha ahora y dale caña a los “gabachos”. - Dije “gabacho” cuando me molestaba bastante que me lo dijeran, y más de una vez me lo restregaban mis paisanos habiendo nacido en el mismo pueblo que ellos.

- Bueno Marcos, vamos hacer una cosa, no te quito el cartel de momento y así vemos el interés que despierta y hasta cuanto están dispuestos a pagar por tu casa, y cuando vuelvas en unos días ya decides qué hacer.

- Es que no quiero liar a la gente y menos a ti.

- A mí no me lías. Lo importante es que no te líes tú y lo tengas claro, que sólo han pasado unas horas desde que llegaste a tu pueblo y lo que no quiero es que me tengas como a la cabra del titiritero, subiendo y bajando de una escalera al toque de trompeta, para un día poner el cartel de “se vende” y al día siguiente quitarlo.

- No Bernard, por favor, no te compares con una cabra...no me parece bien, creo que es más apropiado con un mono. - Reí con fuerzas mientras Bernard, que era hijo de portugués y gallega, me insultaba, también entre risas, de la peor manera que en Portugal y en las comarcas gallegas colindantes se le podía insultar a alguien: “filho de cabrão”. Eso sí, sin intención de hacer daño; como se insulta entre amigos, algo tan propio del sur, de Andalucía, que a Bernard se le terminó contagiando únicamente conmigo, eso creo -

- Haz lo que quieras Bernard, pero ahora mismo tengo claro que vuelvo al barrio a dar la matraca por allí... Así que no te relajés. Ya te llamo, que me voy acercar al hotel para después salir a cenar.

- Un abrazo Marcos, ya te llamo y me cuentas cómo va todo.

- ¡Ah Bernard! se me olvidaba, hazle unas fotos a la casa y me las mandas a mi correo.

- ¿Es que vas a vender la casa en tu pueblo? ¿Tienes un comprador?

- No seas mamón, “gabachillo”. - A Bernard le molestaba que le llamara así, no por usar ese despectivo tan español refiriéndose a los franceses, sino porque lo hacía en diminutivo, siendo él bajito y enjuto.- Mañana voy a ver a una tía mía y quisiera mostrárselas. Tú sabes que tienes exclusividad de venta con tu comisión correspondiente. Si lo haces te llevo una caña de lomo ibérico del “15”.

- Ya me estás enredando, ibas a traer un jamón.

- El jamón si vendías la casa y el lomo por las fotos ¡pajarraco!

- ¡Ah! vale, ¿entonces a cuántos lomos equivalen cada foto que te mande?

- **Todas las fotos a uno sólo: grande, largo, gordo, duro, oscuro y tieso, como el que tú mereces meterte en el cuerpo... ¡Negociante!**

Esta vez coincidimos los dos en reír estrepitosamente.

En más de cuarenta años habría visitado el pueblo donde nací apenas media docena de veces, casi todas durante los primeros años, en la juventud, cuando uno todavía con los recuerdos frescos y por la insistencia de los padres les acompaña a ver la poca familia y los amigos de la infancia que aún quedaban por el pueblo.

Hacía más de veinte años que no había vuelto, y la última vez fue con mi compañera del alma. Aquella preciosa francesita que conocí en Bergerac, y que después de catorce años de matrimonio la convencí para que conociera mis orígenes.

Fueron días felices, con Marguerite era todo diferente, con ella el entorno carecía de importancia. Era como el decorado de una representación teatral. Lo importante era ella, la diva. Enseñarle el pueblo era como enseñarle una maqueta inanimada. Los personajes que la habitaban me resultaban figuras estáticas como personajes virtuales que deambulaban por el decorado en una maqueta sin alma.

Hoy, en cierto modo, reconozco que no fue buena la actitud de indiferencia con los que habían sido mis paisanos. Cuando paseábamos por el pueblo todos nos miraban con curiosidad. Ella agarrada a mi brazo con sus expresiones desenfadas, su porte jovial y sus risas, hacía que no pasáramos desapercibidos en aquel pueblo aún anclado en miedos, tópicos y tabúes de los que le costaba desprenderse por tanto tiempo y tanto interés de los que siempre han mantenido su poder e influencia.

En aquel viaje, de hace tantos años, apenas reconocí y saludé a un par de amigos de la infancia. No pude ver a Leo, -en realidad su nombre es Leonardo-, mi mejor amigo de niñez y pubertad. El amigo de juegos, travesuras y correrías, por el que lloré a la vez que por tener que despegarme del que era mi sitio, cuando mis padres me dijeron que nuestro futuro estaba en Francia.

No era la primera vez que tenía esa sensación de ser, de sentirte de un sitio donde nadie te toma como tal, y si alguien te reconoce ya no es lo mismo. Pero esta vez fue la más fuerte. Las anteriores, en mi juventud, no me causaron la impresión que ahora, de sentirme forastero en el pueblo que me vio nacer.

Siempre fui “el Francés” en mi pueblo, “el Español” en Bergerac y “Marcos el Andaluz” entre el círculo de conocidos españoles que vivíamos en la comarca de la Dordogne. Aunque en el círculo más allegado, el que te duele y el que te gratifica; me llaman, sin más, “Marco”. En los primeros años del colegio en Francia algún que otro profesor puntilloso me llamaba

Santana. No sé si para recalcar mi origen español o para darlo a entender al resto de mis compañeros. No tuve muchos problemas de integración entre los compañeros de aula, enseguida aprendí el idioma y apenas estuve dos años en el colegio, pues pronto mi padre intercedió en el taller de tractores y maquinaria agrícola donde trabajaba para que me contrataran de aprendiz, es decir, de chico para todo, que principalmente era para limpiar piezas y barrer... mucho barrer.

El dueño de aquel taller era un maniático del orden y la limpieza. Aunque en aquellos años llegué a aborrecerle, después me sirvió de mucho que me hubiera inculcado esa actitud. Mi padre se enfadaba conmigo cuando apreciaba en mí un mal gesto, una mala cara porque me mandaba a barrer sobre barrido, pues yo prefería aunque fuera, limpiar piezas llenas de grasa o aceite quemado antes que coger aquella maldita escoba. Cuando el dueño se ausentaba me arrimaba a algún mecánico para ayudarlo. Me sentía gozoso simplemente dándoles herramientas y hacer lo que me indicaran. Mi pasión era aprender la mecánica. Al fin y al cabo, ése era mi principal cometido allí, aprender. El sueldo era irrisorio, aunque bien le venía a mi madre pues no íbamos sobrados de recursos, ni mucho menos.

Recuerdo lo mal que me sentaba que me llamaran “Marquitos el Francés” cuando volvíamos al pueblo con mis padres. Era normal, vivía en Francia y mi andaluz había cambiado, casi desaparecido. Me dolía, me machacaba, pero no podía impedirlo. Basta con que te enfades y te reveles contra algo para que te lo restrieguen con más saña. Quizás por eso, inconscientemente, cuando volví por el pueblo con Marguerite mi actitud fuera de indiferencia. No quise darles la oportunidad de que me restregaran el diminutivo de mi nombre ni el gentilicio del país que nos acogió a mi familia y donde encontré el amor de mi vida. Creo que si se hubiera dado ese momento me hubiera ruborizado delante de Marguerite, y no sería para mí un plato de gusto. Por eso, entre otros estúpidos prejuicios me comporté antipáticamente distante.

Hoy por hoy me siento tan de allí como de aquí, incluso dependiendo del día y del estado de ánimo puede que la balanza se incline hacia un lado u otro.

Esa noche salí a dar una vuelta, sólo un rato a un pequeño bar al lado del hotel para tomar una cerveza y un bocadillo de caballa con tomate natural que figuraba junto con otros escritos en la pizarra exterior del bar. Y cuando leí la oferta... ¡Hacía tantos años! Recordé los tiempos de mi niñez, cuando mi tía Demetria, la llamábamos tita Deme, prima hermana de mi padre, que se criaron juntos en la casa de los abuelos por lo que eran y se trataban como hermanos, de vez en cuando nos visitaba y nos obsequiaba con algunas latas de sardinas, caballa o de atún y las dejaba en la cocina. Haré por verla... Creo que aún vive en el pueblo marinero de Isla Cristina. Ella tenía un buen cargo en una de las fábricas de conservas, y la recuerdo

con cariño. Era, e imagino que lo seguirá siendo, una mujer cariñosa y agradable que emanaba simpatía y chispa. Rubia de pelo rizado, bonita y entradita en carnes. Con mucho carácter y apasionamiento para todo: para la alegría que mostraba con una linda sonrisa que regalaba sobre todo a los hombres -eso le escuché a mi madre, en tono de reproche, comentarlo con su hermana y las vecinas- y también para expresarse con dureza en momentos que le afectaran. Como se dice por aquí no aguantaba que le “tocaran el coño”, es decir que no se amilanaba ante cualquiera que se entrometiera con mala uva en su trabajo, en su vida y en la de los suyos.

Sí, haré por verla, pues de las pocas veces que vine de Francia creo que sólo la visité las veces que viajé con mis padres. Un gran fallo por mi parte, pues reconozco que era mi tita preferida y tenía que haber estado agradecido a su cariño y atenciones, y haberla visitado en los pocos regresos que hice a mi tierra de infancia sin mis padres. Reconozco que siempre me atrajo, no sólo como mi tía, sino también, siendo yo un zagal, como mujer.

Cuando me casé no pudo asistir a mi boda. Me llamó y con tristeza me dijo que le era imposible acudir, pues estaba en plena campaña de las almadrabas de los atunes y no podía dejar la conservera ni un día por el puesto de responsabilidad que ella tenía sobre el personal del “ronqueo” (despiece del atún) y el de los salazones. Mi madre me dijo que se había enterado por su hermana que se estaba separando de su primer marido, el padre de sus hijos, y entre el trabajo y los penosos trámites que conlleva un divorcio, el viaje a Francia le resultaba imposible. A los pocos días de casarme, cuando estaba con Marguerite en París de luna de miel, llegó a casa de mis padres un paquete a mi nombre con el remite de la fábrica de conservas de Isla Cristina, conteniendo latas y trozos de mojama, y en un sobre la felicitación de mi tía Deme con unos billetes de pesetas que tuve que cambiar por francos. Si agradecí el dinero y las conservas, más agradecí las letras que me dedicó deseándome lo mejor como novel en mi matrimonio, cuando ella estaba pasando por lo peor de la fatal consecuencia del mismo, que es romperse en pedazos las mil ilusiones que se esperanzaban por vivir toda una vida en pareja hasta llegar el trágico momento en que uno se fuera y se le recordara siempre con la nostalgia de evocar cada momento compartido y la ilusión esperanzada de volver a encontrarse.

Recuerdo que recién llegados a Bergerac acompañé varias veces a regañadientes a mi madre al mercado de abastos, pues mi francés era entendible y el suyo costó tiempo que lo fuera. En el puesto de frutas y verduras también vendían las sardinas “estivás” (en salazón) de Isla Cristina. Mi madre era reticente a comprarlas por el alto precio que tenían en Francia comparado con el precio al que se vendían en Huelva. Mi condición para acompañarla era que me comprara las sardinas. Un

bocadillo de lomos de esas sardinas con tomate, ajito restregado y aceite de oliva, era un reconstituyente que te hacía asaltar la muralla de cualquier Chateâu de la Dordogne como si fueras Spiderman. Mi padre también lo agradecía, le notaba cómo se le humedecían los ojos cuando las veía en la cocina, y disimulaba con gracias y cantando alguna estrofa graciosa de las comparsas del carnaval de La Higuera. (La Higuera fue el primer nombre que tuvo Isla Cristina)

Así que en aquellos años de mi infancia y pubertad en Andalucía, cuando mi tía Deme nos visitaba en el pueblo trayendo el sabroso obsequio, mi madre, que sabía que lo que más me gustaba era la caballa, aunque yo no le hacía nada de asco a unas sardinas y menos al atún, me vaciaba la pequeña lata con su aceite en un bocadillo de aquel pan de miga blanca y tierna, de corteza crujiente y dorada, cocido en un horno de leña que ya sólo se encuentra en muy contados pueblos. Me sentaba en el escalón que daba al patio, casi en cuclillas, con las piernas abiertas para no mancharme, y con una hoja de un viejo periódico entre los zapatos para tampoco pringar el suelo. Y allí, escoltado por dos grandes macetones a rebosar de grandes hojas de pilistras, ensimismado en el bocadillo, iba dando cuenta del mismo chorreándome el aceite hasta los codos, con los brazos desnudos y con la camisa desabrochada. Me miraba “Céfiro”, el gato atigrado que absorto esperaba la golosina que siempre le daba: el final del bocadillo pringado de aceite con algunas migajas de pescado de la lata casi vacía que devoraba en un abrir y cerrar de ojos, dejando la lata más reluciente que antes de que la envasaran.

Eran tiempos difíciles y salir a la calle con un bocadillo así era como una provocación. Hoy me doy cuenta, y creo que entonces también, que mi madre con el buen criterio y la sabiduría que da la edad y, sobre todo, el que da la necesidad, me mandaba al patio a merendar cuando había algo tan especial como una lata de conserva de “pescao” que mi tía nos obsequiaba de vez en cuando.

Me conecté a la red para echar un vistazo a las webs de Bergerac y ojear los periódicos, pero a los pocos minutos me tentó más conectar “la tele” y curiosear las cadenas locales.

Siempre escuché a mi padre decir: “Donde fueres haz lo que vieres”. Lo decía insistentemente al poco tiempo de llegar a Francia. Teníamos que adaptarnos, y él luchaba para convencernos que nuestro nuevo lugar era un premio que nos había tocado en la tómbola del destino. Y sí, creo que con el transcurrir de los años el premio fue principalmente para sus hijos y no tanto para él. Mi hermana, un poco más pequeña que yo, y yo, nos adaptamos rápido, incluso mi madre también se adaptó mejor, o por lo menos eso parecía. Creo que en el fondo de su corazón no había hora que no añorara el pueblo, principalmente su familia, amigas y vecinas. Aunque

a ninguno de los dos les recuerdo una actitud de reproche o desánimo en el nuevo destino.

Hoy estoy aquí, después de tantos años, en el pueblo que me vio nacer y crecer hasta ser un zagal.

A la mañana siguiente me acerqué al pueblo, distante a pocos kilómetros de la playa. Entré en el bar y observé: la mayoría hombres tomando café y, la mayoría también, tostadas con mantequilla o aceite.

Ni yo conocí a nadie ni tampoco nadie a mí. Eso me pareció.

- Café y tostadas, por favor. -Le pedí a un camarero que se movía por el bar con la agilidad y precisión de una lagartija acosada por un gato en una tapia de piedra.-

- Ahora mismo le atiendo. ¿El café con leche?, ¿la tostada media o entera? -Me lo dijo sin mirarme apenas, sin detenerse, mientras servía cafés y tostadas por las mesas y recogía tazas y platos usados, saludando y esquivando clientes con una agilidad y dinamismo asombroso, pareciendo el crupier de un casino puestísimo de anfetaminas repartiendo y recogiendo cartas y fichas en el tapete.

Los que dicen que aquí no hay actitud para trabajar es para obligarle a mirar detenidamente a este hombre. Y es que los cretinos creen que una disposición alegre y festiva durante y después del trabajo, no es trabajar. No me extrañaría nada que cualquier día se considere como enfermedad el optimismo y la alegría.

- ¿La tostada media o entera? -Me preguntó el camarero-lagartija exigiendo una respuesta rápida para no alterar su frenética labor.-

Me quedé imbécil dudando sin saber qué decir. ¿Media o entera? No me acababa de entrar en mi entendimiento eso de “media o entera”.

- Sí, sí, un café sólo, largo de agua, en vaso. Por favor, y... -Volví a dudar- media, sí media, afirmé.

- Entonces lo que usted quiere es un “americano”. ¡Un café americano en vaso! - dio un vozarrón al camarero que atendía la barra que se escucharía hasta en la playa, sin ni siquiera esperar a que le diera mi aprobación.

En el norte de España, que conocía bastante mejor que el Sur de mis orígenes por las frecuentes excursiones que hice con Marguerite por el Cantábrico y la Costa Brava, cuando alguien pide una tostada, es una tostada, una sola pieza sea de molde o una parte del bollo. Aquí no. La verdad que lo recordé después, o eso me pareció; porque si intento recordar, esta vez puede ser, sino la primera tostada, una de las pocas que habré pedido en un bar de este pueblo de mis orígenes-.

Son recuerdos casi moribundos que despiertan del coma de los años con un vigor inusual precisamente en los mismos sitios donde lo cotidiano sucedía.

El camarero se volvió hacia mi cuando estaba reprogramando el concepto de los desayunos en el Sur.

- Si quiere sentarse en una mesa. -Extendió el brazo y me indicó una mesa vacía-

- No gracias, aquí mismo. -Le dije mientras acerqué un servilletero distante en la barra.

Eran las diez menos cuarto de la mañana y el bar estaba bastante concurrido. Casi todos los clientes estaban sentados desayunando en las mesas, unos solos y otros en grupo conversando en una casi algarabía tan propia de estas tierras. En la barra sólo estaba otro cliente con pinta de representante ojeando un periódico, y yo.

Empecé a observar a los clientes y al camarero, -“garçon” como diría en Francia-, que atendía las mesas.

Eso también lo aprendí de mi padre, siempre me decía que observara, que me fijara, sobre todo en una circunstancia nueva, ya fueran lugares o personas, principalmente cuando estaba lejos de mi entorno, de esta manera aprendería bastante. Su primera preocupación fue convencernos de nuestra suerte, la segunda que nos adaptáramos.

- ¿Qué le va a poner a la tostada? -El camarero cerró de súbito la puerta de mis recuerdos.

- Aceite con ajo y tomate. -Lo dije con resolución para intentar reafirmarme en ser del lugar y no parecer extranjero. Cosa difícil por mi acento, incluso mi apariencia-

Es lo que había escuchado pedir a un cliente que parecía tener confianza con el camarero y lo dijo tan convencido para él, y el camarero lo entendió tan normal que me convenció a mí mismo.

Siempre o casi siempre desayunaba un croissant con mantequilla. ¡Qué otra cosa iba a desayunar en Francia! Podía variar el sabor de la mermelada pero el croissant era fijo. Me causó impresión que a esa hora de la mañana algunos clientes tomaran esa combinación de sabores: café y algo tan fuerte como aceite de oliva con dientes de ajo macerados en la aceitera, tomate natural triturado como si fuera una confitura, y una pizca de sal marina de Isla Cristina. Miré la procedencia en el salero; sería una falta estúpida tener sal de otro sitio más distante, y más aún que no fuera sal marina, pues es la que tiene propiedades saludables si se toma sin exceso. Tengo esa costumbre de leer en los envases y las etiquetas la composición, el fabricante y el origen. A veces me llevo sorpresas agradables, y otras no tanto.

El olor agradablemente aromático y dulzón del aguardiente de matalauva se expandía por la estancia al servirlo el camarero a algunos clientes. Esa escena me hizo recordar las mañanas libres de escuela que acudía a la taberna a ver a mi padre a la hora de su café y su copita de aguardiente, como “palomita” recuerdo la pedían con el vasito de agua. Reconozco que

me causó curiosidad y ganas de probarlo. Nunca llegué a hacerlo, no porque fuera un zagal, pues algunos chicos de mi edad sí lo habían probado, sino porque nunca me llamó la atención. En aquellos tiempos mi paladar de mocito era muy sensible a sabores fuertes.

En los años de mi infancia en el pueblo, recuerdo que mi madre nos daba de desayunar a mi hermana y a mí siempre lo mismo: un vaso de leche recién cocida y una rebanada del pan del día anterior (entonces el pan ni se ponía como una esponja ni duro como el cuerno de una persona mayor de un día para otro) untada con la nata que había producido la leche al cocer en la superficie del cazo, y un poco de azúcar esparcida por encima. Entonces la leche la vendía el vaquero directamente de casa en casa, recién ordeñada de sus apenas docena de vacas, en medidas de cazo que servía directamente de las lecheras que portaba en un burro. La leche de ahora que envasan en cartones y botellas de plástico no tiene nada que ver con la de aquellos tiempos en que las vacas tenían escogidos nombre de mujer y se las ordeñaba a mano y con ternura.

El hombre con pinta de representante había terminado el desayuno, había extendido sobre la tostada una sustancia cremosa parecida a la mantequilla de color anaranjado. Después leí en el envase que era “manteca colorá”. El representante, si es que lo era, dejó el periódico sobre la barra. Era de suponer que el periódico era del bar por estar sellado en la cabecera con el nombre. Lo recogí, y mientras engullía la “media tostada”, disimulando y reprimiendo el gesto que le producía a mi paladar el fuerte sabor a ajo, empecé a leer los titulares de un periódico regional que apenas tenía noticias internacionales. Paradojas de la vida, cualquier noticia aparecida en los medios de Francia sobre Andalucía me seducía hasta leerla con detenimiento, y ahora que estaba aquí para hartarme y embutirme de ellas buscaba la sección internacional para ver si decían algo de Francia, aunque fuera de deportes.

Terminé de desayunar y de echarle el vistazo al periódico, pagué al camarero y me fui andando hacia el centro del pueblo, de este modo tendría que dar un pequeño rodeo para ir a casa de mi prima Carmen. Por lo que me dijo cuando la llamé vive en la misma calle, dos casas más arriba que su madre, que es mi tía Trini, hermana de mi madre, que ahora vivía con ella, pues cuando enviudó se fue a vivir con Carmen y su marido.

Entré en otro bar, pedí un cortado, creo que lo hice para enmascarar el sabor a ajo de la tostada y el aguardiente que no pude evitar beber. Me venció la curiosidad, y no sólo me hizo recordar a mi padre, también a Bergerac, por la copita de absenta que solía tomar de tarde en tarde en el bar del Lionné.

Qué tontería, pensé mientras me tomaba el cortado que me supo a orines de gato aunque nunca los haya probado. Ni que fuera a asustarle el olor a ajo y a aguardiente a mi tía, a mi prima o al marido, si se encontraba éste en

casa. En España el olor a ajo es algo que sobre todo perciben los extranjeros al llegar a la frontera.

Intenté recordar las calles y las casas. El trazado del pueblo lo recordaba, pero las casas las habían restaurado hasta apenas reconocerlas, sino las habían tirado y las habían hecho nuevas.

Pasé por la calle en la que viví con mi familia de donde retengo mis primeros recuerdos de la niñez y la mocedad antes de partir para Francia. Sabía que la casa la habían tirado y hecho una nueva, de dos plantas, por lo que ahora sería irreconocible. Cuando nos enteramos por mi tía, hace ya muchos años, mi madre que aún vivía se echó a llorar como una Magdalena. En su interior siempre tuvo la esperanza de volver al pueblo y recomprar la casa que tantos recuerdos le marcaban; donde se fue a vivir recién casada y donde nacimos mi hermana y yo. Mi padre estoy seguro que también se sintió afectado, pero intentó disimularlo reprochando a mi madre que no había que mirar atrás, que nuestra vida era mucho mejor en Bergerac. Creo que fue la única vez que se nombró el pueblo con nostalgia por parte de mi madre, cosa que mi padre zanjó con muy pocas palabras; era muy contundente empleando pocos términos, a veces ni eso, sólo con una mirada. No es que fuera rígido de carácter, todo lo contrario, era se puede decir una mezcla de sabiduría y solemnidad que hacía que sus aseveraciones, consejos, simplemente con un gesto, rara vez tuviera réplica por su contundente lucidez.

En la última visita con Marguerite pasamos por la calle donde había vivido, ya entonces no estaba la casa, pero sí recordaba casas aledañas que seguían igual que entonces. Reconocí, entre todas, una de ellas por el gran portalón negro de gruesas baldas verticales de madera y un enorme cerrojo forjado que resguardaba el zaguán donde muchas tardes jugué con el hijo de los vecinos en los días de lluvia: a las damas o al tres en raya, a las canicas que en este pueblo les llaman bolindros. Y es que cuando caían un poco más de cuatro gotas en aquella calle, como en casi todas sin pavimentar, se convertía en un auténtico lodazal. Mientras, la abuela desgranaba habas, aviaba higos para secarlos o cosía sentada en una silla de enea junto al portón, viendo el ir y devenir de vecinos y transeúntes. Aquella era su distracción: el diálogo con las vecinas y escuchar la radio, pues entonces muy pocas casas contaban con televisión.

En aquel entonces nuestra calle no era una calle principal, ni siquiera se la consideraba céntrica. Hoy aunque no sea principal sí es casi céntrica, ya que el pueblo ha crecido y se ha expandido mucho.

Resulta curioso como el centro lo marca el poder: el ayuntamiento, la iglesia, los bancos, comercios... La gente, en su afán de que le reconozcan su progreso intenta acercarse al centro, vivir cerca del poder. Quizás crean firmemente que se alía con él y les beneficia, pero lo más seguro es que los

fagocite. Creo más en el refrán “El pez grande se come al chico “, que en “Él que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija “, porque son muy diferentes los árboles que los entes de poder, y suele pasar que no sabemos diferenciar la sombra acariciadora de un buen árbol, del abrazo de un oso o el mordisco de un tiburón.

Me llegaron los recuerdos punzándome el pecho por la última vez que estuve en esta calle; fue con Marguerite. Hoy era diferente, tristemente diferente.

Mi tía y mi prima me estaban esperando. Hace ya una semana que las llamé diciéndoles que pasaría a verlas, que iba de paso hacia Portugal a pasar unos días.

Mentira, venía exclusivamente aquí, a un hotel de la playa de La Antilla, pero no quería comprometerlos ni comprometerme a habitar en una casa como huésped, por muy familia que fuéramos y por mucho que nos quisiéramos. Ya no era igual que en los tiempos de mi infancia, cuando mis padres vivían y entrábamos unos en casa de los otros como si fuera nuestra propia casa.

“Hola Bernard, te agradezco que me hayas mandado las fotos tan rápidamente. Ya tienes en tu haber una caña de lomo ibérico del mejor. Ja, ja, ja... Las fotos las mostré a mi tía. Apenas las miró. Tiene una depresión de caballo; le han diagnosticada una mala enfermedad. Intenté animarla, pero más que conseguirlo, ella intentó que pareciera que lo lograba.

Nada más verme me abrazó y empezó a llorar. Me dijo que no le tenía miedo a morir:

“Tengo allá más familia, hermanos y conocidos que aquí, pero no me quiero ir de aquí perdiendo el conocimiento y siendo una carga total”.

Me lo hizo saber entre sollozos abrazándose a mi cuello.

La pobre tiene Alzheimer, ¡que putada!

Mi prima está muy afectada, hace unos días que se lo han dicho.

Te adjunto unos archivos con unas fotos que he tomado por el pueblo y por la playa. Esto ha cambiado mucho. Apenas reconozco nada ni a nadie, pero las facciones de las caras, en las expresiones, me hacen evocar personas que me resultan familiares. Es imposible prácticamente que las conozca, pero es como si reconociera a los descendientes de aquellos con los que hace mucho tiempo coincidí.

Paseo por el pueblo, entro en los bares, escucho a la gente. Si esto lo hubiera hecho y hubiera estado pendiente cuando vine con Marguerite, seguro que en aquel entonces alguien me hubiera reconocido y yo posiblemente también.

Me jode decirte esto, porque sé que te vas a reír: “Echo de menos Bergerac” ¡No te rías mamón, sé que te estás riendo! La verdad es para reírse. Siempre despotricando de los “gabachos” y ahora tengo lo que tus medio paisanos, los portugueses, llaman “saudade”. Y encima de ellos.

¡NO SE TE OCURRA DECIR NADA A NADIE Y MENOS DELANTE DE ESA PANDA DE CRETINOS! Que para qué quieres más. Como digas algo te doy el jamón, pero con el hueso en la cabeza.

Me imagino que me vas a decir una de mis frases favoritas: “Eres como la gata Flora, que si se la meten chilla y si se la sacan llora”. Pues sí, pero también te digo que no me quiero ir, tengo algo no sé si fuera o en mi interior, algo que me sobra o que me falta, un desasosiego por ver, no sé..., conocer, reconocer a algo o quizás a alguien. Sí, eso es, quiero en cierta manera vincularme a mis orígenes..., volverlos a descubrir.

Un abrazo de tu amigo Marcos.-“

No me sentó bien el paseo por la playa, me hizo recordar. Más bien busqué los recuerdos para arrojarme con ellos e hicieron que algunas lágrimas atravesaran mis mejillas. Hasta ahora todas las vivencias que recuerdo de la playa eran agradables y llenas de vida. Las más recientes paseando, tomando el sol con Marguerite, y bañarnos desnudos en aquella playa tan extensa que dio nombre a las Antillas del Caribe cuando las avistaron los primeros marineros onubenses que zarparon con Colón. Un playazo enorme de dorada arena en la que podíamos evitar el tumulto y que nadie nos viera. Hacer el amor entre las dunas o mecidos por las olas, observados sólo por alguna que otra gaviota más indiferente que curiosa. Y las vivencias más lejanas, cuando mi padre me enseñó a nadar. Íbamos la familia a la playa, los cuatro, desplegábamos un toldo que mi madre había confeccionado fijándose en la tela y las costuras de los que traían los señores a veranear. Mi padre preparó unas cañas que arrancó de la vera del arroyo y ya teníamos un toldo, que aunque no era igual que los confeccionados industrialmente y con las varillas metálicas, nos daba sombra igual.

Era domingo, mi madre había preparado tortilla de patatas y filetes de pez araña adobados y harinados. Lo hacíamos no más de cuatro o cinco veces en todo el verano, cuando mi padre disponía de tiempo y dinero para no tener que trabajar. Jugábamos en la arena formando figuras: tortugas, delfines, sirenas... todo menos castillos, mi padre aborrecía los castillos, no lo entendí entonces, después con los años le comprendí.

Todos los padres hacían castillos con sus hijos, nosotros no. Me inquietaba porque sabía que mi padre haría el mejor castillo que se podía presentar en la playa. Cuando la gente veía las figuras que hacíamos de arena, señalaban asombrados. Yo me enorgullecía del talento de mi padre. No me importaba que para volver a casa tuviéramos que coger la “Cachonda”, como se le

llamaba al bus que unía el pueblo con la playa. Casi todos los niños eran veraneantes, y los del pueblo, algunos, muy pocos, sus padres disponían de vivienda en la playa y coche para ir y volver.

Andando con las olas rompiendo sobre mis pasos, llegué a la aldea de los pescadores. Si sólo mirase la mar y las pateras dormidas, exhaustas sobre la arena, parecería que el tiempo no había pasado.

Con la mirada hacia tierra emergían los bloques de hoteles y apartamentos que rompían la magia del recuerdo.

Era finales del estío y el otoño no se vislumbraba, la temperatura era apacible y la mar tibia como pocas veces. Algunos pescadores se afanaban en los preparativos para salir a pescar. Cuando se hiciera de noche se les vería en la oscuridad de la mar sembrando farolillos para engañar a los peces que serían sin remedio atrapados en sus redes. Eso me hacía pensar que la luz era la trampa que les hacía caer en el arte de los pescadores, quizás creyendo que esa falsa luz era hija del sol y la luna que les ilumina y les orienta. Pensé que era mejor estar perdido en la oscuridad que dejarse atrapar en una falsa luz.

Que mala es la soledad cuando uno no la busca, y que buena compañera es cuando se la entiende y acoge. No hay más fiel compañera que la soledad; si la engañas, sin reproches te vuelve a recibir; respeta la libertad y acepta sin un mal gesto la infidelidad.

La peor soledad es la que se tiene en casa, en tus lugares, lugares que son y fueron tu vida. Cuando no encuentras a nadie con quien hayas compartido momentos para ahora compartir los recuerdos.

Aunque era el final del verano todavía quedaban turistas: alemanes, ingleses... Lo más extranjero que recuerde de mi infancia en la playa eran portugueses. Era lo normal en aquellos tiempos. Portugal queda cerca, ahora con menos dinero está cerca todo el mundo.

Robalo, ro-ba-lo, ro-ba-lo. ¡Qué imbécil! Deletreaba cada sílaba recordando.

¡Seré imbécil! pues no es que pido una lubina y yo aprendí a reconocer este pescado con el nombre de “Robalo”, que hasta lo he pescado en esta costa y en su ría.

Cuando me acerqué a la vitrina donde se exponía el pescado señalé una pieza y le dije que ésa era la “lubina” que quería al camarero, y observé que él anotó en la comanda “robalo”. Me dio un escalofrío por mi falta de memoria. ¡Qué palabra y que bien sabe! Todo lo contrario que poniéndole una tilde y haciéndola esdrújula. Y es que así se le nombra a la lubina en la costa de Huelva y en Portugal también.

- Para beber... -Me preguntó el camarero, un joven de apenas veintipocos años con semblante risueño y agradable.-

- Un vino blanco joven, por favor.
- ¿De aquí de la tierra?, ¿uno del Condado? Si quiere, también tenemos...
- le interrumpí no dejándole seguir ofreciéndome otros.-
- Sí, sí, de aquí del Condado. -Recordé que a mi padre le gustaba beber con los amigos el mosto que ellos mismos hacían o compraban en las pequeñas bodegas artesanales o “zampuzos”, eso sí que lo recuerdo como se les llama aquí, donde servían el vino mosto del año y que en los mismos “zampuzos” se pisaba la uva y dejaban fermentar el mosto.-
- ¿Una copa o una botella?
- Una botella con una copa. -Titubeé unas décimas, porque quizá me pareciera que una botella fuese excesivo, pero los vinos estos se beben bien y no son tan fuertes como a los que estoy acostumbrado en la Dordogne. De todos modos, aunque tenía el coche de alquiler aparcado junto al restaurante, si quisiera, no tenía que conducir ni hacer ningún esfuerzo físico ni mental. Sólo volver paseando hacia el hotel, y lo que sí era más fatigoso: recordar. Lo de “Una botella con una copa” me salió sin pensarlo.-
- Ja, ja. Claro, no se la va a beber a morro.

Le hice gracia al camarero con el comentario. Apenas llevaba dos días aquí y parecía, aunque hubiera sido por casualidad, que se me estaba contagiando la gracia y el arte que te da la luz y la sal de esta tierra. Ha sido algo que me llevé con mi carácter, una alegría por fuera aunque por dentro estuviera jodido. Aquí parece que cargo las pilas, que conecto los pies a mi tierra y fluyen las ganas de vida, de fiesta y alegría.

Preparar un buen pescado, presentarlo en condiciones en el plato, es un acto que lo asumo como ceremonioso. Me satisface tanto como comerlo. Sin cortarle la cabeza ni la cola, quitar con cuidado las aletas dorsales y caudales, desprender con destreza y a ser posible de una sola pieza, en un solo filete, el lomo y la ventrecita de cada parte. Meter la punta del cuchillo en el interior de la cabeza por la parte dorsal y sacar ese trocillo del morrillo que es como un pequeño solomillo escondido en la nuca, es de una textura exquisita. Empezar a quitar las espinas hasta dejar unos filetes limpios. Siempre pido un plato para echar las espinas y los restos. Es manía, por muy grande que sea el plato o la bandeja donde lo sirven me gusta que en el plato sólo quede la parte comestible. Hasta que no está todo limpio no empiezo a comer, no me importa que se enfríe un poco, siendo fresco y bien hecho, asado a la plancha o al carbón, es como lo disfruto. Así me enseñó mi padre a comer el pescado. Decía que el que no lo hace así no sabe comerlo. Además, entre la gente de la mar no estaba bien visto cortarle la cabeza al pescado ni la cola. Si algún comensal, generalmente foráneo lo

hacía así, la gente de la mar desviaba la vista y agriaba el gesto. Creo que para ellos no era una buena señal el maltratar así al pescado: decapitarlo y desprenderlo de su timón. Algo de maneras de pensar y ser de los marineros había en ello, quizás superstición marinera de las tantas que abundan en los puertos y mar adentro.

En estas fechas da gusto entrar en un restaurante de la costa. Generalmente sólo quedan abiertos los más profesionales, y como no hay tanta gente te atienden mejor, más relajadamente, resultando todo más satisfactorio. En temporada alta estás incómodo; el bullicio de la gente en las mesas y las miradas de los que esperan a que quede una desocupada, atosigan y coartan la libertad de disfrutar con tiempo y relax del placer de la velada.

- **Qué le ha parecido el pescado, ¿Estaba bueno el robalo?**
- **Muy bueno todo. - Le contesté agradeciéndoselo con una sonrisa.-**
- **Este pescado es difícil que se lo coma en su tierra; anoche mismo ese pescado estaba jugando en la mar.**
- **Claro que me lo como, y tan bueno como éste. - Le dije sin dejar de sonreír. El camarero me preguntó contrariado:**
- **¿Sí? ¿Es usted de la costa? ¿Del Norte, verdad?**
- **No, que va, soy de aquí, de aquí mismo.**
- **Me está usted vacilando. -Repuso con una mueca entre desafiante y sorprendida.-**
- **No, no le miento ni le vacilo, nací aquí. Sí aquí, apenas a unos kilómetros.**
- **Pues yo soy de aquí y no le conozco. -No se lo acababa de creer.-**
- **Si tú me conocieras con la edad que tienes me darías una alegría, porque sería señal de que yo tendría bastantes menos años, ya que hace muchos años que no vengo por aquí. - Sus ojos se abrieron expectantes, pues le costaba creerlo.-**
- **Pero su acento.... no es de aquí, vamos, no parece ni español.**
- **De aquí lo tuve, lo perdí y ahora vengo a ver si lo encuentro otra vez.**
- **Eso parece difícil. - Me dijo aún contrariado pero con la expectación más calmada -.**
- **Si no lo encuentro entero, algo encontraré.**

El camarero se fue perplejo a hacerme el café que le había pedido.

Las cocineras se habían ido y sólo quedábamos en el restaurante el camarero, el dueño absorto en papeles, que supongo serían facturas y albaranes, el pinche de cocina, un cliente que parecía asiduo a la barra y a la máquina tragaperras que tantas vidas asola, y yo.

El salón del restaurante tenía un “toque andaluz” pero sin derrochar gusto: un zócalo de azulejos hasta un tercio de altura de la pared con motivos andalusíes rematados en una cenefa añil. En las paredes algunas estantería con maquetas de pesqueros de bajura; fotografías con escenas de la pesca

del atún en las almadrabas y del desembarco del pescado en los muelles. En el centro de la pared principal una horrorosa televisión por lo enorme, y a su lado izquierdo un más que horroroso reloj de péndulo de color nogal con apliques dorados que no tenía ni mucho menos consonancia con un estilo marinero, más bien parecía un elemento de decoración alpino.

Algunos días, cuando el trabajo y el jefe le indicaba en visitar a algún cliente que lo requiriese, mi padre me llevaba a la lonja del puerto de Isla. Encaminábamos en la camioneta que recorría los pueblos de la costa, y volvíamos en la última que salía hacia nuestra casa, después de comer algún guiso marinero en las tabernas del puerto. El viajar en aquel desvencijado autobús, mirando desde lo alto todo lo que podía para que no se me escapara nada, era junto al estar con mi padre lo que más me entusiasmaba. Era una alegría, que no fueron muchas, cuando mi padre llegaba a casa a comer y me decía que al día siguiente le acompañara a Ayamonte o a Isla Cristina. Mi madre meneaba la cabeza con desdén porque eso me haría ausentarme de la escuela, pero mi padre sólo le dijo la primera y única vez: “Deja que venga el zagal conmigo, que lo que va a ver y aprender allí no lo hará en la escuela, y lo que mañana no aprenda en la escuela, lo podrá aprender otro día”. Ante tal razonamiento mi madre atenuó su disconformidad porque en el fondo sabía que así era.

Era entrar en la lonja y empezar a ver los enormes atunes y los “aguja palá” (pez espada) que desembarcaban los barcos marrajeros. Peces, inmensos como toros, con ojos negros abiertos que en mi niñez parecían mirarme reprochándome su triste, violenta y agónica muerte desnuda.

. Los marineros los arrastraban por el suelo mojado de la lonja quedando rastros de sangre que surgían de los orificios donde el gancho había penetrado como un rejón en un toro. Mis ojos de niño miraban absortos algo que a mi razón le aturdió. La muerte cabalgaba a lomos de aquellos pescados enormes y sabía que lo tenía que asumir como algo natural, pues delante de mi padre y de todos aquellos hombres para los cuales yo era, aunque no lo creyera, absolutamente invisible, tenía que disimular la ansiedad de sentir los estertores de aquellos moribundos que aún algunos aleteaban impotentes ante su destino. Tenía que esforzarme en disimular mi asombro y desasosiego como si alguien estuviera pendiente de mí. Pero aquellos momentos, en la lonja con mi padre, son de los recuerdos que perviven y que daría lo que fuera por volverlos a vivir tal como fue.

En la infancia avanzada uno se cree el centro de todas las miradas, la raíz de todos los pensamientos. Si en la madurez uno sigue creyendo lo mismo es que no ha pasado esa etapa o el ego le sobrepasa la razón y el corazón.

- ¿Ves aquel? es un marrajo, y aquel otro es un atún patudo; éste, una cornuda (tiburón martillo), y aquellos dos de allí son tintoreras, y éstos de aquí listados.

Me explicaba mi padre con tanta rapidez que me resultaba difícil memorizar tantos nombres, teniendo que preguntarle una y otra vez.

Se notaba que había estado embarcado. Eso era común entre muchos hombres que en su juventud se aventuraban a echar “una marea”, que es el tiempo indefinido desde que se embarca hasta que se vuelve a casa; sacar un dinero y ver si aquella manera tan dura de ganarse la vida iba con ellos.

- Su cortado. ¿Le apetece un licor, un digestivo?

- Pues sí, una “amarginha” con un poco de hielo y limón.

- ¿Exprimido? -Me preguntó sin haber perdido la sonrisa, pero con la mirada intentando escrutar mi pasado todavía dudoso de mi procedencia.-

- No, no hace falta, sólo un par de rajitas de limón.

La amarginha es un licor de almendras típico de Portugal que mi madre solía tomar después del café cuando íbamos a la feria de Portugal, en Vila Real de Santo Antonio, y en alguna que otra celebración o día especial. Ella sacaba su copita y sólo se servía una vez, lo suficiente para que se le avivaran las mejillas y esbozara una preciosa sonrisa.

La actividad en el restaurante iba paulatinamente claudicando. En la televisión un programa de esos que dicen que nadie ve y que todos miran con atención más o menos disimulada, dependiendo si la soledad es completa, media o ausente. Gente más o menos famosa contando miserias, bajezas e improperios, picados por autodenominados periodistas burlones y sacacorchos de estupideces miles, que tanta, por desgracia, audiencia tienen, tan poco beneficio otorgan al televidente y a la sociedad, y tanto enriquecimiento a los que dirigen en su afán de propagar una “idiotización” general. Me apesadumbraba que fuera en mi país donde más audiencia tiene ese tipo de programas.

Afortunadamente nadie prestaba atención al aparato adormecedor de conciencias.

Pagué y me despedí del joven camarero que tan amablemente me había atendido y que todavía estaba perplejo y desconcertado de cómo mi acento afrancesado podía ser de alguien nacido en Andalucía.

Seguro que volvería, es lo que tiene que te atiendan con amabilidad y una sonrisa, pues cualquier consumición sienta mucho mejor. Hay algunos camareros y dueños de bares, que mirándoles la cara parece que cobran por sonreír. En vez de montar este tipo de negocio tendrían que buscar trabajo

en una porquera dando de comer a los cerdos, (no creo que los gorrinos aprecien la educación cuando les echan comida para cebarlos).

La calle vacía de gente, la noche había entrado húmeda con ambiente de levante y brisa de noroeste. Es difícil de asumir para los de “adentro”, pero a veces, en esta costa, el viento te atiza la cara desde el poniente, trayendo el ambiente húmedo y cálido del levante.

Hace años habría buscado hasta el último rincón para tomar una copa y ver vida. Ahora no. Parece que si al saber que nadie te espera, para qué vas a hacerte esperar. Precisamente ahora que ni mujer, ni hijos, ni padres ni amigos te aguardan, te vas a la cama porque no tiene razón de ser, ser esperado. Como si al saber que a uno le están esperando, con la tardanza, hace engrosar esa espera de la que uno, ¡maldito egoísta!, es el principal artífice de la ansiedad de quien aguarda.

“La soledad si se busca y se encuentra es un consuelo reconfortante, pero si te atrapa sin quererla es una tortura despiadada”.

Iba caminando henchido de un vacío inmenso y pesado en el ensimismamiento de anhelos y recuerdos. Dejé atrás el coche que había alquilado, ya que estaba tan lejos de él como tan cerca del hotel. Menos mal que consideré que no tenía que conducir cuando pedí la botella de vino y el licor de amarguinha. Bueno, tampoco es que fuera descompuesto, pero una cosa es la capacidad y otra muy distinta es convencer al agente que aunque el alcoholímetro dé, uno está para dar algunos kilómetros. Ya lo recogería mañana.

La noche, desde un principio, estranguló el atardecer nuboso del reciente otoño, secuestrando rápidamente sus pálidos colores, agrisándolo con capas cada vez más opacas, hasta hacerle sucumbir poco a poco en la oscuridad. Había entrado espesa, con nubes bajas y húmedas, pero pronto fue levantando la bruma dejando al descubierto en una noche sin luna, la nada inmensa, que es lo que es la mar en la noche oscura: tan inmensa que se funde con el cielo, y si no hay a la vista tierra, desaparecen todas las referencias, pareciendo, si navegamos, que flotamos en el vacío de un profundo universo.

Me quedé mirando la mar, la mar que de noche es eso, una nada infinita sin horizonte. Eché de menos unos buenos prismáticos o mejor un catalejo para ver los barcos faenando con sus faroles engaña peces. En el horizonte, por las balizas de posición, se apreciaba lo que parecía un mercante que navegaba hacia el poniente; quién sabe hacia cuál puerto después de dejar a estribor el cabo de San Vicente, el último rincón de Europa en el extremo suroeste de la Península. No había mucha visibilidad por la bruma que aún persistía, de todas formas de día las vistas eran inmejorables desde una

tercera planta y cara al mar. Hubiera sido imperdonable haberme alojado en un lugar donde no lo viera. Todo lo demás, todas las comodidades, atenciones y posibilidades del hotel, quedaban en un segundo plano ante las vistas al mar. Una habitación sin vistas tan cerca del mar es una incoherencia insufrible.

Me conecté a la red y empecé a ojear los e-mails.

El primero de Bernard:

“Llámame cuando puedas. Ha venido una pareja con muchas ganas de comprarte la casa. No parecen ser de aquí, pero se les ve formalidad y capacidad para comprarla. Me han dejado su teléfono. ¿Qué te parece si me acerco a mostrársela?”

Me empecé a reír. Y le escribí:

“¿Son amables y educados? ¿Son guapos, sobre todo ella? Ten en cuenta que la casa hay que venderla, si la vendo, a personas que aunque tengan dinero, cosa importante pero no lo primordial, tienen que ser buena gente y a ser posible que tengan buena presencia.... Ja, ja, ja!

No te enfades, que es broma. Enseña la casa pero no vendas nada de momento.”

Seguro que le contesté de esa manera por estar bajo la influencia del vino, el licor y, sobre todo, de la nostalgia, la tristeza que siempre he intentado disimular... Como mi madre, que se ponía la careta carnalera de la sonrisa y ademanes alegres cuando la embargaba el dolor en el pecho de la distancia que la separaba de su hermana, de los espacios y momentos de su infancia. Pero sus ojos brillantes y huidizos delataban su dolor.

Los demás correos eran publicidad y avisos de proveedores. Mierda de Spam que inunda tu espacio virtual con interés de robarte tu tiempo real y si caes en la trampa algo más. Enlacé en la web de noticias de Bergerac, eché un vistazo por los titulares. Nada que mereciera la pena leer. Pero así y todo leí algunos artículos intrascendentes. No tenía sueño y me surgió la idea de buscar en la red la prensa comarcal de mi tierra, la tierra donde ahora mismo me encontraba. Todo excepto los nombres de los lugares me resultaba ajeno. Ni políticos ni empresarios ni deportistas que aparecían me resultaban conocidos ni de oídas. Y eso que quizá, lo más seguro, con alguno de ellos o algún pariente de alguno habría coincidido en momentos de mi infancia. Leí algunos artículos de opinión y el sueño me empezó a nublar la vista y a redoblar letras y palabras.

Por la mañana, como de costumbre en estos días, excepto la mañana que desayuné en el pueblo, bajé al buffet del hotel. Como era temporada baja el surtido no era muy amplio pero no dejaba de ser aceptable. Además era preferible que hubiera pocos huéspedes pues es más fácil escoger. Pero lo mejor es que no tienes que esperar para servirte por las indecisiones de los

que, hipnotizados por tanto surtido, se quedan parados y ensimismados mirando bateas, platos y bandejas, sin saber qué escoger. Así que me dispuse a meterme algo ligero entre pecho y espalda que no me resultara pesado para dar un paseo por la playa y acercarme a la barriada de los pescadores, pues ya estarían llegando con sus pequeñas embarcaciones para desembarcar el fruto para su supervivencia. Es digno de ver cómo toman tierra ayudados por desvencijados tractores que los arrastran hasta la arena seca. En los tiempos de mi infancia cuando arribaban tenían que ser remolcados a base de brazos de hombres, mujeres y hasta de niños. Después tocaba ir desmarañando el arte y seleccionando las capturas.

- *Señor... por favor: buenos días.*

Giré la cabeza como si fuera a mí a quien llamaban desde la recepción. En efecto era a mí.

- *Esta mañana han dejado una nota para usted.*

Hice una mueca que denotaba mi asombro y me acerqué a por ella.

- *¿Usted se llama Marcos Santana?*

- Sí. - Le contesté contrariado con el monosílabo sin decir nada más -

- *Pues esta nota es para usted, la ha dejado hará una media hora un mensajero.*

- *Gracias.* – le dije sin salir del asombro; incluso sorprendido de que el recepcionista se acordara de mi nombre habiendo hablado con él solo un par de veces -.

Di media vuelta y me encaminé hacia el buffet abriendo el sobre que contenía la nota. Saqué la cuartilla y ¡Vaya, las gafas!

Estaba impaciente por poder leer la nota, estaba manuscrita con tinta azul; la letra no era muy clara, imposible de leer con mi vista cansada.

Me serví el café. El camarero me preguntó si quería tostadas. Le contesté que no, que tomaría un croissant – ¡maldito croissant!, incomparable con los que hace el bueno de Jean Pierre en su obrador. Hubiera sido mejor pedir las tostadas.

Tenía prisa por subir a la habitación, ponerme las gafas y leer aquel par de líneas.

- *“Marquitos, me he enterado que estás aquí. Te invito a comer en mi casa, llámame al número que está al dorso”*

Un abrazo. Leonardo Prados.-

Me quedé pensando, más que pensando intentando recordar. Empecé a repetir mentalmente y después en voz baja durante un rato que se me hacía angustiante: ¡Leonardo Prados...! Quién será este tipo que me llama “Marquitos”. ¡Si no me llaman así desde hace un montón de años...! Sólo la familia, los vecinos y los muy amigos de mi infancia me llamaban así, y por supuesto en Francia nadie.

¡Leo! - Caí en la cuenta - ¡Leo, mi mejor amigo de la infancia!

Nunca pude verlo en las veces que me acerqué al pueblo. Recuerdo que la primera visita al pueblo que hicimos desde Francia con mis padres fui a su casa. Fue cuando su madre me dijo que se había embarcado. No era extraño, y es que siempre le recuerdo, cuando él podía, acercase al puerto y mirar los barcos amarrados a la escollera, y si se lo permitían echaba una mano en desembarcar las cajas de pescado y portarlas al muelle, o bien llevar enseres del barco a los pañoles, o al contrario cuando se disponían a zarpar. Le gratificaban con un poco de pescado, pero a él aunque le viniera bien el “pago” por el esfuerzo para su casa, lo que más agradecía es que le dejaran mirar, incluso limpiar la sala de máquinas con el maquinista, y subir al puente donde se le encendían los ojos al asir el timón.

A veces le acompañaba al puerto, incluso alguna vez también le ayudé en las faenas del barco, aunque me gustaban más los vehículos terrestres que los navales. Lo que me retraía de subir a los barcos es que me manchara de grasa, y sobre todo que llegara a casa con la ropa sucia y con el olor a gasoil que no era del agrado de mi madre. Más de una bronca me dio. Aunque ahora creo que a mi madre lo que no le hacía gracia ninguna es que la mar me llamara, pues perdió un hermano y un tío en ella. No quería pasar por la incertidumbre y el desasosiego de tener un hijo embarcado como tuvo su madre, y pasar por la ansiedad insufrible que se siente cuando se sabe que un ser querido está inmensamente envuelto entre la infinidad de la mar y el cielo. Ella era muy niña, pero recordaba perfectamente el dolor de sus padres cuando les dijeron que el barco había desaparecido y con él todos los hombres sin dejar rastro. Al tiempo, unos antes y otros más tarde, fueron apareciendo desfigurados y descompuestos. Fue difícil identificarlos. En aquellos tiempos no existían los medios de ahora para analizar el ADN; la penosa identificación se basaba en el cruel e inolvidable testimonio de los familiares. Y a aquellos que no se les podía identificar se aplicaba una deducción tétrica que en muchos casos era un siniestro sorteo del cadáver entre los familiares de los desaparecidos, pues hasta que no apareciera el cuerpo, la viuda y los huérfanos podían pasar meses y años para poder cobrar del seguro, la pensión e incluso poder asumir los bienes del desaparecido.

La suerte tiene requiebros oscuros que detrás del alborozo de un buen golpe, a veces esconde malos, muy malos presagios que desencadenan en pésimos desenlaces. Este fue el caso del hermano y del tío de mi madre, y de alguno más de sus compañeros de fatigas en el mar cuando trabajaban por cuenta ajena en un barco sardinero para una armadora hispano-lusa: Durante un “levantazo” fuerte por la zona de la desembocadura del Guadalquivir, tuvieron que refugiarse en un puerto, que no recuerdo ahora ni quiero recordar, hasta que amainase el temporal. Unos pocos de ellos con el hermano y el tío de mi madre rellenaron un boleto de no sé cuál lotería. Aquel boleto premiado con unos buenos dineros les llevó, después de una

de las mayores alegrías de sus vidas, a unas grandes celebraciones con las mejores viandas que ellos consideraron, bien regadas con buenos vinos y licores. Compraron regalos para la familia y amigos y un pequeño barco al que después de repararlo en un astillero de Punta, le botaron con el nombre de “Premiazo I”. Fue el primer premio y el último. A las pocas mareas aquel barco lleno de ilusiones se convirtió en el ataúd colectivo de todos aquellos desgraciados. A veces la peor de las suertes llega disfrazada con un halo de brillantes presentes que son la tétrica culminación a todos los pesares habidos y por haber. Resulta ser la trágica solución final con una colorida corona de flores.

Más de una vez, cuando acompañaba a Leo al puerto, y él subía a algún barco, le esperaba en el muelle observando el devenir de la actividad portuaria. De pronto me sobresaltaba con un potente silbido, saludándome desde el puente del barco haciendo ademanes como si fuera el patrón del mismo, con una sonrisa que no le cabía en la cara.

La ilusión de Leo era que después de acabar la escuela, si se lo permitía la modesta situación que vivía en su casa, estudiar para mecánico naval o motorista de barcos. Siempre le gustó destripar motores, limpiarlos y volverlos a entripar. Resultaba mañoso para cualquier actividad que tuviera que emplear las manos y el sentido común, ya fuera pintar o hacer alguna pequeña reparación. Durante el verano y los días que no teníamos escuela solía ayudar a un tío suyo que lo empleaba de aprendiz de albañil cuando surgía alguna pequeña obra, y de ese modo ayudaba a la precaria economía de su casa. Así que, por lo que me refirió su madre, durante aquella primera visita que hice al pueblo “iba a tirarse una *marea* en la mar” para probar si esa dura vida iba con él. Había embarcado en un palangrero dedicado a la pesca del pez espada.

Aquello me contrarió un poco. Leo apenas tenía 14 años y ya estaba embarcado. Yo en Francia con la misma edad acudía a la escuela. En cierto modo le envidiaba, embarcado como un hombre, con horizontes de mar casi infinitos por todos los puntos cardinales sin llegar a divisar tierra. Eso yo no lo había vivido nunca, ni soñaba que lo viviría. Leo trabajando con hombres curtidos en temporales y en faenas, viviendo momentos de trasiego total, izando bancos de pescado como montañas, y en los momentos de descanso embargado por la incertidumbre, con el desasosiego de creer que la inmensidad del mar, debajo de sus pies, está vacía de todo y llena de nada; dispuesta a engullir con una ola enorme, como si fueran las terribles fauces de un monstruo mitológico, el barco y su tripulación como un lobo a un pajarillo. Pero también tenía el aliciente de conocer los puertos de África ecuatorial; gentes, mercados, tabernas, mujeres, sus peligros, sus placeres.

Los pescadores de altura eran respetados ya hubieran hecho fortuna o no. Sus vidas, sus vicisitudes y sus formas de pensar no se repudiaban, aunque

alguno fuera un despreciable. Meses y meses en la mar, rodeados de agua, hasta perder el contacto con el mundo, con las tendencias y con las corrientes de pensamiento. Anclados en el pasado del día que zarparon apenas conocían la realidad que pasaba en el continente, pues por las emisoras de onda corta, aunque llegaran noticias, el espacio casi eterno de la mar casi las diluía. Los había que después de años y años en la mar, apenas habían pasado unos pocos en casa. Los hijos pequeños y no tan pequeños les trataban de usted, los miraban como el que mira a un extraño. Eran como los Reyes Magos, a los que se les quería mucho, había que respetar, pero el 7 de Enero estaban de más y lo mejor que podían hacer es volver por donde vinieron.

Dura, muy dura era la partida y volverse a embarcar y dejar en tierra la familia, los amigos, la casa y cada rincón del pueblo y los campos que eran transmisores de cientos de recuerdos. También resultaba dura la estancia en casa para muchos de ellos. Solían llegar con dinero, a veces con bastante, para lo que ganaba un hombre “bien pagao” en tierra. Pero se encontraban extraños al desembarcar, pues también da mareos y fatiga los primeros días de pisar tierra firme. Los hijos pequeños les miran como a un intruso que se va a acostar con su madre, a la que recuerdan siempre sola en su cama. Eso sí, ese hombre casi extraño traía dinero; y se podía comprar comida, mucha comida y hasta golosinas, ropa y zapatos nuevos. En fin, regalos para todos.

Los primeros días en tierra, algunos de estos hombres curtidos en sinsabores y penurias, llegaban a añorar las noches en cubierta mirando la Cruz del Sur, las tabernas y burdeles de Dakar, Cabinda, Lobito y tantos puertos de Mauritania, Senegal o Angola. Hasta el ron de caña cubano que les sumía en el sopor donde se diluye el dolor de los recuerdos y estar inmensamente distante de los suyos; ahora, precisamente que habían llegado a casa. A algunos les costaba aguantar dos meses en casa, era peor que seis meses embarcados sin apenas tocar tierra. Otros, muchos, todo lo contrario: contaban los días que les restaba en tierra como un condenado al patíbulo ante la imposibilidad del indulto que le evitara subir el último peldaño. Pero no había otro remedio si en tierra sólo surgían pocas posibilidades de buscarse la vida, y en condiciones de no superar la pobreza.

La segunda vez que fui con mi familia al pueblo, habrían pasado unos seis años desde que partimos, yo ya tenía unos veinte años, volví acercarme a casa de Leo, y ya no vivían en ella. Por lo que me comentó una vecina, su madre y sus hermanas se habían ido a vivir a La Antilla, y Leo se había enrolado con un buen cargo de maquinista en una armadora que faenaba por las costas de Argentina. Me alegré mucho por él, pero a su vez me entristeció el no poder saludarle y tomar unas cervezas juntos. Sabía que

hasta la próxima vez que viniera iban a pasar años, pues esa vez ya les costó a mis padres convencerme de hacer un viaje tan largo, cuando ya tenía en Francia amigos y, sobre todo, a la que entonces era mi reciente novia, Marguerite.

La nota, arrugada en mi mano sudorosa, había empezado a desprender la tinta, diluyendo y esparciendo como auras espectrales los números sobre aquel papel grueso timbrado con un logo enigmático: la cabeza de un jaguar dentro de un círculo solar. Cuando me di cuenta la alisé sobre la barra de la cafetería. Apenas se veía ya el número, pero no importaba, lo recordaba perfectamente.

- **Hola, hola....**

- **Sí, dígame.**

- **Por favor, ¿me puede poner con Leonardo?**

- **¿De parte de quién?**

- **Soy Marcos, Marcos Santana, está esperando mi llamada.**

- **Ah sí, señor Marcos, es cierto, el señor Leonardo está esperando su llamada.**

Era un acento extraño, hablaba español con cierta fluidez, pero se le notaba un acento que no pertenecía a ningún país de habla hispana.

- **Tengo indicaciones de ir a recogerle al hotel cuando usted me indique.**

- **Pero... póngame con Leonardo, por favor. –le dije con voz más imperativa que suplicante-**

- **Ahora no puede ser, está muy ocupado. Dígame a qué hora le puedo recoger.**

Me quedé pensando, contrariado y hasta un poco “mosqueao”.

- **Vale, de acuerdo ¿Cuánto tiempo necesita para venir a buscarme? – dije secamente-**

- **Apenas treinta minutos, señor.**

- **Perfecto, ese tiempo es el que necesito.**

- **De acuerdo señor Marcos, iré a recogerle a su hotel en treinta minutos.**

- **Le esperaré en el hall. Llevo una camisa blanca con rayas color marino. – Le dije mientras intentaba dibujar en mi cabeza la faz de aquella voz extraña.-**

Me quedé sorprendido ¡Leo con un asistente! ¡Cómo cambia la vida! Nunca me lo hubiera imaginado. ¿Y el chófer no tendría problemas para reconocerme?...

Leonardo, en aquellos años, era un chaval como yo, quizás de condición un poco más humilde. Era huérfano de padre, y su madre tuvo que sacarle adelante junto a una hermana más pequeña. Desde luego, todo parecía

entrever que los esfuerzos del duro trabajo le habían sido recompensados y le iba bien en la vida. No siempre pasa así...

Cogí el periódico haciendo como que leía. Miraba la entrada del hotel desde una zona de espera cerca de la cafetería, repleta de sillones, mesas, floreros y con columnas que me ocultaban un poco de la entrada.

Me invadía un estado de impaciencia. Miraba a través de las cristaleras la llegada de los vehículos, intentando advertir al chofer, criado, asistente o lo que fuera, que venía a buscarme.

Miré el reloj varias veces, como un idiota impaciente, sabiendo la hora que era.

Veinte minutos; apenas faltaba uno para los veinte minutos.

- Señor Marcos, buenos días.

Me sobresalté. Di un pequeño respingo. Ante mí tenía un joven muy bien vestido, con un traje de color gris marengo, de tejido en apariencia suave, camisa blanca, zapatos negros; no llevaba corbata.

Su aspecto era muy saludable, de unos veintipocos años. La tez y el pelo, mostraban que quizá fuera del norte de África, pero tenía mis dudas.

- Me llamo Jamal. Cuando usted quiera podemos marcharnos

.

El nombre confirmó mi impresión de que fuera magrebí. Miré fuera. No le había visto llegar y eso que estuve pendiente del acceso de vehículos.

- ¿Jamal me has dicho? – le pregunté mientras estreché su mano saludándole -

- Sí. -Me contestó no dejando de sonreír.-

- Pues nada, vamos al coche. – Le dije disimulando mi expectación. Se adelantó dos pasos a mi izquierda y me indicó con su permanente sonrisa que le siguiera.-

Le conteste incorporándome y mirando hacia afuera para intentar comprender cómo no le había visto llegar, y con la curiosidad imbécil de saber que coche traía, cuando en unos segundos lo iba a tener claro: deformación profesional del mecánico y vendedor de coches de toda la vida.

Atravesamos el vestíbulo del hotel. Él seguía dos pasos por delante de mí y un poco a mi izquierda. No dejaba de mirar hacia atrás, buscándome con su sonrisa clara y permanente. Cuando intentaba aproximarme a él, aceleraba el paso intentando guardar una distancia aproximada y constante. Sonriendo aún más como queriendo hacerme comprender que ese era el espacio que tenía que mantener, y que no me molestara y esforzara en acercarme porque el guardaría la distancia.

Una vez fuera, reconocí mi fallo, él había dejado el coche fuera del acceso principal, en los aparcamientos de la avenida. No había muchos vehículos e intenté adivinar cuál sería. Se dirigió a un espacio donde sólo había dos coches; un precioso Jaguar gris verdoso, clásico, con bastantes años, pero

muy bien cuidado, y un Volkswagen berlina mucho más reciente. Cuando daba por hecho que éste último vehículo sería el que me llevaría al esperado y también sorprendente encuentro con Leonardo, después de más de cuarenta años, Jamal sacó la llave de un bolsillo de la chaqueta y se dirigió al Jaguar, quedándome por un instante parado y sorprendido. Él me miró haciéndome un gesto con la mano de que el coche era aquel precioso Jaguar. Como era un modelo antiguo, tenía cierre centralizado, pero no mando a distancia. Metió la llave en la cerradura y cuando desbloqueó las puertas, atentamente, me abrió la puerta trasera opuesta a la del conductor.

- Jamal, no te preocupes puedo ir delante contigo.

- Perdona, pero el Sr. Leonardo no me lo permite, son las reglas del señor.

Asentí contrariado con la cabeza y me introduje en aquel precioso vehículo con una tapicería inmaculada en piel de color marfil, sentándome en el asiento trasero como me había indicado. Eso de ir en los asientos de atrás, como un político o un financiero, nunca fue conmigo. Incluso cuando tomaba un taxi rehusaba sentarme en los asientos de atrás.

- Sr. Marcos, por favor, tengo que pedirle una cosa más, que también son reglas de Don Leonardo.

- Dígame Jamal. – le dije mientras escudriñaba el habitáculo impoluto del coche -

Tengo que decirle que si lleva usted un teléfono móvil, le agradecería que lo apague y desconecte la batería.

Me quedé perplejo y le pregunté:

- ¿Es que puede afectar a la electrónica del vehículo?- Le dije con sorna-

- No sé. Sí, en cierto modo sí puede afectar..., puede ser eso, son las normas del señor, (volvió a recalcar como disculpándose de lo que a mí me pareciera una extraña imposición, que desde luego lo era)

Jamal me miraba con esa sonrisa que parecía que se iba a despegar de un momento a otro de su cara y golpearme en la frente.

Parecía que la ridícula contestación se la hubiera dado yo, y se acomodó a ella. Seguí las instrucciones y desconecté el móvil. Pude haber seguido preguntando los “porqués” pero no le quise incordiar, pues ya le había notado que lo estaba cuando me lo sugirió y cuando me contestó.

Arrancó el motor, y yo fui recomiéndome la cabeza con las observaciones y sugerencias. Después de visto lo visto, tenía más curiosidad por ver como la vida había cambiado tanto a Leo que lo había convertido en el Sr. Don Leonardo, con chofer, Jaguar de colección histórica de alta gama, y gilipolleces en forma de sugerencias ineludibles hacia los invitados.

Dejamos atrás la costa y en pocos minutos estábamos circulando por una carretera rural muy poco transitada que atravesaba campos de naranjos que

ocultaban lomas y otros cultivos que no eran de cítricos y que me costaba precisar qué frutales serían, pues no soy muy de campo, y principalmente porque no conozco los cultivos que ahora predominan aquí. Cuando partimos hacia Francia los cultivos predominantes eran higueras, olivos, vides y algodón; después también se sembraron cientos de eucaliptos. Eso sí, los huertos grandes y pequeños eran muy comunes, donde se encontraban todo tipo de frutales, hortalizas, verduras y hasta plantas aromáticas y medicinales que se usaban aún en aquellos tiempos hasta por el médico de la iguala del pueblo. Los huertos eran una economía de subsistencia de la que se alimentaba la familia, y el excedente se vendía, se regalaba o se trucaba entre vecinos, familiares y paisanos, sin mediación alguna de intermediarios ni control e imposiciones del Estado. Hoy, aquella manera de cultivar y vivir del campo se ha perdido. Y lo que más me desagrada es que los frutos no emanan el aroma ni el sabor de antes, que recién cosechados dejaban un aroma en las casas que se percibía desde la calle.

Abandonamos los naranjos, el firme de la carretera empeoró un poco. El campo, ahora era campo. Es decir; para mí los campos sembrados tan industrialmente no tienen el caos natural y anárquico de los que tienen encinas, alcornoques desperdigados, con unos pocos olivos en un rincón, una mancha de pinos en otro, una pequeña huerta, unos almendros, muchos arbustos y retamas. Lo demás, las explotaciones extensivas, para mí no son campos; son espacios anodinos de producción industrial agrícola.

- ¿Cuánto nos falta, Jamal?

- Menos de 10 minutos, señor. Desde la casa de Don Leonardo a su hotel puede haber normalmente unos veinte, veinticinco minutos, máximo.

- Que bien, está cerquita de la playa y en el campo. -Le contesté y él asintió con su inevitable sonrisa que hacían aparecer todos los dientes como plateras en un estante-

Qué bien se lo había montado Leo. La curiosidad por llegar se estaba tornando en ansiedad. Tanto que se me estaba haciendo largo el corto trayecto.

- ¿Este Jaguar, qué modelo es, el MK ?

- Sí señor, el MK-X sedán, de 4200 cc.

- ¿Cuántos años tiene? – La pregunta era por si él sería capaz de aproximarse a la idea que yo calculaba en mi cabeza.-

- Cerca de cincuenta años tiene que tener, si no los sobrepasa. – Pues sí, sobre esos años eran los que yo había calculado. El muchacho estaba orientado -

- Es precioso. Te puedo decir que te envidio en poder llevar un coche tan bonito y tan clásico como éste. Pero le he notado algún ruido extraño, me ha parecido que de carburación. Quizás le tendrías que llevar al taller.

Jamal mirándome a través del retrovisor sonrió de una forma extraña, como con condescendencia ante un inexperto en motores o quizás de alguna circunstancia que él conocía y yo por supuesto no. Hecho que me incordió un poco y me hizo soltarle:

- He sido más de cuarenta años mecánico. He tenido mi propio taller, no es que fuera muy grande, pero te puedo decir que los mejores vehículos de la pequeña ciudad de Francia donde vivo aún los reparamos y mantenemos en el taller. Incluso ahora siguen yendo allí, pues la escuela que formé sigue con el taller abierto y funcionando de maravilla. Y te digo que este coche va muy bien, pero tiene un fallo de carburación, uno de los carburadores no está compensado. Quizás el filtro del aire esté sucio... ese tironcito que hace cuando sube de revoluciones no es normal.

Jamal volvió a sonreír a través del espejo, sin decir nada, aturdiéndome su silencio. Ya le iba a volver hablar de mi experiencia laboral con los coches, cuando nos desviamos de la carretera y cogimos por un camino asfaltado. Apenas habíamos coronado una pequeña colina cuando en la bajada de la misma nos encontramos con una cancela metálica que se abrió, no sé si por accionamiento a distancia de Jamal o desde el interior, porque en esos momentos estaba absorto mirando a través de la valla de piedra de media altura, alambrada en la parte superior. Al fondo una casa entre dos pequeños cabezos, que no se divisaba bien por tener unas encinas que la ocultaban un poco desde nuestra posición.

Nos adentramos en el camino de acceso a la finca. Estaba bien cuidada. El camino flanqueado de setos en ambos márgenes. A través de ellos se divisaba un campo de almendros jóvenes, pero lo suficientemente adultos para ser productivos. También un par de higueras hermosas en un claro de los almendros junto a un pozo antiguo de brocal de piedra encalada.

Nos íbamos aproximando a la casa; ésta era una típica casa rural andaluza, intuyo que de mediados del XIX, de dos plantas, el tejado a dos aguas. Tenía un anexo, que sería en su tiempo, caballerizas o almacén de labranza y grano.

Cuando faltaban unos cien metros para llegar a la casa advertí detrás de ella tres pequeños aerogeneradores de fuste metálico que giraban las aspas pausadamente por acción del viento.

Dos personas, un hombre y una mujer, nos esperaban fuera. Después me los presentó Leonardo, eran los guardeses del Cortijo. Dos perros, uno “de aguas” grande, hermoso, marrón con una mancha blanca en el pecho, y otro

más pequeño, posiblemente un cruce de bodeguero, ladraban y corrían hacia el coche.

Apenas quedaban unos metros para que el coche se detuviera frente a la casa.

Por mi cabeza pasaron recuerdos y visiones de momentos en los que estuve con Leo. Cerré los ojos por unos instantes intentando recordar su cara. Y sí, la tenía fresca en la pantalla de mi cerebro, en el interior de mi frente: su cara alargada, la nariz afilada, los labios finos, los ojos marrones y su pelo castaño claro. Era difícil verle reír y su sonrisa era tímida y apagada. Sin embargo, conmigo hablaba y hablaba sin pudor, ni timidez. Cuando surgía la ocasión reía, reía discretamente, con timidez, cuando los demás lo hacíamos a carcajadas.

Siempre llevaba el pelo un poco más largo que los demás muchachos, y no pocas veces, Don Casiano, el maestro, le recriminaba: “A ver si le dices a tu madre que te mande a cortar esas greñas, que parece una chica”.

A Leo como a otros muchos nos cortaban el pelo en casa. No estaba la economía para llevar al “niño” al barbero.

Yo lo llevaba corto, muy corto. A mi madre le había traído la tita Deme, la prima hermana de mi padre, la de Isla, una maquinilla de las que usan en la barbería para perfilar las patillas y el cuello, que la compraría por encargo a algún marinero que faenaba por Canarias. Con aquel novedoso artilugio mi madre se afanaba puntualmente todos los meses coincidiendo con la luna creciente en hacerme pasar por un trago que no era de mi agrado: me pasaba por la cabeza aquella herramienta metálica parecida a unas tijeras con mandíbulas de jaquetón y dientes de caimán, dejándome la testa rasa como la piel de un melocotón.

Y esa manera de llevar el pelo era lo más corriente entre los niños y los chicos del pueblo. Los piojos surgían de vez en cuando y la mejor manera de detectarlos era llevando el pelo muy corto. Quizá por eso el maestro le hacía tanto hincapié a Leo sobre su pelo. A él no parecía que le importara los comentarios sobre el parecido con las chicas, tampoco parecía que le ofendiera, y eso encrespaba a Don Casiano.

La casa deslumbró mis sentidos. Desde el principio del camino no parecía, en absoluto, lo que en la inmediatez se descubría: Las paredes perfectamente encaladas. Una puerta grande de madera noble centrada en la fachada principal y cuatro ventanas alargadas con rejas de forja sobresalían enmarcadas con los dinteles pintados en un tono ocre como el albero, al igual que la molduras de la puerta. En la parte alta una pequeña ventana encima de la puerta que hacía la función de tragaluz.

Era una típica casa de cortijo, seguro que fue de algunos labriegos pudientes.

Por su arquitectura original podría tener unos ciento cincuenta años o quizás doscientos. Lo único que desentonaba era la cubierta, estaba casi

completamente revestida de placas solares, dejando ver solo una zona de teja árabe. La casa estaba orientada con la fachada principal al oeste. Podía resultar extraño, porque las casas de campo solían orientarse con la fachada al sur y la parte posterior, donde se ubican los corrales y las estancias de las bestias, al norte.

- ¡Corre, corre que nos pilla! Me gritaba Leo desesperado.

Yo corría con todas las fuerzas que podía, sabiendo que en el mejor de los casos, si me agarraba, no me libraría de una paliza por el perseguidor y probablemente de una buena tanda de “sopapos” por parte de mi padre si se enteraba.

Atravesamos corriendo el huerto pisoteando matas. Leonardo con el instinto innato de supervivencia, fue corriendo hacia las higueras, que tupidas desde el suelo nos ocultaban del perseguidor, que no era otro que el capataz de la finca, todavía joven y fuerte para poder sacarnos el hígado por la boca corriendo detrás de nosotros.

- ¡Os cogeré! ¡Cabrones! Por vuestros muertos que os cogeré.

Nos gritaba tanto y nos amenazaba de tal manera que más corríamos.

Leonardo se adentró en el maizal y le perdí la vista. Iba entrar justo por detrás de él cuando pensé que era mejor entrar por otro sitio; si acaso el capataz nos seguía y se tenía que decantar por una entrada que quedaba visible en el maizal, las posibilidades que cogiera a los dos serían menos. Aunque al ser yo el último en entrar era más fácil que me persiguiera a mí.

Una vez oculto en el sembrado no tuve más remedio que aminorar el paso por la espesura hasta andar en vez de correr. Iba despacio para mover muy poco las mazorcas que podían delatarme por donde iba.

No escuchaba nada, solo mi corazón golpeándome desde el pecho hasta las orejas.

Miré el sol e intenté orientarme; no fuera a salir de aquel tupido laberinto por el mismo sitio que por donde entré y me encontrara al iracundo perseguidor.

Leonardo y yo solíamos algunas tardes hacer nuestras correrías por las fincas y huertos que rodeaban al pueblo. Poníamos lazos para los conejos, buscábamos nidos, y los huevos si estaban recién puestos los cucábamos y sorbíamos la yema.

Aquel día nos encontramos una escena inusual, y para nuestra corta edad era algo que no podíamos dejar de observar.

- ¡Joder con el capataz! Se la estaba follando.

- No, la guardesa se estaba follando al capataz. – Dijo Leonardo todavía con el resuello agitado por la correría-

- Estaban follando los dos. – repliqué -.

- No seas inocente Marcos, si ella no quiere él no moja, y si moja sin ella querer no es follar es violar.

Ante la aseveración de Leonardo me quedé contrariado. No pude replicarle. Pensándolo un poco, sólo un poco, tenía que darle la razón por mucho que mi orgullo se sintiera dolido por la evidencia de mi estúpida inocencia.

La guardesa, doña Teresa, estaba encima del capataz, cabalgando como una endiablada poseída, como si respirara por el coño y la verga del joven capataz fuera la cánula de oxígeno que le daba la vida. Sus nalgas orondas y blancas como un amasijo de harina para hacer pan se inflaban y comprimían como la papada de un sapo en celo. Arriba, abajo, arriba, abajo. Como la bomba de inflar las gomas de las bicicletas.

Leonardo se masturbaba; tenía la polla tiesa, la agitaba con rapidez y disimulo. Yo miraba absorto la escena sin darme cuenta de la frenética actividad de mi amigo. Me aparté un espacio de él; me daba con su codo en mi costado. Me incomodaba en aquella estrechura de espacio que disponíamos para mirar por las rendijas de la puerta; entonces le miré y me di cuenta de su excitación.

¿Tú qué pasa, no estás cachondo? ¡Menéatela! – me dijo Leonardo susurrando sin dejar de mirar la escena con los ojos abiertos como platos - Me estaba desabrochando el pantalón haciéndole caso a mi amigo, aunque no estaba excitado, sólo perplejo, asombrado e incluso escandalizado, cuando en ese preciso instante, creo que fue Doña Teresa, soltó un pedo, y no pude reprimir una carcajada que nos delató.

- Sígame por favor. – me dijo Jamal una vez que salí del Jaguar -

La mujer y el hombre que estaban esperando se fueron a una indicación de Jamal, al instante de haberme saludado. Después pensé que quizás estaban allí para ayudarme a subir un posible equipaje e indicarme la habitación donde tendría que hospedarme. No hizo falta, no era mi intención alojarme allí. Además tampoco Leonardo me lo había propuesto, así que hubiera sido un exceso de confianza y una falta de decoro haberme invitado a mí mismo sin que él, Leo, me hubiera hecho la más pequeña proposición. Pero si estaban allí era porque así se lo habrían indicado. Desde luego todo este protocolo me estaba resultando sorprendente. No lo hubiera imaginado jamás.

Después de subir detrás de Jamal cuatro escalones de granito, preciosamente gastados por el tiempo, atravesamos un porche circundado de arriates y algunos macetones con rosales, geranios y plantones de naranjos. Al llegar al portalón del ala de la casa, Jamal me esperó, entornó el portalón de madera y me invitó a pasar.

Jamal me adelantó, se acercó a un lateral de la estancia próxima a la puerta donde estaban los interruptores e iluminó la estancia.

La chimenea enorme destacaba aunque estuviera comprensiblemente apagada, pues aunque eran los albores del otoño el frío no había entrado aún. Un buen tronco de encina, difícilmente abarcable, la copaba.

- Siéntese aquí, enfrente a la chimenea.

Me indicó un sofá de piel, enorme y de color castaño, flanqueado por dos sillones iguales como si fueran unos escoltas.

- ¿Qué le apetece, vino, un refresco, cerveza?

Todo resultaba sorprendente. Nunca habría podido imaginar que Leo, aquel muchacho tímido, introvertido y poco conversador, que aunque destacara como líder en la escuela y en la calle, hubiera podido llegar a poseer el nivel de vida que estaba presenciando.

- **Un vino, sí un vino, es buena hora para tomarlo.**

- **¿Tinto, Blanco, Rosado?**

- **Tinto mejor, sí, si puede ser tinto.**

- **Como no; Jerez, Oporto, Ribera, Burdeos... ¿Algún otro?**

- **No sé, da igual, dime cual tienes abierto; para una copa no vas...**

- **Están todos dispuestos para descorchar. – No me dio tiempo a terminar cuando con su eterna sonrisa aprovechó mi pequeña indecisión para decirme que sí o sí, traería una botella por descorchar. Nunca hubiera pensado que un árabe llegara a hacer de buen sumiller**

-

Era deslumbrante; el momento, el espacio, la atención. Estaba absorto, embelesado, un poco incómodo, quizás ante la sorpresa del exceso de lujo y atención, pero gratamente sorprendido.

Jamal me miró, por supuesto sonriendo, creo que consecuente de mi estado. Arqueó las cejas y con leve movimiento de cabeza me indicó:

- Creo que es buena hora para tomar un oloroso de Jerez ¿Le parece bien?

Qué podía decir, cualquier opción era buena.

- **Perfecto, un oloroso. – la verdad es que en ese momento y a esas horas, si estuviera en Francia, lo más probable es que estuviera tomando un buen tinto joven de mi comarca de la Dordogne. Aunque aquí en Andalucía y con 25° a la sombra en las fechas que son, bien me hubiera tomado una cervecita bien fría. Cualquiera rompía el protocolo de las maneras de un lugar y una atención de tan alto copete.-**

- **Ahora se le sirve. El señor le recibirá en breve. – y Jamal, como Pedro Navaja, alumbró toda la estancia con su sonrisa y se dio media vuelta despidiéndose haciendo una muy leve reverencia.-**

Me recliné sobre el sofá, apoyando mi espalda completamente sobre el respaldo mullido y tenso que emanaba el fresco acogedor de la piel. Levanté la mirada y empecé a observar aquel hermoso salón. Seguro que había sido en sus orígenes el almacén de aperos y carruajes, quizá también

se usara parte de granero donde se guardarán la producción de aquel cortijo. Ahora estaba restaurado en una especie de salón multiusos. Así a ojo, podría tener unos doscientos metros cuadrados. Rectangular, con dos chimeneas equidistantes de las esquinas en la pared frontal a la puerta. Estaba dividido parcialmente por un gran mueble a dos caras con forma de “T” con estanterías, vitrinas y cajones en ambos lados; en la confluencia con la pared frontal a las chimeneas se prolongaba en ambos lados continuando el mueble hasta casi llegar a las chimeneas.

En el ala derecha del salón desde la entrada, la ocupaba gran parte del centro una gran mesa que podía acoger unos veinte comensales; junto a ella sobre la pared un mueble para, imagino, guardar las mantelerías, las vajillas y cuberterías. Desde ese salón que ocuparía un tercio de la estancia, se accedía a la casa a través de una pequeña puerta, supongo que abierta posteriormente, pues se apreciaba el grosor de los muros, bastante más anchos que los de la nave-salón.

Las paredes enlucidas con un picado rústico y apropiado para el sitio, pintadas en salmón amarillento, contrastaban con adornos de aperos de labranza antiguos y herrumbrosos anclados con grandes alcayatas. El techo a dos aguas con las originales vigas y las cerchas de madera también vistas, forrado de tarima en color nogal, igual que el suelo.

Era obvio que Leonardo no era cazador, no aparecía ningún trofeo típico de estas estancias: cornamentas y cabezas de venados, o de corzos, jabalíes o cualquier animal inocente e incauto que ante el rifle de un cazador habría terminado disecado para prolongar su muerte en una inerte pero perpetua e indolora agonía para solaz y orgullo del que lo abatió. Algo que suele ser muy frecuente en salones de este tipo.

La parte izquierda del salón ocuparía dos tercios del total.

¡Hay que ver con Leo! No ha perdido el tiempo, sabe alemán y hasta italiano. – Dije para mí ante aquella gran librería repleta de volúmenes, donde yo en ese momento era el único y privilegiado ojeador. -

Saqué algún que otro libro del estante y empecé a hojearlos. Los libros alemanes eran casi todos de física, mecánica y electricidad. Muy técnicos todos. Más miraba, más alucinaba. Como el alemán sólo lo entiendo el muy básico por señas, empecé a echarles un vistazo a los italianos, que entre mi francés y mi español, me resultaba más fácil de comprender. Éstos eran de diversas materias: novelas, libros de historia y también algunos biográficos. Eché un vistazo a uno de Marconi, con las tapas duras y una foto en portada de él y su invento más relevante: la radio. Cogí el libro y me lo llevé al sofá.

La estancia estaba cálida aunque ninguna de las chimeneas estaban encendidas, y es que el sol de octubre entraba por los ventanales

iluminando y caldeando el lugar de una forma tan natural que hacía que el ambiente, sin apenas luz artificial ni estando prendida la leña, fuera muy agradable y acogedor.

De todas maneras el sol que entraba por las ventanas, y más teniendo en cuenta que las dos chimeneas estaban apagadas, no era suficiente para calentar de ese modo un espacio tan amplio y con techos altos. Pronto advertí por mis pies que el suelo tenía una calefacción radiante interior. Cosa de la que me cercioré cuando no pude contenerme y palpé el suelo con la mano y noté como éste desprendía un ligero calorcito.

Escuché murmullos y pasos por detrás de la librería que hacía de biombo separador de la estancia.

- ¿Dónde estás granuja? ¡Compañero de fechorías! No me estarás robando nada. ¡Ah! Con que ya te estabas guardando el libro de Marconi, el usurpador del invento de la radio.

Me levanté sorprendido con el libro entre las manos y sin esperarlo Leo me dio un abrazo que hacía tiempo que no me daban. A mí estuvo a punto de caérseme el libro de Marconi, y a él sí que se le cayó un bastón que llevaba. No lo soltó mientras me abrazaba, pero al final no pudo impedir que acabara en el suelo. Hice por cogerlo y me detuvo:

- Déjalo ahí, que de ahí no pasa. Ése es ahora mi fiel y maltratado compañero de andanzas.

Jamal lo recogió rápido y lo dejó sobre el reposabrazos de uno de los sillones.

Detrás de ellos, una joven perfectamente uniformada traía una bandeja con una botella que según rezaba en su etiqueta se llamaba “Cuco Oloroso de Sanlúcar”, y un plato de jamón con una pinta de ser de lo mejor de Jabugo. Jamal se retiró y Leonardo que todavía me seguía agarrando el brazo con fuerza le dijo a la joven asistente:

- Cinta, no te preocupes, deja aquí en la mesa la bandeja que yo abro la botella y le sirvo a mi amigo.

Leonardo cogió la botella me miró y sonriendo me dijo:

- Está bien este vino o prefieres un Burdeos, aunque por allí te tienes que poner tibio. Tengo por aquí algo especial, un par de botellas de Chateaux Margaux de muy buena añada ¿Hace?

- ¡Joder Leonardo! ¿Chateaux Margaux?. Anda déjate de delicatessen y abre el oloroso...

- ¿Seguro Marcos? Bueno, ya daremos cuenta del “Margaux” otro día. Ahora que estás aquí, so cabroncete, tendremos ocasión de descorcharlas.

Cinta sonrió, extendió un mantelito sobre la mesa y puso la botella, el plato de jamón, los catavinos, el sacacorchos y una cestita con rosquillos.

- Hay que ver el caso que me hace el personal, - dijo Leo sonriendo. ¡Venga muchacha! No pierdas tiempo y vete a ayudar a Candela a preparar la comida.

Ella sin dejar de sonreír se despidió lanzándome una mirada de complicidad.

- Qué alegría me da verte Marcos. ¿Cuántos años? No, no me lo digas, ni eches cuentas. Mi madre, que en paz descansa, me dijo que fuiste a casa a preguntar por mí, pero de eso hará... ni se sabe. Yo estaba embarcado por África, después por Argentina, y desde que murió ella vine muy pocas veces. Hasta ahora, que ya llevo aquí unos cinco años.

- Sí, es cierto, fui un par de veces o tres, en la última me dijeron las vecinas que tu madre estaba muy enferma. No la quise molestar. De eso hace bastantes años, y que tú habías embarcado para Argentina hacía unos meses. Desde que me fui a Francia, por una cosa u otra, nunca coincidimos en el pueblo.

Leonardo cogió el sacacorchos y abrió la botella. Lo sirvió en los catavinos, me ofreció uno de ellos y me dijo:

- Este vino te va a gustar. Vamos a brindar por nosotros, por nuestro tiempo pasado, por el de ahora mismo y por el tiempo que tenemos que ganar.

Alzamos las copas, nos miramos a los ojos y Leonardo sonrió abiertamente pleno de satisfacción.

- ¿Qué te parece? A que está bueno. Pues prueba el jamoncito.

El caldo de Sanlúcar, antes de beberlo, al aproximarlo a los labios, me invadía de aromas frutales y oleaginosos desde las fosas nasales por el interior del entrecejo hasta llegarme a la coronilla.

- Te vas a quedar a comer, que nos están preparando algo tan rico que se te van a caer las lágrimas por no podértelo comer todo. No me pongas ninguna excusa, porque no la tienes, y si la tuvieras no te la admito.

- Qué puedo decirte... no, no tengo ninguna, ni buena ni mala.

Leonardo seguía con su sonrisa, una sonrisa que pocas veces esgrimí cuando éramos jóvenes.

- ¿Leonardo, cómo te has enterado que estaba aquí?

Sonrió hasta reírse, me miró fijamente y me dijo:

- A mí se me escapan pocas cosas, además este pueblo no es precisamente New York. Así que no es muy difícil enterarse de quien viene, quien va y por dónde anda.

Su contestación no calmó mi incertidumbre. Por supuesto que el pueblo no era New York pero había duplicado con creces los habitantes desde que partí con mi familia. Además siendo un pueblo con un fuerte sector agrícola y pegado a la costa; el devenir de forasteros, bien por ocio o trabajo, era una circunstancia que hacía difícil de entender que pudiera tener noticias de

mi visita, y más si ya apenas me conocía nadie en el pueblo, exceptuando mis pocos parientes.

- ¿Te acuerdas de Miguel “el Cajirón”?

Me preguntó Leonardo mientras me acercaba el plato de jabugo.

- Ahora mismo no caigo. – apreté los párpados y fruncí el ceño para recordar -

- ¡Sí hombre! Cómo no te vas a acordar; estuvo con nosotros en la escuela y su hermana se llamaba... bueno, se llama Blanca, que nos tenía a todos coladitos.

- Sí, ya me parece que voy recordando –le dije sin ninguna seguridad de ello para que no siguiera insistiendo y fuera al grano.-

Pues él, “el Cajirón”, te vio en un bar del pueblo, en el bar El Camino tomando café, y aunque estaba seguro que eras tú, no te saludó. Ya sabes, se cortaría en decirte nada después de tanto tiempo.

Entonces éste fue el que te lo ha comentado. –le dije un poco asombrado por las circunstancias que me relataba y cabreado conmigo mismo por no recordar ni reconocer en el bar al tal “Cajirón”.

- Sí, él viene por aquí de vez en cuando a echar algunas “peonás” a los frutales o encargarle alguna chapucilla de albañilería. Casi siempre que viene me acerco a saludarles a él y a la cuadrilla que trae, y para indicarles lo que quiero que hagan. Ha estado aquí hace tres días y me comentó que le parecía haberte visto, vamos que estaba casi seguro que eras tú. Él sabe lo amigos que éramos. Lo demás fue fácil, llamar a los hoteles, que tengo mis contactos en casi todos, y preguntar si estabas alojado en alguno.

Cogí otra loncha de jamón y me quedé meditabundo intentando recordar “al Cajirón” y a su hermana, supuestamente tan guapa, entre los anquilosados estantes de mi débil memoria. No, no acertaba a ponerles caras, ni cuerpos, ni momentos con ellos.

La memoria se ejercita viviendo en el sitio o acudiendo con frecuencia donde se estuvo, por eso creo que el mejor socio del tiempo es el espacio, tanto para recordar como para olvidar. La ausencia del tiempo en el espacio hace que la memoria se pierda como el humo de un cigarro, quedando aromas del tabaco pero no la evidencia física del humo. Estaba asombrado cómo me pudo reconocer después de tantos años el tal “Cajirón”.

- ¿Y en Bergerac qué tal? – Me preguntó Leonardo mientras daba un sorbo al vino –

- Bien, muy bien. Tengo amigos, buenos amigos. Y la vida me ha ido bien; he sido feliz. Pero mi compañera falleció, te puedes imaginar, ahora se me cae la casa encima.

- ¿Fumas? - Me preguntó Leonardo desviando la conversación a un punto menos triste.

- **No, lo dejé hace diez años y tres meses.**
- **Hiciste muy bien. Yo sólo fumo algún que otro puro en momentos especiales. Hoy me fumaré uno.**

- **Bueno, un puro sí me puedo fumar para acompañarte. Ya sabes, por festejarlo. –le dije entre risas.**

Sólo quedaba una loncha de jamón sobre el plato. Sea jamón, gambas, croquetas o cualquier vianda solitaria sobre un plato, la última que queda suele ser aquella que peor presencia tiene, por color, tamaño, textura, corte, etc.

El ser humano inconscientemente – creo que en el mundo animal, con conciencia – va eligiendo aquellas presas con mejores características y desechando las peores, por si acaso... La última loncha de aquel estupendo jamón tenía más tocino que las demás, pero seguía estando exquisita como el resto de las demás lonchas.

- **Venga Marcos, coge esa última que te está mirando. – Leonardo me acercó el plato.**

- **Gracias. No te la voy a despreciar; por ser tú y por ser el jamón que es.**

- **Ja, ja, já. Ya veo que tus años en Francia no han impedido que reconozcas un buen jamón.**

Resultaba irreal que dos hombres nacidos y criados en un pueblo del Golfo de Cádiz habláramos con acentos que muy poco recordaban al andaluz occidental. Leonardo con un moderado “deje” argentino. Mi acento afrancesado era más fuerte. Pero la gracia y la alegría de esta tierra fueron con nosotros allá donde fuimos, y a pesar de tantos años fuera y la lejanía de nuestra cuna, la retuvimos.

Leonardo me miró a los ojos detenidamente. Aquella mirada penetrante, incisiva, a pesar de sus pequeños ojos marrones no había cambiado un ápice de la de sus años de adolescente. Después de respirar profundo me preguntó:

- **¿Cómo llevas estar sin Marguerite?**

Un escalofrío me recorrió el cuerpo desde los pies a la cabeza. La pregunta me sorprendió hasta estremecerme.

- **¿Cómo lo sabes, cómo sabes su nombre? –le pregunté desconcertado ante su conocimiento sobre mi vida, que, sin duda, era mayor que el que yo podía tener sobre la suya.**

- **Marcos, tú fuiste mi mejor amigo: jugamos, correteamos y gamberreamos por las calles y los campos del pueblo desde que apenas empezamos a andar hasta que te marchaste. Recuerda que incluso los primeros años nos escribimos algunas cartas. Por navidades nos felicitábamos, y por los cumpleaños, hasta que perdimos con el tiempo esa buena costumbre ¿Sabes una cosa? Las tuyas, las ocho que me mandaste, las tengo que tener guardadas por algún sitio del escritorio.**

Siempre le decía a mi pobre madre que se informara por ti cuando viera a tu tía, y eso era fácil viviendo cerca. Ellas habían sido vecinas y amigas en la infancia, así que cuando veía a tu tía y a tu prima también, les preguntaba por tu familia y en particular por ti.

Sabes bien que tu tía os quería, bueno, os quiere, y os hacía mucho de menos. Para ella era una alegría y se mostraba orgullosa de que la vida os fuera bien en Francia. Por eso era fácil que se explayara hablando de vosotros.

Tuve que levantar el catavinos y beber un sorbo del oloroso para poder enmascarar como se me humedecían los ojos y me sacudía un ahogo de emoción. Leonardo siguió hablando, y yo disimulando y reprimiendo las lágrimas que querían saltar como gotas de agua en aceite hirviendo.

- Fue de este modo como fui siguiendo tu vida desde la distancia. Cuando mi madre murió fue mi hermana la que preguntaba, que aunque no tenía tanta confianza con tu tía y le incomodaba un poco, la convencí de que me hiciera el favor de interesarse por vosotros. Pero tú ya no te acordarás; me mandaste una foto en la que estabas con ella, con tu Marguerite, cuando empezasteis a salir.

No, no lo recordaba, pero así y todo, seguía sorprendido. Si bien en vez de por el hecho de que conociera bastante mi vida, era por el interés que había puesto en ello durante tantos años, cosa que desde luego yo no hice tanto por la suya.

- No lo llevo bien. Marguerite fue mucho para mí, todavía lo sigue siendo. Pienso, hasta hablo con ella, como si estuviera. A veces creo que está.

- Lo siento Marcos. Entiendo por lo que estás pasando, pero tienes que superarlo.

- Por eso estoy aquí, Leonardo. Se me hace difícil seguir en Bergerac, y a la vez seguir en cualquier sitio donde estuve con ella, pues allí es donde todavía captó su aroma, su presencia, sus risas y sus caricias. Aunque en cualquier sitio en el que no estuve jamás con ella, pequeños detalles o el parecido de otras mujeres, me hacen recordarla. Y no es que quiera olvidarla, eso jamás, aparte de imposible, pues aunque tuvimos ratos amargos y complicados, lo normal, que infringen la paz y felicidad en una pareja, si se superan unen mucho más. Por supuesto los momentos dulces fueron tan felices que cubren hasta los peores sin esfuerzo alguno. Hasta la mayoría de los momentos que compartimos, que fueron, por decirlo de alguna manera “normales”, cotidianos y monótonos los añoro como no te puedes imaginar. Ya daría yo lo que fuera por vivir de nuevo con ella alguno de los angustiosos momentos que padecimos juntos.

¿Y tú? – le pregunté a Leonardo – Apartó la mirada perdida en algún o ningún lugar de la estancia. Me miró expresando que no sabía qué era lo que le quería decir, hasta que cayó en ello. Quizás estaba ensimismado en recuerdos o pensando sobre alguna de mis frases.

- ¡Ah! ¿Mujeres? Pues muchas y ninguna. Al poco tiempo de irte a Francia empecé a salir con una chica que conocí en las fiestas del Carmen en Isla Cristina. No me aguantó dos mareas. Y eso que estaba loquito por ella y ella juraba que por mí.

- ¿Qué quieres decir? –pregunté desde mi ingenuidad de tierra adentro.-

- Pues eso Marcos, que estuvimos saliendo casi un par de años. Yo besaba el suelo que ella pisaba, y no me imaginaba a otra mujer como madre de mis hijos. Pero cuando volví de mi segunda marea y puse pie en tierra, enseguida me contaron que se había casado embarazada hasta las orejas. Me partió el alma y todos mis sueños.

Aquello curtió mi corazón, y empecé a ver otra relación con miedo y desconfianza, y más siendo marinero. Desde entonces, lo que te he dicho; muchas en puertos y ninguna en casa. Aunque ahora sí te puedo decir que ninguna. Con la edad se va perdiendo el deseo, y si deseo a alguna, no son precisamente de mi edad. – esto lo dijo guiñando un ojo y con una expresión pícaro.- Y la verdad, este viejo cojo, aunque le gusten las mujeres y mucho, no quiere hacerse acompañar por una mujer joven que me aprecie más por lo que tengo que por lo que soy. Han sido muchos años solo, soltero, y tú bien sabes que a cierta edad y sin costumbre de haber convivido con ninguna mujer más de unos días, se hace difícil ceder parcelas de libertad y adquirir compromisos, aunque se compense con momentos de cariño que rompen la soledad felizmente.

Aunque bien sabes que una mujer te puede romper la felicidad de cualquier manera: de la mejor y de la peor. Es cierto que con los años, los que no hemos estado acostumbrados a compartir cama, tareas y mesa, sinsabores y alegrías con una pareja nos volvemos un poco egoístas y difíciles de convivir.

No lo echo de menos, me encuentro muy bien; tengo a “mi gente” como yo les llamo, que les quiero, creo que me quieren, por lo menos eso quiero pensar. Todos los que me acompañan en la finca son como mi familia. No te creas que fue fácil hacerse de gente trabajadora con buen carácter y buen corazón; esto último es lo principal. Lo conseguí y se puede decir que estoy contento y feliz.

- ¿Y con Candela? - No pude contener la curiosidad. Candela era como la ama de llaves. La vi cuando la muchacha, Cinta, entró en el salón con la bandeja de jamón. Ella, Candela, desde la puerta que da a la cocina se asomó mostrando sólo la cabeza y parte de su hermoso

cuerpo, dejando ver parte de las caderas y una pierna bien torneada con unos finos tobillos detrás del quicio de la puerta. Y fue cuando me quedé prendido de esa cara limpia de rasgos suaves que aún se hacía más atrayente, con una sonrisa dulce, tímida y que se apreciaba sincera, adornada con unos hermosos ojos negros. ¡Qué importante es la manera de sonreír! La importancia de la sonrisa es primordial en la comunicación, pero el abuso de la misma en cualquier circunstancia es prostituirla, perdiendo el valor de sugestión que implica la sonrisa espontánea que surge de un buen corazón. No la que se esgrime para enmascarar intenciones que proceden de otras vísceras que nada tienen que ver con el alma y el corazón.

- ¡Qué cabronazo eres! Ya me he dado cuenta de que se te ha caído la baba cuando la viste asomarse a la puerta de la cocina mientras Cinta nos servía el jamoncito. Pues no, no hay nada, solo un afecto fraternal. Y no es que no me guste como mujer, pero tengo muy claro hasta donde llego y lo que quiero.

No puedo ocultar que aquella contestación me hizo fijarme en Candela con más interés.

- Bueno, Marcos, como todavía es temprano para comer te voy a enseñar la finca y el cortijo, así nos entretendremos y hablaremos un rato. Apura el vino, que nos vamos.

Leonardo cogió el bastón y se encaminó hacia la puerta que accedía a la casa, a la parte más antigua de ella. Me indicó que le siguiera, y detrás de él atravesé la puerta de acceso que franqueaba un muro amplio, como de un metro de espesor. Pasamos a la cocina, grande, equipada perfectamente con muebles rústicos y electrodomésticos muy actuales. Saludó a Cinta y me presentó a Candela. Leonardo me miraba de reojo mostrando una pícaro sonrisa. La reconocí, o eso me parecía a mí; su cara me resultaba familiar, como si la hubiera visto antes en algún lugar. Se lo comenté a Leonardo y me dijo que era imposible pues ella no había nacido cuando partí para Francia, y en los días en que yo llevaba por aquí, ella no se había acercado al pueblo. Además había vivido unos años fuera de esta zona, en el Puerto de Santa María, así que era muy difícil, imposible que la reconociera. Hay personas que nos sorprenden al verlas por primera vez, como si no fuera eso; la primera vez que la hubiéramos visto. Con Candela me impresionó esa sensación. Quién sabe si quizás no la haya visto en sueños o, como creen algunos, en otras vidas.

- Cinta, tú ya le conoces, pero tú no Candela; Marcos es mi mejor amigo de la infancia y de mis años de muchacho, de mis años en tierra, pues justo cuando el partió para Francia, al poco tiempo, me embarqué.

Cinta estaba con las manos mojadas de echar gambas en una cazuela con agua hirviendo, así que me hizo un gesto de no poder acercarse en

ese momento. Candela que en ese momento tenía las manos desocupadas se acercó a saludarme. No me atreví a besarla en la mejilla cuando me dio la mano, y juro que me arrepentí, porque me dio la impresión que ella acercó su cara. Quizá fue una ilusión de mis sentimientos, quizás de mis instintos ante un movimiento imperceptible. Al momento capté que ya iba a ser difícil que nuestras mejillas sintieran los labios del otro. Estaba confundido...

-¿Cómo va esa estupenda comida que nos estáis preparando? Que tenemos que resultar unos buenos anfitriones, que el señor viene de Francia y es allí donde dicen que surgió la cuna de la mejor cocina, y siguen creyendo que es así. Ya sabéis, tiene que salir de aquí dudando de ello.

Leonardo me hizo una mueca burlona, como si yo no estuviera de acuerdo con su apreciación gastronómica. Cinta se acercó a darme la mano y me acercó la cara con la ingenuidad, creo, de una joven resuelta y simpática; así que no tuve otra opción que besarla en la mejilla. Cinta, que era muy joven, sonrió resuelta y con desparpajo mirando a Candela, una mujer madura, de unos cuarenta y largo, quizás en los cincuenta pero muy bien llevados. Candela se puso roja como un tomate, ante las risas de la muchacha por el comentario de Leonardo:

- ¡Mira el bribón! No pierde la oportunidad de besar a una mujer bonita. ¿Y a Candela, no la besas?

Muy pronto, demasiado, se me dio la oportunidad de besar a aquella mujer, a la que hacía unos instantes pensé que había perdido la ocasión de sentir su piel clara y suave junto a mis mejillas. Las mujeres rieron; Cinta más ruidosamente. Ahora el que se ruborizó fui yo. A mis años. ¡Que jodío Leo!

Salimos de la cocina y accedimos a la entrada de la casa; enfrente estaba la puerta principal con un vestíbulo acristalado, igual al de la estancia en donde me había recibido. Daba al exterior, y justo a la derecha de la puerta de la cocina estaba un salón que hacía las veces de comedor y sala de estar. Leonardo me señaló la mesa que estaba ya preparada.

- Ahí es donde te tienes que comer todo lo nos pongan - dijo Leonardo señalando con su bastón la mesa preparada con dos servicios sobre dos manteles de lino bordados con cenefas florales en el contorno del mismo; con sus platos y cubiertos perfectamente ordenados, como mandan los protocolos de los restaurantes de reconocido prestigio. Un centro de flores secas de múltiples colores con dos velas en el centro daba un toque cromático que armonizaba la composición.

- Anda y sígueme. No pierdas de vista el bastón, no te tropieces con él y me hagas rodar como una pelota.

Atravesamos el hall o el zaguán, como se dice aquí en mi tierra, dejando a la izquierda una escalera de cantería de dos tramos y descansillo que subía a la planta alta. Accedimos a un pasillo amplio con puertas a los dos lados.

- Estas dos puertas primeras de la izquierda son las de los aseos, puedes entrar en el que quieras cuando lo necesites. Esta puerta – la abrió mientras me lo comentaba- es la de mi estudio, algunos les llaman despacho, pero a mí, que soy más moderno, no me gusta llamarlo así porque no me gusta “despachar” a nadie.

Riéndose por el comentario, enseguida cerró la puerta. Apenas pude verlo; aprecié que había una puerta en el fondo del estudio, y alrededor de ésta y en la otra pared que pude ver desde mi perspectiva había estanterías repletas de libros y alguna que otra fotografía. En medio de la sala, una buena mesa-escritorio con bandejas soporta papeles y una pantalla de ordenador.

- La siguiente puerta de la derecha es mi dormitorio, la de la izquierda es el dormitorio de Candela, y la del fondo, baja al sótano donde están los acumuladores de energía de las placas solares que supongo habrás visto en la cubierta y detrás de la casa.

Le dije que sí, que había visto las placas. Deduje que la puerta que había visto al fondo del estudio comunicaba con su dormitorio. Ya no me mostró más, me indicó que en la planta alta estaban los dormitorios de huéspedes ocasionales.

- Venga, te voy a enseñar la finca, verás cómo te gusta. Vamos a montarnos en un coche que con mi cojera no estoy para andar mucho.

- Bueno, dime qué es lo que te pasó en la pierna. No sabía nada.

- Un accidente, un estúpido accidente que me destrozó la pierna y me descubrió el alma. Así que como dice el refrán, “no hay mal que por bien no venga”.

- ¿En la mar? – le pregunté esperando un sí por respuesta, pues era lo más lógico.-

- No, en tierra. Ya te lo contaré más adelante, que es largo. Ahora vamos a lo que vamos.

Zanjó el tema y no volví a preguntarle sobre ello. Salimos por la puerta de la cocina que daba al exterior y nos dirigimos a unos aparcamientos donde había varios vehículos: tres utilitarios –imagino que de los trabajadores- una furgoneta, un pequeño tractor, un quad y un pequeño Toyota todoterreno. El Jaguar estaría dentro del garaje.

Leonardo levantó la cabeza al cielo varias veces oteando los cuatro puntos cardinales, como si buscara alguna nube, algún pájaro o algo que no quiso precisar cuando le pregunté; diciéndome que es costumbre, una manía que tiene. – Con el tiempo supe el porqué - pasó por detrás de la cubierta de los aparcamientos indicándome que le siguiera. Me mostró un hermoso huerto donde entre algunos frutales dispersos tenía liños de diferentes cultivos:

berenjenas, lechugas, calabacines, tomates, patatas, pimientos y algunas coles, calabazas y repollos. Todo el huerto rodeado de matas que según me dijo eran la botica que precisaba para sus achaques y dolencias. Apenas los podía identificar por las matas, pero él me fue indicando. En un extremo del huerto había un pozo artesiano, tenía que ser muy antiguo, con el brocal encalado y tapado con una plancha circular de acero con bisagras en el centro.

- Aquella casita es la de los guardeses, – Me indicó una casa que estaba a unos cincuenta metros del cortijo, a la vera del huerto.- Llevan aquí más tiempo que yo, pues cuando se adquirió el cortijo entraron en el lote –dijo riéndose- .Estaban con los antiguos propietarios que apenas venían por aquí, y como el cortijo era de varios hermanos, ya mayores, decidieron venderlo para no pasarles un problema de herencia a los hijos de unos y otros. Los guardeses son mayores, pero se conservan bien y son agradables. Realmente fue un activo cuando se decidió comprar. Alfonso conoce el campo como los pájaros, prepara el huerto, echa una mano a Jamal en el mantenimiento de la finca y del cortijo. La mujer, Angustias, también mantiene el huerto y las gallinas. – Me señaló un pequeño corral con un chozo de bloques donde también criaban conejos – Volvió a mirar el cielo.

Me llamó un poco la atención que dijera “cuando se adquirió el cortijo”, utilizando una expresión que me hacía entender que quizás no fuera él sólo el que lo compró.

- Estás muy callado Marcos, tú que siempre hablaste tanto. Vamos, monta en el coche que demos una vuelta por la finca.

- Qué quieres que te diga, los años nos habrán cambiado: tú apenas hablaba cuando éramos unos chiquillos, y yo todo lo contrario. Leonardo, estoy contento por lo bien que te lo has montado. Me está gustando mucho lo que estoy viendo.

- Bueno, a ti tampoco te ha ido mal. Eso es lo que se dice en tus dos pueblos: aquí y en Bergerac.

Lo dijo con una expresión que llegó a intimidarme ¿Cómo sabía tanto de mi vida?

Nos dirigimos en el Toyota hacia una loma dividida por el camino que transitábamos. En lo alto de ella estaban las tres torretas con los aerogeneradores, y a un lado y a otro del camino el campo se parcelaba en diferentes cultivos que Leonardo me iba detallando: naranjos, limoneros, nectarinos, granados, nísperos, aguacateros, membrillos y demás frutales que no recuerdo. La mayor parte del campo, el cultivo principal, estaba sembrado de vides que haría apenas una par de semanas habrían sido vendimiadas.

- Leonardo, ¿cómo es que tienes tanta diversidad de plantaciones?

- Pues por cabezonería, ya sé que no es lo más propio en la agricultura moderna, que generalmente son monocultivos, pero ¿Sabes una cosa? Cada día me alegro más de haberlo hecho así. Intento, a duras penas, que la finca se mantenga con la explotación y que el rendimiento de la misma dé para pagar los costes y al personal. Es difícil, más de lo que te puedas imaginar; los precios fluctúan de tal manera que lo que ayer era muy rentable, mañana es ruinoso. Si voy escapando es precisamente por haber diversificado, aunque los costes de mantenimiento puedan ser mayores. Hoy son los distribuidores los que monopolizan los precios de compra, y su objetivo es comprar cada vez más barato y vender cada día más caro. Si hay un fruto que dispara la demanda en el mercado, los precios suben hasta cegar al agricultor, que empieza a sembrar más terreno de ese fruto, hasta que llega el momento que la oferta colapsa el mercado. Los precios, aunque al consumidor apenas se modifiquen, bajan tanto que la inversión inicial no ha compensado, y al final los únicos que han ganado han sido los pajarracos de los especuladores y los laboratorios que te ofrecen las plantas y los remedios para las plagas que sospecho son ellos mismos los que las provocan. Pero bueno, esa es la lucha que tengo. Ya no me preocupo tanto. Los agricultores formaron cooperativas de producción y no se dieron cuenta que lo principal era haber creado paralelamente cooperativas de distribución en plataformas próximas a los mercados principales para poder ofertar un precio más justo para el consumidor y para el propio agricultor. Después de todo el trabajo, el más duro, la guinda del negocio se le dejan a unos cuantos que dominan el mercado, simplemente ofertando precios y con una inversión ridícula comparada con la que tiene que hacer el agricultor. Son ellos los que juegan con el margen.

Desde que iniciamos este proyecto tuvimos claro que apostaríamos por una agricultura, como se llama ahora: ecológica. No me gusta ese término, pues en realidad no es otra que la agricultura de toda la vida; la de nuestros abuelos. Resulta complicado, bastante, por todas las trabas, tejemanejes y malas argucias de los intereses creados. Pero es muy gratificante que nuestros frutos son realmente saludables. Las semillas que utilizamos no son modificadas, nos ha costado mucho encontrarlas. Ahora casi todos los vegetales para el consumo están patentados por multinacionales, y los que no lo están se puede decir que están en el programa de no hacerlos accesibles. Sufrimos las plagas y enfermedades de los cultivos pero los solventamos, por lo menos lo intentamos, con los métodos tradicionales, que ya están dejando de ser precisamente eso, tradicionales. No contaminamos el ambiente con pesticidas, herbicidas, fertilizantes químicos; insanos y venenosos que a corto y a largo plazo, sólo acarrearán degradación y como consecuencia

enfermedad. Puedo asegurar que nuestros frutos son tan buenos para la salud como para el campo. Y ya lo decía Hipócrates, el padre de la medicina, hace milenios: “Que la comida sea tu alimento y el alimento tu medicina”.

Cada vez más, existe un público concienciado que demanda la calidad natural de los alimentos. Tienen que pagar un sobreprecio que no es tal, pues este alimento facilita salud y, por tanto, ahorrarse el enfermarse, que es lo más ruinoso que hay. Bueno, quien me ayuda y bastante en ello es Alfonso, un maestro como agricultor tradicional. Y Angustias, su mujer, un portento en cultivar y saber utilizar las plantas medicinales de toda la vida.

Mira allí ¿ves aquellos arbustos al final del huerto, a que parecen unas malas hierbas? Si supieras las propiedades que tienen... Bueno, ya te lo iré diciendo si te interesa.

- Claro que me interesa, cómo no me va a interesar. Siempre quiero aprender.

- Eso – me miró fija e inquietantemente a los ojos – es fundamental. Quien cree que ya lo sabe todo y no quiere o ha perdido el interés por conocer, es... ya sabes: Un gilipollas con D.O. Vamos, con denominación de origen de los talones a las orejas.

Cuando terminó la frase sonrió sin dejar de auscultar con sus pequeños ojos penetrantes mi expresión desorientada, y me dio un fuerte pero breve abrazo que me dejó aún más desorientado y aturdido, mientras soltó una de sus carcajadas para mí desconocidas en los tiempos que antaño convivimos. Pues él siempre fue más serio que el velatorio de un niño.

Realmente me dejó boquiabierto. Este Leonardo me estaba sorprendiendo en todas los aspectos. Nunca hubiera imaginado que llegara a este punto de conocimiento y desarrollo en todos los sentidos.

No, no tenía ni idea de lo que me esperaba: las sorpresas acababan de empezar.

Coronamos el cerro, nos bajamos del coche. La vista desde lo alto era espectacular: al sur, a nuestras espaldas, se veía parte de la explotación de viñedos y los frutales; al fondo el cortijo, y en el horizonte, entre dos colinas, a lo lejos, un trocito de mar se recortaba en un azul luminoso intenso sobre variedad de verdes y amarillentos. Al norte el camino empezaba a bajar; ahora toda la plantación eran vides. El camino terminaba en una nave que parecía querer estar oculta por unos altos y tupidos setos que sólo dejaban ver la planta superior. Rodeada de los viñedos, distaría unos trescientos metros de las lindes de la finca hacia el fondo y los extremos de la nave. Toda la finca estaba tapiada con bovedillas de hormigón, y en la parte superior de la tapia que alcanzaría más de dos metros se erguía una malla de alambre de acero y una cinta que me pareció

electrificada. Miré a Leonardo, y él captando mi asombro y sin empezar a decirle nada, advirtió mi pregunta antes de hacérsela.

- Aquella es mi ilusión, la mayor de mis ilusiones. Vamos, monta en el coche que te lo enseñe, que aquí nos vamos a quedar sordos con el ruido de los aerogeneradores.

Descendimos por el camino hasta aquella nave, que al igual que la casa, tenía toda la cubierta orientada al sur llena de placas solares.

- Eres un defensor de las energías limpias y renovables. No cabe duda.

- Pues sí, también fue algo que me impusieron, y también las circunstancias y la necesidad de ser coherente conmigo mismo. Ahora estoy más identificado y contento por la decisión de ponerlas.

- ¿Por qué te impusieron? –Le hice esa pregunta que ahora me resulta estúpida, muy estúpida.-

- Por todo; sé que hago un bien al planeta. Prácticamente somos autosuficientes y hasta cuando tenemos que recurrir, ocasionalmente, al generador de corriente del motor de explosión, también lo somos.

Eludió contestar a la pregunta de quién y el porqué se lo impusieron. Esto último; “también lo somos”, lo dijo mirándome guiñando un ojo, con una expresión de felicidad que inundaba toda su cara, como si esperase que le interrogara de cómo era posible. Eso lo deduzco ahora, en aquel momento no estuve ágil y además no me dio tiempo, pues llegamos a la nave. Ésta era de construcción reciente, de tendencia racionalista: paredes lisas de hormigón con falsos contrafuertes, ventanas de medio punto pequeñas en la parte superior, y más grandes, también de medio punto en la parte baja. Era de suponer que habría gente en el interior pues había tres coches y una pequeña furgoneta en la zona de aparcamientos del exterior.

- Buenos días, buenos días, - Leonardo alzo aún más la voz; gritó: - ¡Bueeenos díaaas!

- Buenos días don Leonardo, estoy aquí. – un hombre con una bata gris surgió del fondo de la nave; aquello indudablemente era una bodega donde se procesaba y almacenaba el vino de la explotación- .

- Anda, acércate, que te voy a presentar a un amigo.

- Marcos, aquí tienes a nuestro maestro bodeguero. – Noté afabilidad no exenta de respeto en el saludo de ambos.-

- Encantado.- me dijo el hombre extendiéndome la mano después de habérsela limpiado en un paño que llevaba en el bolsillo de la bata; era de manos sudorosas.-

- Pues nada, aquí estamos para que le enseñes la bodega a mi amigo.

La bodega estaba aún por hacer, tenía botas (barriles) hasta la mitad de la nave que se veía, pues el edificio estaba dividido en dos estancias por una pared que dividía más o menos por la mitad la superficie del mismo. Al otro lado estaban las tolvas, prensas y demás maquinaria que desconozco, pues me gustan los vinos, pero de su elaboración no tengo ni idea.

Marcos se excusó y desapareció por una puerta detrás de la sala de las máquinas, cuyas dependencias no me llegaron a enseñar, y claro, mi curiosidad innata y cotilla fue aumentando, y más cuando le dije al bodeguero que fuéramos a buscar a Leonardo, que teníamos que ir a comer como excusa para entrar donde no me había invitado entrar.

El hombre me fue enseñando la bodega. Me dio a probar una solera riquísima y me hizo oler, enjuagarme y beber algún vino que escanciaba, hasta que le dije que parara, que me iba a calentar, e insistí en ir a buscar a Leonardo, que se hacía tarde.

- No se preocupe, seguro que viene pronto. Vamos a que vea usted la planta embotelladora. –le noté nervioso cuando hice gesto de acercarme a buscar a Leonardo. Percibí claramente que no quería que traspasara aquella puerta por la que Leonardo entró por nada del mundo o él tendría un problema-.

Durante el tiempo que estuve allí no vi a otra persona que no fuera el maestro bodeguero y a Leonardo, aunque alguien más tendría que estar allí por los vehículos que estaban fuera.

Al tiempo salió Leonardo de la zona misteriosamente vetada a mi acceso y nos dirigimos de nuevo al cortijo.

- Bueno. ¿Qué te ha parecido? ¿Vas a felicitar a Candela y a Cinta por el almuerzo?

- Por supuesto, a ellas por ser unas estupendas cocineras y a ti por ser un magnífico anfitrión. Sí Leonardo, estaba todo riquísimo.

- Candela tiene una mano para la cocina que para sí quisieran muchos chefs de tu Francia y de nuestra España, pero sin mariconadas.-esto último lo dijo riendo abiertamente-

- ¿Y del postre no dices nada? Has dejado el plato más brillante que las mejillas de una novia.

- Síii, también, riquísimo.

- Pues la Coca -(típico dulce de cidra y almendras)- se lo tienes que agradecer a Cinta, pero sobre todo a Angustias que se la enseñó a hacer.

- Pues ahora, después del café, nos vamos a ir al salón a tomar una copita de un brandy de solera “gran reserva” que te aviva “el sentío”, y a encender un buen habano que calme las impaciencias.

Indudablemente había comido estupendamente. No ya sólo por los platos que nos presentaron, sino por la conversación amena, desenfadada y en clave de humor que tuvimos durante toda la velada recordando anécdotas, travesuras y vicisitudes de nuestra infancia y sobre todo de nuestra adolescencia que fue prácticamente cortada por las circunstancias de la vida que nos marcaron y que después de todo, no nos vino tan mal en nuestros respectivos destinos.

De entrantes: unas gambas de Huelva que parecían langostinos de grandes que eran; la “ahijá” del atún, que según dicen en Isla Cristina es lo más exquisito de los salazones, acompañadas de unas pequeña tostás de pan caliente portugués con torta del Casar. Unas riquísimas coquinas, que me dijo Leonardo se las compraba directamente al mariscador que las cogía en la playa durante la bajamar, con el rastro y el agua hasta la cintura; y unas cañaillas gordas, tan frescas y bien cocidas que salían enteras de su caparazón sólo con mirarlas. De plato principal un lomo de bacalao desalado, preparado al horno, acompañado de patatas panaderas y verduras en su jugo ¡estupendo! preparado por Candela, que hacía notar su afición por la cocina portuguesa, aunque hubiera nacido en La Antilla, como me había comentado Leonardo. (En Portugal, el bacalao y el jurel, “carapaos” son los pescados más tradicionales en la cocina).

- Entonces te vas a fumar un habano conmigo. ¿Vas a hacer una excepción?

- Sí hombre, un día es un día, y días como hoy hay pocos. – Le contesté a Leonardo sin dejar de mirar a Candela mientras recogía la vajilla, a la que seguiría jurando que la había visto antes de conocerla en el cortijo, aunque Leonardo me aseguró que era imposible, pues no se había acercado por los sitios que yo frecuenté en los días que llevaba por allí.

Hay personas que aunque nunca las hayas visto ni hablado con ellas, parece que las conocieras de haber coincidido en algún lugar. No sé, quizás sea que nuestro subconsciente viaja fuera del espacio y el tiempo, y nos encontramos con vivencias que parecen ya vividas; el “dejá-vu” que se dice en Francia... O si existe la reencarnación será de eso, de otra vida.

Leonardo me miró seriamente y dijo:

- Desde luego, pocas veces se encuentran dos amigos después de tanto tiempo.

- Cuarenta y cinco años. ¿Te parecen pocos? – le contesté a Leonardo -

- ¡Joder! Como para no fumarse el mejor habano y beberse el mejor brandy.

Nos acercamos al salón donde por la mañana me recibió Leonardo. Esta vez accedimos directamente desde el comedor donde estábamos. Pasamos junto a una buena mesa de billar francés que estaba al otro lado de la mesa de comensales, y no pude contener la tentación de intentar hacer una carambola con la mano. Leonardo miró hacia atrás al oír el ruido de las bolas.

- Otro día echamos una partidita. Hoy me duele la pierna. ¡Maldita humedad! Pronto cambiará el tiempo, seguro. Mi pierna barrunta los cambios con antelación.

- **Hace mucho que no juego, pero bueno, me presto a que te rías de mí.**
- **No te creas, ya no juego tan bien como antes. Aunque aprendí en el pueblo, continué la afición en Argentina; pasé buenas tardes jugando en tabernas porteñas de Puerto Madryn, en la península Valdés.**

Leonardo se acercó a uno de los pocos estantes del mueble donde no había libros y estuvo rebuscando en uno de ellos que estaba repleto de discos. Cogió uno y lo insertó en el reproductor. A continuación en el mismo mueble, un poco más abajo, abrió unas puertas de un disimulado mueble bar, cogió dos hermosas copas de un fino cristal, dos posavasos y una caja de madera que parecía contener una botella. Empezó a sonar la música con una calidad óptima. Intenté adivinar entre los acordes de guitarra quién era el intérprete.

- **¿Es Paco de Lucía? –Tuve pocas dudas en reconocer al mago de la guitarra -**
- **Sí, Paco de Lucía con Larry Coryell. Una maravilla. ¿Te gusta?**
- **Claro, pero no conocía este disco, y tampoco a Larry. ¿Cómo has dicho?**
- **Larry Coryell, uno de los mejores guitarristas de jazz que puedas escuchar. En la siguiente, tocan los dos con otro genio: John McLaughlin.**

Bueno, vamos a sacar esta botella del estuche, descorcharla y gozarla como bien se merece la ocasión. – dijo Leonardo solemnemente y con su reiterativa muletilla del “bueno”-. Haz el favor Marcos, allí debajo del mueble, en la última puerta, ábrela y dentro hay un pequeño refrigerador que es la cava, ábrelo y dentro hay dos cajas de puros, coge la que está en el estante de abajo. A ver si te gusta: un Doble Coronas de Hoyo de Monterrey ¿los conoces?

- **Pues no, no he sido muy “purero”. Conozco las marcas comerciales y punto.**
- **Me los ha traído un buen amigo que vino de Argentina a verme, vía la Habana. ¿Has cogido el cortapuros? Pues ves preparándolos pero no enciendas todavía para que pruebes el brandy sin otros aromas en la boca.**
- **Leonardo, me he dado cuenta de que no he visto una televisión por ningún sitio.**
- **Sí, es verdad. En los dormitorios de “los chicos”, yo les llamo así a Cinta y Jamal, sí que tienen, y Candela también tiene una pequeña en su habitación. Yo hace tiempo que prescindí de ella. Tengo una pantalla en mi estudio donde a veces miro algo, poca cosa. Prefiero los libros, la música y la radio muy temprano para escuchar las noticias, poco más. No, no veo apenas la televisión ni me fío de las noticias que quieren que sepamos y cómo las debemos de saber. En bastante farsa nos hacen**

vivir y lo consiguen para que encima nos metamos en otra aún más artificial. –Hasta en eso coincidimos a pesar de habernos mantenido tan distantes. Asombroso.

- Escucha... - hizo una breve pausa y se acercó la mano al oído para que atendiera- Qué maravilla de música. Después vas a oír al maestro con otro maestro: Paco de Lucía con Chick Corea al piano. ¡Qué maravilla!

Y ahora vas a probar este brandy de solera gran reserva que es “peccati di cardinali”, de Jerez “casi ná”; Conde de... - En ese momento llegó Cinta, sonriente y pizpireta, nos trajo unos pestiños que dejó en la mesa interrumpiendo la presentación del estupendo brandy a Marcos.

- Para que los prueben. A ver cómo nos han quedado.- nos dijo la muchacha mientras desaparecía dándose una rápida vuelta que elevó su falda y el mandil dejando ver sus muslos por detrás: cálidos, blancos y suaves como un baño perfumado de sales y espuma.

- ¿Cómo os van a quedar, criatura? si los ángeles quisieran aprender a cocinar tendrían que matricularse aquí. – Leonardo me guiñó un ojo, y siguió con las alabanzas al brandy.

- ¡Mira qué botella, qué color! Pues espera que repose un poco en la copa y empieza a aspirar sus aromas; olerlo sólo merece la pena.

No dijo más sobre las televisiones, zanjó el tema como si no le interesase hablar de ello.

- Bueno Jamal... ¿Llevas mucho tiempo con don Leonardo?

- Sí, pronto hará cinco años.

- Parece que te están yendo bien las cosas con él.

- Sí, muy bien.

- Tú eres árabe ¿verdad?

- Sí, de Tánger.

- ¡Ah! Entonces por eso hablas también el español.

- Sí, por eso.

Llegamos al hotel en aquel breve viaje desde la mansión, en la que la conversación con aquel joven árabe discreto y educado, se basó en mis preguntas y observaciones, y en sus respuestas casi todas con monosílabos.

- Gracias Jamal. – le dije mientras abría la puerta del Jaguar y me disponía a salir -

- No se deje los libros en el asiento, que se los olvida.

- Es verdad, gracias otra vez. Hasta pronto Jamal, y no se te olvide llevar el coche al taller, ese ruido es extraño.

- Sí, sí. Adiós Don Marcos, espero verle pronto. – volvió a sonreír como la otra vez que le hice las observaciones sobre el ruido del coche -

Me bajé del Jaguar con los libros y la carpeta que se empeñó Leonardo en prestarme y que me pidió insistentemente que leyera. Espero que me gusten y poder leerlos sin verme agobiado en leer algo que no me gusta. Confieso que leo pocos libros, no como Marguerite, ella era una lectora compulsiva; tanto que leía hasta el final incluso los que no les gustaban mucho. Eso para mí es impensable.

Cuando me disponía a entrar en el hotel miré instintivamente hacia atrás para despedir a Jamal. Volví a ver el coche que estaba estacionado en el cruce del camino de acceso al cortijo con la carretera comarcal que accedía a la general de la costa. Era el mismo coche, sin duda, un Ford berlina azul marino con dos individuos. Los llegué a ver porque en el cruce no pude evitar mirar, como si yo condujera, a uno y otro lado de la carretera. Estaban a unos cincuenta metros, apartados en un ensanche de la carretera y semiocultos por unas adelfas con el coche mirando hacia la dirección que teníamos que tomar. En aquel momento no sospeché nada.

Durante el trayecto no me había percatado de que nos hubieran seguido, y eso que ahora recuerdo que Jamal miraba por los espejos retrovisores constantemente, tanto por los exteriores como por el interior. Yo pensaba que él quería conversar conmigo y en efecto, eso fue lo que hice, aunque ahora estoy seguro que estaba equivocado.

Me contrarió un poco que me contestara tan escuetamente y que siguiera mirándome por el espejo como si quisiera continuar esa insulsa conversación.

Ahora comprendo mi confusión, miraba el Ford berlina que nos seguía.

Al entrar en el hotel me oculté disimuladamente entre unos estantes con cerámicas, miré hacia fuera como se alejaba el Jaguar y como los dos individuos se habían quedado mirando sucesivamente alejarse el Jaguar y la puerta del hotel.

Se fueron a los pocos instantes. No le di más importancia. Quise pensar que era todo una casualidad, una estupidez de mi imaginación que me estaba entregando a paranoias persecutorias.

Entré en la habitación, en la tercera planta del ala este del edificio. Dejé los libros sobre la cama y me asomé a la pequeña terraza a ver como el sol se despedía fundiendo en grises los tonos pasteles del horizonte celeste con el océano.

Los pájaros buscaban su refugio nocturno en los árboles del jardín con una bulliciosa algarabía de píos y trinos. Me quedé un rato, ensimismado, perdiendo poco a poco el calor y la euforia producida por el brandy; observando cómo los colores se perdían paulatinamente. Y los faroles calvos y lascivos, descaradamente, como todas las noches, osaban sisar las prendas de lencería sedosa y oscura a la penumbra del anochecer, sin que hubiera impedimento ni malos modos, como si la reciente penumbra, ansiosa, esperara la noche para que los faroles en una orgía silenciosa la

desabrochara de su vestimenta de oscuridad y sacara a relucir pequeños escotes iluminados equidistantes entre espacios oscuros como negro terciopelo.

Eché un vistazo a la portada de los libros. Leonardo me había indicado que antes que los libros leyera los artículos. Esto me recordaba a mi época de estudiante; me gustaba leer, pero mal se me daba hacerlo por imposición, aunque esta vez fuera por recomendación. Me lo repitió y recalcó tantas veces que parecía que me iba a hacer un examen importante. En esos momentos estaba somnoliento y no estaba para poder prestar atención a la lectura.

El timbre del teléfono sonaba insistentemente y no acertaba a saber de dónde procedía el ruido estridente ni donde estaba yo. Hay veces que pasa; te acuestas en un sitio extraño y no lo reconoces cuando despiertas súbitamente. Me percaté dónde estaba y acerté a enmudecer el ruidoso teléfono descolgándolo.

- ¿Es la habitación 333? – Se escuchó al otro lado del teléfono-
- Sí, espere que baje el volumen del televisor.
- Señor, de eso se trata. Se están quejando los huéspedes de la habitación contigua que tiene usted muy alto el volumen.
- ¡Ah! Ya está. Perdone. Lo apago. Gracias.
- Gracias a usted. Que pase buenas noches.

Sin duda, entre las copas de brandy y el puro, había quedado “tocado del ala”.

Me había dejado dormir, vestido encima de la cama sin abrir.

A la mañana siguiente me levanté tarde. Ya estaban a punto de cerrar el comedor para servir los desayunos. Había tan pocos huéspedes que el salón-comedor cerraba a la hora en punto. Tuve suerte y pude desayunar, no sin alguna mirada impaciente de algún camarero desagradable. Siempre hay alguno, que desde bien temprano, no aguanta una mínima contrariedad. Si fuera jefe de personal de un hotel, de un restaurante o de cualquier negocio de cara al público, lo primero que haría al entrevistar a un pretendiente al puesto de camarero o de atención al público es que me empezara a contar chistes, valorar su grado de ánimo y de humor, y, sobre todo, ver cuántas sonrisas sinceras y no forzadas mostraba por minuto ante los clientes. Y es que hay cada cara de sieso atendiendo al público, que más les valdría estar trabajando en la trastienda de una funeraria; allí, por lo menos, los clientes no son tan exigentes ni precisan del buen humor que requiere un vivo para sobrellevar la existencia.

Me acerqué al stand de los coches de alquiler y solicité el mismo modelo que había tenido hacía dos días. No hubo problemas, me dieron el mismo coche pues lo tenían sin alquilar: un pequeño Seat de color gris plata al que me había hecho los días anteriores. Así que mejor malo conocido que

bueno por no perder tiempo en entender nuevos mandos y su funcionamiento. Y es que siendo mecánico más de media vida, reconozco que los coches actuales, sí, son más seguros, cómodos y agradables de conducir... Pero nadie me negará que hay que estar habituado a conducir muchos vehículos de fabricantes diferentes para cogerle el “tranquillo”; sobre todo si tienes que hacerlo de noche y no te han explicado dónde ni cómo se accionan los mandos.

Salí del hotel y me encaminé al parking del “rent a car”. Miré al suelo, a mis zapatos mientras andaba, estaban casi limpios. Levanté la vista al cielo y vi unos flamencos que volaban en dirección oeste, seguro que a las marismas de Isla Cristina. Y esa dirección tomé.

Arranqué el motor y me dispuse a rodar sin saber cuál iba a ser mi destino, escuchando bossa nova en una emisora portuguesa; con una completa indecisión de qué hacer ni dónde llegar.

Había un hombre en Bergerac, “Toni le lumineux”, considerado tonto para los realmente muy tontos, no tanto para los menos tontos, y nada de tonto para los cuerdos. Toni solía hacer eso: salir de casa impoluto, como un pincel, como si fuera el padrino de una boda; siempre vestido de beige, fuese invierno o verano. Era su maniática costumbre: salir del portal de la casa donde vivía con la madre dando dos primeros pasos; el primero con la pierna derecha, dar el segundo con la izquierda y detenerse; mirarse los zapatos, mirar al cielo y empezar a andar hacia donde volaban los pájaros. Todas las mañanas lo hacía, hiciera el tiempo que hiciera, los trescientos sesenta y cinco días del año. Si llovía se abrigaba con un gabán largo con capucha y unas botas de montar. Empezaba a andar en pos de los pájaros y no volvía a casa hasta la mediodía; almorzaba y hasta la mañana siguiente. Si al salir de casa el pájaro o los pájaros tardaban en pasar, él esperaba detenido mirando al cielo el momento preciso que pasara alguno y ponerse a andar.

La mañana que no salió detrás de sus pájaros no volvió a levantarse de la cama, y murió a los pocos días por una neumonía.

¡Joder, como estoy! Como el pobre Toni.

A Marguerite siempre la saludaba el bueno de Toni, sonriendo y alzando cortésmente su gorra de visera a cuadros. También es verdad que Marguerite era amable, risueña y muy bonita. Por eso sería de las pocas personas a las que saludaba amistosamente. Porque Toni, más que nada, por los idiotas que se metían con él, era introvertido. No salía de casa nada más que para pasear por las mañanas; andaba, siempre hacia las afueras, y estuviera donde estuviera a las once daba media vuelta y volvía a almorzar al pueblo, a casa de su madre Madame Florence, que quedó viuda siendo muy joven de un rico heredero que tenía comercios de coloniales.

Toni, de joven, fue a estudiar farmacia a la Universidad de Montpellier. Allí estuvo cerca de cinco años; prácticamente tenía acabada la carrera cuando

un día le trajeron en una ambulancia a casa de la madre. Venía mal y nadie sabía el porqué. Estuvo varios meses sin salir de casa. A su madre, que tanto había presumido de lo guapo, inteligente y de las buenas calificaciones de su hijo, se le vino el mundo encima.

Poco a poco, Toni se fue recuperando lentamente. Al principio fue saliendo a la puerta de casa, se sentaba en un banco, absorto, mirando los pájaros y evitando mirar a la gente aunque alguien le saludara. Lo hacían más por curiosidad de su reacción que por amabilidad.

Siempre mirando al cielo; nubes, pájaros, a saber... Un día se levantó del poyete y salió andando, según advirtieron algunos vecinos, en dirección al vuelo de los pájaros.

Madame Florence quiso saber por todos los medios qué le había pasado a su hijo; a aquel proyecto casi realizado de gentleman y farmacéutico de éxito, que no se quedó ni en eso, ni en proyecto, para lo que de él aspiraba su orgullosa madre. No fue posible. Incluso convenció a un amigo de Toni, Charlie, el hijo de Víctor, el dueño venido abajo de la fábrica de ladrillos, para que investigara qué le había pasado en Montpellier.

Unos dicen que Charlie cogió el dinero de Madame Florence y se lo gastó en putas, cocaína y borracheras en Marsella. Vino diciéndole que a su hijo le habían dado “algo”; una droga de esas de diseño con un espeluznante compuesto químico en una fiesta de estudiantes, quizá en un prostíbulo, que le había afectado fatalmente para los restos.

Nadie supo la verdad, aunque desconfiaran de la versión del caradura de Charlie, se dio por buena por la mayoría del pueblo, pero con reservas.

La vida es una caja de sorpresas, buenas y malas, y por mucho que nos esforcemos las matemáticas, las ecuaciones y fórmulas no se pueden aplicar de una forma categórica al devenir de los días, a la vida. Así, lo mismo que de aquel que no se esperaba nada, que tenía todo en contra para elevarse en la competitiva sociedad, consiguió un estatus, una relevancia que costaba entender por sus cualidades y genética. Otros, que desde el alumbramiento, sus primeros pasos, y con el espabilo que denotaba en la infancia se vislumbraba que podrían llegar a ser “algo” en la vida, bien económica, bien intelectual o artísticamente; sin embargo, se quedaron, no ya en lo común de la mediocridad burguesa, sino lastrados, superados y perdidos en aquella su familia, incluso de la sociedad que esperaba de ellos un bastión y acabaron siendo un lastre atípico y denostado para esta exigente, competitiva e inhumana forma de entender la vida como el Establishment establece y ordena. Son a los que realmente se les puede llamar los verdaderos perdedores.

Pensando fríamente, tal y como ensalza y hunde la sociedad al individuo, teniendo las características que tiene la misma, no sé todavía si tiene más mérito ser un inadaptado que ser un prohombre sometido y ciego: un

eslabón fuerte de una cadena injusta que discrimina a aquellos que no contribuyen a confeccionar la venda opaca que oculta la realidad.

Como decía el maestro, aunque le molestara que así le llamaran, Krishnamurti, al que Marguerite profesaba una gran admiración: *“No es saludable estar bien adaptado a una sociedad profundamente enferma”*.

Capítulo II. *“Lo trascendente en la vida surge a veces de instantes intrascendentes.”*

Los dos individuos del Ford marino venían siguiéndome a lo lejos. Había recorrido un par de kilómetros y ellos se mantenían distantes unos trescientos metros. A pesar de haber tomado varios cruces por carreteras secundarias seguían detrás de mí. Ya habían pasado unos veinte minutos desde que salí del Hotel y no me hacía mucha gracia lo que estaba pasando. He sido, por mi oficio, un amante de los coches y la conducción siempre se me dio bien, así que cuando advertí a lo lejos un pequeño puerto de curvas aminoré la velocidad en la recta, observando como ellos también lo hacían. Querían estar distantes para que no advirtiera que me seguían. Una vez que llegué al tramo de curvas agarré el volante y aceleré fuerte; el coche ágil y potente sorteó con rapidez y sin dificultad las curvas. Cuando ellos quisieron darse cuenta de la maniobra les había sacado unos centenares de metros. Los perdí de vista por el espejo retrovisor y busqué un camino donde meterme y ocultarme. Lo encontré a la izquierda, atravesé la línea continua imprudentemente y me metí en él; recorrí unos cincuenta metros. Era un bosquecillo de pinos y retamas. Entre ellas me oculté. El coche lo manché de barro e incluso rocé los bajos en el suelo.

Paré el motor, me bajé del coche y oculto entre las retamas observé como pasaban a toda mecha.

En esos momentos habría encendido un cigarrillo aunque hacía diez años que había dejado de fumar. Me asomé a los bajos del coche por si había roto el cárter. Sólo había rozado un poco el cubre-cárter; nada de importancia.

Arranqué y puse el coche mirando hacia la carretera. Estaba indeciso, no sabía qué hacer, si esperar un tiempo allí o salir inmediatamente y volver por donde había venido. Sólo habían pasado un par de minutos, como mucho, así que pensé que cuando ellos coronaran aquellos pequeños repechos y tuvieran campo abierto en una recta de la carretera para verme y no lo hicieran, darían media vuelta.

Salí rápido del camino y me dirigí por donde había venido; no les veía detrás. Una vez que bajé por aquellas cuestas con curvas sinuosas como víboras me adentré por un camino asfaltado a la derecha, hacia el oeste. Era un camino entre fincas de naranjos. Seguía circulando rápido, nervioso. Orientándome por el sol fui recorriendo caminos que surgían, unos

asfaltados y otros por asfaltar, sin señalización ninguna ni pintura en el pavimento; de vez en cuando aparecían una serie de baches de grandes dimensiones que intentaba esquivar. Toda mi intención era alejarme cada vez más de la carretera donde les había perdido.

Habría recorrido unos siete u ocho kilómetros cuando llegué a un cruce con una carretera secundaria que atravesaba de sur a norte. Entonces tomé dirección norte pensando que los perseguidores al dar media vuelta se habrían dirigido hacia el sur por la carretera que debería trascurrir paralela a la que había tomado. Apenas había recorrido un par de kilómetros me encontré una gasolinera con un pequeño bar. Estacioné en el aparcamiento.

¿Por qué coño me persiguen estos tíos?

No me hacía ninguna gracia. La clave, sin duda, fue la visita a Leonardo ¡Al Leo de los cojones! ¿En qué estará metido? Seguro que en drogas. ¡Vaya mierda!

Por otra parte me sentía confuso, tendría que haber parado y decirles a esos dos cabrones por qué me seguían. Claro que ellos podrían decirme que eran imaginaciones mías y que estaba paranoico. Quién sabe, lo mismo me soltaban dos hostias como dos panes y...

- Buenos días señor Marcos.

- Hola Jamal. Me puedes poner con Don Leonardo, por favor.

- Don Leonardo ahora no se puede poner, pero dígame qué quiere para que yo se lo diga.

- ¡Vaya por Dios! Dígame que es urgente.

- Dígame, qué le pasa. –me dijo Jamal sin apenas inmutarse.

- Te diste cuenta de que ayer cuando me acercaste al Hotel nos venían siguiendo dos tipos en un Ford berlina de color marino, pues hoy me han estado siguiendo hasta que los he despistado. Bueno, eso creo.

- ¿Dónde está usted? – Volvió a preguntarme sin inmutarse lo más mínimo. Seguía con el mismo tono de voz y con la misma actitud pausada que el día que le conocí.

- Aparcado enfrente del bar de una gasolinera. ¡No sé dónde carajo estoy!

- ¿Cómo se llama el bar o la gasolinera?

A Jamal pareciera que no le sorprendía nada de lo que le estaba contando, como si todo aquello lo considerara normal. Ni siquiera tuvo una actitud de sorpresa sobre los tipos que nos habían seguido la tarde anterior.

Miré por el parabrisas buscando el rótulo del bar.

- ¡Tiene cojones...! Precisamente es “Venta la Salud”. Lo que estoy a punto de perder ahora mismo ¿Te suena?

- Sí, sí, no se preocupe. ¿Tiene usted mapa o gps?

- Mapa, un mapa es lo que tengo.

- Vale, ¿Ha despistado a los dos tipos del Ford?

- **Sí, no los veo desde hace media hora.**
- **Le voy a mandar un mensaje con instrucciones.**
- Colgó. Me dejó con la palabra en la boca. ¿Un mensaje con instrucciones? ¡Manda huevos!

Entré en el bar indignado, jodido por la circunstancia que estaba viviendo sin beberlo y sin comerlo. Lo peor de todo, sin entender nada de nada.

Había venido a mi tierra a despejarme, relajarme y poner en claro mis pensamientos, y estaba más perdido y contrariado que un pulpo en una casa de putas. Agarré el mapa y entré en el bar. No sabía qué tomar. El bar estaba vacío de clientes; una camarera joven hacía crucigramas en un periódico. Pedí una botella de agua mineral y empecé a mirar el mapa para ubicarme.

- **Perdona chica, me puedes decir hacia dónde va esta carretera.**
- **¿Usted de dónde viene? –Me preguntó inteligentemente para saber de qué dirección venía.**
- **He tomado esta carretera un par de kilómetros más abajo hacia el sur, en un cruce.**
- **Ah vale, pues si vuelve por donde ha venido llegará a la autovía que pasa a Portugal, y si sigue...**
- **Gracias, ya sé donde estoy. Aquí más o menos. –Le señalé un punto en el mapa.**

- **Sí, ahí tiene que ser porque este es el cruce que usted ha dejado atrás. –Señaló con su índice el mapa.**

En ese preciso instante que la chica me indicaba el punto en el mapa empezó a sonar en el móvil el tono de un mensaje:

“En V.R.Sto.A. Rua Marqués de Pombal, café “O Coração da Vila”. En barra: Un oporto con olivas y torradas de presunto ibérico”.

¿Qué carajo es este galimatías? Lo releí varias veces hasta comprender que me estaba indicando una dirección en Portugal por lo de “Rúa” y por lo de “Café do...”

- **¡Chica! Perdona, me cobras y me dejas un papel y un lápiz.**

La chica se acercó a la caja para darme el cambio mientras yo le escribía parte del mensaje en el papel para ver si me daba una pista sobre él.

- ¿Esto qué puede ser “torradas de presunto ibérico”?
- Tostadas de jamón ibérico en portugués. Caballero. – dijo sonriéndome como condescendiente por mi ignorancia sobre el idioma.
- Vale. ¿Y esto: V.R.Sto.A.?

Se quedó un instante mirando pensativa el papel.

- No sé, pero me suenan mucho esas siglas... ¡Ah! Sí, Vila Real de Santo Antonio. Es la ciudad que está enfrente de Ayamonte, en Portugal, en la otra orilla del Guadiana.

- **Muchas gracias, guapa. Que tengas un buen día.**

Arranque el motor del Seat y empecé a desplazarme hacia la costa pensando en lo que me estaba metiendo. No tenía muy claro si acercarme a Vila Real u olvidarme del asunto e irme al hotel a relajarme, y cuando pudiera pedirle explicaciones a Leonardo de todo esto. Me costaba creer que lo que estaba viviendo fuera cierto.

Iba recorriendo kilómetros acercándome a la autopista que accede al puente internacional que une España y Portugal. La curiosidad me iba picando y estaba impaciente por llegar al café de marras de la Rúa del Marqués del Paintball o del Pombal o como fuera; pedir el oporto, las olivas y las tostadas del presunto jamón ibérico, deseando que no fuera presunto jamón, ni presunto ibérico. Vaya forma que tienen en Portugal de llamar al jamón: “presunto”, como si fuera posible que fuera jamón o no, aunque pensándolo bien no van muy mal encaminados, porque hay jamones que no llegan ni a ser un mal “presunto” de jamón.

Es mediodía en España, es decir que en Portugal una hora menos, las once; buena hora para tomar un aperitivo.

- Dígame. – me dijo el camarero en un buen “español-andaluzado”

Estos camareros de ciudades fronterizas, acostumbrados a atender y lidiar con tantos forasteros, turistas y aves de paso, no se les pasan la procedencia de nadie. Simplemente mirando la fisonomía y atuendo tienen un sexto sentido que les indica por un olfato extrasensorial o algo parecido, la nacionalidad y procedencia de cada cliente.

- Un Oporto, unas olivas y “una torrada de presunto ibérico”.

- ¿Va a consumir aquí en barra? – Me dijo mirándome fijamente.

- Sí, aquí mismo. –le contesté mientras él dirigió la mirada durante un pequeño instante a un señor gordo, entrado en años, que estaba leyendo un periódico deportivo al lado de la caja registradora. Tenía toda la pinta de ser el dueño. Era el único que estaba en la barra y había escuchado mi pedido, me miró y me guiñó un ojo, sonriendo.

El hombre gordo dejó a un lado el periódico, entró detrás de la barra y miró hacia fuera a las dos calles que hacían esquina con el local, con detenimiento. Casi todas las mesas del café y las de la terraza que estaban en las dos calles peatonales estaban ocupadas. Los camareros iban y venían sirviendo y tomando nota a los clientes. En Portugal si ves a alguien consumiendo en la barra es fácil, muy fácil, que sea español. Yo era el único que estaba en la barra.

Terminé de beber el Oporto que estaba muy aceptable, las aceitunas, pequeñas pero guisadas artesanalmente como recordaba que las hacía mi madre; un poco amargas para mi gusto. Las comí todas menos una que amargaba más que una ley injusta y me hizo arrugar la barbilla hasta el entrecejo; ésa la escupí disimuladamente en la mano y la eché a una papelera. Las torradas de presunto no estaban mal por el riquísimo pan artesano untado de mantequilla de las Azores que le daba un buen sabor,

pero el “presunto”, resultando aceptable, quedaba bastante lejos de un buen Jabugo o un buen Montánchez.

Al pedir la cuenta se me acercó el hombre gordo con un platito donde traía un sobrecito cerrado y un pequeño estuche de cartón precintado con plástico transparente y con un logotipo en la portada de una operadora de telefonía portuguesa. Los metió en una bolsita y me la dio.

- **La casa invita. Caballero.**

- **¿Seguro? –le miré perplejo-**

- **Seguro que sí. Dé recuerdos a Don Leonardo.**

- **Muito obrigado. –le contesté y me fui por donde había venido.**

No había recorrido un centenar de metros cuando volvió a sonar el tono de mensajes. Saqué el móvil, miré la pantalla pero no quise abrir el mensaje hasta llegar al coche.

Esa calle peatonal era la más comercial, con tiendas ofreciendo todo tipo inimaginable de artículos. Estaba bastante concurrida de gente, casi todo mujeres, entrando y saliendo de tiendas; tenderetes en la calle con ropa de todo tipo, así como vajillas y enseres de cocina, etc. Algunos maridos cargados de bolsas, aburridos, con la mirada perdida entre escaparates y transeúntes, suplicando resignados que el tiempo pasara rápido.

Había dejado el coche en los aparcamientos del puerto deportivo, sitio precioso en la desembocadura del Guadiana con vistas a Ayamonte en la orilla de enfrente y a su preciosa Villa. También se divisa la aldea de pescadores. Qué bonito y aromático nombre para un lugar, Canela.

De niño recuerdo haber venido con mis padres a la feria de Vila Real. Nos acercaba un autobús hasta Ayamonte y nos embarcábamos en los ferrys, canoas se llamaban entonces, que pasaban de una orilla a la otra. Veníamos con más familias del pueblo. Era uno de los días esperados durante todo el año por niños, madres y padres. Mi madre recorría los puestos junto a mi hermana comprando toallas, sábanas de franela y alguna que otra prenda para nosotros. Éramos felices y nos conformábamos con poco. Mi padre nos compraba churros rellenos de crema y él se hacía de un cartucho de pulpo asado que preparaban en barbacoas de chapa en medio de la calle, que la llenaba de un humo blanco que velaba a gentes, comercios y tenderetes como si unas nubes bajaran a curiosear el espacio, abrazando todo y desprendiendo un olor fuerte que a mi madre no agradaba mucho.

Montábamos en las volanderas, tiovivos y carruseles, y antes de que anoheciera embarcábamos para volver a casa.

Siempre me llamó la atención que un tramo de río de apenas poco más de quinientos metros dividiera un país de otro, con cultura, costumbres, lenguas diferentes y hasta olores, aromas y sabores diferentes. Sólo era eso, un pequeño espacio de agua. Se apreciaba hasta la gente caminar desde la otra orilla y todo resultaba mágico por ser tan distinto estando tan cerca.

Me costaba entender que fuera así, cuando entre Ayamonte y cualquier pueblo distante cientos de kilómetros, de Andalucía, Extremadura, Castilla e incluso más al norte no existen tantas diferencias.

Me puse las gafas y abrí el mensaje:

“Abre el paquete que te han dado, lee la nota que hay dentro del sobre y actúa. Un saludo.”

¡Toma ya! Dónde te has metido o qué te están metiendo, Marcos.- Me dije a mí mismo.

Abrí el paquete, dentro había un teléfono móvil de esos tan modernos que para ponerlo en marcha y entenderlo iba a tener que matricularme en alguna academia de telefonía avanzada. - Bueno, parece que droga no es.- Extraje la nota del sobre impresa digitalmente y leí:

*“Hola Marcos, ya habrás visto lo que hay en el paquete; un teléfono móvil que es con el que puedes ponerte en contacto conmigo. Sólo tiene memorizado dos números, el de Jamal y el mío; M2 el de Jamal y M1 el mío. Actívalo, el pin es el 11*11. Configura el móvil para que te sirva de modem en tu portátil y recibirás un correo con un archivo. Pronto recibirás un sms con el correo que deberás usar para contactar únicamente conmigo, y también el mío.*

No se te olvide de activar el móvil inmediatamente.

Un saludo, amigo.

¡Manda cojones! ahora a ver como activo y entiendo un chisme de estos. Yo que siempre he sido reacio a las nuevas tecnologías y que cuando compro un móvil sólo quiero que pueda llamar y recibir llamadas, que tenga las tecla grandes y la pantalla más grande aún. El mío, de aquí a muy pocos años será una pieza de museo.

No sin problemas y leyendo y releendo el manual de instrucciones pude activar el móvil. Eso sí, lo de la pantalla táctil me traía de cabeza; mis manos sudorosas se deslizaban sobre la misma con muy poco acierto hasta que pude hacerme con las funciones más elementales del dichoso aparato.

Justo cuando iba transitando por el puente internacional que salva al Guadiana, de vuelta a España, empezó a sonar el móvil que me acababan de dar, tanto que me sobresaltó por no conocer la melodía ruidosa que emitía. Palpé en el hueco, justo al lado del freno de mano donde lo había dejado hasta agarrarle, miré el teclado y lo descolgué. - Verás como me pillen los de Tráfico y me metan un puro.

En la pantalla aparecía M2. Puse el móvil entre mi hombro izquierdo y mi oreja, asiéndolo con la cabeza inclinada sobre el hombro y con las dos manos en el volante. Es un truco para poder hablar sin manos libres. En caso de ver a la autoridad, erguía la cabeza, y el móvil solía caerme en la

entrepiera sin dañar mis partes. Más daño en mis partes y sobre todo en la cartera sería que me pillaran hablando con el artilugio.

- **Sí, dígame.**

- **Hola don Marcos, por este medio podemos hablar más tranquilamente. ¿Sigue en Portugal?**

- **Voy conduciendo, Jamal. Acabo de pasar el puente. Voy a desviarme a Ayamonte.**

- **Vale, pues entonces le llamo, si le parece bien en quince o veinte minutos.**

- **Perfecto, es preferible. Y no me llames “Don Marcos” que no me hace gracia. Hasta luego.**

Ahora mismo podría estar en Bergerac, en el “Café du Soleil”, tomando una copa de Burdeos acompañado de mis amigos franceses: Honoré, Víctor, François y el medio portugués de Bernard, que espero no que se le ocurra volver a decirme que tiene medio vendida mi casa. Le capó. Con lo tranquilo y a gusto que estaría allí. ¿Quién me mandaría a mí venir aquí a pasar las que estoy pasando?

Llegué a Ayamonte, y después de tantos años me perdí. Cosa que agradecí pues entré por la parte alta que llaman “la Villa”. Pasé junto a la iglesia del Salvador donde recuerdo estuve con Marguerite viendo salir una procesión de no sé qué santo. Marguerite alucinaba con la devoción y entusiasmo que profesaba la gente a las puertas de la iglesia, aunque le costaba entender esa fascinación por una imagen.

Fui bajando con el coche por calles estrechas, empedradas, flanqueadas de casas encaladas con macetas de geranios asidas en fachadas encaladas cientos de veces con los dinteles de puertas y ventanas pintados, unos de ocre y otros de añil. En un tramo de una calle que se ensanchaba hacia el suroeste no pude hacer otra cosa que estacionar el coche unos instantes y bajarme de él.

- **¡Uauu! que vistas...**

La calle empinada hacia la ribera, los tejados rojos sobre las paredes blancas, pintadas y repintadas con cal, enmarcaban el Guadiana con los esteros de la orilla portuguesa, y, por encima, Castro Marín. Un poco más al sur, en la desembocadura, el Guadiana abrazaba al Atlántico, y éste, a su vez, inmenso hacia el horizonte.

Ensimismado y un poco más relajado atravesé Ayamonte y llegué hasta la desembocadura del Guadiana; junto a Isla Canela.

Estacioné el coche frente a la playa. Estaba la marea baja. En los bajos de arena, hombres con el agua hasta el pecho faenaban con rastros, mariscando coquinas y chirilas. Otros, con el agua por las rodillas, buscaban longuerones, que así llaman aquí a las navajas. Reconozco que me encantan

las navajas de cualquier manera: a la placha, con arroz o con alubias, son para mí una debilidad.

Miré la hora en el móvil nuevo; hacía más de veinte minutos de la llamada de Jamal. Era la una, hora de comer en Francia, en Portugal, en Europa, en cualquier sitio menos en España. Mi estómago afrancesado, europeizado, se estaba espabilando aunque le hubiera dado no hace mucho “las torradas de presunto”.

La mierda del móvil empezó a vibrar y sonar en mi mano e hizo que lo arrojara al suelo del coche. ¡Qué susto!

- **Dígame. – el M1 aparecía en pantalla-**

- **¿Qué te pasa Marcos, parece que estás “acojonao”?**

- **¡Qué gracioso! Leonardo eres un capullo y un “mamonazo”. Esto no se le hace a un amigo.**

Al otro lado del teléfono se estaba partiendo de risa. Jamal también, seguro, eso me parecía escuchar por el auricular, dos carcajadas diferentes.

- **No te preocupes hombre. ¿Ya has despistado a los gandules de los escoltas?**

- **¿Escoltas? ¿Quién carajo son esos imbéciles? No, no me hace gracia Leonardo. Creo que debes darme una explicación.**

- **Te la daré, tenlo por seguro. Perdóname por el mal trago que estás pasando.**

- **¿Dime quiénes son esos tíos? – Leo con sus risas me estaba sacando de quicio.**

- **Ya he dicho que te lo explicaré. No es bueno hablar tanto por teléfono. Venga tranquilízate. Mañana no puedo, pero pasado mañana iré a buscarte al Hotel para invitarte a comer. Que te lo mereces.**

- **Sí que me lo merezco. Lleva dinero porque no pienso pagar un clavo. Y lleva de más por si tienes que invitar a los escoltas.**

Estaba hablando con un manos libres, seguro, porque las carcajadas de ambos resonaron después de la última frase.

- **Marcos, no has leído nada de los libros y las hojas que te di. Haz el favor, empieza a leer las hojas, conecta el módem al portátil,- hizo una breve pausa- y empezarás a estar capacitado para entender algo. Muy importante, no te conectes a la Wifi del hotel ni a ninguna.**

- **Vale, Don Casiano, haré los deberes.**

Esta vez solo oí la carcajada de Leonardo. Él había entendido mi sarcasmo haciéndole recordar el maestro que tuvimos los dos. Quizá Jamal no se hallaba ya presente.

- **Qué “jodío” eres. Venga, hasta el jueves. Llámame a este número a partir de ahora. ¡Ah! Apaga ya el móvil, y conéctalo sólo cuando me vayas a llamar. Un abrazo.**

- **Hasta el jueves, Leonardo.**

Recliné el asiento del coche un poco, respiré profundamente aliviado por la conversación distendida con Leonardo que le había quitado importancia a la persecución de los gandules escoltas, como les llamó él.

Perdí la mirada en el horizonte, donde el cielo besa la mar, pasando mi vista por encima de los hombres que mariscaban, de una pareja que paseaba y de las gaviotas varadas inmóviles en la orilla, mirando todas como en formación, al levante.

Pero no me cuadraban nada de nada: La persecución, el móvil, que lo encendiera sólo para llamarle, tener que recogerlo en Portugal. Qué raro era todo. No quise darle más vueltas al asunto porque si no me volvería a atosigar la ansiedad y provocarme una incómoda y peligrosa taquicardia.

Llegué al hotel al atardecer, cansado y confuso por el trajín del día; con el estómago acallado por un estupendo arroz caldoso con chocos, gambas y coquinas; típico guiso marinero de esta costa que ni siquiera una “bica de café”, tan negro como espeso, al rico estilo portugués, había conseguido sacarme del sopor.

Entré en el vestíbulo del hotel, dejé las llaves del coche en el Rent a Car, pedí un periódico en la recepción y subí a la habitación con la intención de tumbarme en la cama y no salir de allí hasta el día siguiente.

Introduje la tarjeta en el lector de la puerta de entrada a la habitación y cuando la abrí encontré una nota en el suelo que alguien habría deslizado por debajo de la puerta.

“Por muy alto que vuele el águila, y muy lejos que vaya, vuelve al nido”.

Encima del texto había un extraño dibujo, símbolo o logotipo impreso con un sello de caucho que me recordaba a algo que no podía precisar. Me resultaba conocido pero no era capaz de relacionarlo: tenía forma de estrella de cinco puntas, muy deformada, como muy mal hecha, con un círculo que la envolvía por el exterior.

¡Hijos de Puta!

Marqué en el nuevo móvil el número de Leonardo. Nada no estaba operativo, marqué el de Jamal, tampoco.

- ¡Mierda! Para eso me dan con tanto misterio este asqueroso móvil que no me sirve para nada.

Relájate Marcos, respira hondo y que les den por saco a los escoltas, a Leo, a Jamal y al cabronazo que ha metido la nota. – Me dije a mí mismo mientras aspiraba y exhalaba el aire un par de veces hasta llenar los pulmones a tope –

Los libros y los folios que tenía que leer estaban encima de la cama. Los lancé contra el suelo y me eché en ella dejándome caer y maldiciendo el día que se me ocurrió venir.

A pesar de todo el estrés dormí profundamente. No sé cuánto tardé en dormirme, seguro que poco, pero desperté muy relajado. Intenté recordar el

sueño que había tenido; fue muy extraño: Algo o alguien me llevaba en volandas, como Aladino en una alfombra mágica de los cuentos de las mil y una noches. No podía ver ni sentir nada en medio de una oscuridad difusa y extraña. Al poco, aparecieron ante mí, como si hubiera atravesado un túnel o una espesa barrera de nubes oscuras, una cordillera de montañas muy altas con las cumbres nevadas que envolvían valles profundos y muy verdes. Un cielo luminoso, azul brillante, con cúmulos aislados tan blancos y majestuosos que deslumbraban al mirarlos. Poco a poco fui descendiendo, como planeando suavemente sin que yo guiara nada, y aparecieron ante mí huertos tan bien labrados que parecían puzzles preciosos de llamativos colores. ¡Y jardines! Jardines de un colorido luminiscente llenos de aromas a cada cual más agradable, que a cada aspiración pareciera que llenara el ser de paz y energía. De pronto puse los pies en tierra, no sé ni cómo, ante una escalinata muy ancha con barandas de mármol en forma de balaustrada, con suaves vetas doradas y púrpuras que parecían iridiscentes. Algo me retenía que me hacía incapaz de subir por mucho que lo intentara. Al fondo de la misma surgía un gran edificio como un Paternón que estaba difuminado por la neblina que se hacía más espesa, más opaca según elevaba la mirada, sin poder ver con nitidez el edificio apenas más allá de los dinteles de sus hermosas columnas. Y ya no puedo recordar más, por mucho que lo intente.

Desperté ausente del estado de excitación y enfado que había tenido cuando entré en la habitación. Intenté una y otra vez recordar, vislumbrar en el sueño el edificio que surgía después del último tramo de escaleras, pero éste estaba difuso, más que oculto; protegido en un velo de niebla de las miradas de quienes, supongo, no les correspondieran verlo ni mucho menos accederle. Quizá aún no había llegado el momento.

Bajé a la cafetería del hotel, pedí un gin-tonic con limón natural, y cuando disponía a sentarme y relajarme en uno de los sofás enfrente a las cristaleras que daban a los jardines, piscinas y el paseo marítimo, sonó el regalito del móvil: M1, era Leonardo:

- ¿Me has llamado? – Preguntó Leonardo pareciendo un poco sorprendido.
- Pues claro que sí, que te he llamado. –dije demostrándole cabreo contestándole.
- Bueno, y qué quieres. ¿Es importante?
- Ya nada. –contesté tomando un sorbo del gin-tonic provocándole curiosidad con la pausa detenida del sorbo.
- Por algo me habrás llamado, por alguna razón ¿Te pasa algo?

- Pasó, ya pasó... – hice otra breve pausa para darle un poco de suspense y aumentar la expectación de Leonardo - Cuando entré en la habitación encontré una nota que alguien ha dejado por debajo de la puerta.

- ¿Qué pone en la nota? –preguntó Leonardo con un tono que me pareció demostraba sorpresa.

Se la leí, hizo una pausa y pude escuchar una respiración profunda al otro lado.

- Marcos, no te preocupes, pero te quieren atemorizar. Ha sido más pronto de lo que podía esperar, pero es una señal para precipitar todo y adelantar el programa. Tenemos que pensar y creer que es mejor así.

- ¡Amedrentar! ¿Por qué? –levanté el tono de voz apreciablemente nervioso y enojado.

- El jueves empezarás a saberlo. Mañana es preferible que no salgas del Hotel y aprovecha para leer, por lo menos, los folios que te di.

- ¡No jodas! Aquí encerrado todo el santo día; me puede dar algo. ¿Quién o quiénes son los de la nota? ¿Son los putos escoltas? ¿Son peligrosos?

- No, no son los escoltas. Y buenos no son, aunque para ellos, los malos somos nosotros.

- ¿Y qué coño he hecho yo para vivir esto, en qué mierda les estoy importunando a estos bastardos?

- De momento, conocerme, Marcos.

- Eso es evidente Leonardo. ¿Tan gordo es el lío en que estás metido?

- No es un lío Marcos. Es una idea maravillosa que tiene, más que hacerse realidad pues ya lo es, salir a la calle y que la conozca la Humanidad.

- Joder Leonardo, yo a mi edad no estoy para hacer la cabra con el coche todos los días. Me puede dar un “jamacuco” y quedarme tieso con el corazón hecho una castaña pilonga.

- No te preocupes, no tengas miedo, que esa es la intención de ellos. Además, de algo hay que palmar y ésta es una buena causa.

- ¿Sabes una cosa Leonardo? Que una buena causa para espicharla es echando un buen polvo con una buena mujer. Y no correr como un conejo delante de unos hijos de puta que a saber qué intenciones tienen...

Leonardo se empezó a reír con sus carcajadas características y empezó a toser como un mulo.

- Sí, tú ríete pero a mí todavía se me pone, no como cuando éramos jóvenes, pero unos pocos me quedan por echar y no me hace gracia que me lleven al desguace con gasolina en el depósito. Que todavía no se ha encendido el piloto de reserva.

- Venga Marcos, que no todo es follar en esta vida. Hay más cosas.

- Sí, todo lo que tú quieras, pero sin sexo aquí no habría nada más que piedras. Así que no será tan malo follar como dicen algunos, que si existe todo lo que está vivo es por eso, por el sexo.
- No vas mal encaminado, Marcos ¿Sabes una cosa? Uno de los libros que te he dado es de un autor, Wilhelm Reich, que defiende la fuerza y magia del orgasmo. Lamentablemente, según dicen, fue suicidado.
- ¡Joder! anda que me das unos ánimos. Como para no acojonarme si me das a leer libros de autores que han quitado de en medio.
- Marcos, no seas cobarde, aguanta hasta pasado mañana que te prometo que vas a vivir algo muy interesante.
- Ok Leonardito, espero estar vivo para entonces, y unos años más.
- Venga, buenas tardes y descansa. Y no me llames Leonardito... Un abrazo.

Levanté el brazo e hice gestos al barman de que me sirviera otro gin-tonic. El otro me lo había bebido durante la conversación como si fuera agua fresca de manantial.

Se estaba haciendo de noche y no me apetecía nada quedarme en el hotel, y más pensando en la recomendación de no salir mañana en todo el día.

Le di el número de mi habitación al barman para que apuntara la consumición y salí a los jardines con mi gin-tonic a pasear un rato y ver el espectáculo de la luna en la fase de gibosa creciente. En pocos días sería luna llena. Aquí en el golfo de Cádiz la luna llena de principios del otoño es un espectáculo digno de ver. A ver si tenía, por lo menos, la suerte de verla rielando sobre las olas cuando aún hay un poco de luz crepuscular. El efecto de ver encenderse las crestas de las olas como espejos ardientes por el brillo de la luna cuando aún se aprecian los colores en la playa, y el cielo es aún de un gris casi celeste, es algo que lo viví con Marguerite desde un chiringuito en una de las hermosas playas de Isla. En un principio nos sorprendió. No sabíamos qué era lo que provocaba aquellos brillos en las olas rompientes hasta que nos dimos cuenta que era el reflejo de la luna llena.

No, no pude ver rielar la luna en el crepúsculo. Ya después anochecido, sí. Es bonito, agradable y relajante de ver, pero no tanto como en el breve espacio de tiempo en que aún el mar y el cielo se funden en celeste apagándose poco a poco.

No quería pensar en nada... No quería inquietarme y alterar el momento del que estaba disfrutando, y eso era difícil. Por una parte tenía ganas de recoger los bártulos y subir en el primer avión que saliera para cualquier sitio tranquilo y escapar de esta tensión. Por otra, había algo de curiosidad infantil por conocer en lo que el capullo de Leo estaba metido y me estaba presentando con tanto sigilo y misterio.

Le eché un par, pasé rebeldemente de las advertencias y me fui a dar una vuelta por el paseo marítimo hasta la zona turística de bares donde podría haber algo de bullicio. Los gin-tonics me habían envalentonado y me la traía floja encontrarme con los escoltas-espías o con los “hijosdeputa” que me habían dejado la nota.

Iba paseando como ausente, pensando en buscarle un sentido a todo aquello, cruzándome con parejas que andaban diseminadas por el paseo marítimo iluminadas por la luz amarillenta de farolas que hacían parecer zombis orientales a los transeúntes. Iba ensimismado en la circunstancia que estaba viviendo, pensando qué podía significar aquella nota; que tampoco parecía amenazante ni que advirtiera de algo, pues parecía más que nada una tarjeta de visita, un marca libros, una especie de folleto publicitario.

Entré en un pub de tipo inglés donde había unos guiris viendo un partido de la Premier League y tomando copas de brandy con jarras de cerveza. Estos guiris son capaces de beberse hasta el agua de los altramuces con gasolina de 98 octanos.

Esta vez, contagiado por el entusiasmo con que se las bebían los guiris pedí una jarra de cerveza. Sin duda eran ingleses, quizás de Liverpool, eso parecía pues se alteraban con las ocasiones del equipo de los “reds” y resoplaban con las del otro que no supe cuál equipo era.

En el bar todos éramos guiris, hasta la camarera, estupenda. No hay quien me niegue que las copas propias transforman a las mujeres más guapas y apetecibles. Como dice mi amigo Antoine: “No hay mujeres feas, es falta de copas”. Aunque ella hablaba un español casi perfecto se le notaba en la cara y en su ligero acento un toque de ser de los países del este de Europa.

Me puse a pasar las hojas de un periódico local que había encima de la barra. Me había acomodado sobre un taburete en una esquina del local al final de la barra y apoyada la espalda en una columna. Echaba un vistazo al periódico, miraba el fútbol, los guiris, y sobre todo a la camarera entre sorbo y sorbo de cerveza.

Ella me preguntó si me apetecía unas aceitunas o unos frutos secos; le dije que me pusiera los frutos secos, cosa que hizo con una sonrisa profesional que a mí con un par de copas y después del día que había tenido, me sentó como una bocanada de alegría que surgía de sus labios rojos engarzados por unos perfectos dientes perlados.

Estaba mirándole con disimulo el trasero, marcado por un pantalón negro ajustado de tejido fino, mientras servía otras jarras de cerveza a los guiris, cuando entraron los dos espías o guardaespaldas. Sin duda eran ellos; me quedé con la cara del que conducía el Ford el día que me llevó Jamal al hotel. Entonces pude apreciar perfectamente su cara de gilipollas, con gafas oscuras, bigote negro y espeso, y una calva ridículamente cruzada por

cuatro pelos raquíticos y aburridos como unos borregos jugando a las cartas.

Al otro no le pude identificar la cara, pero sí el chaleco de punto gris y una camisa negra de rayas blancas que no se había cambiado desde el primer día que me recogió Jamal en el hotel. ¡Será guarro! Tiene que oler peor que el sobaco de un mono manco.

No me habían visto, es posible que ni siquiera me conocieran. No sé si me habrían estado haciendo el aguardo en el hotel hasta que llegué esta tarde; no estuve atento. Lo cierto es que estuvieron allí, por lo menos para dejarme la nota debajo de la puerta. Si es que fueron ellos... Y es que ya no me fío ni de mi sombra.

Entraron y se sentaron directamente en una mesa libre que estaba cerca de los guiris, sin percatarse de mi presencia. ¡Vaya mierda de espías!

Es posible que me hayan estado esperando en las proximidades del hotel por si salía, pero fui por la puerta que da al paseo marítimo, sin pasar por recepción. Pensarían que me había quedado en la habitación. Además dejé la luz de la habitación encendida. ¡Capullos!

Me desplazé un poco hacia la esquina de la barra ocultándome detrás de la columna en la que estaba apoyado. No era plan de que me descubrieran; mejor ver sin ser visto.

Ellos hablaban poco, no podía escucharles entre la música, la televisión y el vocerío. Veían el fútbol sin prestar mucha atención, tomando Cocolas y sándwiches. Seguro que también eran extranjeros; parecían caucásicos o eslavos pero no sabría decir de dónde; ingleses no, porque supongo que habrían saludado a los forofos del Liverpool.

Pagué la consumición, arranqué un trozo de hoja del periódico que estaba poco impresa, escribí sobre ella, y cogí unos palillos.

Aproveché que el Liverpool metió un gol, y aprovechando el escándalo, salí del pub pasando muy cerca de la mesa donde estaban los dos capullos sin que me vieran. Una vez fuera y cuando había recorrido unos pasos miré para atrás por si se habían percatado. Nada, allí seguían los dos gilipollas viendo el fútbol y engullendo los sándwiches y patatas fritas con kétchup.

El Ford marino estaba aparcado en batería en un tramo de calle entre dos farolas. Había poca luz y una furgoneta al lado que me ocultaría de mis intenciones.

Quitó los tapones de las válvulas de las cubiertas de las dos ruedas que estaban junto a la furgoneta, metí los palillos en ellas para que se desinflaran poco a poco. Con un par de ruedas en el suelo ya irían jodidos.

Dejé el trozo del periódico en el limpia-parabrisas con una nota: “El águila vuelve al nido y las ratas a la cloaca”.

Estando sobrio no lo hubiera hecho, pero estando con dos gin-tonics y la jarra de medio sobre “el par del campo”...

Entré en una cervecería que estaba enfrente, al otro lado de la calle, para ver como se les agrandaba la cara de gilipollas a los dos capullos cuando salieran del pub.

- Buenas noches, dígame en que le puedo servir. – Me preguntó un camarero más serio que la cara de una estreñida compungida en un aseo sucio, y con alguna otra indispuesta llamando insistentemente a la puerta.

- Póngame una cervecita y dígame qué tiene para picar.

- Aquí tiene una carta donde puede elegir. Si quiere se puede sentar y le servimos en una mesa.

Desde la barra veía el Ford perfectamente, pero también estaba muy expuesto a que me vieran ellos. Había una mesa libre junto a una ventana que estaba decorada con una rotulación de letras con las sugerencias del establecimiento que hacía que ocultara parcialmente el interior, pero a través de las letras veía bien la calle. Así que decidí sentarme en la mesa y esperar a que se desarrollara la escena.

- ¿Ha elegido ya el señor? – Me preguntó el camarero de aspecto fúnebre, más erguido que un cirio sin estrenar.

- Sí, chocos a la plancha con ensalada. – Le contesté sin dejar de mirar la ventana.

- ¿Alguna otra cosa? La cocina va a cerrar ya. - Esto último lo dijo con la intención de hacerme entender que él no estaba dispuesto a trabajar mucho más por hoy.

- No, está bien así, gracias. – Esta vez le miré a los ojos durante un instante; miré el reloj e hice una mueca dándole a entender que no era tan tarde estando en España...

Mientras daba sorbos a la cerveza y miraba hacia el exterior pensé en un momento de lucidez que iba a ser arriesgado salir de allí y volver andando hasta el hotel por el paseo marítimo, ya que a esas horas de la noche en la zona del hotel no habría ni un alma en la calle. Podría pedir un taxi, en todo caso era preferible que arriesgarme a que me encontraran los dos capullos que estarían bastante encabronados.

La cabeza me iba a estallar, el teléfono de la habitación torturaba mis oídos, y para colmo los dos móviles también sonaban al unísono.

Hice un esfuerzo sobrehumano y me acerqué al cuarto de baño esquivando los restos de los chocos a la plancha y la ensalada que estaban dispersos por el suelo y el inodoro del aseo, aliñados con bilis y alcohol. Desde luego no fui muy preciso al encestar el vómito en el inodoro. Todo estaba hecho un asco.

Me tendí en la bañera y abrí el grifo. Los tres teléfonos sonaban y paraban, asociados en una sinfonía inaguantable como la de una mala música

experimental improvisada por un director de orquesta cabreado consigo mismo y con los asistentes.

Saqué la mano izquierda del agua y miré el reloj acercándomelo a los ojos hasta casi metérmelo en ellos ¡mierda de años, de miopía y de vista cansada! ¿Dónde tendría las gafas? Las once; para la hora que llegué al hotel era muy temprano, y para la hora que me quedaría dormido, después de haber abonado inútilmente el firme del aseo, es como si fuera de madrugada.

¡Vaya papón! Hacía años que no cogía una tan gorda.

He tenido que esquilmar una reserva inmensa de neuronas, y el hígado lo tengo que tener más inflamado que los morros de un sparring tuerto.

Fui recuperando poco a poco el resuello y la conciencia. Bajé a la cafetería del hotel; serían las doce. Pedí un zumo de tomate y un pincho de tortilla de patatas con mahonesa. Siempre me fue bien para aliviar la resaca. En Bergerac, Paulina, la dueña de la Maison Paulette, hija de española y francés, aprendió a hacerla por insistencia mía con la receta de mi madre, y me lo agradeció siempre, pues al ser el único establecimiento que la hacía la vendía muy bien.

Encendí los dos móviles –los apagué mientras me estaba afeitando- y aparecieron una retahíla de mensajes y de llamadas perdidas.

No pasaría mucho tiempo para que uno de los dos, o los dos, empezaran a sonar.

En efecto, no hacía falta ser el gerente de “tele-advina” para intuirlo.

- Buenos días cabronazo. Anoche la liaste bien. – Dijo Leonardo al otro lado.

- No recuerdo muy bien, pero se pudo haber mejorado.

- ¿Mejorado? Si te dieron todas las medallas habidas y por haber, ¡joputa!

- No te enfades, Leo. – le dije suavemente para tranquilizarle y para que no alzara más la voz, pues me estaba atormentando toda la bóveda craneal como si fuera con un campano agitado por un crío histérico con lombrices en el culo.

- ¿Leo? Sabes que eres el único que me llamas así; ni mi pobre madre me llamaba así desde que cumplí los dieciséis.

- Por eso te llamo así, para que recuerdes la infancia.

- Encima con guasa. ¡Anda! prepárate que voy a buscarte.

- ¿No me dijiste ayer que hoy estabas ocupado? – le dije quejoso, dándole a entender que no me apetecía mucho sacar a la calle mi castigado cuerpo y sobre todo mi cerebro todavía muy atascado y confuso.

- Eso fue ayer, pero han cambiado los planes. – me contestó Leonardo, al que mi tono quejoso no le surgió efecto ninguno de conmiseración.

- Estaré preparado, te esperaré en la cafetería del hotel. – le dije resignado, pensando que me había chafado la intención de tumbarme en una hamaca de la playa, a ver si el sol, la brisa marina y el rumor de las olas actuaran como terapia para recuperarme de la pasada de alcohol de la noche anterior.

- En quince minutos estoy ahí. –colgó tan rápido como lo dijo.

¿Quince minutos? Eran pocos; tuve que volver a la habitación disimulando las arcadas por la ingestión del zumo de tomate y la tortilla... También era habitual que si la borrachera era gorda a veces no sentaba bien el menú de resaca, y tuviera que aliviarlo inmediatamente después de ingerirlo.

- ¿Dónde te habías metido? te dije quince minutos. Estaba en la puerta del Hotel.

- Se me olvidó algo y tuve que subir. – improvisé una excusa poco creíble.

- Vaya carita que tienes. Estás para picar piedras. – me dijo mientras me miraba entre condescendiente y defraudado.

- Sólo estoy para un masaje tailandés, a ser posible con un final apropiado.

- Pues Tailandia te queda lejos. Y hoy el final ese, también.

- Lástima. –comenté sin poder reprimir un bostezo.

- Anda, vamos al coche que me tienes que contar la gamberrada de anoche.

- A ti lo que te jode es que no la compartiera contigo, como tantas compartimos de chicos. Además; si ya la sabes... qué más quieres que te cuente.

- Sí, algo me han contado, pero tu versión me falta para que sea completa.

- Pues no me acuerdo de mucho, y de lo poco que me acuerdo me acojo a mi derecho de no declarar –lo de no acordarme bien era cierto.

Subimos en el Jaguar; Leonardo se puso al volante.

- Le dije a Jamal que este coche falla de algún carburador, tiene alguna válvula pisada de un cilindro, quizás sea el filtro del aire que esté sucio.

- Tú sí que fallas de carburación y de cilindros ¡Mecánico de pacotilla!

- Bueno, lo que tú digas. –no estaba yo con ánimo ni cuerpo para discutir.

- Esta tarde te enseñaré el fallo del Jaguar, aunque no debería porque no has leído nada de lo que te dejé.

- Lo iba a leer hoy. Todo, todo. – En vez de calmarle con mi ironía le alteré.

- ¿Todo, todo? Hoy estás tú para leer... – Dijo interpretando un enojo que no era tal, o por lo menos no tanto como él quería demostrar.

No dije nada, qué podía decir; la verdad es que no estaba ni para leer un cuaderno de caligrafía de párvulos.

- ¿Tienes la nota ahí? Enséñamela. – miré a Leonardo sin comprender nada.

- ¿Qué nota? –era evidente que mi cerebro no es que estuviera sumergido, estaba como un pecio varado en el fondo de una sima mental.

- ¡Tiene cojones! Ayer tarde me llamaste hecho un manojo de nervios y cabreado por una nota que te metieron por debajo de la puerta de la habitación, y ahora no te acuerdas de nada. Pues está bien... ¿qué bebiste anoche, ginebra o te echaron un suero del olvido? – Leonardo retiró la vista de la carretera por unos instantes y me lanzó una mirada fulminante que me hizo recordar la maldita nota.

- ¡Joder! Es verdad, la nota. – empecé a buscarme por los bolsillos del pantalón y en el de la camisa hasta que me di cuenta de que no eran las prendas que llevaba anoche.

- ¿La encuentras, la has perdido o te lo has inventado? – me dijo claramente enfadado.

- No, no, tiene que estar aquí. – recordé que la guardé en la cartera, y en ella estaba; la tenía doblada. La saqué de la cartera la desdoblé y se la enseñé un momento; la iba a volver a guardar cuando...

- ¿Qué haces? ¿Por qué la guardas? ¡muéstramela! – dijo impaciente no aceptando un no por respuesta.

- ¿Conduciendo? ¿No paras el coche?

- Es una nota. No es una guía de teléfonos que tenga que aprenderme de memoria. Vamos enséñamela.

Se la mostré, me la arrancó de las manos y la miró durante unas décimas de segundo, exhaló profundamente el aire de sus pulmones y soltó la nota, más bien la arrojó sobre el salpicadero del coche.

- ¿Qué significado tiene? – le pregunté en vano sin que me diera una respuesta.

Volví a insistirle: - ¿Quiénes crees que son esos “hijosdeputa”?

- Ya lo sabrás cuando llegemos donde vamos. – No le repliqué ni insistí en que me diera una respuesta. Bastante hacía con aguantar el dolor de cabeza por la resaca agravada en esos momentos por la luminosidad de esta costa en mis ojos, y contener las náuseas en cada curva que tomaba el coche.

Miré de reojo a Leonardo, pensando cómo se podía haber enterado, y de qué se habría enterado de la “aventura” de anoche.

La noche anterior había sido completita. Después de cenar pedí otro gin tonic, para variar, después de un café y un chupito de amarginha.

Salieron del pub los dos capullos-escoltas o los dos capullos-espías, se montaron en el Ford marino sin darse cuenta de que las dos cubiertas del lado derecho las tenían completamente vacías. Lo pusieron en marcha y

sólo lo desplazaron dos metros marcha atrás. Se quedaron en medio de la calle bloqueándola parcialmente. Cuando se percataron de que tenían las dos ruedas en el suelo empezaron a proferir insultos y pegarle patadas a las ruedas, pero se pusieron peor cuando cogieron la nota del limpia-parabrisas.

Yo lo estaba pasando en grande observando detrás de la ventana. El dueño de la cervecería y el camarero con cara de Boris Karloff salieron a la calle junto a unos clientes que estaban en la barra al oír el ajetreo en la calle desierta. Menos mal que era temporada baja.

El dueño entró llamando a un cliente que estaba al fondo, en la barra, y no se había preocupado por lo que pasaba en la calle, absorto entre la tele y una cerveza.

- ¡Cajirón! ¿Tienes en la furgoneta un compresor de aire para inflar ruedas? Tú que llevas de todo siempre. – gritó tan fuerte que se oyó claramente en todo el local.

¿Cajirón...? Ese es el hombre del que me habló Leonardo que me conocía. Giré el cuello rápidamente hacia donde el dueño de la cervecería voceaba al tal Cajirón.

Era un tipo gordo y desaliñado sentado en un taburete del fondo de la barra con los codos apoyados en la misma. Miró hacia donde le reclamaban sin dejar de estar apoyado en la barra. Masticó el bocado que tenía en la boca, se limpió con el dorso de la muñeca los labios gruesos y casi incoloros; dejó por un momento de prestar atención a la televisión, a la tapa y a la cerveza que tenía en la barra, y dio un vozarrón que silenció a los pocos clientes que estábamos mientras erguía un poco la espalda y se incorporaba pesadamente desde el taburete con restos aún de migas de pan y aceite en la comisura de los labios.

- ¿Qué os pasa? – dijo con voz ronca y con desgana.

- Unos extranjeros que están ahí fuera, que le han vaciado dos ruedas. – le contestó el dueño de la cervecería.

- ¿Por qué sabes que se las han vaciado y no se las han pinchado?

- ¡Eres cabezón...! Porque les han metido palillos en las válvulas.

- Algo habrán hecho. Ahora voy. – el Cajirón seguía mirando la tele sin ganas de levantarse.

- ¡Cajirón! Vamos, ayuda a los extranjeros, que está el coche en medio la calle.

El Cajirón se levantó de la silla con apatía, no sin su cerveza, y comentando entre dientes:- ¿Y para qué coño sacan el coche si las ruedas están pinchadas? ¡Cuánto tonto, dios!

Cuando iba dirigiéndose a la puerta me reconoció, se me quedó mirando mientras salía, dio media vuelta justo en la puerta y se acercó a saludarme.

- Marcos, ¿Tú eres Marcos, verdad? ¡Cuánto tiempo! Espera un momento a que venga.

Apenas balbuceé un hola. Me dejó con la palabra en la boca; ni siquiera me dio tiempo a levantarme. Claro que le recordaba, y a su hermana también; preciosa, como dijo Leonardo.

Cajirón fue compañero de escuela y algunas correrías. Vivía a dos calles de casa, pero entonces no le conocía por Cajirón. Ahora me cortaba no recordar su nombre, cuando él sí recordaba el mío. Hice un esfuerzo por recordar: Miguel, “Miguel el Cajirón”. Sí, así recuerdo que le llamó Leonardo.

El Cajirón volvió a entrar en el local y se dirigió directamente a los aseos. Salió rápido de lavarse, sacudirse y secarse las manos en los pantalones después de haberles llenado de aire las cubiertas del Ford con un pequeño compresor que llevaba.

- ¿Por qué no has querido tomar otra copa en la cervecería?

- Miguel, estaba hasta harto de estar allí, me apetece tomar una copa en un sitio de copas, con buena música de fondo y donde pueda estar más a gusto.

Habíamos tomado un par de copas en la cervecería después de que el Cajirón ayudara a los “escoltas-espías” a solucionar su problema. Así di tiempo a que se largaran y que no me sorprendieran allí mismo, tan cerca de ellos.

Miguel, el Cajirón, me miró con ojos vivos y sonrisa maliciosa.

- ¡Ah gañán! Tú quieres ver mujeres. –se le encendieron sus pequeños ojos y abrió una sonrisa pícara deformando su carrillo derecho.

- No es eso. Cada cosa en su sitio: cerveza y tapa en la cervecería, y café y copa en una cafetería o un lugar de copas.

- Por supuesto, pero si hay mujeres bonitas... mejor. –volvió a sonreírme guiñando un ojo como un truhán.

Tuve que hacerle desistir de ir a un club de alterne; puticlub, o como decía él, socarronamente “chupiclub”. No tenía el cuerpo para esas vainas, y menos para ir a sitios de esos con un tipo que apenas conocía y con peor pinta y educación que un mono cascándose delante de un tribunal. De hecho no me apetecía nada estar con él, pero el interés de que me hablara de Leonardo me hizo hacer de tripas corazón y soportar una compañía grosera y desaliñada.

Entramos en un pub, y entre copa y copa, durante más de una hora hablamos del pasado y mirábamos a la gente deambular, hasta que en un momento, Miguel me espetó:

- ¿Has visto a Leonardo? – Me preguntó con descaro, a bocajarro, como dando por cierto que así fuera, y continuó:

- Esos guiris a los que le han desinflado las ruedas trabajan para él.

Tenía el borde del vaso sobre mis labios y mientras bebía le miré haciéndome el confuso, como si no supiera de cuál Leonardo me hablaba.

- Sí, Leonardo ¿Te acuerdas? Tu mejor amigo cuando éramos chavales. Ocultándole que estuve el día anterior comiendo en su casa, le respondí:

- He quedado el jueves para comer con él. Me dieron el aviso en el hotel y le llamé.

- Claro, le dije que te había visto en el bar El Camino. Me parece que fue la semana pasada, estabas tomando café. – me dijo entre sorprendido y desconfiado por mi respuesta. Es posible que supiera que había estado con él.

- ¿Sí, es verdad? ¿Por qué no me saludaste entonces? – le dije haciéndome el afectuoso mientras le daba una palmada en el hombro.

- No lo sé, no lo sé. –Dijo disculpándose- . Leonardo, a veces me llama para echar una “peoná” en su finca. Le ayudo en los frutales, las vides... también en alguna chapuza de albañilería. Como recuerdo que erais muy amigos le dije que te vi, y se interesó por verte.

- ¿Tengo entendido que le ha ido bien, no? - como si no supiera nada o muy poco le seguí la conversación para ver si con el alcohol se le calentaba el pico y largaba por esa desagradable boca desdentada.

Sí, demasiado bien. - Hizo una pausa dejando caer como una sospecha y, ante mi mirada interrogadora, arqueando las cejas prosiguió:

- Aquí la gente está “mosqueá”. Tú sabes... se sorprenden que un mecánico naval, aunque haya trabajado de motorista muchos años en alta mar, tenga el patrimonio y el nivel de vida que tiene. Después de estar más de treinta años embarcado y llevando una vida normal en esos años para su empleo, no da para tanto. Pero pasaron apenas unas “mareas”, un par de años sin venir, y se presentó aquí con el Jaguar, comprando la finca...Creo que no debería de haber venido de esa forma. Aquí se le conoce de toda la vida y las envidias son malas. De un buen patrón de pesca, y con mucha suerte y pocos vicios, sí se podía medio entender... Aunque, ya sabes, siempre hay lenguatones y envidiosas que hablan lo que no saben por...

- ¿Qué se habla? –le miré a los ojos requiriendo que siguiera contando.

- Ya te he dicho que esos dos tipos que estaban con el coche pinchado en medio de la calle, dice la gente que trabajan para él. Son sus guardaespaldas, pero de lejos; nunca se le ve a Leonardo hablar con ellos. Nunca son los mismos, pero siempre hay dos tipos que andan por los alrededores de la finca y le siguen las pocas veces que sale de allí. Eso pasa desde que llegó aquí para establecerse definitivamente. Otros dicen que no son sus guardaespaldas que son vigilantes; ¡Vamos! Que le tienen controlado por orden de alguien.

Es raro verles por aquí tan de noche sin estar Leonardo o el moro cerca. – Se refería a Jamal.

Aquellas palabras arrastraron un escalofrío por mi espalda.

- Bueno Miguel, no me has contestado. ¿Qué se habla? - Esta vez levanté la voz con impaciencia.

- ¡Qué se habla! ¡Qué se habla!... ¡Gilipollecés! Los que no tienen ni idea dicen que drogas, pero no, no creo que sea cuestión de drogas. Los del clan narco comen todos del mismo saco, aunque lo disimulen; se les aprecia a todos las mismas pajas en los belfos. Ya sabes: todos los del mismo gremio se odian pero se respetan. Y cuando dejan de respetarse corre la sangre; siempre por cuestión del puto dinero o de chivatazos para quitar a alguno de en medio que se ha pasado de listo.

- ¿Entonces? – le insistí para que siguiera hablando y que dijera lo mucho y lo poco que sabía, o que creía saber.

- No sé, no sé. Es todo muy extraño. Un año antes de comprar la finca y establecerse pasó en el pueblo cuatro o cinco meses. Vino cojo, apoyándose en un bastón, igual que ahora pero más cojo. Se estaba, dijo, y decían, recuperando de un accidente del que nadie en su barco llegaron a saber nada en concreto; sólo que fue en Argentina durante una parada para reparar una avería. Dicen los que estaban enrolados con él que fue por una pelea, un atropello de un coche, a saber... Allí le dejaron ingresado en un hospital a cargo del armador. Después desapareció de ese hospital sin saber a dónde fue; no estando, según dijeron, curado del todo para darle el alta.

No volvió a embarcar. Esto lo sé porque me lo comentó un cocinero que estaba embarcado con él, que es de Punta Umbría. Cuando llegó, cojo pero rico, empezó viviendo con la hermana, - la madre ya había muerto-, pero a las pocas semanas se fue de la casa y se alojó en uno de los mejores hoteles de la playa.

- Es posible que se enfadara con la hermana o con el cuñado para dejar la casa y alojarse en un hotel. – Le dije punzándole en la memoria para que siguiera informándome del extraño y radical cambio de Leonardo.

No, no creo que fuera eso. Desde que él llegó se nota que en casa de la hermana y su marido les van mejor las cosas, teniendo el marido el mismo trabajo que tenía.

- ¿Trabajarán para él? – lancé otra hipótesis como si no supiera nada, y es que la verdad es que nada o muy poco sabía. Ni siquiera lo intuía.

- Después, cuando compró o le compraron el cortijo – esto lo recalqué, haciendo una pausa y mirándome a los ojos - Empezó la hermana trabajando con él en el cortijo. Incluso llegó a vivir allí con el marido, pero al poco tiempo volvieron a su casa. Creo que los cuñados no hacían migas; nunca se les vio a los dos juntos por el pueblo ni en los bares de la playa cuando Leonardo estaba en tierra.

Pedí un par de copas aprovechando que el Cajirón fue a los aseos, aunque todavía no habíamos acabado las que teníamos, para seguir echándole

“combustible étlico” que le hiciera soltarle la “siempre húmeda” a ver si terminaba de decir lo que él pensaba.

- ¿Otra copa? Nos vamos a marear. – dijo sonriendo y disimulando inapetencia.

- No pasa nada, por todas las que no nos hemos tomado. Entonces... ¿Crees que está metido en algo raro? –Insistí con el interrogatorio, más o menos, en cubierta.

- No sé qué decirte, yo mismo estoy confuso y no sé darme ni una explicación a mí mismo. Todo el personal que trabaja allí, o no son de por aquí o no se relacionan, ni tienen familia por aquí.

- Eso tampoco tiene nada de extraño. –Le comenté intentando que hablara más. Además si tuvo un accidente estando embarcado tendría que haber cobrado una buena indemnización.

- No tiene nada de extraño, si no fuera porque se le nota que pone a trabas a gente y empresas de aquí para trabajarle. El único que trabaja de aquí en el cortijo, soy yo, y cuando me llama. ¡Ah! Y una indemnización no da para tanto. Además, la gente que trabaja con él viven todos en el cortijo. Algunos ni les conozco, y a los que conozco sólo de vista; de verlos entrar o salir del cortijo. La ama de llaves... - hizo una pausa como si quisiera evitar hablar de ella - Ya la conocerás si te invita al cortijo. Los guardeses estaban con los dueños anteriores desde hacía bastantes años; proceden de Portugal y apenas salen de allí para hacer compras en Isla o en La Redondela. En la bodega que tiene hay cuatro o cinco, quizás más, personas trabajando que no se les ve por el pueblo ni por aquí por La Antilla. Si salen de allí es para no quedarse por aquí. Es que no conozco a ninguno. – dijo como si se reprochara el hecho a sí mismo, con lo que evidentemente le gustan los chismorreos.- Sé que viven allí, porque en la bodega, en la parte alta tiene preparado un espacio con diez pequeños estudios: dormitorio, salita y aseos. Tienen un salón grande común que hace las veces de comedor y sala de estar con lo mejor que te puedas imaginar en televisiones, ordenadores, juegos... ¡Uf! “pá verlo” –dijo sin disimular asombro y contrariedad- . Estuve trabajando de albañil en la bodega y en el cortijo, y con los ojos cerrados puedo hacer un plano de todo. “Pá aluciná”

La bodega es enorme para la producción que tienen unas fanegas con unas cuantas vides. – Se quedó callado unos instantes, pensando, quizás que estaba hablando de más.-

- ¿Quieres decir que hay algo más que la bodega; que aquello es una tapadera? –Miguel me miró entre sorprendido e incómodo por haberle sobreentendido sus palabras. Es posible que yo fuera demasiado deprisa.

- Ya te digo que de drogas no creo. Por lo que yo puedo saber, no. Aunque pastillas se hacen en cualquier sitio. Y esta zona no creo que sea la mejor para hacerlas. “Aquello es mucha madriguera con muchos ratones para tan poco queso”. –Hizo una pausa, bebió un trago largo y continuó- Leonardo ha tenido problemas, problemas con unos y con otros, con casi todos los gerifaltes de la zona, poderosos por dinero o por política... Él se negó a que pasaran unas torres de alta tensión por su terreno para abastecer un polígono industrial que está más arriba –(al norte)- a unos cuatro kilómetros. Eso le provocó no pocas enemigos. También se negó a que instalaran unas antenas de móviles en el cerro donde instaló los molinillos –(aerogeneradores)- Todo eso mosquea, porque si encima pagan un alquiler cojonudo por instalarlas, le presta un favor a la gente; siempre serán más considerados que de otra forma, que lo único que se consigue es que se cabreen unos y otros y sea azuzado por los mandamases e intenten hacerle la vida imposible. Es verdad que fue inteligente, y como sus cultivos son de esos que no les echan nada químico... ¿Ecológicos o biológicos, no? – Me dijo preguntándome para que asistiera pues no parecía que tenía claro que lo pronunciara bien – Y como en una pequeña mancha de pinos que hay en la finca anidan pájaros de esos que están protegidos, movió el asunto con los de medio ambiente y con los ecologistas, y le dieron la razón. Así que se salió con la suya de que no pasara por allí los cables ni le pusieran las antenas. Aunque tuvo que quitar los dos molinillos de donde los tenía y cambiarlos cerca de la casa y de la bodega.

Algunos dicen que los pájaros los trajo él, que nunca se habían visto por allí. Son habladurías, pero no me extraña: es muy listo, pero es buena gente. Eso le salva porque un listo cabrón no tiene alma, y Leonardo sí la tiene. A mí me lo ha demostrado más de una vez. Aunque ya sabes, los hay muy cabrones que son buenos para unos, y los hay buenos que son cabrones para otros.

El caso es ése, que tiene “encabronaos” a gente muy fuerte: politicuchos de por aquí que pillarían la mordida a los de los móviles, a los de la electricidad y a la promotora del polígono. Y eso les cabrea, sobre todo si no se depende de ellos como ellos imponen con su ley en la mano.

- ¿Cómo que no depende? ¿Qué quieres decir?

- Pues eso, que no paga un duro por la luz, que él se lo guisa y él se lo come. Si te invita a ella, a la casa, fíjate; no entra ni sale ningún cable de la finca. Entre los molinillos, las placas solares y generadores, no suelta un céntimo a las fábricas de electricidad. Ya sabes... para los que viven de eso no es un buen ejemplo. Y los que viven de eso son gente con mucho poder.

En esos momentos recordé las palabras de Leonardo sobre la autosuficiencia energética, que lo era hasta cuando recurrían al generador. Entonces no caí ¿Qué clase de generador sería para no recurrir a gasolina o gasoil?

A duras penas el Cajirón siguió aquella confesión o delación entrecortada por el alcohol y suspendida de vez en cuando por las miradas lascivas que lanzaba a unas y otras mujeres que pasaban cerca de la barra. Prosiguió contándome según sus neuronas se templaban entre sorbo y sorbo:

- Al poco tiempo de llegar aquí, cuando ya estaba instalado en el hotel, según me contaron y después pude verlo con mis ojos, vinieron a visitarle dos extranjeros. Uno se quedó más tiempo y fue con el que estuvo mirando y pateando fincas y tierras hasta que compró el cortijo. Dicen que se les veía ir de un campo a otro en coche; daban largos paseos mirando sitios y entrando en fincas sin pedir permiso. Cuentan que se les veía a los dos con otro hombre que vive en Portugal, donde allí tiene fama de brujo, y que con una horquilla de una rama entre las manos iba andando muy despacio y mirándola fijamente. ¿buscarían agua, oro? – elevó la mirada detenida en su copa como para interrogarme - También llevaban un aparato como un pequeño transistor que manejaban y se mostraban uno al otro. Iban tomando notas en una libreta que según me dijeron los que pudieron verlo de cerca parecía un mapa de la zona. Cuando alguien se acercaba a ellos, disimulaban y escondían todo rápido entre la ropa, como si no quisieran que nadie lo viera. Pensaban los que los veían que estaban locos. El caso que todos en la comarca se quedaron de piedra cuando compraron aquel cortijo que muchos quisieron comprar, y los dueños hasta entonces a nadie vendieron. Tuvieron que soltarles un buen fajo para soltarlo. Algunos dicen que fueron los extranjeros los que pagaron el cortijo y siguen pagando los gastos. Por aquí se les ha vuelto a ver muy contadas veces, siempre con Leonardo y con el moro, pero cuando han venido es raro que salieran del cortijo.

- **¿Extranjeros, de dónde? – dije exagerando la sorpresa. El alcohol estaba siendo un gran aliado.**

- **No sé, hablan español, unos dicen que con acento argentino. No sé, no entiendo de idiomas ni de acentos pero creo que ni son españoles ni argentinos. Uno es un poco mayor que Leonardo, o por lo menos lo parece, el otro es más joven; dan la impresión de ser un padre y un hijo, pero no se parecen mucho. El joven no dice nada; nunca le he escuchado ni decir un sí o un no. Sólo he coincidido un par de veces con ellos en la finca. Leonardo no me los presentó pero les vi y les oí hablar cuando estábamos remodelando el cortijo, y después cuando empezamos a construir la bodega. La verdad es que no hablaban con nadie, sólo con Leonardo y con el moro, ni con el arquitecto hablaron.**

- Bueno tampoco tiene que ser tan extraño. –Dije para quitarle hierro al asunto y picarle por si me contaba algo más- Es posible que hiciera amistad con esos extranjeros en Argentina, que ellos sean ricos y que le tengan aquí como guarda bien pagado del cortijo.

- Sí, si no te digo que no, pero hay cosas que mosquean. Muchas cosas.

- ¡Venga hombre! No será para tanto. – continué haciéndole creer que le estaban dando en el pueblo una importancia a algo que no la tenía.-

Miguel, se distrajo otra vez mirando a unas jóvenes que entraban en el bar. Apenas pudo seguir las con la mirada, el alcohol le estaba haciendo mella, y a mí también.

- Sólo hemos hablado de Leonardo... y casi nada de nosotros. – comentó mirándome a los ojos unos instantes con la voz trabada y pastosa, apoyada la cabeza en una mano y con la otra sosteniendo la copa, contrariado; quizás sospechando hacia donde le había llevado la conversación-

- Ha surgido así, Miguel. Voy a estar por aquí unos días, ya hablaremos de nosotros. Eso sí, tenemos que comer más y beber menos.

El Cajirón me miró sonriendo y me dio un golpe cariñoso en el hombro.

- Voy a llamar a un taxi para que me acerque al hotel. –Le dije simulando un bostezo-

- ¿Estás tonto o qué? Te acerco con la furgoneta, si está aquí al lado.

- Estamos muy borrachos, no están las cosas para que nos paren y te hagan la prueba del alcohol, te peguen un “multazo” y te retiren el carné por un tiempo, que entonces te joden vivo para poder trabajar.

- Es verdad que está cada vez más complicado tomarse unas copas. ¡Anda! que no ha cambiado todo en unos años: antes, a no ser que atropellaras un guardia era raro que te multaran por ir con unas copas de más. Ahora con un par de cervezas puedes cagarla.

No pude cortarme de soltar una carcajada con su ocurrencia: este Cajirón era muy bruto pero gracioso. Siguió con su soflama anti control de alcoholemia:

- Como sigamos así nos harán hasta la prueba del colesterol, del azúcar y nos tomarán la tensión para poder conducir. Pero lo que más me jode es que los que se inventan las leyes se ponen como motos, van en coche oficial y con chófer que pagamos todos.

- Es así y parece que no hay vuelta de hoja –dije continuando la conversación y olvidando a Leonardo de la misma con la intención de hacer una pausa para volver después a la carga.-

- Lo que sí tendrían que hacer es hacer controles de alcohol y drogas en el Parlamento, que lo poco que se hace allí es mucho más peligroso que conducir. Allí sí hay que estar con la cabeza muy “asentá y despejá” para votar leyes que dicen que son para nuestro bien. No lo tengo

claro; sólo es para agarrarnos más por los huevos, meternos mano a la buchaca y darles más trabajo a guardias, jueces y picapleitos. – Dijo mirándome para que le diera la aprobación, cosa que hice con un gesto asintiendo e inclinando un par de veces la cabeza.-

Para darle a entender que su conversación me interesaba y que no sólo quería hablar de Leonardo, le seguí su rollo con una anécdota que seguidamente le relaté:

- Conocí en Francia, en Bergerac, a un juez jubilado que llevaba su coche a reparar al taller. Lamentablemente ya falleció. Más de una vez tomamos café o algún vino juntos, pues era un placer invitarle cuando coincidíamos para simplemente escucharle y que expusiera su visión del mundo y de las noticias que en ese momento eran más relevantes. Era un hombre simpático, culto, educado y honesto. Es decir, un hombre sabio... - luchaba para que no se me trabara la lengua y a duras penas lo conseguía.- Y sabes... –miré al Cajirón y le di un golpecito en el brazo para que prestara más atención pues lo que iba a decir a continuación era lo más importante. – Y sabes qué le oí decir más de una vez y más de dos, que: “Cuanto más imperfecta es una sociedad, más leyes necesita” y “La inmoralidad de los dirigentes se mide directamente proporcional por la cantidad de leyes e impuestos que imponen”.

El Cajirón me miró confuso, como si no lo hubiera entendido bien. Con un ojo aquí y el otro allí; y es que si estando sobrio bizqueaba un poco, con unas cuantas copas parecía un tipo con un disfraz de camaleón gordo que se había escapado del carnaval de Isla Cristina. No dejaba de ser un incordio el mirarle a los ojos mientras hablaba, pues había que imaginar con cuál de ellos te estaría mirando, y al final el que empezaba a bizquear era yo también. Lo cierto es que empezaba a ver doble, no sé si por las copas, por mirar a los ojos al Cajirón o por ambas cosas. ¿Será contagioso? Solo le hacía falta que le cambiara la piel de color para que cualquiera asegurara que era un híbrido de camaleón y humano escapado de un laboratorio militar de experimentación y manipulación genética.

- Esto de... “la inmoralidad... es proporcional a leyes e impuestos...” no lo he escuchado bien... – me dijo con la voz pastosa, escapándosele unas gotas de salivillas y alcohol de la boca que pude esquivar al retirar rápidamente la mano de la barra. Aún me quedaban reflejos.

- Ja, ja, ja... Creo que lo has entendido perfectamente, por lo menos lo has resumido muy bien: “la inmoralidad es proporcional a leyes e impuestos”. Pues eso, que cuantos más impuestos que recaudan y derrochan, y leyes absurdas y complicadas que nos imponen, más corruptos e inmorales son los que mandan.

- Pues sí, y por eso, en la puerta del Parlamento, todos, todos sin excepción; desde el Presidente, pasando por los diputados, hasta los bedeles, conserjes y escribientes tendrían que pasar los controles de alcohol y de drogas. -Esto lo decía tambaleándose ligeramente y moviendo el dedo índice de la mano derecha, señalando el techo como si estuviera lanzando un discurso. Era una mezcla entre gracioso y patético: patéticamente gracioso.

- Y el que dé positivo; ¡multazo! y de castigo que tenga que acudir, sin excusa posible, a todas las sesiones sin cobrar durante seis meses y hasta un año o más si va “toó ciego perdió”... ¡No te jode!... - el Cajirón, dopado hasta las cejas de cervezas y unas cuantas copas de ron añejo con cola, no dejaba de protestar y arreglar el mundo en la barra de un bar, como se hace en este país con frecuencia.

- ¿Sabes? Está lloviendo fuerte desde hace un rato. –dijo guiñándome un ojo.

- ¿Y qué? Porque esté lloviendo no se nos va a quitar el pedo.

- No ¿pero has visto alguna vez un guardia con paraguas? Pues es tan raro como ver un torero con gafas y bigote.

Empezó a reírse a carcajadas llamando la atención de parte de la clientela que teníamos más próxima, haciéndome sentir incómodo y avergonzado. Me cuesta acostumbrarme a las voces y aspavientos, al volumen de las conversaciones aquí, tan diferente de Francia. Miré a los demás clientes y lo tuvieron que tomar como algo muy normal pues ninguno seguía ya las escandalosas carcajadas del Cajirón.

Volvió a insistir y se puso pesadito con lo de ir al “chupiclub”

- ¿Dónde vamos? –pregunté a Leonardo reclinando el respaldo del asiento del Jaguar, con el estómago como una noria pidiéndome expulsar lo último que quedara en él de tortilla y zumo de tomate.

- Ya lo verás cuando llegemos. –Me respondió secamente, como molesto- ¿Me vas a decir qué te pasó ayer?

- Poca cosa: salí a dar una vuelta, cogiendo fuerzas para estar hoy todo el día leyendo en el hotel, como tú me dijiste.

- Métete tu ironía por tu ojo que no ve y que nadie te quiere ver. No tendrías que haber salido anoche.

- Eso no me lo dijiste. –Dije sonriendo para calmar la tensión del momento.

- Sí te lo dije ¡Cabronazo! Además, no hacía falta que te lo dijera, estaba claro. Que tienes menos memoria que una calculadora solar de las que regalaban los bancos.

- Pues eso, salí del hotel a dar una vuelta por el paseo marítimo hasta que llegué a un pub y pedí una copa.

- Ya, y después hiciste la gamberrada y para colmo te emborrachaste con el Cajirón.

- ¿Cómo lo sabes? – le dije disimulando la sorpresa.

- Yo sé lo que sé. ¿Cómo lo sé? Ya te lo diré o no te lo diré.

El ambiente seguía un poco tenso. Habíamos llegado al Algarve por el puente internacional hacía unos minutos. Obsesionado por la persecución del día anterior y por lo que me dijo el Cajirón, miraba por el retrovisor. Observé que desde unos diez kilómetros atrás nos seguía un coche; no era el Ford marino. Se mantenía a distancia, a unos trescientos metros de nosotros manteniendo el mismo ritmo que el Jaguar. No podía distinguir que marca era, sólo que era de color blanco. Tampoco le dije nada a Leonardo de que pareciera que nos seguían. Él seguro que lo había visto, porque miraba con frecuencia por el espejo. Igual que Jamal.

Seguimos por la autovía, ya en el Algarve, y al poco tiempo nos desviamos hacia la costa. No puedo precisar cuál salida tomamos pues no tenía mis sentidos en buenas condiciones para ir muy atento. Ahora imagino que tomaríamos la salida de Montegordo más propiamente que la de Vila Real de Santo Antonio. En una recta me percaté que el coche blanco había tomado la misma dirección que nosotros.

Esta vez no estaba tan preocupado, además lo peor de la resaca había pasado convirtiéndose en un letargo soporífero. El confort del Jaguar y el concierto de piano que íbamos escuchando, a pesar del cabreo de Leonardo, me estaba quedando tan relajado que le faltó poco para quedarme medio dormido. Aunque verdaderamente hubiera preferido comer con Leonardo en el cortijo, para no hacer kilómetros y... para ver de nuevo a Candela.

- Vas a dejar de roncar y me vas a decir qué hablaste con el Cajirón. – Me sacó súbitamente sin miramientos del estado de relax.

- Me estoy quedando frito con esta música. ¿De quién es?

- Chopin: “Fantasía en fa menor”. Pero con tus ronquidos se convierte en “Dura Realidad en Rebuzno Mayor”. No me cambies de conversación y cuenta.

En esos momentos empecé a tener claro que los perseguidores eran escoltas, como los llamó Leonardo más de una vez.

- De acuerdo, te cuento: hablamos de ti, más bien él habló de ti. Yo de ti puedo hablar poco. – le contesté intentando reprimir un bostezo que sólo conseguí ocultar con la mano.

- Si habló de mí en el tiempo que estuvisteis es porque le escuchabas atentamente y le preguntabas. – Cada vez que me preguntaba me miraba con sus ojillos penetrantes enmarcados en unas arrugas profundas que imponía la verdad.

Qué espabilado es Leo... Desde luego tiene informantes por todas partes.

- De algo teníamos que hablar después de tanto tiempo.

- Después de tanto tiempo lo normal es que hablarais de vuestras vidas, no de la mía.

- Bueno, tu vida es parte de las nuestras, además la tuya parece bastante más interesante. – Me volvió a mirar con una sonrisa impaciente, haciendo ademán de darme un codazo.

Me espetó: - Eres un pajarraco. Anda, cuéntame qué se dice por el pueblo.

- Seguro que tú ya lo sabes... Los tienes despistados y confusos con tu forma de vivir y tu patrimonio. Por lo que me dijo el Cajirón. Aunque él no se lo cree, algunos piensan que todo puede ser fruto de la droga.

- ¿Por qué cree el Cajirón que no? – Dijo como si le molestara que el Cajirón no tuviera duda sobre si podía ser por la droga, al contrario que la mayoría.

- Dice que conoce bien a ese clan y que tú no estás ahí dentro, por muy sospechoso que haya sido el cambio de tu vida y de tu fortuna.

- ¿Sospechoso? ¡Serán paletos!... en todo caso sorprendente, pero sospechoso...

- Llevamos a los escoltas detrás. Creo que deberías contarme algo.

- Todo a su tiempo. Ya te sacaré poco a poco del pozo de sospechas e ignorancia de los paletos. – Dijo alegremente, esta vez sí, dando con el codo en mi brazo.

El Jaguar se desenvolvía con poderío por carreteras secundarias cerca de la costa portuguesa del Algarve oriental. De vez en cuando en el cambio de ritmo, cuando revolucionaba el motor acelerando o reduciendo, apreciaba el fallo de carburación o mezcla que tanto Leonardo como Jamal no daban importancia burlándose de mí. Así que no volví a decir nada de la anomalía que yo creía percibir.

Ahora, según me dijo Leonardo, era la Polonesa de Chopin la que entraba por mis oídos animándome el cuerpo, que poco a poco se iba rehaciendo de la paliza etílica de la noche anterior.

Pinos y abetos, casas, aldeas y huertos íbamos dejando atrás en un día soleado con unas nubes cúmulos majestuosas como pórticos de catedrales de algodón recortados sobre un marco celeste. Leonardo las miraba de vez en cuando, miraba muchas veces el cielo, era como una manía que observé el día del almuerzo en el cortijo, y hoy también. Quizá por eso me percaté de las nubes, porque él las observaba.

Cogimos una carretera estrecha, perpendicular a la costa que terminaba en una calzada empedrada que embocaba en un pueblecito muy cuidado y pintoresco en lo alto de un acantilado, Cacela Velha. Una pequeña fortaleza y una iglesia ancladas al borde de un precipicio miraban el horizonte atlántico con el mar picado con crestas de espuma que lanzaba hacia la orilla. Abajo una enorme playa virgen de dunas blancas. Y entre el acantilado y la playa, una ría preciosa; no en vano se llama Ría Formosa,

que se iba ensanchando hacia poniente en inmensos arenales que formaban islas y penínsulas donde solo se apreciaban retamales aislados entre dunas. La marea estaba baja y dormitaban pequeñas barcas varadas en el fango, próximas a donde había algunos viveros. Imagino que serían de ostras y almejas. En las pocas calles del pueblo se agolpaban las típicas casas portuguesas con colores añiles en puertas, ventanas y postigos, y sus chimeneas peculiares. Una pequeña plaza empedrada, como casi todas las calles de los pueblos portugueses, con un pozo en el centro que tenía en su brocal una vieja noria para sacar agua. Todo el entorno invitaba a imaginar la vida allí hace décadas, siglos, pues no parecía que las calles, las casas, la iglesia y la fortaleza hubieran cambiado un poco desde hace muchos años. Tan sólo te hacía ubicarte en el ahora que vivimos, los carteles de bares y restaurantes en las aceras con sus reclamos de ofertas en varios idiomas, y algún que otro turista admirando el lugar. Si no fuera por eso y por poco más, pareciera que había sido transportado a través de un portal de espacio-tiempo a varias décadas atrás, incluso siglos. Según leí después sobre el pueblo, algunos historiadores aseveraban que fue un enclave comercial fenicio. Lo que sí pude constatar es que en una casita había una placa de piedra indicando que allí nació en el año 958 un tal Ibn Darraj al-Qastalli, un poeta andalusí.

Después de que Leonardo a duras penas por su cojera me enseñara aquellas preciosas vistas, nos dirigimos a una de las casas de planta baja que estaban en la plaza, con mesas y sillas fuera. Era un pequeño bar que servía bebidas y comidas.

El camarero saludó a Leonardo con confianza de conocerle. Leonardo me indicó que le siguiera. Pasamos a una pequeña habitación que sólo tenía tres mesas. Nos sentamos junto a la ventana que daba a la plaza empedrada; hacia levante. El sol entraba iluminando las baldosas, las paredes encaladas, los sencillos muebles y nuestras caras.

- Aquí vamos a tomar un aperitivo típico: un tipo de ostras que crían abajo en la ría, que ellos las venden como ostras; no son como las gallegas, pero... Es lo que hay. ¿Te parece bien?

- A mí perfecto, a mi estómago no sé. – dije con pena de que me sentaran mal. Me encantaban, y recordaba la de veces que fui con Marguerite a comerlas a Burdeos.

- Pues pregúntale a tu estómago qué le puede sentar bien: vino verde, vino alentejano, oporto, una cerveza, un refresco...

- Mi estómago dice que primero una cerveza y después tomará el vino que tú elijas.

- Estás hecho un buen borrachuzo. – Me dijo mirando hacia el exterior de la ventana las preciosas vistas de la playa de Manta Rota. Al fondo, como el día estaba claro, se podían divisar edificios de Monte Gordo, y

más allá Isla Canela, junto a la desembocadura del Guadiana, ya en España.

- No te creas, lo hago por prescripción facultativa: el alcohol conserva y desinfecta.

- Sí, ¿quién es ese médico o farmacéutico? Me lo tienes que presentar.

- No es médico ni farmacéutico, así que no ha matado, que yo sepa, a nadie. Eso sí, ha ayudado a suicidarse a unos pocos pero disfrutándolo lentamente, poco a poco, sin prisas: es ingeniero técnico de barra y aledaños, es decir, tabernero. Además posee un doctorado en caldos de uva y gastronomía saludable. Ejerce su muy digna, filantrópica y loable profesión en Bergerac. Emile se llama. – Le dije con una sonrisa sarcástica a ver si le sacaba del cabreo.

- Pues me tienes que invitar a verle; dentro de unas semanas salgo de viaje para... el norte de Europa, y si puedo aprovecho para pasar por allí. – Fue a decir la ciudad o el país donde iba pero hizo una pausa, lo pensó dos veces, y dijo el “norte de Europa”.

- Sin problemas, eso está hecho. Te recetará unos vinos de los pagos de Dordoña que te quitará unos años de un golpe. Al menos eso te parecerá.

Aquello no llegaba a ser ni una “casa do pasto” (casa económica de comidas en Portugal) ni mucho menos un restaurante, más bien una tasca marinera que se había reciclado para atender a los turistas. Era sorprendente que tuvieran como platos estrellas: ostras y “chouriço grelhado” (chorizo asado al carbón); resultaba tan extremo y antagónico...

- ¿Qué más te dijo el Cajirón? – Me preguntó mientras me acercaba un plato de olivas negras guisadas al estilo algarvío, buenísimas, que nos habían traído como aperitivo con la copa de vino y mi cerveza.

- Simplemente eso, que tienes al pueblo mosqueado por desconocer la procedencia de tu buena posición, que también cabreaste a unos cuantos poderosos por no dejar que pasara un tendido eléctrico por la finca, y tampoco dejaste que pusieran unas antenas de comunicaciones en lo alto del cerro, que con lo que pagan esas compañías a cualquiera que se lo hubieran propuesto habría hecho una fiesta.

Leonardo se reclinó hacia atrás resoplando tras oírme. Iba a contestarme cuando entró el camarero con las ostras.

- Estas ostras son pequeñas pero merece la pena probarlas sabiendo que se han criado abajo en la ría.

Esas ostras, que en la costa de Huelva y Cádiz la llaman ostiones, eran pequeñas pero razonablemente asequibles, frescas y con buen sabor y textura al paladar. En otro sitio costarían un riñón. –Me acercó el plato para que me sirviera.

- Ibas a contestarme cuando entró el camarero...

- No sabes muy bien las que me hicieron pasar los muy “cabrones” con los cables y con las antenas. Menos mal que jugamos las bazas del cultivo ecológico y experimental en Medio Ambiente, y no pudieron salirse con la suya. – Omitió lo de los pájaros y no quise, de momento, comentárselo. Entendería que mucho le había sonsacado a Cajirón.

- ¿Tanto te molestaban las antenas y el tendido eléctrico?

- Bastante, más de lo que tú te crees. ¿Has oído o leído algo sobre la contaminación electromagnética? Es más dañina y peligrosa de lo que cree la mayoría de la gente. No se informa sobre ello porque los intereses son muchos. Ya te enseñaré estudios contrastados de gente muy informada que está denunciándolo.

- ¡Joder! Entonces los móviles... ¿por eso no quieres que lleve el móvil encendido en la finca?

- Por eso y por otras cosas. Por cierto ¿tu móvil?

- ¿Los móviles? Los he olvidado en el hotel... Despiste de resaca.

- Mejor que mejor. No te hacen falta para nada. Vamos a acabar las ostras y nos acercamos a un lugar precioso para comer tranquilos un arroz de tamboril que te despeje el estómago y la mente. (El tamboril es el rape en Portugal)

Aquella aversión que Leonardo tenía por los móviles y los tendidos eléctricos me resultaba un tanto paranoica. Había escuchado sin prestarle mucha atención que había gente que se mostraba contraria, e incluso se manifestaban en contra de las instalaciones de este tipo por supuesta incidencia de enfermedades, cáncer sobre todo, en su área más próxima de influencia. Pero nunca pensé que aquello fuera serio y verdaderamente nocivo. Él estaba muy enterado del asunto, por lo menos lo parecía. Eso me hacía dudar de lo que hasta ahora creía y me habían hecho creer.

Salimos andando hacia los aparcamientos que estaban fuera de aquel pintoresco pueblecito, Cacela Velha. No me olvidaré de él, es para volver. Nos acomodamos en el Jaguar y nos desplazamos hacia una aldea de pescadores que quedaba a un kilómetro escaso, abajo junto a la ría, hacia poniente, por donde ésta se abría al mar dejando en frente una barra de arena que formaba la playa que veíamos desde el castillo. Aparcamos junto a un restaurante anclado en la arena como un palafito a la orilla de la Ría Formosa. El sitio era idílico. Los escoltas aparecieron en el coche instantes después.

- ¿Entonces la electricidad que consumís en la finca es exclusivamente de las placas solares y de los aerogeneradores?

- Sí, ya te lo mostraré un día más detenidamente. Ahora baja del coche que te quiero enseñar una cosa; el fallo mecánico que tú dices. –miró alrededor nuestro como para ver si éramos observados y abrió el capó del Jaguar- Mira a ver si encuentras algo extraño por lo que pueda hacer ese ruido que notas cuando circula el coche.

Mis ojos se salieron de las órbitas. Fui a tocar un tubo cilíndrico de acero con unos bornes en su parte superior que estaba a un lado del motor y alimentaba con unos manguitos la admisión de aire cuando me apartó la mano y bajó el capó. Sólo pude observar aquello durante unos instantes, pero la transformación que se había realizado debajo del capó nunca la había visto antes en ningún vehículo, y eso que había reparado algún Jaguar parecido a ese.

Me miró sonriendo, el muy capullo, mientras cerraba el capó bruscamente, casi cogiéndome debajo la mano, que si él no me la llega a apartar con los kilos que pesa la chapa del capó del Jaguar me la hubiera quedado hecha una hamburguesa.

“Un gato se quedó sin su patita por meterla en un “bujero” que era un avispero ¡Ayyy! ... Pobre gato, pobre gato, que confundió al avispero con un “bujero”. – Me lo soltó con guasa, canturreando como si fuera un fandango de Huelva.

- ¡Venga Leonardo, no me hagas esto!... Sabes que he sido... Bueno, que soy mecánico de coches, igual que mi padre, desde que era un niño. Vuelve a levantar el capó. – Le supliqué, le imploré sin resultado.

- No, has sido un niño malo y no has hecho los deberes. Si hubieras leído, por lo menos los folios que te di, te enseñaría un poco más.

- Que rencoroso eres. Te prometo que leeré los libros, los apuntes y si quieres hasta la biblia en arameo, pero enséñame otra vez.

- Ya te lo enseñaré. Vamos primero a comer que nos están esperando.

Subimos la escalinata de madera que accedía a la terraza del restaurante. Tropecé, casi me caigo, contrariado por lo que acababa de ver. Un camarero salió a recibirnos abriendo la puerta del salón. Justo en ese momento, sin poder reprimirme le dije:

- ¡Es hidrógeno!

¡Cállate! – Me dijo mirándome serio como si yo fuera un crío impertinente.

- Esta tarde cuando llegues al hotel haz un esfuerzo y en vez de volver a emborracharte, lee los apuntes que te he dado; te conectas a internet con el móvil que te dieron en Portugal, no con la WIFI del hotel, y sigue las instrucciones. Seguro que ni has visto el video que te recomendé del Chevrolet Impala que Jack Nicholson mandó transformar para que funcionara con hidrógeno y lo presentó a la cadena pública canadiense CBC en 1978. Seguro que las cadenas estadounidenses no quisieron ni exponerse a emitirlo por miedo a “Ellos”. En el video, Jack, delante de todos los periodistas, se agacha y poniendo la cara enfrente del tubo de escape, respira, y con las gafas empañadas les dice a los periodistas: oxígeno.

Al poco tiempo los periodistas le preguntaron a Jack Nicholson sobre su coche y declinó en hacer ninguna declaración. No hace falta que te

diga más; esto es peligroso, y lo es porque peligran los beneficios y los impuestos de, ya sabes...

Ahora no comentes nada sobre lo que has visto.

No sé todavía si fue el arroz de tamboril o la impresión que tuve cuando vi lo que ocultaba el capó del Jaguar, el caso es que la resaca me había desaparecido como si me hubieran dado una pócima milagrosa y me hubieran metido una guindilla en el trasero. Estaba inquieto, nervioso y expectante; las piernas parecían que querían echar a correr dejando el cuerpo atrás en la silla. Estaba como un gato hambriento que acababa de entrar en un cuarto oscuro lleno de ratones.

Habíamos acabado de comer, estábamos tomando un café mirando el magnífico paisaje. Yo absorto, pero en mi cerebro sólo aparecía lo que vi debajo del capó del Jaguar. Durante la comida, y en vista de la orden de no comentar nada sobre el asunto, estuvimos hablando de nuestras vidas. Apenas quedaba nadie en el comedor, sólo una pareja entrada en años haciéndose arrumacos. Daban la impresión que se conocían de hace poco y que estaban en el trance hipnótico de enamoramiento. Me equivoqué, el camarero les llevó una botella champagne y les felicitó por su trigésimo aniversario de boda. Si Marguerite viviese pronto cumpliríamos también el cuarenta aniversario, y seguro que nos portaríamos de la misma manera que la feliz pareja.

- **¿Te acuerdas de que tú también quisiste apuntarte al curso de mecánica naval? – comentó Leonardo con nostalgia.**

- **Sí, sí que me acuerdo; éramos tan amigos que tu idea fue mi idea en aquellos días. Después tuve que partir con mi familia a Francia, así que me quedé en mecánico de coches que era lo que mi padre quería. - Leonardo alzó la mano para llamar la atención del camarero.**

- **¿Querrás tomarte una copa? – me dijo con recochineo sabiendo cómo me podía sentar.**

- **No estoy para copas. –le contesté poniendo el gesto serio.**

- **¡Ah! Muy bien, te emborrachas con el Cajirón y conmigo no te puedes tomar una sola copa. ¡Ay! si tu padre te hubiera visto calentándote con el hijo del que le echó del pueblo.**

- **¿Qué quieres decir? No sé nada de eso. –Aquella frase alteró mi ánimo. El camarero había acudido a la mesa y Leonardo sin consultarme pidió un whisky y un gin-tonic.**

- **¿Quieres un gin-tonic, no? Eso es lo que tomas ¿No?**

Todavía abrumado por el comentario sobre mi padre, asentí con la cabeza aunque no me apeteciera. Lo hice más que nada para que el camarero se alejara y Leonardo siguiera hablando. Después me di cuenta de que la noche anterior tenía pocos secretos para él; seguro que sabía hasta el número de gin-tonics y la marca de ginebra que tomé.

- ¿Entonces tu padre no te dijo nada del porqué de vuestra salida hacia Francia? ¡Qué buena gente era tu padre! Tu padre, “el manco”, no quiso dejar en herencia ese resentimiento a ti y a tu hermana. ¿Tampoco te acuerdas del mote de la familia de tu padre? Cosa de los pueblos: ni tu padre, ni tu abuelo fueron mancos, pero por lo visto un hermano de tu abuelo sí lo era, y se quedó la familia con el mote. Eso me contaba mi madre.

- Sí recuerdo lo del mote, a mí también me lo decían los viejos. Pero de lo de la emigración forzosa nada de nada. Cuéntame por favor.

- Sabrás que un tío tuyo hermano mayor de tu padre, murió en la guerra civil en una encerrona en el Aljarafe sevillano los primeros días de la sublevación. Era anarquista y se enroló con unos mineros de Río Tinto en una columna. Tu padre era un chavalillo, por eso y porque tuvo la suerte de que alguien le protegiera no acabó como otros fusilados contra una tapia y enterrados en una fosa donde muchos aún siguen esperando una sepultura, sino cristiana, por lo menos decente.

- Sigue, que me tienes desconcertado. Sé que el único hermano de mi padre murió, pero nunca hablaban de él en casa. Recuerdo una foto de mi padre con él que mi madre tenía guardada en un sobre en un cajón de la cómoda de su dormitorio.

Leonardo sonrió, dio un sorbo al whisky sabiendo que me tenía cogido por los bajos en mi incertidumbre.

- Tu padre, como tú sabes, era aprendiz en un taller de aperos agrícolas que en aquellos años empezaron a reparar los primeros motores y camionetas que llegaron al pueblo. Pronto despuntó como el mejor y más responsable de los aprendices, superando incluso a algunos obreros que llevaban más tiempo. Eso hizo que el dueño del taller le cogiera afecto y que le llegara a tratar como el hijo que no tuvo.

Todo esto que te estoy contando me lo relataba mi madre recalcándome siempre que no contara nada, y mucho menos a ti. Aunque todo el pueblo lo sabía. En aquellos tiempos cualquier comentario podía ser malinterpretado como un desafecto al régimen y caer en la desgracia que cayó tu padre. Yo en mi inocencia, durante los días posteriores a vuestra partida, no comprendía el porqué de esa decisión, cuando tu padre era considerado como el mejor mecánico del pueblo. Al final mi madre ante mi insistencia me lo fue relatando: Al poco tiempo las envidias a tu padre surgieron de un obrero un poco mayor y que llevaba más tiempo trabajando que tu padre en el taller. No hace falta decirte que este obrero era el Cajirón padre, que según mi madre, no es que simpatizara con los falangistas ni con ninguna otra corriente política o de pensamiento porque nunca tuvo inquietudes intelectuales, políticas ni sociales; sólo le importaba el interés personal con una excusa política a la que asirse; por supuesto la de apostar en ese momento por el caballo ganador. Entonces pasó mucho, y hoy pasa

igual. Así que aprovechó esa circunstancia, y de que un tío tuyo fue un rojo, encima un anarquista muy activo para acusar a tu padre y quitársele de en medio. Aunque aquello fue cuando tu padre entonces era un zagal huérfano de padre al que le acababan de matar a su hermano mayor que era el que sustentaba principalmente la casa.

Escuché que el patrón fue el que intercedió por tu padre, por sus influencias ante los caciques y los falangistas. Eso hizo que surgieran trifulcas entre el patrón y el padre del Cajirón, y se aumentara la envidia que él tenía a tu padre.

A los pocos años el dueño del taller murió de unas fiebres que se decían entonces. Al hombre le dio tiempo antes de morir de decirle a su mujer que el jefe del taller sería tu padre, y aquello no sentó nada bien al “Cajirón”, que convenció a Don Julio, un rico hacendado, para que montase un taller y almacén de aperos. Se llevó consigo a los tres o cuatro operarios que trabajaban en el taller, dejando a tu padre sólo con el taller de la viuda.

Tu padre cogió un par de aprendices, y las cosas no iban mal. Aunque hacía años del final de la guerra y pasaron los malos años del hambre, en aquellos tiempos sólo ganaban dineros los contrabandistas; pero los que financiaban, no las “mulas” que pasaban a remo el Guadiana las noches sin luna en botes que eran auténticos cascarones. Pasar unos kilos de café, tabaco, pan y unas docenas de medias de señora era una aventura que podía acabar en una real pesadilla, pues a más de uno le costó el pellejo abatido por los fusiles de la Gardinha portuguesa o de la Guardia Civil. Ahora es igual con la droga; el que pone la pasta es fácil verle comer con mandatarios y dando donaciones a “ONG`s” de ayuda al toxicómano. El socio rico que se buscó el Cajirón era un financiador del contrabando.

El caso es que a tu padre y a la viuda le hicieron la vida imposible; lanzaron el bulo de que estaban liados, cosa difícil porque la viuda le sacaba a tu padre cerca de treinta años, y tu padre era un buen mozo que se lo rifaban las casaderas de entonces. La calumnia caló entre las mojigatas ávidas de morbo y cotilleo, y entre las casaderas despechadas por tu padre cuando se prometió a tu madre, que precisamente no era del pueblo aunque se crió en él desde niña junto a su familia; así que a tu madre también le hicieron el vacío muchas vecinas.

Hasta el cura ¡cómo no! metió cizaña, ya que tu padre no es que fuera mucho por misa, y la viuda aunque sí fuera, no era muy generosa con el cepillo, y eso en aquellos tiempos de nacional-catolicismo era un atrevimiento.

El padre del Cajirón incitó a su patrón para que le quitara los aprendices que se iban formando en el taller de tu padre, y le hicieron lo que hoy se llama “Dumping”, que es tirar los precios, porque ellos se lo podían permitir al tener las espaldas bien cubiertas; además de pagar comisiones bajo cuerda a los capataces de fincas y gestores de ayuntamientos.

Tu padre se fue quemando, la viuda fue envejeciendo, y convencida por los sobrinos que no vivían en el pueblo, quiso venderle a tu padre el taller. Tu padre estuvo ahorrando años, buscando los avales para poder financiarlo, y cuando lo tenía a punto de conseguirlo, el imbécil mezquino del director del Banco se fue de la boca, y la garduña del Cajirón se metió por medio; convenció a sus compañeros de montar una sociedad y comprarle el local y la maquinaria a la viuda haciéndole una oferta mucho mejor.

Le hizo una faena a tu padre, al que le seguía teniendo una envidia gorda, y también se la hizo a Don Julio su patrón, que como tenía dos hijos varones que habían dejado la escuela; empezaron a trabajar uno en el taller y otro en el almacén. El Cajirón no quería pasar de tener uno a tres patronos. Pero a Don Julio también le estuvo bien empleado; “quien se junta con ratas termina, como poco, oliendo a ratón.”

Como decían los viejos de antes: “Toda mierda, sea de hombre, buey o mochuelo, cae por su peso al suelo”.

Y eso fue lo que pasó: el Cajirón fue peor patrón con sus socios y trabajadores que lo que habían sido sus patronos con él. Empezó a viajar con excusas de ver máquinas, proveedores y clientes, y lo que hacía era gastar más que trabajar y traer pedidos. Los socios, aunque tenían menos parte, estaban con la mosca detrás de la oreja y empezaron a pedirle cuentas. Hasta un día que el Cajirón había tomado dos aguardientes de más, y encabronado en una trifulca con los socios, se puso a arreglar una máquina; hacía tiempo que no se pringaba las manos, con tal mala suerte que a la cizalla se le soltó la cuchilla y le arrancó el antebrazo. Y fue peor que no muriese porque se desangró de tal manera mientras lo llevaban al hospital, donde estuvo en coma ingresado mucho tiempo, que no quedó bien de la cabeza por falta de riego sanguíneo, y por supuesto peor quedó del brazo, que desde entonces, para no confundirle con los hermanos pasó a ser en vez de Miguel el Cajirón, Cajirón el lisiado. Para entonces tú y tu familia ya vivíais en Francia.

Pasó el tiempo, y le tenían en el taller como el que tiene a un viejo mastín medio ciego y no se desprende de él por compromiso o caridad.

Un día bien temprano, cuando abrieron el taller los socios lo encontraron colgado.

Y esta es la historia que no conociste con buen criterio de tus padres; ya ha llovido bastante para que tengas resentimientos. Entiende: “No hay mal que por bien no venga”.

- Di algo. Te has quedado mudo. –Me dijo Leonardo preocupado por mi estado ausente.

- Que te puedo decir; me has dejado de piedra. El día de hoy quedará marcado en mis recuerdos para siempre.

- Eso es lo que quiero, que entiendas que a partir de hoy vas a tener muchos días que te costarán olvidar. Días que te quedarán marcados

en la memoria como el hierro candente en una res, pero para que despiertes del estado de somnolencia en la que has estado sumido, a propósito, como la inmensa mayoría de la Humanidad. Por supuesto, siempre que estés de acuerdo en ello.

- ¿En qué, Leonardo, en qué tengo que estar de acuerdo?

- En que descubras, por lo menos, otra verdad que la que te han inculcado y te han hecho vivir. En que abras la mente y el espíritu para aceptar que tanto lo que se te presenta como lo que conoces puede ser un complejo holograma, falso como una moneda de madera. Que hay otros espacios; llámalos como quieras, pero hay otros. Tienes que prepararte pues es doloroso darse cuenta del engaño, tanto que te puede afectar anímica y físicamente, y eso no es nada recomendable. Ten por seguro que primero vas a comprender que estás metido en una jaula, después que tienes que salir de ella; pero lo principal es que saliendo de una entrarás en otra, hasta que descubras que la realidad nueva, es otra jaula, más amplia pero jaula. Así sucesivamente; como las muñecas rusas. Lo más importante que tienes que entender es que estás preso, pero eres carcelero de ti mismo, un carcelero consentido y sumiso de aquellos que te han metido en la cárcel y viven muy bien explotando tu encierro. No lo olvides, que te quede claro: eres preso y carcelero de ti mismo. Estamos aquí interpretando un guión impuesto en el teatro de la vida. Nos han hecho creer que somos actores, pero realmente somos marionetas. Tenemos que romper las cuerdas que nos atan al guión y ser directores de nuestra vida. Empieza a reflexionar sobre esta frase:

“Y si es verdad... que todo es mentira”.

Las palabras de Leonardo golpearon el interior de mi cabeza y provocaron un ahogo en mi pecho. Me costaba comprender y tomar una decisión. Al fin y al cabo no vine aquí para encontrarme con esto, con un “lo tomas o lo dejas, con un despiertas o sigues dormido”. ¿Acaso no era más feliz sin saber las circunstancias amargas que sufrieron mis padres para tomar la decisión de tirarse al vacío incierto, de hacer mil doscientos sesenta kilómetros para buscarnos la vida en un país ajeno, con una lengua y costumbres diferentes?

Era difícil tomar una decisión que se me presentaba sin haberla pedido, sin haberla buscado. Yo sólo quería cambiar de aires, volver a mi tierra, encontrar una mujer, una compañera que me volviera a dar el cariño, la presencia y el calor que me faltaba. Vivir el descenso de mi vida pausadamente, disfrutando de cada momento intensamente pero con sosiego. Pasear por la playa de mi infancia y ver con esa mujer los amaneceres y atardeceres de invierno cuando el sol emerge y se sumerge en la mar. Y los luceros, con el cielo aún celeste, cogen de la mano a las

estrellas y las prenden para que se enciendan poco a poco, llamando entre susurros a la noche.

No había sido fácil mi vida, había trabajado duro, para tener los buenos momentos de los que disfruté. No tuve hijos, fue lo único que faltó en mi vida con Marguerite; la compañera que echaba en falta como una barca que varada en la arena espera la pleamar que nunca llega para salir a la mar.

Mis padres murieron en Bergerac, y allí están sus huesos porque ellos lo decidieron. Llegaron con media vida hecha, con lo mejor de su vida transcurrida, y, sin embargo, pese a todo encontraron el sitio, el lugar donde forjaron para nosotros, a mi hermana y a mí, un buen futuro, y ése era el motivo, el fin y la clave de su felicidad.

Aquí dejaron familia, pero también dejaron un pueblo herido. Así era en muchos de los pueblos de España por aquellos años. Costaba desembarazarse de la memoria, de las raíces y nefastas consecuencias de aquella maldita guerra fratricida. Si todas son malas, éstas son las peores. Cuando se recuerda para reavivar el enfrentamiento en vez de la convivencia para que no se repita la historia, es una actitud perversa. Esa actitud sólo interesa a los psicópatas que buscan el poder a través de dividir por el rencor de un mal pasado, en vez de multiplicar por el amor a un buen futuro.

Un pueblo y una época donde se tenía hasta que pensar con miedo, y si se hablaba de ello, con mucho cuidado, en voz baja y en casa. Durante la guerra cualquier actitud sospechosa de desafecto al bando que sometía al pueblo era fácil que acabara con cualquiera acribillado en la tapia del cementerio.

Y es que dependiendo del bando en que se cayera había que ir a misa por cojones, o ni siquiera mirar la puerta de la iglesia.

Hasta saludar por la calle, sin un solo reproche, a aquel que había delatado a sus íntimos; el mismo que le dedicaba una sonrisa despectiva, insolente y canalla que había que aguantar y, como mucho, disimuladamente cerrar el puño clavándose las uñas en las palmas, morderse la lengua, cagarse en su estampa y en sus muertos para los adentros, para no perder el puesto de trabajo en condiciones casi de esclavo que apenas mitigaba el hambre y la miseria de sus hijos.

Ahora comprendía a mis padres porque perdieron paulatinamente el interés por volver cuando encontraron en Bergerac un clima de ilusión y trabajo para poder ser, simplemente lo que eran: unas buenas y humildes personas trabajadoras que amaban a sus hijos y la libertad.

Ahora sé el porqué nos pidieron que les enterráramos allí; encontraron amigos andaluces, extremeños, manchegos; españoles, franceses también,

que en los momentos difíciles, sobre todo en los iniciales, se volcaron con nosotros porque antes ellos pasaron por lo mismo.

Son los momentos difíciles los que definen a los amigos de verdad. Suele pasar que del que esperas un apoyo cuando lo necesitas se desentiende, o lo que es peor te lanza un salvavidas de plomo. Y sin embargo, de aquel que no lo esperas te echa un cable para que puedas salir del mal momento.

De alguna manera Leonardo me estaba lanzando un cable que yo no había pedido. ¿Quizás era él el que me estaba pidiendo que le ayudara? Se me hacía difícil entender lo que estaba viviendo; qué se me estaba cerniendo en un momento tan distinto y diferente a lo vivido que parecía un sueño, pero real.

- ¿Tienes prisa? - me preguntó Leonardo sin dejar de mirar el horizonte.

- ¿Tú qué crees? Claro que sí, me esperan tres mulatas en el jacuzzi del hotel con ganas de fiesta. ¿Quieres saber la verdad? La única impaciencia que tengo es ver el Jaguar por dentro.

- ¡Qué capullo eres! Pues llama a las mulatas y les dice que te vas a retrasar. Por el Jaguar no te preocupes que no le va a desaparecer lo que tiene dentro por el momento.

- Me voy a tomar otro whisky y esperar a que se ponga el sol. ¿Vas a querer otro gin-tonic? Ya lo tienes diluido.

- No, gracias. Así es como más me gusta. Realmente de lo que disfruto es de los tres últimos tragos del gin-tonic. Lo que pasa es que lo tengo que pedir entero. Tendría que haber un camarero que me pusiera los gin-tonic con los hielos desechos, la tónica sin apenas gas y el limón habiendo dejado el sabor en la ginebra disipada; sería el camarero perfecto sirviéndome el gin-tonic perfecto.

Leonardo esta vez dejó el horizonte y me miró diciendo:

- Estás más loco que yo ¡Capullazo! No cambiarás nunca...

Volví la mirada hacia él y sin decirle nada le hice una mueca guiñándole un ojo. Agarró el bastón y se desplazó muy despacio hasta la pasarela de madera que bajaba del restaurante a la arena. Se quedó allí, inmóvil durante unos minutos, los que tardaron en que el Sol se despidiera entre las aguas del Atlántico. Cuando el Astro Rey se ocultó del todo bajó la cabeza como haciendo una reverencia y luego empezó a mirar otra vez el horizonte, como si fuera un viejo vigía oteando el infinito desde lo más alto del palo mayor, esperando divisar el último puerto de la vida.

En Bergerac.

Habían pasado unos tres meses desde mi vuelta a Bergerac. Aquí todo seguía igual que antes de partir pero yo ya no era el mismo. Y si era el mismo, no pensaba igual.

Me encontraba en la difícil tesitura de aceptar la frase favorita de Leonardo, que me repetía con asiduidad cuando le discutía o mostraba mi actitud escéptica, incrédula sobre el tema que fuese, pero sobre todo cuando tomaba partido apasionadamente por un supuesto o una hipótesis. Entonces respiraba hondo, movía la cabeza hacia uno y otro lado, y con una leve sonrisa y mirándome fijamente a los ojos me decía:

“Y si es verdad... que todo es mentira”.

Esta frase siempre la inserta al final de los correos que me manda, después de su usual y convencional: “Un abrazo y, sobre todo, ámate”.

Hace más de dos meses que no sé nada de él. La última noticia que tuve fue un correo electrónico en el que me preguntaba cómo estaba y me insertaba unos enlaces, como él los refiere: “de interés”. Eran noticias de prensa española y francesa sobre las tensiones en Oriente Medio; las guerras provocadas por el afán de control del petróleo; algunas sobre contaminación y otras sobre instalaciones de grandes parques de placas solares o de aerogeneradores en diversos puntos del planeta. – (él no está muy conforme con esas mega-instalaciones: me decía que el problema principal no es que sean abominables y desagradablemente impactantes para el entorno, que sí considera que lo son, sino que la energía sigue siendo de los mismos y que no hay voluntad por hacer autosuficiente al ciudadano que, según él, es bastante fácil; tanto que intentan silenciar y ridiculizar a aquél que pretende exponerlo. Se atreven hasta ilegalizar o imponer un impuesto a la autosuficiencia.)

He leído unos apuntes de la biografía de Nikola Tesla, que Leonardo con tanto empeño me recomendó que leyera. Me han sorprendido bastante, pues no podía haber imaginado que un genio como éste haya sido condenado en el más atroz ostracismo durante décadas, así como algunas de sus patentes y conocimientos que él quiso legar para la humanidad fueran usurpados por una clase tan dominante como sicopáticamente egoísta, que solo le interesa dominar el mundo creando un Nuevo Orden Mundial donde estemos todos monitorizados, idiotizados en un redil sin salida.

Después de los días vividos en mi tierra y, sobre todo, de las conversaciones con Leonardo, miro la vida, el planeta y la humanidad de otra forma.

Otra de las frases de Leonardo que tengo prendida en mi memoria con fuerza es:

“Para una oveja es preferible que existan cien lobos a un sólo pastor, ya que el pastor irremediablemente la llevará al matadero. Los lobos la matarán o no”.

Recuerdo que aquella frase me hizo reír y él se ofendió. Quizá porque tuvo que explicármela con detenimiento y yo fui reacio a entenderla. -Sería un día de mente espesa por unos cuantos vinos de más... o de menos-.

Acabó diciéndome:

“El mejor esclavo es aquel que desconoce la condición en la que vive”.

Otra de las biografías que me aturdió fue la de Royal Raimond Rife. Y sobre todo su prodigioso invento que tanto bien hubiera causado a la humanidad y tanto dolor y muertes hubiera evitado, y quedó relegado en el maquiavélico rincón donde se oxidan todas las ideas e inventos que benefician a todos menos al 0,0001 por ciento de la población por contravenir los intereses de los poderosos; entre otros, es fácil de adivinar, estaban los capos y gánsters que habían amasado grandes fortunas con el contrabando de alcohol durante el periodo de la “ley seca”, y que pusieron todo su empeño y una pequeña parte de su capital en comprar los medios de “información” y a las “asociaciones científicas” para ridiculizarle. Cuando al principio todo eran alabanzas y parabienes por tan prodigioso avance tecnológico a favor de la salud. Estos capos no iban a dejar que sus inversiones que producían succulentas ganancias se les fueran al lugar donde reposan los pecios. El invento de Royal Raimond les hubiera provocado una debacle. Si Hipócrates, Galeno o Paracelso levantaran la cabeza...

Lo indignante es que estos capos malditos tenían comprados a políticos corruptos que consintieron tal infamia, siendo cómplices de una interesada conspiración para que el súper-microscopio que detectaba los agentes causantes de las enfermedades y a su vez los aniquilaba por una radiación que sólo afectaba a las células enfermas y a los patógenos hostiles al cuerpo, sin causar ningún mal a las células sanas, no se pusiera al alcance de la Humanidad.

Si estos malditos bastardos no hubieran conseguido llevar a cabo su maléfico plan, cuántas personas se habrían curado de cánceres como el que acabó con Marguerite.

No, ya no era el mismo hombre que partió de Bergerac para simplemente reencontrarme con mi pasado, con mis raíces, con la tierra de mi juventud. El shock que me había provocado Leonardo con sus revelaciones, pensamientos y evidencias; como el Jaguar de hidrógeno y la autosuficiencia energética que disponía en su finca, tanto en su casa, como en la bodega, - que no era otra cosa que una tapadera de investigación sobre la energía libre-, hizo que todo aquello en lo que había creído y defendido se derrumbara como un castillo de naipes. Resulta muy difícil aceptar que uno haya sido, incluso siga siendo, un eslabón más de una cadena; un ser

inconsciente e hipnotizado para trabajar y consumir como un autómatas para el beneficio de “cuatro malditos y repugnantes reptiles” que gobiernan el planeta detrás de los bastidores.

He pasado días y noches enteras delante del portátil, conectado al módem que me proporcionaron en Portugal; navegando en la red por los enlaces que Leonardo me ha ido mandando, para como él dice: “Ir despertando”. Me recalcó que tuviera cuidado y que no pasara de un enlace a otros recomendados por las webs, que lo fácil es que me monitorizaran y controlaran al meterme en esas páginas, así que me regaló un dispositivo de almacenamiento de archivos camuflado en un bolígrafo en donde me grabó muchos enlaces que Leonardo los denominó en una carpeta como “artículos de hogar”, en clave, para por si acaso.

Despertar cuesta, y duele. Leonardo me recomendó que no descuidara mi alimentación y el descanso, que siguiera haciendo lo mismo que cotidianamente hacía en Bergerac. Es difícil, de hecho algunos amigos me lo han notado.

Por las mañanas me acercaba al taller, saludaba a los muchachos, hablaba con los clientes que acudían a llevarse o dejar su vehículo, e intentaba tener la misma cotidianidad de antes de mi partida.

Hasta Rufo, el jefe de taller, el que fuera mi mano derecha durante los quince años últimos de mi actividad, me lo notó: Una mediodía cuando ya todos los mecánicos se habían ido a comer y Rufo estaba terminando de ordenar unos papeles, le esperé dentro del taller para de camino a casa tomar un par de cervezas en Maisón Paulina como teníamos costumbre. Cuando él terminó en la oficina me encontró abstraído mirando dentro del compartimento del motor de uno de los coches que estaba con el capó abierto. En mi cabeza estaba intentando hacer el esquema en el sistema de la admisión para adaptar en aquel vehículo la alimentación por hidrógeno: Tendría que sustituir el depósito de gasolina por el de agua, encontrar el hueco para adaptarle la válvula-depósito de paso del mineral, antes de que llevara la mezcla al boxter de aluminio que apenas tenía espacio en el compartimento motor para poder ajustarlo...

- ¿Qué te pasa Marcos, te has quedado “cogido” mirando ese coche?
- Un poco, estoy mirando lo comprimido que viene el motor en el hueco. – Rufo me miró extrañado.-
- Hace años que se fabrican los coches así. - Me contestó.-

Creo que por cierto respeto se quedó callado. Había sido su jefe, ahora era su arrendatario, pero aunque yo le había tratado con confianza de compañero, no sé si por la diferencia de edad o por el carácter un poco reservado de Rufo no quiso comentar más.

Analizando la situación daría de hablar a cualquiera que bien me conocía. Menos mal que ya se habían ido todos los demás. No era plato de gusto que empezaran en el pueblo a elucubrar y mucho menos a chismear sobre mi perceptible cambio de actitud y sus posibles motivos.

Apenas me notaron nada anormal que no fuera lo usual cuando perdí a Margueritte, como para que me notaran ahora algo extraño a mi carácter después de un viaje de apenas mes y medio.

Y es que llevaba varios días dándole vueltas a la cabeza de cómo poder desarrollar en algún vehículo el sistema de alimentación del Jaguar. Sabía que lo más cómodo sería comprar una de las gangas de las que nos enteramos en el taller y hacer la transformación allí mismo, pero eso tenía ventajas e inconvenientes. Muchos inconvenientes.

Leonardo no me dijo nada, ni a favor ni en contra de hacer una transformación de un vehículo como la que tenía hecha en el Jaguar y en los demás vehículos de los que disponía en la finca. Creo que todos estaban modificados para consumir agua. Tonto tendría que ser si no imaginara que se me pasaría por la cabeza intentarlo hacer en Bergerac cuando tuviera ocasión teniendo todo a mi favor: Disponiendo de un taller, herramientas, espacio y la experiencia de décadas dedicado a la mecánica de automóviles. Es más, estoy seguro que él sabía que cuando llegara el momento lo haría. En eso estoy pensando, en hacerlo.

Bernard me ha vuelto a llamar, parece ser que tiene clientes que están interesados en ver la casa.

Le hice quitar el cartel de venta pero ya se sabe, el poco tiempo que estuvo puesto causó el efecto deseado de información que ahora me trastoca un poco. La verdad es que no me importaría venderla. Por momentos quiero cambiar de vida; creo que los cambios de lugar, de entorno, generalmente ayudan, sobre todo en momentos “bajos” a salir del pozo de la depresión y también a despejar la mente y hacer al espíritu evolucionar.

No me importaría volver a mi patria chica e instalarme allí.

Aquí a Bergerac podría venir de vez en cuando por unos días, y alquilar una habitación en el coqueto hotel_de_Martine.

La casa me arroja de recuerdos que me hacen añorar el pasado, y ello implica que mire al futuro con poca expectación, que tenga demasiada nostalgia de aquellos años, que aunque fueran tiempos felices donde se desarrollaron nuestros sueños, -sólo nos faltó el tener un hijo-, ahora me ancla, me lastra el poder vivir y desear otro futuro, otras experiencias, otra actividad que aquí no deja de ser un poco contradictoria al estar jubilado. Aunque a mis bastantes años me considero fuerte y con naturaleza para disfrutar todavía algunos años de las buenas cosas de la vida.

Y por qué no, encontrar una mujer con que compartir nuevas risas y cariños.

Recordaba a Candela, la cocinera de Leonardo; en el tiempo que estuve allí me fue cautivando poco a poco. No sé qué edad puede tener, quizá hasta 15 años menos que yo. Nunca me confesó su edad. Creo que no ha pasado día y ni mucho menos noche que no haya recordado los momentos de pasión que mantuvimos a espaldas de todos, principalmente de Leonardo. Fuimos como unos novios adolescentes que se reguardaban de toda posible mirada, de toda sospecha. Ansío volverla a ver, abrazarla, amarla.

¡Soy un idiota! Sólo me consuela que tiene remedio, que puedo intentarlo la próxima vez. Por mucho que ella se opusiera a que diéramos el paso de revelar nuestra relación jamás me explicó ni superficialmente el porqué. Se cerraba en banda, para mí incomprensiblemente. ¿Acaso no éramos libres los dos? No estaba convencido, pero me dejé llevar por el miedo a que si se difundiera todo se fuera al traste. Realmente me tenía fascinado, hechizado... El apego hacia ella era como una adicción, una obsesión. Aún hoy, a pesar del silencio impuesto por las circunstancias, a pesar del tiempo transcurrido y la lejanía, no dejo de pensar en ella.

Rocío, mi hermana, me ha llamado. Se ha enterado que puse la casa en venta; las noticias vuelan y eso que ella vive en Mont de Marsan, a unas dos horas de aquí. Se habrá enterado por alguna de sus amigas de soltera. Conmigo habla poco y la entiendo. Ella no tiene la culpa, los problemas y divergencias que tuve con su marido hicieron que la relación se hiciera distante, fría y casi imposible. No niego que yo tuviera parte o bastante culpa, pero una cosa es el impresentable de mi cuñado y otra mi hermana. Es cierto que el mal llamado orgullo, mi soberbia, me ha lastimado la relación con ella y con las niñas, mis sobrinas. Pero es que el marido, el imbécil de mi cuñado es un imbécil con pintas en el lomo, y eso no me lo quita nadie.

¡Bah! “C’est la vie” Ella me hace una llamada por mi cumpleaños y otra por navidad, y alguna otra, no más de dos, en el resto del año. Yo tampoco la llamo mucho, siempre por la segunda quincena de octubre. Su cumpleaños cae en esas fechas, no sé qué día, creo que es el 23. A veces me acuerdo y otras la llamo días antes o días posteriores, pero siempre la llamo. Soy fatal para fechas y efemérides.

- No Rocío, no, todavía no tengo claro vender la casa. De hecho quité el cartel de venta que me pusieron cuando llegué. Era un engorro tener que dar explicaciones a los amigos y vecinos, pero mucho más tener que enseñar la casa a desconocidos que generalmente ponen caras de póker, arrugando la expresión como si estuvieran oliendo a mierda, y te hablan

como si lo que estuvieras vendiendo no vale nada y el precio que pides es una barbaridad. ¡Coño! Si te han dicho el precio en la agencia y has visto la casa por fuera, ¿Qué quieres? ¡Bah! he decidido no volver a enseñar la casa a nadie. Que la enseñe Bernard, el amigo que tú conoces; el de la agencia inmobiliaria. Yo me quito de en medio y no tengo que aguantar a impresentables tratantes que quieren conseguir una ganga con la poca inteligencia de tratarte con poca educación.

- ¿Pero hermano, por qué la quieres vender? Es una buena casa, alquílala, no te será difícil. Siempre será tuya.

- Vale , ya veremos a ver que hago. Te dejo que me están esperando. Un beso, y dale otro a las niñas. Hasta luego.

¡Siempre será tuya! Qué gracia. El siempre no existe, el siempre es el momento que estás viviendo; mañana mismo se puede haber acabado “el siempre”.

No quería ser mal pensado, por eso corté la conversación, no fuera a demostrarme mi hermana que tenía razón para serlo. Si no vendo la casa, terminaría siendo de sus hijas; mis sobrinas, por eso no quise hablar más, y no es que no las quiera.

Me joden las personas que se preocupan más de las pertenencias de los parientes, de los amigos, que de las circunstancias que atraviesan. Que se preocupan sobre todo de llevar el ascua a su sardina, incluso parte de la sardina ajena y hasta entera, ante cualquier oportunidad, ante cualquier mal momento, incluso de su propio hermano.

No, no quiero pensar de que sea así, aunque lo parezca, porque sólo me conllevaría a provocar en mi un mal ánimo, una desazón y una desilusión que podría confirmarse si seguíamos hablando.

No, no quería darle la oportunidad de que durante la conversación comprara todas las papeletas para que me cerciorara de lo que ya estaba temiendo. Mi hermana no podía ni imaginar, por su falta de empatía, que la casa se me caía encima sin ella, sin Marguerite. Cuántas veces habré buscado con el brazo su cuerpo en la cama para acariciarla mientras dormía. Habían sido muchos años y todos muy felices como para soportar la tortura que estaba siendo la casa, donde tantas veces nos amamos, nos reímos y nos angustiamos con los problemas que te lanza la vida, como si fuéramos ratones de laboratorio en un terrario artificial, observados y manejados por científicos torturadores y psicópatas invisibles.

No, no estaba para pensar en ello y deprimirme.

El Peugeot.

Rufo me había llamado por la tarde para que a la hora del cierre me acercara a ver un coche que siendo viejo pero en muy buen estado lo podría comprar por un módico precio.

Le extrañó conociéndome que me quisiera comprar un coche viejo. Era normal que se extrañara, para qué iba a querer un coche viejo si tenía uno en muy buen estado, con pocos kilómetros y apenas tres años. Hubiera entendido mejor que quería cambiar el mío por otro más nuevo. No es que me pidiera explicaciones pero me tuve que inventar una que él no se la creía, seguro, ni con una pistola en el pecho.

- ¿Qué te parece? - Me miró Rufo haciendo un gesto que daba a entender que para qué quería ese viejo coche por muy bien cuidado que estuviera.

- A ver, arráncalo que oiga como suena. –le hice una seña a Rufo girando la muñeca para que lo hiciera.

- Está bien, muy bien para el tiempo que tiene y el precio que se puede pagar por él, que es lo que le dan al dueño por comprar uno nuevo, bastante poco. Desde hace un par de años nos lo trae para que se lo revisemos. Desde que se jubiló y se vino a vivir aquí. –Me comentaba Rufo, recomendándome el coche pero contrariado todavía por mi extraño capricho.

- Sí, el dueño me resulta conocido, pero el coche no. – le dije mientras pasaba la mano por la chapa y miraba a contraluz la posibilidad de algún golpe.

Rufo, me miró con las manos apoyadas en la aleta del coche, serio como siempre ha sido, pero sobre todo extrañado por mis repentinas ganas de comprar un coche. Seguro que no se creía la excusa: para ir a pescar y no maltratar el mío, cuando todos los que he tenido los he usado desde un principio para todo. Además siempre le dije que lo mejor que le puede pasar a un coche nuevo es que le salga un ruidito y le pegues un pequeño golpe el primer día para ya no preocuparte tanto por su estado. Eso se lo decía hasta a mis amigos y mis clientes de más confianza, aunque fuera contraproducente para el negocio.

Rufo era todo lo contrario, se preocupaba más por el coche que por su salud.

- Venga Rufo, llama a casa y di que no vas a comer, te invito a La Grappe, vamos para Le Mouline.

Nos metimos los dos en el coche y fuimos a probarlo. Con unos 8 Km. de ida y otros tantos de vuelta tendría suficiente para darme cuenta del estado del coche y cómo lo habían conducido.

No podía contarle nada a Rufo, y eso que me gustaría porque me podría ayudar bastante. Sé que estaría abierto a la idea, pero le prometí a Leonardo que no revelaría nada de lo que me enseñara hasta que él me lo indicara.

- Parece que va bien, ¿No? –afirmó Rufo más que preguntó.

- Si va muy bien, un poco dormido el motor, le han apretado poco el pedal. Tampoco importa mucho.

- ¿Marcos, qué vas a hacer con el otro coche?
 - No sé, seguiré con él o lo mismo lo vendo.
 - ¿Venderlo? - Me inquirió sorprendido.
 - ¿Es que necesitas dinero?
 - No, no es que tenga ninguna urgencia, pero para qué quiero dos coches.
 - Eso digo yo para qué quieres dos coches, si no los has tenido ni cuando vivía tu mujer.
 - Ya, pero ella tenía el suyo, el que también vendí, y yo por aquí me manejaba con la furgoneta del taller.
- Me tenía cogido, no me gusta mentir pero ya no quedaba otro remedio.
- Rufo, el coche lo quiero para regalárselo a mi sobrina Christine, la pequeña que es mi ahijada. Ayer hablé con mi hermana, me dijo que la pequeña se estaba sacando el carnet y que de momento no se compraría ningún coche, se lo pedirá a su hermana o a su padre. Sabes que las cosas están tensas; hace un par de años que no veo a mi sobrina y sería un detalle regalarle un coche para intentar calmar las tensiones familiares. La verdad que la niña me adora y a Marguerite la quería con locura. Le afectó mucho que se fuera, quiero tener ese detalle.
 - ¿Y crees que le gustará este coche? Es un poco grande y serio para ella. Podemos esperar a encontrar otro más adecuado.
 - Este está bien, no me compliques Rufo. No es cuestión de gustos, prefiero que aprenda en un coche grande, siempre es más seguro. Si no le gusta que lo venda, que lo quemé o que haga lo que quiera.
- Zanjé el tema y no tuve que darle más explicaciones, “de momento”. Se dio cuenta de que la contestación última había sido un poco subida de tono, lo suficiente para que no volviera a reincidir sobre el asunto.
- El problema que se me avecinaba ahora es que en el garaje de casa no caben los dos coches, tendría que aparcar el mío en el porche de entrada, y Rufo que caza más largo que un galgo no le cuadraría que tuviera el mío al raso cuando apenas lo uso y es un gran coche. Sólo lo uso cuando viajo o si llueve, pues por aquí no lloviendo ni haciendo frío me desplazo andando o en bicicleta.
- ¿Has comido bien? – le pregunté mientras rodábamos con el Peugeot hacia el taller.
 - Bien, ahí es raro que no se coma bien, he comido demasiado, voy a estar pesado esta tarde.
 - ¡Ja, ja! Pues no has dejado nada en el plato.
 - Cómo voy a dejar algo tan bueno.
 - Así es, si lo dejas después te acuerdas cuando tienes hambre. Pero de esa forma no vas a adelgazar, es preferible retirarse a tiempo.
 - ¿Retirarme? -Me miró como si hubiera dicho una barbaridad.

- Ya ¡Ja, ja! Eso de retirarse es de cobardes. Por eso eres un valiente gordito. – el par de vinos de la comida, el café y el digestivo me habían levantado el ánimo; le estaba dando un poco de caña a Rufo aunque él era de espaldas anchas; no se inmutaba, no entraba al trapo fácilmente aunque le estuviera increpando, tiene una personalidad sosegada; a veces le admiro tanto como otras me desespera.

- Vale, pues llamas a al dueño del coche y a la oficina para que prepare la compra-venta y la transferencia. Ahora cuando lleguemos me dejas en casa y te doy un cheque para que se lo des a él mañana. No se te olvide que se revise si el coche está al día de pago de impuestos.

- Al coche le hemos hecho una revisión general hace unos tres meses, se le miró los niveles, filtros y no hará falta ni cambiarle el aceite.

- Si tú dices que no hace falta, no hace falta, pero mírale las pastillas, los discos de frenos, las barras de dirección, los silentblocks, amortiguadores y tacos de motor; y lee en el libro de mantenimiento cuándo le cambiaron las correas.

- Rufo me dejó en casa, le di el cheque y bajé al garaje para pensar qué me podía hacer falta. Herramientas tenía casi todas, y no creo que tuviera que usar un elevador para sacar el motor, pues tenía una pequeña polea con la que empecé a trabajar en mi taller y de la que me dio pena desprenderme, afortunadamente.

Después de días, tardes y noches gastando parte de la poca vista que me queda leyendo y releiendo artículos y manuales que me proporcionó Leonardo, junto a enlaces y vídeos colgados en la red, el coche estaba dispuesto para ser objeto de aquel fabuloso experimento.

Tenía que repasar todo minuciosamente, un pequeño fallo podía echar al traste todo el trabajo. Por eso antes de meterle mano al coche empecé a trabajar con un pequeño motor de cuatro tiempos de una hormigonera que encontré en un desguace en Burdeos.

Sí, me desplazé allí a comprar todo lo que me hacía falta aunque me resultara más caro y no me hicieran descuento. Allí no me conocía nadie. Si hubiera comprado las piezas y componentes en Bergerac o en las inmediaciones habría creado suspicacias en los vendedores, ya que me conocían todos, y seguro que se lo comentarían a Rufo. Así que preferí hacerlo de esa manera para impedir posibles interrogantes que me resultasen incómodos.

Verdaderamente me encontraba apesadumbrado, molesto conmigo mismo por no haberle comentado el proyecto a Rufo. Él había empezado a trabajar conmigo cuando era un chaval, le tuve que enseñar hasta cómo manejar un destornillador. Empezó como yo, desde abajo, limpiando el taller para después limpiar piezas cada vez menos elementales. Puso interés, el que da la necesidad y las ganas de aprender. Su familia no estaba para alegrías.

Muchos aprendices que llegaron a oficiales cuando cogieron experiencia se independizaron; en cierto modo lo tenía que asumir, es ley de vida; lo mismo hice yo.

Algunos ni siquiera volvieron a pasar por el taller a felicitarme las navidades. Ni siquiera a darme el pésame cuando falleció Marguerite. Pero bueno, qué se le va a hacer... cada cual cada es cual; aunque me doliera y en cierto modo me desencantara por esa forma de proceder de alguien que había tratado, más que como a un empleado, como a un compañero.

Rufo siguió a mi lado sabiendo que cuando me jubilara se podría quedar sin trabajo y sólo con una pequeña indemnización. Por eso antes de jubilarme, reconociendo su buena voluntad, su dedicación durante tantos años junto a mí, le ofrecí alquilarle el negocio por un precio muy ventajoso para él, pues a mí mucha falta no me hacía: había reunido unos ahorros, tenía la casa y el taller pagados y con la pequeña pensión y el alquiler del taller, aunque lo hubiera podido alquilar por bastante más, me era suficiente. Como me decía mi padre: “No es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita” Echando unas risas, tomando unos vinos con mis amigos, tenía cubiertas con satisfacción algunas horas de mi vida. Después con los paseos en bicicleta y las visitas al taller se me iban pasando los días, uno tras otro, sin pedir mucho... No, verdaderamente no me hacía falta, por eso se lo agradecí de esa manera, y es que desde que entró a trabajar, tanto Marguerite como yo mismo, lo tratamos como al hijo que nos hubiera gustado tener.

A veces, sin yo decirle nada, comprendiendo que la faena se nos acumulaba por algún fallo nuestro o impaciencia de los clientes se quedaba a ayudarme, incluso se acercaba el fin de semana a echarme una mano. Por supuesto que se lo recompensaba, pero era de agradecer que actuara así. Otros pagándoles y pidiéndoles por favor que me echaran una mano después de la jornada, ponían excusas y si se quedaban era de mala gana. Tanto era así que dejé de pedirle a ninguno que hiciera alguna hora de más. Sólo Rufo se prestó a ello desde que era un aprendiz; llegaba el primero y se iba el último. A veces le tenía hasta que obligarle a que se fuera. Después entendí que no estaba muy a gusto en casa de sus padres por el ambiente tenso que vivía en aquellas circunstancias familiares.

Siendo él un adolescente, en el taller encontraba un entorno donde se encontraba a gusto, y a pesar de las bromas que le podían gastar algunos de los compañeros más veteranos se las tomaba con buena lid, sin revanchas fuera de tono. A veces pienso que hasta las agradecía.

Siempre intenté crear un clima agradable y de compañerismo donde el trabajo, aunque fuera duro, no estuviera exento de humor. Esa fue una de las claves del éxito del negocio y de que Rufo se sintiera tan a gusto.

Por eso sé que a la mínima indicación, al más pequeño comentario sobre el proyecto abriría los ojos como platos entusiasmándose para empezar cuanto antes, aunque fuera quitándose horas de sueño y de tiempo con su mujer y sus hijos.

Lo mismo que me pasó a mí cuando Leonardo levantó el capó del Jaguar y me hizo agacharme y poner la palma de la mano a la salida del tubo de escape y demostrarme que no expelía ningún gas venenoso y nocivo, sólo oxígeno.

Siento una gran desazón en no poder de momento comentarle nada. Se lo prometí a Leonardo, y aunque me cueste cumpliré la promesa.

Don Arturo.

“Existen dos tipos de personalidad: *los que disfrutan ayudando a los demás y los que solo disfrutan sirviéndose de los demás*. La diferencia entraña en cuál es la guía de sus acciones: el corazón o la ambición”. Entre los dos tipos nos encontramos todos, con mayor o menor inclinación hacia uno o el otro; dependiendo de nosotros mismos y del momento.

Me sorprendieron artículos y vídeos que Leonardo me enlazó sobre un extremeño que a finales de los años 60 había patentado un motor de agua: Arturo Estévez Varela, ingeniero e inventor, olvidado y silenciado, había recorrido media España haciendo demostraciones con coches, motocicletas y motores que él mismo había transformado para prescindir del petróleo al que tanto estamos supeditados por la conspiración de quienes se consideran amos del planeta.

Incluso apareció en la televisión estatal de la época, la única que había, demostrando ante periodistas y cientos de curiosos lo “inaudito” de su invento. Entonces, como hoy, quedó claro que de una manera muy interesada por los poderes económicos que dominan el sistema, Don Arturo y su invento fueron silenciados y olvidados detrás de las tupidas y grasientas cortinas del olvido provocado por esa ínfima élite que esclaviza a la humanidad, que corrompe a los dirigentes para hacerles sus cómplices en el maltrato hacia la miseria a millones de personas por el único afán de dinero y, sobre todo, poder.

Don Arturo murió sin haber logrado llevar su sueño a buen término, que era liberar a los ciudadanos del mezuquino y ruín sino del petróleo que tantas guerras ha provocado y está provocando, y tantas enfermedades crónicas y mortales por la combustión venenosa que emiten los tubos de escape de los vehículos, que no dejan de ser una de las mayores fuentes contaminantes, quizás la que más.

Se ofreció a ceder los derechos de su patente al Estado, ése que dicen que es de todos, pero evidentemente sólo beneficia a unos pocos.

Fue ridiculizado por los vendidos “palmeros” del dinero y seguro que hasta amenazado.

Por lo que pude leer en un artículo que me mostró Leonardo, publicado en un diario extremeño, el “Hoy de Extremadura”, titulado “*Franco mandó parar el motor de agua*”; el dictador, con la excusa de no ser un hazmerreír y aconsejado por un grupo de “mentes lúcidas” creado para el efecto: un Consejo de Ingenieros que ante la simple indicación del Jefe negarían a Einstein, Newton, Copérnico, Galileo, Pitágoras, y hasta firmarían que la tierra es plana. Y de este modo se paró el proyecto ilusionante de Don Arturo.

Imagino que a Franco le llamaría al orden Richard Nixon, que mediante su embajador en Madrid le “recomendaría” que silenciase de cualquier modo, bien comprando o bien “suicidando”, al bienintencionado de Don Arturo. Así que tuvo que dejarse de inventos que les echara abajo el negocio del petróleo, negocio del que Richard Nixon se sentiría muy honrado pues sus padres le criaron y consiguieron darle estudios gracias a los beneficios proporcionados por la gasolinera que regentaban y donde el mismo Richard trabajó de joven.

Así de esta forma el gran chiringuito oscuro de los petroleros-financieros, “jefes-protectores” del único presidente dimitido de los EEUU por las intrigas de espionaje en las dependencias del partido demócrata, (el famoso Watergate), y también de todos los demás presidentes habidos y por haber, seguiría en pié, y no tendría ni el más mínimo problema de que cualquier inventor “insolente” se lo derribara como si “Ellos” fueran un gigante con pies de barro.

Todos aquellos que no se pliegan a sus condiciones por muy presidentes o jefes de Estado que fueran, pueden ser abatidos hasta por una “bala mágica” que se detiene por instantes en el espacio y vuelve a coger velocidad y cambiar de trayectoria desafiando todas las leyes de la física, como la bala que se sacó de la manga la “Comisión Warren”. Bala que acalló para siempre a JFK poco tiempo después de que él denunciara, revelara al país y pidiera ayuda a los medios mediante un discurso en la televisión, “los tejemanajes” y las conspiraciones de las sociedades secretas que dominan a través de las guerras y las finanzas a la Humanidad. Esas sociedades en la cima de la pirámide que algunos, con la excusa de estar “bienpagados” o irrazonablemente estúpidos y aduladores, niegan que existan, dedicándose a ridiculizar a cualquier crítico o denunciante de “conspiranoico”.

Pero Don Arturo desgraciadamente no fue el único investigador hostigado y silenciado; han habido otros, una larga lista de ellos, algunos incluso han llegado a morir en extrañas circunstancias: Stanley Meyer inventó o modificó un motor que ajustó a un coche con el que recorría 100 millas (160 km) con un galón de agua (3,78 litros).

Stanley aseveraba en las entrevistas que daba igual el agua que echara en el depósito, incluso con la de mar funcionaba mejor, (entiendo que la sal

podría favorecer su sistema de hidrólisis de conversión en hidrógeno). Stanley Meyer fue un prestigioso ingeniero que acaparó la atención de todos los medios estadounidenses con su prodigioso invento, pero no quiso vender la patente sin la seguridad de que se llevara a cabo. Un mal día comiendo con su familia se sintió indispuerto y exclamó que le habían envenenado. Murió inmediatamente. Su hermano declaró que su taller había sido “limpiado” de planos, documentos y de lo principal, del vehículo que funcionaba por agua.

Las modificaciones en el viejo Peugeot iban como había soñado, y se puede decir que así era porque me acostaba todas las noches con la obsesión del trabajo que estaba realizando. Muchos problemas que me acuciaban y se me hacían difíciles de resolver, al meterme en la cama por la noche y al despertar a la mañana siguiente dejaban de ser el gran problema y aparecía la idea precisa de cómo realizarlos. No era la primera vez que me pasaba. A lo largo de la vida pasé por muchos momentos que me inquietaban y que al día siguiente desde que abría los ojos tenía muy claro cómo actuar y cómo afrontarlos, o por lo menos verlos de un modo mucho menos complicado. Muchas veces hay que hacer caso a los refranes y los dichos, pues la sabiduría popular rara vez se equivoca: “Consultar con la almohada”

Tengo que estar agradecido a Leonardo que me enseñó cómo relajarme, respirar y lo más difícil, poner la mente en blanco: observar los pensamientos, cómo surgen y el porqué aparecen siendo en muchos casos antagónicos, como si fueran impulsados hacia adentro por agentes externos a uno mismo.

Me ha ayudado mucho a dormir más plácidamente, a tener mejores sueños y levantarme con mejor humor y las ideas más claras.

Un problema inicial que me costó solventar fue el qué hacer con mi coche; en el garaje podrían caber los dos, pero al haber poco espacio iba a estar muy incómodo trabajando en el Peugeot. Dejar fuera el mío daría que pensar a más de uno, sobre todo a Rufo y los demás empleados del taller, incluso a algunos amigos.

Era normal ¿Por qué iba a tener mi coche fuera pudiéndolo meter en el garaje, sobre todo si siempre estaba resguardado? Y si dejaba el Peugeot fuera se preguntarían cómo es que todavía no se lo había dado a mi sobrina. Así que como no sabía cuánto tiempo tendría que trabajar en el “coche de mi sobrina”, para evitar elucubraciones y preguntas impertinentes decidí alquilar una plaza de garaje en Burdeos, ciudad lo adecuadamente lejos y bastante habitada; en un parking de un barrio no muy céntrico por si algún amigo de visita por la ciudad pudiera reconocer el coche. No es un coche bastante común, por eso, para que fuera difícil identificarlo. En los pueblos pequeños los hay que se conocen casi todas las matrículas de los vecinos y amigos, incluso de todos o casi todos los habitantes. Así que cuantas más

precauciones mejor. Para volver de Burdeos tomé un taxi, que aunque me cobró una pasta, no me iba arriesgar a que me vieran en el autobús y diera de qué hablar. Así y todo me cercioré antes de bajar del taxi de que no pasara nadie por la calle. La verdad, las semanas que pasé con Leonardo me han hecho ser quizás demasiado precavido hasta parecer un poco paranoico, pero motivos he tenido. Es posible que haya empezado a serlo, que ya lo sea.

La primera prueba que hice con el motor de la vieja hormigonera después de varios ajustes funcionó de maravilla. Después pensé lo imbécil que fui pues debería haber buscado un generador eléctrico de segunda mano y haberlo transformado. Ahora me costaría más adaptar y transformar el motor para convertirlo en un generador que conseguir otro y prepararlo para que me diera electricidad gratis en casa, dándole un corte de mangas a las todopoderosas compañías eléctricas.

Bueno, todo se andará... Después de transformar el motor del Peugeot me meteré en transformar el generador más apropiado y modificar también las baterías como me indicaron en el "CAPA" -Así lo definía Leonardo, medio en broma medio en serio: "Científicos Altruistas Por Amor". Aunque él a veces le añadía otra C después de la inicial, para decir, más en serio que en broma, "Clandestinos": "C.C.A.P.A."

Sí, en realidad lo que Leonardo había camuflado en los grandes sótanos de aquella bodega era eso: un centro de "Científicos Clandestinos Altruistas Por Amor". Aquellos científicos eran gente joven, inquieta y de mente abierta, que habiendo pasado una muy cuidadosa selección, estaban afrontando investigaciones para hacer la vida más fácil a la Humanidad. Estos hombres y mujeres aparte de haber sido los más destacados de su especialidad en la Universidad o en los talleres de formación, tuvieron que pasar por complicadas pruebas y entrevistas donde tuvieron que demostrar, principalmente, poseer un espíritu noble, altruista y, sobre todo, inconformista con el programado sistema diabólico e injusto que les estaba tocando vivir. Hombres y mujeres jóvenes, consecuentes de que su labor era peligrosa, muy peligrosa, porque *"En los tiempos del odio, el Amor es el mayor sospechoso"* y *"En los tiempos de la Gran Mentira, luchar por la Verdad es lo más peligroso"*

Ya hace años lo expuso bien claro Alberto Vázquez Figueroa: *"Cuando tengas una gran idea, no te preocupes si beneficia a la Humanidad, preocúpate si perjudica a los poderosos"*.

Sí señor, una gran frase lastimosamente acertada. Y es que su patente de desalar el agua del mar a muy bajo coste y generando electricidad, de haberse llevado a cabo y no haber encontrado los obstáculos impuestos por las multinacionales de la distribución de agua canalizada y de las de agua embotellada, y además contraviniendo los intereses de las poderosas

compañías eléctricas con lo que supone el consumo eléctrico de una desaladora convencional, hubiera abaratado los costes del agua para todos los usos, y al reducir los costes a su vez los beneficios que dependen del margen comercial. Resultaría complicado aplicar un margen abusivo en un bien esencial de uso público. Por supuesto los impuestos aplicados se reducirían también. Así que todo lo que le prometieron los políticos al bueno de Don Alberto de desarrollar la patente y empezar de inmediato a construir desaladoras se quedó en el cajón de los propósitos suicidados.

Y es que todo abaratamiento de la vida para el ciudadano es un aumento de su bienestar y de su independencia, y por tanto es una pérdida de poder para el político que se erige en su “protector” por los votos, y otorga los “subsídios” antes esquilmados a los contribuyentes por los impuestos. Más que liberar, su pretensión es someter. Maquiavelo, autor del “el Príncipe”, lo mostró: *“La política no tiene relación con la moral”*

Procuraba que mi actividad diaria no defiriera mucho de cómo había sido de antes de mi partida a Huelva, pues al principio cuando me puse manos a la obra con el Peugeot modifiqué bastantes mis hábitos cotidianos, tanto que los amigos se percataron y me insinuaron lo “casero” que me había vuelto.

Una noche que estaba en el garaje preparando la instalación de hidrógeno del Peugeot oí un coche que paraba junto a la puerta del porche. Enseguida mi corazón se pasó de vueltas. Me asomé por la ventana y vi que era Rufo, que estaba allí estacionado y saliendo de su coche. Enseguida tuve que coger una bolsa de basura y llenarla de trapos sucios y papeles de periódico. Apagué la luz antes de abrir la puerta del garaje para que no pudiera distinguir el coche, y salí a saludarle haciéndole creer que estaba recogiendo la basura del garaje, que por eso estaba encendida la luz del mismo, ya que me disponía a tirarla al contenedor.

Tuve una breve conversación intrascendente con él. Me dijo que los amigos del mus me echaban de menos, que le habían preguntado si me pasaba algo. La verdad es que hacía cerca de una semana que no pasaba ni por “Casa Paulina” ni me acercaba por las tardes con la bicicleta como acostumbraba por el taller. Por eso supongo que Rufo, desviándose un poco de su ruta habitual de camino a su casa, se pasó a verme para cerciorarse que todo estaba bien.

Así que, a partir de entonces, intenté que mi vida fuera lo más parecida a la que estaban acostumbrados ellos y yo de lo que hasta entonces había sido mi vida. Tuve que componérmelas para sacar tiempo de donde fuera para meterme en el garaje.

Otra cosa que hice fue poner un adhesivo opaco por el interior de las pequeñas ventanas que daban al frontal del garaje, para que si estuvieran las lámparas encendidas no fueran visibles desde la calle.

La operación iba marchando lentamente pero bien. Hubiera sido mucho más fácil con ayuda, ya que mi buena vista de no hace mucho se ha ido olvidando de mí con los años, a su vez que mi destreza también se ha ido perdiendo por llevar mucho tiempo sin meterle mano a un vehículo.

Así que intentaba no descuidar a los amigos del mus y seguir dando los paseos en bicicleta, sin olvidarme de pasar más a menudo por el taller para saludar a Rufo y los muchachos. Restaba tiempo de la partida de cartas y tiempo de mis paseos en bici, pero sobre todo lo sacaba de mis horas de sueño.

El Peugeot estaba listo para la prueba de fuego, mejor dicho, de agua. Después de un par intentos fallidos arrancó sin problemas y el motor se mantuvo en ralentí perfectamente. Sonaba redondo, y lo mejor es que podía tenerlo en marcha dentro del garaje sin que los gases que expelía por el escape hicieran la atmósfera irrespirable ¡Qué maravilla!

Apreté varias veces el acelerador y el motor respondía perfectamente. Subía de revoluciones sin ningún tipo de explosión ni ahogo, ni un mal ruido que hiciera presagiar un mal funcionamiento. Todo lo contrario, incluso podría asegurar que el motor iba más fino, más redondo que cuando operaba en gasolina.

No pude contenerme, eran las ocho de la tarde, ya bien de noche; Rufo ya estaría en su casa pues haría tiempo que habría cerrado el taller, así que sería difícil que él me viera o cualquiera de los trabajadores del taller que eran los únicos que podrían reconocer el coche. A esas horas de la noche el pueblo estaba vacío. No me lo pensé dos veces y abrí la puerta del garaje y la del porche. Miré hacia un lado y otro de la calle. Apenas circulaba ningún coche ni se avistaba a nadie. Paré el motor, cambié las válvulas de alimentación al carburador para la entrada de su combustible usual de gasolina y lo volví a arrancar. Ahora sí echaba un humo venenoso y contaminante. Incluso el ruido del motor era más ronco y la carrocería vibraba más, por lo menos eso es lo que apreciaba.

Cuando salí del pueblo, en el aparcamiento de un pequeño bar colindante a una gasolinera, aparqué, bajé del coche y cambié las válvulas de alimentación para hacer que el hidrógeno pasara directamente al motor; esta operación lo ideal sería hacerla sin bajarme del coche, desde el interior del mismo; incluso sin necesidad de parar el encendido, pero eso me costaría bastante tiempo y un motón de pruebas con el riesgo de que pudiera gripar el motor y que me quedara tirado en cualquier carretera. La solución era prescindir absolutamente del motor de gasolina, pero no dejaba de ser un riesgo que fuera descubierto por aquellos infames que me podían seguir para ver si en el centro "CCAPA" me habían transmitido las

lecciones de este progreso. Es verdad de que yo apenas imaginé de que el Jaguar de Leonardo fuera propulsado por este sistema, aunque le notara desde un principio esa pequeña anomalía que yo achacaba a un fallo de carburación, filtros o de válvulas, que hacía sonreír al capullo de Jemal cuando se lo indicaba.

Estaba eufórico. En un principio pensé realizar no más de veinte kilómetros y no alejarme mucho de Bergerac, pero el entusiasmo me hizo recorrer más de doscientos sin parar. Eso sí, hice el trayecto en círculo por carreteras nacionales y secundarias, dejando como epicentro el lugar de partida y llegada: mi casa. No alejándome mucho por si las moscas. Cualquiera podía pensar que fuera víctima del entusiasmo y la sugestión pero puedo asegurar que no, que el coche rodaba mucho más fino y con menos ruidos y vibraciones.

Capítulo III. *“Las palabras pueden convencer un tiempo; son los hechos los que nos ganan o nos pierden para siempre”*

Al día siguiente, en contra de las indicaciones de Leonardo intenté comunicarme con él; primero por teléfono pero fue en vano. Después le mandé unos correos. Siempre utilizando el móvil encriptado que me proporcionaron en la cafetería de Vila Real, pero no recibí respuesta. Aquello me preocupó, aunque sabía que sólo podría comunicarme con él cuando él lo hiciera antes o hubiera una causa urgente. En mi estupidez eufórica, como un adolescente que hace el amor por primera vez y no puede impedir decírselo a su mejor amigo, no seguí sus indicaciones. Tanto fue así que metiendo aún más la pata también llamé a Jemal que tampoco me contestó. Cuando compré todas las papeletas para conseguir sin objeciones el premio gordo de la estupidez fue cuando llamé al teléfono de Candela. Sí, una de las últimas tardes que visité a Leonardo estando con él en su estudio mostrándome planos, fotografías, patentes y artículos sobre inventos de energía libre, Leonardo me pidió que fuera a la cocina para que me dieran una jarra de agua y un par de vasos. Tanto Candela como Cinta no estaban en la cocina pues ayudaban a descargar víveres a Jemal que había traído en uno de los vehículos. Encima de una de las tarimas de la cocina estaba el móvil de Candela. Con mucho cuidado y observando detrás de las cortinas de la ventana por si se acercaban marqué mi número para que se quedara grabado; tomando después la precaución de borrar la llamada en su celular. Fui tan imbécil que hasta entonces no tuve arrestos para pedirle el número de su teléfono, no sé si por timidez o por respeto a Leonardo. Más bien temeroso de que a él no le sentara bien. Seguro que por ambas cosas. Sé que no hice bien pero me superó la ansiedad.

Llevaba tiempo queriendo oír la voz de Candela. Desde un principio me cautivó su carácter, su figura y sobre todo su apasionamiento. Quise evitarlo, incluso me lo negaba a mí mismo pero era completamente cierto que esa mujer había tocado mi corazón y despertado mis instintos. Uno de los muchos días que comí en el cortijo con Leonardo, después de la velada de la sobremesa, él se excusó y me dijo que se iba a acercarse un momento a “la bodega”, que no hacía falta que le acompañara. En realidad noté que no quería que le acompañara. Me aconsejó, casi me ordenó que me quedara relajado escuchando el agradable y suave jazz de Chet Baker que reproducía su excepcional reproductor de música, y siguiera degustando aquel estupendo brandy de solera. Cierta ese día se había ido de la casa justo después de habernos servido la comida, no sé por cuál motivo. Sólo estábamos en ese momento Candela y yo en aquella inmensa casa. Me armé de valor, con la excusa de pedirle un vaso de agua con hielo y llevar a la cocina la bandeja donde trajo las copas del brandy. Entablamos conversación:

- No hacía falta que se hubiera molestado. – Me dijo levantándose de la mesa camilla donde estaba desgranando de las vainas los guisantes que aquí dicen chícharos.

- No ha sido una molestia, todo lo contrario ¿Te puedo ayudar a la tarea de los chícharos? – Dijo con una sonrisa un poco pícaro.

Candela sonrió, casi se rió mientras se incorporaba para tomar la bandeja. En ese momento le puse suavemente la mano en el hombro para que no lo hiciera, diciéndole que yo mismo la pondría en la encimera de la cocina, que siguiera con lo que estaba haciendo. Me miró a los ojos entre sorprendida e inquieta, pero con una sonrisa que no me parecía que expresara incomodidad por el gesto de tocarle el hombro muy cerca del cuello y dejar unos instantes mi mano, siempre cálida, sobre aquel espacio de su cuerpo que a través del fino popelín de su blusa noté suave y agradable como unos pétalos. Ella hizo un pequeño movimiento reflejo inclinando la cabeza hacia mi mano que enseguida corrigió cuando se percató del mismo; le subieron los colores a sus lindas mejillas que enmarcaban unos pequeños hoyuelos muy cerca de las comisuras de sus preciosos labios cuando sonreía. Aparté la mano a mi pesar cuando ella volvió a mirarme a los ojos con una media sonrisa y me dijo:

- No, no me puede ayudar. Esta es mi labor y la suya es disfrutar del brandy y del jazz como le ha dicho don Leonardo.

En realidad dijo “Yass”; tanto su ceceo como su seseo me sonaban con una gracia que me gustaba. La verdad es que todo en ella me seducía: su sonrisa, su mirada... el saber estar; esa manera de ser que me transmitía paz, sosiego y a la vez una atracción, una excitación que me impulsaba a desear abrazarla, besarla, desnudarla, amarla y envejecer con ella todos los

días que me quedaran por vivir. Eso sólo lo he sentido con otra mujer, con Marguerite.

- Bien, de acuerdo, me iré al salón y no me enseñarás a desgranar los chicharos, pero ahora que no está don Leonardo, digo yo, que me podrías tutear, que aquí en esta bendita tierra sin conocerme me tutea mucha gente, y tú sigues erre que erre hablándome de usted. ¡Que ya te lo he dicho varias veces!

- Marcos, de acuerdo, cuando no haya nadie delante te hablaré de tú... pero que no se entere nadie y menos don Leonardo. Ya sabes que son las normas. A mí también me cuestan.

Lo dijo seria, pero aprecié que ella también estaba deseando que fuera así, que pudiera tutearme. Aprovechando la ocasión, como si aquello tuviera que celebrarlo, exclamé un “Bieeen” prolongado, fuerte y animoso, y agarrándola por los hombros me agaché y le di un beso en cada mejilla...

- ¡don Marcos!... digo ¡Marcos! ¡Pero eso no es tutearse! Ja, ja, ja... Aquel momento lo recordaré siempre: se levantó, me volvió a mirar a los ojos, acercó sus labios a los míos mientras entornaba los párpados; puedo decir que fue ella la que me besó apasionadamente. Tardé unos breves segundos en reaccionar pero repuesto de la sorpresa la abracé por la cintura, ella a mí por el cuello y nos estuvimos besando como si nos hubieran robado vidas para haberlas vivido amándonos intensamente. Después de que apartáramos los labios seguimos abrazados y mirándonos a los ojos, pidiendo que aquel momento no pasara nunca. Con el nerviosismo que nos descubrieran nos apartamos y le pedí, como si yo no lo tuviera, que por favor me dijera el número de su teléfono. El número que me dio no era el que yo había grabado que estaba en la cocina. Pensé que este nuevo sería el suyo, el personal, y que el otro probablemente fuera de uso para la casa. Llamarla a ella fue la excusa estúpida de que tanto Leonardo como Jemal no contestaran a mis llamadas, pero desde un principio era una excusa que me parecía atractivamente perfecta. Y así fue, una excusa perfectamente idiota.

Sólo dijo un “sí”, cuando le contesté: “Candela, hola...” colgó y no me dejó terminar la frase, no dejó ni que le dijera mi nombre. Y estoy seguro, súper-seguro que me reconoció la voz. Aquello me sumió en un estado de pesadumbre y tristeza como hacía tiempo que no padecía. Y es que había metido la pata hasta el corvejón. Había actuado como un inconsciente que se merecía la medalla de oro del campeonato mundial de gilipollas. Después caí que la había llamado al número de la cocina. ¡Qué desastre! Y todo porque los dos teléfonos los grabé como Cande1 y Cande2. En ese momento no me percaté cuál era cada uno. Ya no me atreví a llamarla de nuevo. Sólo tenía la esperanza de que ella me llamara desde el suyo pero nada, la sigo esperando; esperando y recordando aquel momento mágico en que el tiempo se detuvo, se esfumó el pasado, el presente y el futuro, hasta

el espacio que pisábamos y nos rodeaba mientras abrazados nos besábamos.

Después de aquel día, que recordaré siempre, nos costó mucho a los dos volver a encontrar el momento y el sitio para volver a besarnos, pues en el cortijo los encuentros se limitaban al salón y la cocina. Así y todo me las ingeniaba para con cualquier excusa tonta acercarme a ella, rozar con mis manos su cintura y darle en un descuido un beso que le hacía reflejar una sonrisa nerviosa. Siempre cuando Leonardo no estaba atento o dormitaba en su sillón preferido del salón. Jamal era raro que estuviera en el salón y en la cocina: él era el enlace del cortijo con la “bodega” y con los guardeses, el que hacía los recados e iba a por los pedidos que se requerían. Y Cinta... ¡Ay Cinta! Ella, espabilada, sí que se percató enseguida de nuestros devaneos de miradas y sonrisas por mucho que lo disimuláramos. La chiquilla buscaba cualquier motivo para ausentarse cuando comprendía que era el momento en que Candela y yo podíamos tener un breve encuentro, bien en el salón o casi siempre en la cocina. Eran por las dos estancias por donde yo me podía mover libremente con el beneplácito de Leonardo sin tener que acompañarle, como cuando me invitaba a su despacho o a la “bodega”. Así pasaron días y semanas en que prefería acudir al cortijo que dar una vuelta con Leonardo por sitios de Huelva o el Algarve. Pocas ocasiones, casi ninguna, tuve con Candela para besarnos como aquella primera vez. Casi todos nuestros encuentros fueron efímeros pero ardientes como estrellas fugaces. Se reducían a roces disimulados cuando nos cruzábamos por el salón y la cocina, o cuando ella nos atendía sirviendo la mesa. A veces le apretaba por instantes la mano y sentía como un escalofrío agradable que hacía emanar una energía de mi cuerpo hacia el exterior. Candela me dejó bien claro que lo nuestro, si no imposible, iba a ser complicado y muy difícil. Ella, como Cinta, Jamal, los guardeses, Paco y los chicos de la “bodega” trabajaban y vivían en el cortijo. Nunca me pudo explicar el porqué, pero creo entender que aquel proyecto secreto de desarrollar la energía libre les hacía a todos estar en esas condiciones de casi aislamiento exterior.

Hasta que llegó un día, después de comer, en la sobremesa, mientras Candela retiraba la vajilla de la mesa, que Leonardo le preguntó a qué hora tenía que ir al dentista. Ella le dijo que a las 18.30, pero que antes o después quería pasar por un centro comercial cercano para comprar alguna prenda de vestir. Leonardo le preguntó si había avisado a Jamal para que la acercara y acompañara. No perdí la oportunidad de brindarme a llevarla con el pretexto de que yo también tenía que ir al centro comercial a comprar unos zapatos y alguna camisa. En esos momentos Leonardo me miró serio. En sus ojos y en la expresión de su cara noté un punto inquietante que parecía contrariarle. Entonces no fue como la primera vez que me la presentó con la guasa simpática y relajada de aquel día, ni como

otras veces posteriores en los que Leonardo hacía comentarios graciosos cuando a lo mejor me servía Candela el plato que fuera: por si me servía antes que a él, o las mejores presas o más lleno el plato... Entonces decía alguna tontería de las tuyas que nos sacaba algunas risas. Creo que hacía tiempo, - Leonardo era perspicaz, bastante – se había dado cuenta que nos atraíamos.

Cuando hice la propuesta, Candela no dijo nada pero la noté sorprendida, tanto como a Leonardo que no esperaba que yo me ofreciera. No supieron qué decir, no dijeron nada por unos instantes. Ella como yo quedamos expectantes a la reacción de Leonardo. Creo que a Leonardo le inquietó más la reacción de Candela que mi ofrecimiento. Ante tal tesitura y a pesar suyo Leonardo accedió.

- Eres un cabronazo como la proa de un trasatlántico – me dijo cuando Candela se retiró a la cocina.

- ¿Por qué? Si yo también tenía pensado ir al centro comercial a comprar. Mejor que ella me indique el sitio, compra ella lo que le haga falta, compro yo los deportivos y las camisas, y después volvemos.

- No, si te parece te quedas con ella. ¡So bicho!

- Por qué no, si ella quisiera... yo encantado. Je je je...

- Ni se te pase por la cabeza robarme la mejor ama de llaves que he tenido. – dijo medio sonriendo pero con rotundidad.

- Vale, menos mal que sólo me he prestado a acompañarla al dentista y al centro comercial. Anda que si la invito a un fin de semana en el Algarve... - Leonardo no me dejó terminar la frase.

- Entonces te cuelgo del carajo... ¿Sabes lo que es el carajo? – me increpó con desafío.

- Sería doloroso, sin duda... Entonces sólo la acompaño ¿puedo invitarla a un café?

- A un café sí. Pero no me has contestado si sabes qué es un carajo...

- Cómo no lo voy a saber: el miembro, la poya, el pene, el nabo... etc.

- Ya, eso también. Pero entre algunos antiguos marineros “el carajo” era la gavia, la canastilla dispuesta en el palo mayor de los barcos donde se situaba al vigía de turno, y donde cumplían el arresto aquellos marineros que habían cometido alguna falta. Por eso se dice “que te vayas al carajo”, para aislar de la cubierta al botarate como castigo.

- Pues sabes lo que te digo, que prefiero ese castigo que el que pensaba, y si es acompañado de una mujer como Candela en lo alto del carajo...

- ¡Anda! no sigas con tus fantasías, que nos va a oír.

Al tiempo cambiamos la conversación por otros derroteros que tanto a Leonardo como a mí, sobre todo a mí en aquel momento, nos convenía. Si Leonardo había aceptado a su pesar que acompañara a Candela, no era para seguir hablando de ella. Candela subió a su habitación después de ordenar

con Cinta la cocina. Y nosotros seguimos hablando de los inventos censurados por la Secrecy Order, ley impuesta por el poder en la sombra, el “Deep State”, en todo el planeta. No hace falta pensar mucho quienes detentan ese poder, que a través de esa ley pueden apropiarse de patentes con la excusa de la “seguridad nacional”.

Me comentó Leonardo que Rudolph Diesel (el inventor del motor Diesel) poco antes de que lo encontraran muerto flotando en el río Scheldt, había declarado que él había concebido su motor para el funcionamiento con aceites vegetales. Él sabía que su motor podía funcionar con petróleo pero apostaba firmemente por el aceite vegetal producido por plantas oleaginosas fácil de plantar en cualquier latitud y muy rentables por su rendimiento. Así que no hace falta hilar muy fino para comprender qué pasa con los inventores y qué pasa con los inventos que merman los bolsillos de las petroleras y de todo el entramado del lobby; incluido los políticos, por los impuestos que reportan todos los derivados del crudo cuando se monopoliza e impone su uso como combustible.

Oí sus pasos bajar por las escaleras que daban a los dormitorios. Era el inconfundible sonido de tacones, no de zapatos bajos con los que siempre la había visto con su uniforme. Me fue imposible no girar la cabeza y hasta los hombros para verla bajar por las escaleras.

- ¿Qué, tú crees que eres buen acompañante para esta preciosa mujer? Me parece que no, que desentonas y bastante. – exclamó Leonardo haciéndome quedar más mudo de lo que Candela me había dejado al verla bajar deslumbrante.

Mudo e impresionado me dejó cuando la vi vestida de calle, con un vestido fucsia estampado con tulipanes en amarillo pajizo; ajustado del talle a los hombros y suelto desde la cintura a los bajos de la falda que le cubría muy por debajo de la rodilla, apenas dejando ver sus finos tobillos. El vestido con escote de pico dejaba entrever la unión de sus pechos; un pañuelo de seda sobre sus hombros hacía de velo vaporoso que apenas ocultaba aquella atrayente voluptuosidad. No pude reprimir un suspiro de admiración que fue advertido por ella provocándole una pequeña sonrisa. Desde luego verla vestida así, con tacones, ligeramente maquillada y con ese bonito vestido hacía que me sintiera que desentonaba junto a ella.

- Leonardo, creo que sí, tienes razón, que no estoy a la altura de esta preciosa mujer. Además con tacones parece más alta que yo. – Candela y Leonardo rieron.

- Parece no, es más alta, y aunque no lo fuera, aunque le sacaras un palmo, al lado de ella parecerás un alfeñique. – ellos seguían riendo y yo forcé las risas.

- Entonces Leonardo, como amigo que eres y por consideración a mi persona, para que no sientas ni sienta nadie que hago el ridículo, más bien lo hace Candela junto a mí, ¿me dejarás el Jaguar para dar mejor impresión, verdad?

- ¡Ni lo pienses! tú desentonas con Candela hasta en un Bentley con chófer con librea y gorra de plato.

La conversación había tomado un tono jocoso para limar las asperezas y reticencias que tenía Leonardo a que acompañara a Candela. Nos despedimos los dos de Leonardo, no sin que nos advirtiera de que no llegaríamos tarde.

- Vale papi, antes de amanecer llegaremos. – Ahora nos reímos los tres mientras Leonardo mascullando un “adiós cabronazo” se levantó y se dirigió a su despacho.

Una vez que dejamos atrás el cortijo y salimos de la finca, después de recorrer unos cientos de metros por la carretera, paré el coche en el cruce de un camino. Miré a Candela y la besé como aquella primera vez, con todo el tiempo y espacio para nosotros, por fin.

- Vamos Marcos, arranca el coche que aquí nos pueden ver... - Dijo Candela visible y notoriamente excitada, como yo, mientras alisaba las arrugas del vestido. Bajó el parasol del coche y mirándose al espejo mientras también se atusaba el escote comentó: “Hay que ver lo poco que me ha durado el carmín”.

- De acuerdo preciosa, tú me indicas dónde nos dirigimos.

- Yo te indico, mi amor; dirígete hacia Ayamonte...

Jamás podré olvidar aquella tarde. Ahora en este momento me duele recordarla. Aquella tarde noche fue uno de los momentos de mi vida más pasionales, y eso que con Marguerite fueron muchos e intensos. Jamás pensé que después de Marguerite volviera a vivir y sentir el amor, la pasión y la excitación con una mujer como fue con Candela aquellas horas tan intensas. Hoy, precisamente ahora, me duele recordarlas pues temo que por mi desacierto no vuelva a revivirlas. Cuando tantas noches y tantas horas me he refugiado para soportar mi soledad en el recuerdo de lo que vivimos Candela y yo en aquel centro comercial, durante la cena y, sobre todo después...

Estuve varios días jodido, tanto que incluso en un impulso irracional que constataba más mi gilipollez, encabronado, le pegué una patada a la aleta del Peugeot abollándola y provocándome un esguince en el dedo gordo del pie. No podía andar más de dos pasos sin ver las estrellas, ni subirme a la bicicleta, y sin poder conducir por tener mi coche en Burdeos y no era recomendable que sacara el Peugeot a la vista de todos.

Rufo, Bernard y varios amigos me visitaron. Aparte de mofarse de mí me dejaron la bodega más seca que la pipa de fumar de un apache, bebiéndose hasta el agua de los altramuces. Pero lo más grave y que denota sin duda la

falta de consideración hacia un convaleciente es que me llevaron, a mi pesar, casi en volandas hasta la cocina para que les cortara unos platos de un pernil ibérico, auténtico de bellota, de Corte Concepción, pueblo precioso de la Sierra de Aracena. Jamón al que yo cuidaba con el esmero de una madre a sus retoños. Y como no se cansaban de comer jamón, cuando me di cuenta estaba pelando el hueso como un córvido, con los buitres detrás modorros y satisfechos que no podían alzar el vuelo por el peso de lo ingerido, y que ahora se disponían sin recato ninguno a solicitar digestivos espirituosos; a ser posible de más de 12 años en barricas de roble que les aliviara el atracón de jamón y otras viandas y delicatesen en forma de conservas y salazones de pescado que había traído de las conserveras artesanales de Isla Cristina y Ayamonte. Por supuesto, devoraron todo sin ningún pudor.

La verdad es que agradecí que me visitaran, siempre es reconfortante sentirte estimado por los amigos, y más en los momentos peores. Entonces es donde se demuestran como tales, aunque se bebieran mi mejor vino y se zamparan, entre otros manjares, el pata negra de bellota sin ningún remordimiento; dejándome huérfano de aquella pieza que con tanto esmero había cuidado en alargarle la existencia. No me quedó otra que recuperarme rápido, pues sino “las visitas” me iban a dejar la despensa más triste que a una mozuela desterrada a novicia a su pesar.

Una vez recuperado del esguince fui perdiendo el miedo y casi todas las noches me daba una vuelta con el nuevo coche, que era el viejo Peugeot. Me había olvidado completamente del nuevo, del mío, que estaría recogiendo polvo en el parking de Burdeos. Tenía que sacarlo de allí pues no era cuestión de pagar una cuota por más tiempo. No dejaba de ser un lujo tonto tenerlo allí encerrado y sin usarlo. Había un problema, y es que no podía darle a mi sobrina el Peugeot transformado, y me parecía una tontería el tener que quitarle el dispositivo de hidrógeno después de tantas horas de trabajo. La cuestión es que estaba entusiasmado con el coche y el hecho de que el coste del “carburante” fuera mínimo: agua del grifo y el catalizador; de que no contaminara nada y de que incluso no hubiera perdido potencia, al contrario la había ganado. Me seducía completamente. No hacía falta ser un lince para comprender que aquello era un verdadero chollo y que era una pena desprenderse de él o desprenderle el artilugio para poder venderlo o regalárselo a Christine, mi sobrina, la cual no está de más decir que era ajena completamente a mis cábalas.

Había otra cuestión, y es que si ahora empezaba a usar el vehículo habitualmente tendría que inventarme una buena excusa ante Rufo y los demás, pues cambiar un coche nuevo por uno viejo, sin necesidad, resultaba extraño para cualquiera. Tampoco era lógico tener dos vehículos dándoles poca utilidad, ocupar espacio y, principalmente, pagar impuestos

y seguros. *Cuando algo empieza con una mentira lo más probable es que siga con una cadena de más mentiras.* Por tanto estaba en una disyuntiva difícil de atajar. Tenía la opción de regalarle el coche nuevo a mi sobrina, pero sería un regalo excesivo que me podría poner en aprietos ante mi otra sobrina y mi hermana, al considerar que tenía un aprecio desproporcionado por una en detrimento de la otra. Aunque en verdad sí que es cierto que Christine, la pequeña, era nuestra sobrina preferida. Fue apadrinada por nosotros, y pasó muchos fines de semana en nuestra casa, sobre todo con Marguerite que la quería como a una hija. Bueno, los dos la queríamos como a una hija. Y ella, Christine, se puede decir que la quería como a una madre. De hecho cuando Marguerite enfermó me ayudó a cuidarla y la acompañó todo lo que pudo. Creo que después de mí fue ella la que más sintió que falleciera, pues los padres de Marguerite habían fallecido y su único hermano estaba distanciado trabajando hacía muchos años en Canadá, y aunque no dudo que lo sintiera y mucho, pues cuando le llamé para decirle que a su hermana le quedaban unas pocas horas de vida, no dudó en dejarlo todo, familia y trabajo, y coger el primer avión para estar acompañando en los últimos momentos a su hermana. Sé que Christine lo sintió y aún lo siente, pues lo percibo en sus ojos y en sus abrazos cuando coincidimos. Víctor, el hermano de Marguerite, es una buena persona. Aún mantenemos contacto, nos llamamos, nos mandamos correos... No quiero perderlo ni como cuñado, que para mí siempre lo será, ni como amigo. Él limó muchas reticencias y asperezas por parte de sus padres pues no estaban muy conformes que su hija se ennoviara con un andaluz inmigrante con pocos recursos. Siempre le estaré agradecido. Víctor incluso se enfrentó a su madre, que era la que con peores ojos veía nuestro noviazgo, pues mi suegro siendo una persona letrada y de más alta condición social, aunque tuviera un carácter fuertemente marcado, no era mala persona y con el tiempo me demostró que me apreciaba. Pero era influenciado y manipulado por su mujer de una manera tan hábil como apenas apreciable por todos. Víctor con los años me lo reconoció cuando ya habían fallecido los dos. Fue él el que llegó a reprocharle que ella, la que era su madre y fue mi suegra, que era la menos apropiada para pensar así, pues su padre era un camionero siciliano borrachín aunque muy noble y animoso, que precisamente era otro inmigrante de familia humilde. Que su madre, la madre de mi suegra, era una criada de una rica heredera solterona de Burdeos. Mi suegra, Simona se llamaba, se crió con sus padres y hermanos entre la última planta de una casa humilde de tres plantas con una sencilla fachada a la que se accedía por un oscuro portal y una angosta escalera; y entre los fogones y múltiples estancias de aquel bonito y gran edificio de estilo neoclásico, con viviendas de grandes estancias y techos altos; con muebles, cuadros y enseres de mucho valor, donde habitaba aquella rica

heredera, bastante anciana y buena mujer, a la que atendía la abuela de Margueritte como criada en todas las labores.

Ella, Simona, la que fue mi suegra, siempre tuvo esos aires de grandeza que no debería asumir ni por capital ni por educación. Pero era disimuladamente astuta; tenía buenas curvas y hechuras, y no siendo fea buscó con ahínco posicionarse en el lugar que ambicionaba, que no era otro que hacerse inquilina por derecho de aquel noble edificio donde correteaba de niña y en cuyo portal despedía de mozuela a los pretendientes que la acompañaban haciéndoles creer que aquella era su casa. Allí aguardaba, en aquel zaguán de suelo de granito pulido y altos techos de cañón de medio punto, iluminado por lámparas de forja con vidrios impolutos, a que el pretendiente se distanciara en las calles, para ella con sigilo dirigirse al oscuro, húmedo y estrecho zaguán de la casa donde estúpidamente avergonzada vivía con su familia.

Y Simona lo consiguió: A la rica heredera que atendía la abuela de Margueritte, la madre de Simona, se le habían venido los caudales abajo en mantenerse, mantener el edificio con sus impuestos y pagar el sueldo a la madre de Simona. Entre esos gastos y las dádivas que le sacaron unos frailes que la visitaban a menudo, hasta que se fue agotando la posibilidad de darles más limosnas para alcanzar una parcela de privilegio en el paraíso que le prometían, llegó el momento que los recursos eran mínimos, y entonces la anciana heredera suscribió una hipoteca inversa con el aval del edificio para poder vivir hasta el final de su existencia. Y ese momento se aproximaba, y Simona lo sabía. Así que aunque siempre fue muy querida desde pequeña por la anciana, se hizo aún más querida visitándola y camelándola muy asiduamente. Ya sólo le faltaba el mozo con dineros a quien ofrecerle aquel chollo de edificio con ella en el lote. Del edificio iba detrás más de un buitres, pero sin contar con ella. Principalmente el banquero que le concedió la hipoteca, que siendo de una cuantía muy inferior al valor del edificio, afilaba las garras y el pico para dar el último y más certero picotazo. Pero Simona jugó sus cartas, y como ni ella ni sus padres disponían para resarcir la hipoteca y hacerse con el edificio, siendo la anciana la que decidía la posibilidad de vender u otorgar el edificio con la deuda, Simona empleó sus armas de astuta mujer. Le echó el ojo a un joven funcionario, hijo de un industrial con posibles que se había instalado no hacía muchos años en la ciudad. La jugada le salió casi perfecta. No como ella hubiera querido, pero fue mejor que perder el edificio de sus sueños de grandeza de toda su vida. El padre del funcionario que de tonto no tenía ni un pelo, aunque eran pocos los que adornaban su cabeza; una vez que su hijo le presentó la ocasión, la oferta y a Simona, con muy buen criterio avaló al hijo antes de que se casara asumiendo una pedida de mano que más bien fue una compra-venta. Después de todo, aquel matrimonio de

conveniencia, tanto por uno como por el otro, no fue mal y se quisieron y aguantaron hasta que mi suegro falleció.

Lo tenía claro, tampoco era solución regalarle otro coche de igual valor a la sobrina mayor. A veces pasa que un regalo supone un problema para quien lo recibe y para quien lo da; casi siempre por el entorno, y por el fisco que haciendo muy poco tiene que cobrar por todo; hasta por un regalo el fisco se regala su parte. Se resume todo en la envidia, muy mala enfermedad que ataca al sujeto que la produce aunque no sea consciente de ello, pero sobre todo daña a quien la padece.

Aquella mañana me levanté con las ideas más claras; bendita almohada y bendita meditación-relajación.

- ¿Pero por qué quieres vender el coche, te hace falta dinero? – Me contestó Rufo asombrado.

- No, no es que me sobre dinero pero tampoco me hace falta, lo que ocurre es que a mi sobrina no parece que le guste mucho el Peugeot, así que me voy a quedar con él.

- ¿Con el Peugeot? ¡Si tiene más de diez años! – Rufo aún se asombraba más.

- Ya, ya lo sé, pero el coche está bien, tiene pocos kilómetros y bien hechos. Además para lo que yo utilizo el coche me sobra. Éste me resulta más cómodo, no es tan bajo como el otro en el que me cuesta bastante meterme, pero sobre todo salir de él. Ya no estoy para hacer esfuerzos musculares por mucho ejercicio que haga en la bicicleta. El coche llama demasiado la atención y cuando lo aparco en algún lugar concurrido no deja de ser una decepción ver salir con esfuerzo a un “carroza” como yo y no a un joven “vigorésico”. Además, sabes que ya no me gusta hacer viajes largos conduciendo. El caso, que para hacer menos de seis mil kilómetros al año y siempre por aquí cerca...

A Rufo todavía no le acababa de cuadrar mis explicaciones. Se rascaba la coronilla como solía hacer siempre que algo le preocupaba o perturbaba. Me miraba incrédulo, y hasta cierto punto era normal; el coche lo adquirí poco después de fallecer Marguerite. En aquel momento pensé que aquel juguete, un precioso y potente deportivo biplaza en rojo fuego, me sacaría de la nostalgia en la que estaba sumido. No fue así, aunque sí que lo intenté pues le hice al principio muchos kilómetros viajando con frecuencia por Francia, el norte de Italia y de España; como queriendo huir de mis recuerdos, pero en la huida sólo encontraba más soledad que aumentaba la desazón. A veces miraba el asiento vacío del acompañante, pasaba la mano por la banqueta y el respaldo, y pensaba con nostalgia lo que hubiéramos disfrutado los dos desplazándonos en aquel vehículo; con lo que le

gustaban a Marguerite los deportivos, y rojo, su color preferido, aunque en muy contadas ocasiones vistió ese color.

Era la primera vez que compraba un coche nuevo; eso de estrenar un coche no es muy corriente entre el gremio de los mecánicos que siempre esperan la ganga de un cliente caprichoso que se aburra del que tiene en buen estado, casi nuevo, y lo entregue por mucho menos de lo que le costó para estrenar otro nuevo con el que le pasará lo mismo en unos años.

- Pues es una lástima que vendas un coche que aún no tiene dos años y que está flamante. Si yo no tuviera hijos te lo compraba. Bueno, tendrás que poner un anuncio en internet.

- De eso quiero hablarte, Rufo. Quiero que te hagas tú cargo de todo y que el bólido lo tengas aquí en la exposición. Que compruebes bien la tasación que le corresponde y que le pongas el precio de mercado, descontándole un poco para que no se quede aquí por mucho tiempo pues eso no nos interesa a ninguno de los dos.

- ¿Por qué vas a descontar?... si el coche es una preciosidad, es de los modelos que se cotizan bien. Lo ponemos en un sitio preferente de la exposición, insertamos fotografías en nuestra web y en otras de más difusión, y el coche lo tendrás vendido pronto y a su precio. No es que te vayan a pagar lo que te costó, ya sabes, pero no perderás mucho.

- Sí, tienes razón, lo haremos así. Lo que no quiero es que el coche se quede mucho tiempo en la exposición ocupando un espacio que quizás fuera más rentable para otro vehículo más fácil de vender.

- No Marcos, ese coche es un señuelo para cualquier compra-venta, aunque los clientes vengan con la idea de comprar otro coche a ése será al primero que se acerquen.

No le faltaba razón a Rufo, ya que el deportivo era una preciosidad, tanto por fuera como por dentro: los asientos en piel, con todos los extras y con un potente motor turbo alimentado de 180 cv hacía de aquel roadster un fascinante objeto de deseo.

Es muy cierto que mi perspectiva del mundo había cambiado radicalmente desde mi visita a la tierra de mis orígenes. Volver a conocer a Leonardo había sido como abrir una ventana desde un zulo cerrado a cal y canto de todos los años de mi existencia. Como si estando en una silla de oficina con eje giratorio me hubieran dado la vuelta ciento ochenta grados en un antro espacioso pero sólo iluminado con luz artificial, en que mi única percepción solo fuera el volumen cúbico del mismo, y súbitamente y sin pedirlo encontrara un gran ventanal con unas inmejorables vistas a través de la salida de la gruta.

Sí, creo que entonces encontré el sentido a la alegoría de la caverna de Platón.

Los días en Bergerac se empezaban a suceder con la monotonía habitual de antes de partir a la costa de mi infancia. No pasaba día ni creo que hora que no recordara con inquietud el mes y medio que pasé allí ¡y sólo fui para un par de semanas!

Como predijo el bueno de Rufo el coche se vendió a pesar de su precio en apenas unos días. El comprador ni siquiera regateó un céntimo cuando se interesó por él y comprobó el buen uso, los pocos kilómetros que tenía y el estado del mismo. Creo que le dio más lástima a Rufo que a mí venderlo. Si por él fuera el precioso roadster se hubiera quedado en la exposición por mucho tiempo, pues por las mañanas lo colocaba encima de una elevada plataforma giratoria en el aparcamiento exterior, y era tal atracción que suscitaba que muchos que pasaban por la avenida entraran a admirarlo y preguntar el precio.

No, no me arrepentí nada de haberlo vendido; mis conceptos de prioridades e ilusiones habían cambiado mucho en muy poco tiempo. Desde que volví a Bergerac, sin duda influido por la estancia en la tierra de mis primeros años - no hace falta decir que todo fue por Leonardo- la búsqueda de una trascendencia vital había tomado el rumbo prioritario de mi existencia. Todo lo demás iba perdiendo peso, reduciéndose el interés por los objetos y las aficiones que antes me seducían y atraían; en algunos casos, obsesivamente. Iba captando la desinformación descarada en los medios, la manipulación de las noticias para influir por medio de la ingeniería social en los pensamientos y hábitos de los ciudadanos con el cada vez más descarado control mental sobre las masas. Las cortinas de humo a las que daban prioridad para ocultar problemas mucho más graves o quitarle relevancia a noticias que no les interesaba que se difundieran. La enorme promulgación de leyes, decretos, ordenanzas y reglamentos hacían que la existencia del ciudadano fuera un verdadero calvario consentido en la inconsciencia; mientras que todas estas imposiciones legales, pero en muchos casos inmorales e injustas, son impuestas por artífices que eran inmunes e impunes ante ellas. Ya lo dijo con toda la sabiduría que da la observación, Anacarsis: *“Las leyes son como las telarañas; con ellas sólo se caza las moscas pequeñas, las moscas grandes las rompen y traspasan.”*

Las leyes se dan a entender como una gran ayuda para la población; cuando la realidad es que quienes las cocinan se valen de ellas para dificultar y entretener a sus verdaderos súbditos-esclavos en el intrincado laberinto burocrático que hace casi imposible poder aspirar

a algo más que ser esclavo de primera entre las clases inferiores. Hasta la clase más pobre y desfavorecida, la indigente, o la que por deficiencias físicas, mentales o por haber alcanzado la vejez y dejar de ser un productor-consumidor rentable, sólo merece para ellos, la élite inhumana disfrazada de filantrópica y moralista, el desprecio que conllevan los “improductivos” o inadaptados para el Sistema. Cuando se refieren al pueblo llano lo denominan “la masa sucia”; cuando la única realidad es que esa élite, si se caracteriza por algo, es por ser suciamente improductiva por antonomasia; siendo su arma preferida la conspiración, la especulación y el robo sobre las vidas y riquezas del pueblo.

Otto Von Bismark dijo: *“Con las leyes pasa como las salchichas, es mejor no ver como se hacen”*. Discrepo: lo ideal es saber a quienes benefician, pues a quienes perjudican es fácil.

El ingente bombardeo de cientos de noticias insulsas con la excusa de información sólo les sirve para bloquear por empacho las neuronas de la población ante verdaderos asuntos importantes, dejando a los ciudadanos hipnóticamente sumidos en eventos triviales. Las evidencias demuestran que la obra “1984” de Orwell fue profética, advirtiendo del manual a seguir por la élite de los psicópatas para alcanzar el Nuevo Orden Mundial: un estado de dictadura global donde cada individuo de la Humanidad queda relegado a ser un mero autómatas, un golem programado y sin criterio utilizado como ganado para el beneficio de “Ellos”, que con todo el descaro llaman implantación de democracias e intervenciones humanitarias a crueles guerras, creadas únicamente para saquear como piratas los recursos a los países y diezmar la población en su programa eugenésico, que no es otra cosa que un cruel genocidio programado y expuesto sin el más mínimo pudor en las Tablas de Georgia.

En los años cuarenta del siglo pasado lo expuso y denunció perfectamente el Mayor General del Cuerpo de Infantería de Marina, Smedley Darlington Butler, el más laureado de su tiempo en EEUU. Fue en su obra publicada en 1935, “La Guerra es un Latrocinio”:

“La guerra es un latrocinio. Siempre lo ha sido. Es posiblemente el más viejo, sobradamente el más provechoso, seguramente el más vicioso. Es el único de alcance internacional. El singular en el cual los beneficios se cuentan en dólares y las pérdidas en vidas”.

Smedley murió a los cincuenta y ocho años, al poco tiempo de escribirla y denunciar que desde Wall Street le habían intentado sobornar para encabezar un golpe de estado para imponer una dictadura, –los mismos que habían financiado y ayudado a establecer las dictaduras fascistas en Europa, que también fueron los que

financiaron la revolución bolchevique y la dictadura comunista china – “Ellos” no tienen preferencias. No es que jueguen al blanco o al negro. Son los que fabricaron el tablero de juego, las reglas y las piezas para que tomemos partido, y nos enfrentemos.

Poco a poco iba perdiendo la afición a echar la partida de las tardes con los amigos, tanto es así que me costaba concentrarme. Me ganaban todos, incluso Bernard con mucho más frecuencia. Antes, cuando me ganaban, bien él u otros amigos de partida, se llenaban de alborozo y hacían chanza de ello, igual que yo las hacía también. Ahora creo que se preocupan por ganarme con tanta frecuencia, pero también porque apenas se me altera la expresión ni cuando pierdo ni cuando gano. Antes, en cualquiera de los dos posibles desenlaces, voces, gestos e improperios les hacía reír y a mí también. Era lo mejor de las veladas vespertinas jugando al mus o al dominó en maison Paulette, Paulina, como yo cariñosamente la llamaba aunque a ella no le hacía mucha gracia.

Incluso había perdido el interés por el fútbol ;con lo que me gustaba! sobre todo por el fútbol de élite que tan manejado está y que tanto mima y promociona el poder, pues para ellos la función de adormecer y embrutecer al pueblo es primordial; por eso consienten que los clubes se gasten cifras astronómicas en hombres cuya mayor habilidad es pegarle una patada a un balón, mientras jóvenes talentos y científicos son relegados a sueldos miserables y a una existencia de precaria subsistencia, ocupando en muchos casos, la mayoría, trabajos muy por debajo de su nivel.

Los días y las tardes iban pasando en Bergerac con la única preocupación de saber de Leonardo y, por supuesto, de Candela. De nuevo la existencia se me estaba haciendo anodina y sin sentido. Volvía a entrar en estado de melancolía no sólo en la casa, sino en todo el entorno: las calles, las terrazas, los campos y los caminos por donde tantos años pasé junto a Marguerite. Lo peor eran los días lluviosos y nublados. Mi ánimo se abatía.

En el tiempo que estuve en mi patria chica, la Costa de la Luz, me había acostumbrado tanto a esa luminosidad que prende y aviva los colores, a los atardeceres viendo la mar, que como una madre arropa al sol por la tarde y lo desarropa al amanecer para que se haga el día, que me estaba costando acostumbrarme de nuevo a la luz y al clima del sur de Francia, siendo lo que he sentido en la mayor parte de mi vida.

Los atardeceres y sobre todo los amaneceres desde la playa son un espectáculo que llena el corazón de paz y armonía. Se aprecia al final del otoño y en los albores del invierno. Creo que me hizo padecer un síndrome de abstinencia. Abstinencia de estar de nuevo allí... ver, besar y abrazar a Candela aunque fuera furtivamente, aunque fuera solo un instante.

Casi todos los días grises y lluviosos sacaba el Peugeot del garaje y daba una vuelta por la comarca. Era lo que más me hacía vencer mi abatido ánimo. Solía hacer bastantes kilómetros, con la radio apagada para escuchar bien el motor. Paraba en alguna venta perdida de carreteras comarcales, tomaba algún refrigerio y volvía a casa a encerrar el coche en el garaje sin pararme en algún sitio en el que a alguien “experto” le pudiera levantar sospechas de que el funcionamiento de aquel vehículo, bien por el ruido del motor que era más silencioso que sus modelos iguales, o por la emisión de humo blanco inodoro por el escape le llamara la atención. Era algo muy difícil, casi imposible, pero ya me advirtió Leonardo que si modificaba algún vehículo tuviera mucho cuidado, pues tanto él como los suyos, como los que frecuentaban su casa y su finca eran observados y espiados muy frecuentemente. De hecho me recomendó que era mejor que no lo hiciera sobre ningún vehículo y que si me proponía a hacerlo fuera sobre un generador de gasolina, un cortacésped o un aparato difícil de crear interrogantes y difícil de ver por nadie. Él sabía que me iba a costar hacerle caso, por eso me lo recalcó varias veces con insistencia, pues me refirió varios casos de hostigamiento, seguimiento, incluso de robos de vehículos a sus colaboradores. Eso sí, haciendo parecer que todo pareciera algo difícil de creer por cualquiera ajeno al Círculo, y mucho menos por la policía. A veces pienso que “la persecución” que sufrí de aquellos dos tipos del Ford fue urdida por él, por Leonardo, para crearme un estado de alerta y sospecha desde un principio y prepararme para lo que pudiera pasar en el futuro. Otra de las cuestiones que Leonardo me recalcó insistentemente es que usara el móvil lo menos posible y que tuviera mucho cuidado en encriptar mis correos y la navegación por internet. Solía decirme que vivimos en el mundo del “Big Brother” que todo lo ve; que un teléfono móvil es como el cencerro o campano que les pone el pastor a las reses para poder localizarlas. Toda conversación, mensaje o correo electrónico, comentario en un foro o un simple “me gusta o no” queda registrado y grabado para un posible uso de “Ellos”, que derivará en un seguimiento más o menos intenso dependiendo del grado en la escala de ciudadanía; que va desde ciudadanos convencidos y fácilmente manejables, que son la inmensa mayoría, pasando por aquellos no

conflictivos que sólo protestan tímidamente por mucho que se les acose a base de injusticias, hasta los que se atreven a protestar un poco más abiertamente y plantean una tibia oposición o descontento con el “Establishment”. Todos son considerados buenos cimientos por la cúspide de la pirámide. Después están los “objetores y disidentes” que tienen la osadía de informarse por medios no afines a la matrix, y reflexionar. Suelen provocar lo que es más preocupante: informar a través de blogs, webs y redes sociales, que es muy incómodo para la cúspide de la pirámide: que la base piense y pierda el miedo. “Ellos”, la cima de la pirámide, se defiende calificando y hasta legislando qué es Verdad y qué no lo es. Infiltrándose en la disidencia para manipular hasta conseguir que sean una herramienta para sus proyectos más criminales y oscuros; provocando revoluciones y revueltas violentas por agentes imbuidos y disfrazados que obtienen la justificación para poder actuar contra los disidentes violentamente con el beneplácito de gran parte de la sociedad manipulada y desinformada. Es la misma estrategia de crear y financiar enemigos para tener siempre el miedo metido en el cuerpo de la población, que asumirá sin rechistar las ingentes inversiones en armamento y guerras que tantos beneficios producen a la industria bélica, a los banqueros que las financian y a las corporaciones que usurpan las riquezas y reconstruyen el país devastado. Lo expuso magistralmente Nicolás Maquiavelo en “el Príncipe”: *Un rey tiene que ser temido y amado por el pueblo al mismo tiempo, pero como esa condición es muy difícil es preferible que sea temido, y eso se consigue fabricando enemigos a los que derrotar para enaltecerse ante el pueblo y a la vez ser temido por su poder y respetado por sus leyes.*

El otro grupo es el asalariado directamente por los estados y por las corporaciones dueñas del mismo: aquellos que temen perder su status aunque éste se base en la opresión, control y hostigamiento a los demás conciudadanos con los impuestos y las leyes realizadas para el fin. A veces, cada vez con más frecuencia de este grupo surgen individuos que denuncian y se rebelan. Son los más peligrosos, pues algunos conocen bastante bien el entramado de la farsa contra la Humanidad.

Leonardo me argumentaba que fuera perdiendo la dependencia del celular y de internet pues el poder de la mente es muy superior al que conocemos y al que quieren que conozcamos; que la capacidad de comunicarnos en una especie de sincronicidad teléptica entre aquellos que vibran en una determinada onda es mucho más veraz que lo que consideramos; si la practicáramos y nos la enseñaran desde la infancia nuestra capacidad de desarrollarla sería mucho más fácil. Puedo recordar que muchas veces habiendo pensado en alguien, aunque no

fuera muy próximo o hiciera mucho tiempo que no coincidiéramos, pasado un breve tiempo, me lo he encontrado por la calle o me ha llamado por teléfono.

Un día por la tarde, en la sobremesa, sonó inusualmente el teléfono. Es raro que me llamen a esas horas pues el número de casa no figura en la guía y lo conocen muy pocos amigos. Mis amigos saben que sigo siendo en eso muy español y mi siesta de media hora en el sofá no la perdono. En el visor del teléfono aparecía el número del llamante, extensamente largo y nada usual. No suelo contestar llamadas de números ocultos, incluso de números que no conozco. Pero esta vez intuí que podía ser una llamada de Leonardo.

-¿Marcos, eres tú? –Aquella voz la reconocí inmediatamente. Fue tan inesperado que un latigazo de emoción recorrió todo mi cuerpo.

-Sí, soy yo. – Contesté como si no la reconociera.

-¿Por qué lo has hecho. Por qué llamaste si sabías que no deberías hacerlo?

-Ahora un nuevo latigazo me flageló profundamente en el pecho. Era Candela, y desde luego no parecía muy contenta de hablar conmigo. Intenté balbuceando exponer una excusa, pero de mis labios sólo salió un apagado:

-¡Candela! Yo... de verdad que...

- Ten cuidado, mucho cuidado. Estate muy atento; ya nos pondremos en contacto contigo. No se te ocurra intentar volver a llamar a nadie del Círculo sin que se te haya indicado.

Candela colgó el teléfono sin darme tiempo a reaccionar, a preguntar nada. Me quedé sumido en un estado de ansiedad y desasosiego, repitiéndome una y otra vez lo imbécil que había sido. Ya desde un principio cuando llamé a Leonardo y Jamel, que no contestaron, y después a Candela que me colgó inmediatamente, supe que la había cagado. Ahora se me constataba con una evidencia muy dolorosa.

Habían pasado un par de semanas desde que escuché por última vez por teléfono la voz de Candela. El entorno y los días se me hacían eternos; estando profundamente abatido por la incertidumbre de cómo y en cuánto les había perjudicado por haber intentado hablar con ellos. Además no me podía de quitar de encima las advertencias de Candela de que tuviera cuidado, mucho cuidado. ¿De quién, de quiénes, por qué?

Repasaba una y otra vez las conversaciones que mantuve con Leonardo. Él me fue contando el cómo y el porqué de las circunstancias que le habían llevado a contactar con aquellos que le propusieron crear el Círculo, un Círculo de investigación humanista

sobre las energías libres, gratuitas y liberadoras del yugo energético. Así fue al parecer lo que él me contó:

En realidad las siglas de “C.A.P.A.” no eran las que en un principio Leonardo me indicó. Tampoco me dijo cuál era el verdadero significado de las siglas; lo único que sé es que la “C” significaba “Círculo” y que más adelante me desvelaría el significado de ellas. Cuando tratábamos de los trabajos que se desarrollaban en la “bodega”, Leonardo se refería a ellos como trabajos del Círculo, concretamente de su Círculo, no porque a él perteneciera el Círculo, sino porque él pertenecía al mismo. Así, el hecho de que yo me encontrara allí era simplemente para probarme, para examinar mi posible anexión a ellos, al Círculo. Por lo menos eso creo. Hoy no sé si lo habré echado todo a perder.

Dicen que las casualidades no existen, que todo es fruto de la Causalidad, de la ley de Causa y Efecto, y si me encontré con Leonardo y con “su” Círculo era porque estaba predestinado en mi existencia a llegar allí, igual que a él le pasó años atrás.

Por encima del Círculo había otros círculos paralelos, concéntricos y con diámetro superior; son como las muñecas rusas pero inversamente en percepción. Es decir, que la más visible, tangible y vulnerable es la muñeca que contiene a todas, y sucesivamente una muñeca es contenida por otra hasta llegar a la más invisible, intangible pero la más fuerte que es la que de todas dependen. Ese conjunto de círculos están en guerra contra otro conjunto de círculos con un medio y un fin absolutamente contrapuesto; no es el bien ni el mal que interpreta y difunde el poder político o religioso. Son conceptos tan abstractos como subjetivos dependiendo desde el prisma que se observe. Son unas piezas contra otras, una estrategia y un fin contra otro opuesto. La eterna y subjetiva dualidad a las que están sujetas las dimensiones densas inferiores. Así es: blanco y negro, noche y día, izquierda y derecha, tangible e intangible, materia y espíritu, y sobre todo el culmen de la relatividad: el bien y el mal.

En este plano hace siglos, milenios que dominan las piezas negras, los reyes negros, los reyes del mal: aquellos que someten a la Humanidad a la esclavitud y a los más crueles de los sacrificios en las guerras, hambres y miserias que ellos mismos crean en honor a sus dioses sedientos de sacrificios. Dioses que se alimentan de sacrificios, sangre y dolor, no son dioses, son diablos. Pero el viejo modelo impuesto se está resquebrajando, está cumpliendo su ciclo y sucumbirá ante el nuevo paradigma que llevará a la mayoría a un despertar de conciencia, a quitarse la venda de los ojos para arrancar el velo de la verdad falseada.

Cap. IV “En los tiempos del odio, el amor es el máximo sospechoso”

El Círculo de Leonardo, o del que Leonardo era responsable inmediato, el creado junto al centro de la antigua Tartessos, surgió en Argentina de la manera más insospechada: el barco donde estaba enrolado Leonardo de mecánico había amarrado en Buenos Aires para hacerle una revisión y alguna reparación después de haber descargado el cargamento: crustáceos, langostinos y gambones o como en muchos sitios denominan camarones, en un barco congelador que portaría las capturas que después zarparía hacia Europa, concretamente a España y más precisamente a Huelva, ya que allí tenía la base el armador del buque. Se aprovechaba llegar a puerto de Argentina para hacerle una pequeña revisión general y limpieza exhaustiva al barco. Por tanto, la mayoría de los marineros disponían de unas cuantas horas durante los días que requiriera la reparación para poder poner pie en tierra y recorrer las calles porteñas en busca de evasión por bares y tugurios de mala o aún peor reputación.

Leonardo conocía bien la zona, sus barrios, sus calles, los andurriales por donde trascurría la vida de marineros y estibadores para comer, beber, jugar y encontrar a una mujer que quisiera compartir las horas, los momentos de soslayo a la rutina pesada y laboriosa de estar meses embarcado en alta mar. Aquella vez el amarre coincidió con los días de festividad de la muy marinera Virgen del Carmen, y el capitán, muy devoto de ella y bastante capillita, más que convencer, obligó a la marinería libre de ocupaciones, nada más arribar a tierra, a ir a oír misa con un cura “contratado” para el momento en una iglesia próxima que tenía una capilla con una Virgen marinera. Leonardo no es precisamente un dechado de devoción, pues como él dice: “las vírgenes más que satisfacción dan trabajo, y prefiero aprender que enseñar”. Así, con esa actitud tan herética como chocarrera, se las compuso para en un descuido del capitán y de su par de alcahuetes vigilantes, con la excusa a sus compañeros de confianza de entrar a comprar tabaco en un boliche, despistarse de ir a pedirle favores y a agradecerle por la complicada, dura y mísera existencia a, -como él dice- un ídolo de yeso y colorines que en la mayoría de los casos no tiene ni brazos ni piernas. No, no era Leonardo de estar convencido que una imagen pudiera ayudarlo e interceder por su existencia. Paradojas de la vida; su madre fue muy fiel y devota feligresa camarera de una Virgen del pueblo. Y muy honda fue la impresión que tuvo Leonardo cuando de chico fue a visitar a la madre en sus labores parroquianas en el camarín, precisamente cuando le estaban cambiando el manto y pudo observar como aquella virgen no tenía ni

brazos ni pies, tan sólo una cabeza unida a un tronco semejante al tallo que usan los carniceros para cortar la carne, y al que se anclaban en forma de bastidor unos listones de madera que daban forma y volumen entre cónico y piramidal a aquella imagen tan venerada por su madre y por el pueblo. Aquello, según cuenta Leonardo, fue un fuerte shock en la conciencia de él siendo un zagal, que determinó que fuera muy suspicaz con todo lo relacionado con iglesias y sobre todo con los portadores de sotanas, pues a partir de entonces dejó de acudir a misa los domingos; cosa que en un pueblo pequeño donde el cura, beatos y las catequistas velan por el cumplimiento de los sacramentos, sobre todo por cuidar y potenciar la devoción de los más tiernos corderos del rebaño, futuros dispensadores de limosnas y sustentadores de la fe en los misterios eclesiales. Toda ausencia a los sacramentos no pasaba en absoluto desapercibida.

Leonardo se sintió defraudado, engañado por haber rezado tanto a ese entramado de maderas y telas muy adornadas que sostenían una cabeza impasible. Cuánto tiempo había perdido pidiéndole por su padre enfermo y para que les aliviara la miseria que vivía con su madre y con su hermana. Pero lo que más le revolvía las entrañas fueron las muchas tardes perdidas de juegos y compañía con sus amigos; tardes que estuvo limpiando, pintando o acarreando pesados bancos en aquella iglesia, porque así el cura se lo había pedido a su madre, sin recompensarle con una mísera moneda o con uno de los muchos dulces que le llevaban las beatas, y que el cura más que comerlos, engullía como un cerdo hambriento de los frutos caídos de una higuera; como si se fuera acabar el mundo o fueran a entrar en la sacristía cientos de ladrones golosos que se los robaran.

Pero el cura no se iba a quedar de brazos cruzados ante la insolente dejadez en las funciones y obligaciones religiosas de la criatura. Abroncó primero a él pegándole un buen tirón de las orejas, y después a la madre, llegándola a humillar delante de las beatas por estar criando un hijo tan hereje. Así que el cura, en un prodigio de imaginación consecuente, más que aconsejar, obligó a la madre a que mientras el “niñato” –como el cura le llamaba ante todos- no fuera a misa los domingos y no se confesara todas las semanas, se acostara sin cenar y, por supuesto, sin darle la escasa paga de los domingos que apenas le daba para regaliz.

Las consecuencias de la “recomendación” imperativa del cura no se hicieron esperar, y es que ante tan “elevada y filosófica” observación del cura, la madre, como buena madre que era, entendió que a aquel cura avaro, glotón y soez se lo encontró en la calle, y a su hijo se lo encontró saliendo de sus entrañas. Así que no hubo más que hablar; en vez de ganar a un adicto, perdió a una familia para la causa. Desde

luego no sin que hubiera desquites y agravios por parte del cura y de su camarilla de piadosas beatas, que se las apañaron para que a la buena y humilde madre de Leonardo le negaran el mísero sustento que le proporcionaban algunas casas donde limpiaba, lavaba y planchaba en el pueblo.

Desde entonces, Leonarido dice: “Creo en el Sol que me alumbra, en la tierra que me soporta y en el corazón de los que amo y me aman”.

Pero suele pasar que cuando se cierra una puerta se abren ventanas, y la buena mujer encontró trabajo con sueldo, alojamiento y sustento en un chalet de la playa; apenas a unos kilómetros del pueblo, donde atendía y ayudaba a un matrimonio en que la pobre señora había caído enferma y estaba tan impedida que poco a poco fue perdiendo la movilidad de las piernas y la lucidez. El marido, capitán de la marina mercante, un hombre viajado e instruido al que le quedaban pocas mareas para jubilarse de la mar, aunque por su constitución y físico parecía bastante más joven; una vez que conoció lo buena y laboriosa que era la madre de Leo, y también a Leo por algunos recados y chapucillas que le encomendó, y Leo hizo con agrado, no se dejó amedrentar ni influir por las indicaciones que el cura había mandado a que le transmitieran su corrillo de ejemplares feligresas que aún seguían en sus trece de hacerle imposible la vida a la familia. Se puede decir, no sin fundamento, que a la familia de Leonardo, a la madre, a la hermana y a él, el cura y sus acólitas le hicieron un gran favor. Pues al capitán, pronto a jubilarse, y a su mujer delicada de salud, el médico les había indicado que vivir en la playa, tomar el sol y baños de mar, les aliviarían bastante las dolencias de ambos, teniendo una vejez más saludable.

– El auge de las colonias veraniegas fue ocasionado a finales del siglo XIX y principios del XX, principalmente por prescripción facultativa de los galenos, influidos en aquella época por las investigaciones y curaciones con agua de mar por el insigne René Quinton. Entonces no estaban tan condicionados por la industria químico-farmacéutica, y mucho más conectados con la sabiduría ancestral concedora de que la propia naturaleza proporciona los remedios para aliviar y curar las dolencias.

Así que decidieron vivir todo el año en la playa, y el capitán propuso a la madre de Leonardo que se fuera con sus hijos a vivir a la planta alta del chalet para ayudarles y estar al cuidado de ellos; ofreciéndole casa, comida y un sueldo que el hombre se podía permitir por tener una posición bastante holgada. Aquel buen hombre, el capitán Rodríguez, que así se apellidaba, fue para Leo el abuelo que él no conoció, y Leo

fue el nieto que él y su mujer hubieran querido tener pero que no pudieron, pues la única hija que tuvieron falleció de adolescente. Así que la vida les cambió radicalmente y favorablemente a Leonardo y a su familia cuando estaban viviendo unos momentos de acoso y derribo por parte de aquellos que se autoproclaman ejemplo de amor, caridad y cristianismo. Y es que en aquellos tiempos, a pesar de estar en la antesala de los estertores de la dictadura, la iglesia tenía un enorme poder e influencia, sobre todo en los ámbitos rurales. Ya lo recalca bien claro el dicho: *“Pueblo pequeño, infierno grande”*. Frase que se la escuché por primera vez a Leonardo. Creo que hay pueblos y pueblos, pero aunque en muchos casos pueda ser así, es uno el que pueda llevar el infierno dentro, y sintonizar con el entorno infernal.

Desde entonces y aún ahora, cuando Leonardo se refiere a los curas les llama “so-cerdotes”, pues la diferencia entre “sacerdote” y “so-cerdote”, al menos, escribiéndolo y pronunciándolo es muy poca.

Leonardo en Buenos Aires se despistó de las, nunca mejor dicho, “obligaciones” de feligrés, y después de comprar tabaco y beber una cerveza fresquita en el boliche se adentró por las calles porteñas en busca de los tugurios donde reencontrarse con los taberneros y hombres y mujeres portuarias que escondían las penas entre risas y con vasos de alcohol y mucho humo. De momento tendría toda la tarde y la noche por delante, con la única precaución de no emborracharse mucho y que le quedaran fuerzas para poder acceder por la escalinata del “cascabrón”, que así le llamaba él a aquel vetusto barco pesquero donde llevaba trabajando, durmiendo y comiendo, es decir viviendo, cuatro años de los últimos cinco vividos. Eso significaba mucho tiempo con mucha agua alrededor. Así que saltar a tierra era como sacar de la jaula a un gato muy curioso e intrépido. No perdió el tiempo, después de unos tragos por los bares de la zona, de saludar a taberneros y conocidos, y de recibir proposiciones de alguna que otra mujer para aliviar la carga de tanto embarque, se encaminó a un garito donde todo se centraba en uno de sus deportes favoritos: el billar. Pidió una cerveza bien fría y un pincho de pan y res asada con salsa picante para aliviar el sopor de los licores. Se sentó en un taburete con la espalda apoyada en la barra, observando cómo se las componían los jugadores en las mesas de billar. Pronto se apercibió en cual mesa se estaba desarrollando la partida más interesante con los jugadores de más nivel: era una partida a dos bandas antes de hacer carambola con el plato en el medio. El plato era una caja de cerillas apoyada verticalmente en el centro de la mesa sobre el tapete. El juego consistía en hacer carambola sin tumbar la caja de cerillas con ninguna bola; el jugador que la tiraba, aparte de perder turno depositaba una moneda

que se acumulaba en una esquina del tapete como premio de aquel que ganara la partida; era el juego que más predominaba en aquel sitio. Después de estar un rato observando y ver como terminaba la partida, solicitó al camarero las tres bolas, escogió un taco a su medida, le aplicó tiza en la zapata y se dispuso a jugar él solo en una mesa que estaba libre. Si quería apostar con algún jugador tenía que entrenar un buen rato para soltar los brazos, familiarizarse con el taco, comprobar el nivel de equilibrio de la mesa, buscar el toque preciso de las bolas y apreciar cómo estaban de tensión las bandas y la limpieza y tersura del tapete. Al rato se le acercó un hombre de carácter chulesco y constitución atlética para desafiarle a un pierde-paga de diez dólares la partida, más las tiradas del plato y el alquiler de la mesa. Leonardo aceptó el reto, pidió otra cerveza, puso el contador a cero y pagó al camarero el tiempo transcurrido en la mesa hasta el momento.

Aquella primera partida la ganó aquel tipo con pinta de estibador ocasional cuando las cartas pintaran bastos; buscavidas en billares y antros, y chulo de pobres putas desvencijadas. Durante la segunda partida el tipo relajó el juego adrede. Leonardo curtido en mil partidas lo vio venir; así que le siguió la corriente, asumió la táctica del fulano y tampoco se esforzó en concentrarse y tocar las bolas con la precisión que requería cada jugada. El rincón de la mesa se fue llenando de monedas por cada vez que tumbaban las cerillas cada uno de los dos contrincantes. El tipo era preciso al tocar en las carambolas pero le esgrimía el golpe con demasiada brusquedad; tensaba ambos bíceps tatuados, uno con el nombre de Rosita orlado con hojas y dos flores, rosas, por supuesto, en los extremos del nombre, y en el otro una goleta navegando en un mar arbolado que parecía desbordarse al endurecer el músculo por el codo y la muñeca. Antes de terminar la partida ya le había preguntado el tipo por el barco donde Leonardo estaba embarcado, su cargo en el mismo y de dónde era. La única verdad que le dijo Leonardo fue su propio nombre, por si acaso aparecía alguno que estuviera enrolado con él y al dirigírsele se descubriera la mentira. Se inventó que estaba enrolado en un barco gasero que arribó a puerto al mismo tiempo que el suyo y que amarró al principio de la escollera, donde atracan los petroleros y gaseros que surten a la refinería. .

Leonardo ganó esa partida, que era lo que quería el tipo, pero también ganó la siguiente que no era lo que pretendía el tipo, pues la apuesta, por sugerencia del cafre, se subió a treinta dólares y dos monedas por tirada del plato. El contrincante se puso nervioso, hasta violento, queriendo jugar otra partida, pero Leonardo le comentó que entraba de guardia en cubierta a las doce de la medianoche y quedó en darle la revancha al día siguiente. Un día siguiente que en verdad no estaba

dispuesto a pasarlo jugando con aquel pájaro en aquel antro oscuro y pestilente. Así que mintió, como lo hizo desde un principio de la partida, pues ni tenía guardia, que él esa noche estaba exento de hacerla, ni intención de contar verdades a aquel que pregunta mucho con intención de engañar.

Leonardo salió del tugurio, ya de noche, dando algún que otro tumbo y con unas monedas de más de las que había entrado, dispuesto a seguir llevándose por la noche y encontrar un punto agradable en algún lugar donde alguna mujer melosa le invitara a contar estrellas entre susurros, caricias y copas.

Fue en vano, todas las intenciones de pasar una agradable noche como tantas otras en aquella orilla porteña se fueron al fondo como un fardo de piedras. Las ganas de pisar tierra y disfrutar de los placeres de la misma se fueron al traste en décimas de segundo. Lo que es la vida, en un instante todo cambia para bien o para mal, o para bien y para mal, según se mire. El fulano chulo, mal perdedor y peor ganador, pues estos tipos aunque ganen siempre pierden, se hizo el contradicho con Leonardo en una de las calles menos concurridas del barrio, increpándole envalentonado pues iba acompañado de otro tipo de la misma calaña.

Eres un mentiroso, dijiste que tenías guardia en el barco y andas por aquí.

-Te mentí para no tener que ganarte más veces y que el cabreo te fuera creciendo.

-¿Yo, cabrearme? ¿Por perder dos partidas de mierda contigo? Tú no sabes con quién te las estás jugando. – dijo el tipo mientras le tocó a Leonardo el hombro con los yemas de los dedos como si le estuviera punzando.

- Bueno, no te preocupes, mañana a la misma hora que hoy me sacarás de dudas y sabré contra quien juego. – le contestó Leonardo mientras se apartaba - Cuando empiezan a tocar de esas maneras hay dos opciones: “te inflan a hostias o a besos” y en este caso lo último no parecía lo más probable.

Sonó un chasquido, como el crujir de una traviesa cuando se vence por el peso. La patada en la mandíbula fue tan certera que al fulano se le quedó la quijada hecha añicos antes de que intentara meterse la mano en el bolsillo para sacar el arma que fuera a sacar con muy malas intenciones. Cayó redondo, mientras el otro fulano sorprendido y asustado se apartó de Leonardo para no tener la misma suerte que su colega, al que atendió en el suelo intentándole sacar de la semiinconsciencia súbita e inesperada de la que sólo se apreciaba que estaba vivo por los quejidos balbuceantes que expelía entre escupitajos de saliva y sangre y algún que otros trozos de dientes.

Las clases de taekwondo que les había impartido a Leonardo y a otros marineros un coreano embarcado en el mismo barco habían servido para algo más que para sudar y mantenerse en forma: “una patada a tiempo evita dolores de nudillos”; es lo que le decía siempre “Quiyou” - éste era el apelativo al que había sido reducido el impronunciable nombre del coreano que había sido “andaluciado” en un término reducido, obteniendo la síntesis entre un más o menos Kim Young, y el tan onubense Quillo.

Se alejó del sitio rápido como un gato con la presa entre los dientes, buscando un lugar más alejado donde poder olvidar el percance tomándose una copa tranquilamente y, por supuesto, que no hubiera ni una maldita mesa de billar con impresentables buscavidas con malas artes en sus aledaños, por si las moscas. Iba andando ligero por calles poco concurridas, mirando hacia un lado y otro y hacia atrás también; nervioso, inquieto como si estuviera perdido en un castillo encantado sólo habitado por fantasmas burlones y no encontrara la salida. Se paró en una esquina de una calle más concurrida por viandantes y vehículos para poder atravesarla. Dos hombres que se encontraban próximos a él, en el mismo paso de peatones esperando a que se pusiera el disco verde, le miraron fugazmente un par de veces. Leonardo les devolvió la mirada con la misma inquietud que ellos lo hicieron; iban bien vestidos y calzados con zapatos caros. No tenían apariencia latina ni sur-europea. Por su aspecto parecían centro-europeos, anglosajones o eslavos. Entre ellos se miraron y no dijeron nada después de los dos vistazos fugaces a Leonardo. Aquellos segundos de espera a que abriera el semáforo se estaban haciendo interminables, y el tránsito hacía imposible saltar a la otra acera. Era una situación ridícula e incómoda pero la desconfianza y la inquietud se habían contagiado de los tres; los únicos que esperaban en el paso de peatones. Era como si les hubiera alcanzado una repentina ola de calor o de frío, como si una llovizna de desasosiego desagradable y súbita les impregnara a los tres por igual. La calle mal alumbrada por faroles de luz amarillenta y mortecina apenas revelaba las caras de los escasos transeúntes, y los coches con las luces encendidas no mostraban su color, marca y modelo hasta que no estaban muy próximos. Por unos instantes empezaron a pasar menos vehículos. Leonardo no dejaba de mirar hacia los lados y detrás, a los dos individuos que le acompañaban en el interminable paso de peatones y a todo ser vivo y vehículo que se moviera en las proximidades. Uno de los dos individuos volvió a mirarle, era el más joven de los dos. El de más edad que era el que estaba más próximo a Leonardo, en medio de Leonardo y del fornido acompañante con pinta de lanzador de jabalina eslavo, no parecía tan inquieto. El joven sería más o menos de la misma edad que

Leonardo. El de más edad estaría cerca de los sesenta, sino los había rebasado, pero por su aspecto se deducía que había practicado, incluso aún lo haría, algún deporte que le había fortalecido espalda, brazos y piernas que se apreciaban fuertes debajo del traje marrón oscuro que portaba. El pelo que dejaba ver por debajo del sombrero era completamente canoso, pero no pareciera que fuera el único que tuviera y que el sombrero le tapara una calva. El joven, aunque probablemente de la misma raza y procedencia no parecía ser hijo ni pariente del más viejo: era rubio, a pesar de la noche portaba gafas oscuras que no parecían graduadas. No llevaba sombrero y lucía un poblado bigote rubio pero más oscuro que el cabello. Éste sí que era deportista; la impresión que daba es que fuera el guardaespaldas del otro. Quizás por eso se mostraba más inquieto y era el que más miraba a Leonardo, transmitiendo mutuamente la desconfianza que por algún motivo no parecía injustificada.

¡Cuidado!

El grito que lanzó Leonardo rompió la situación de inmovilidad de los tres. Se escuchó como la bocina de un tren a su paso por un nivel sin barrera tapando y haciendo inaudibles los ruidos habituales y monótonos del tránsito de la calle. Un coche se abalanzó hacia ellos irrumpiendo desde el otro carril cuando el disco se había puesto verde para los peatones y los tres habían dado el primer paso para atravesar la calle. A Leonardo le dio tiempo a dar un paso decisivo atrás, tomando instintivamente, sin saber el porqué, el brazo izquierdo al individuo de más edad y tirando con fuerza de él hacia la acera. El individuo más joven fue atropellado brutalmente por el vehículo que se dio a la fuga. También atropelló a Leonardo, que con el esfuerzo de atraer hacia el interior de la acera al otro individuo, se quedó un poco más adelantado que él, no dándole tiempo a saltar completamente para ponerse a salvo del atropello. El coche le llevó por delante la pierna, dislocándole la rodilla y sufriendo fracturas de tibia y peroné. El vehículo desapareció entre las oscuras calles del barrio porteño. Los tres yacían en el suelo; el peor parado fue el joven “guardaespaldas” que había perdido la consciencia y sufrió el peor impacto del vehículo, desplazándole por los aires varios metros e impactando contra otro vehículo que transitaba en dirección contraria. El impacto fue mortal: el joven falleció entre estertores antes de que llegaran la policía y la ambulancia delante de los ojos de vecinos y transeúntes que se arremolinaron ante el dantesco espectáculo.

Leonardo despertó en una cama de una habitación hospitalaria. Al principio, por unos instantes, se sorprendió del lugar sin saber cómo y porqué estaba allí en aquella cama, hasta que al intentar incorporarse sintió un gran dolor en la pierna, dándose cuenta, dolorosamente, que

ésta se hallaba en parte enyesada y suspendida de unos anclajes como si fuera un jamón en un secadero. Y lo que es peor, también fue consciente del motivo por el que se encontraba en tan desagradable lugar. En décimas de segundo maldijo su suerte y el haberle ganado al billar al chulo que le desafió a jugar. Fue plenamente consciente de las previsibles consecuencias del atropello, ya que ahora recordaba con ganas de vomitar las circunstancias posteriores al accidente: el joven teniendo convulsiones en medio de la calle, a varios metros de él, que acabó falleciendo en medio de un gran charco de sangre. El hombre de más edad desapareció ileso de la escena. Leonardo viéndose con la pierna destrozada y sintiendo insoportables dolores perdió el conocimiento tras un mareo en que se le nubló la visión dándole todo vueltas con el estruendo de las sirenas machacándole el cerebro, y gente gritando a su alrededor a la que sólo les veía los zapatos, pues estaba tendido de costado con la cara apoyada en el húmedo y áspero pavimento. Ahora se encontraba en la habitación de un hospital sin recordar ni cómo ni cuándo ni quienes le llevaron allí.

La habitación de unos treinta metros cuadrados estaba dividida en un pasillo central que segmentaba las camas entre la puerta y un gran ventanal con persianas de lamas blancas venecianas; con seis camas metálicas que aunque lacadas en blanco cientos de veces no podían ocultar los desconchones y el desgaste de la pintura y el metal en los pies y en el cabecero, donde habitualmente apoyan las manos las visitas y agarran los celadores. Las camas estaban enfrentadas por los pies dejando un pasillo, lo justo para que pasara una cama. Afortunadamente no estaban todas las camas ocupadas, en la estancia había otros dos individuos: uno dormido o semiinconsciente enchufado a un gotero y a un monitor, y el otro, mejor que estuviera también dormido, inconsciente o incluso en coma profundo, pues era un entrometido descarado que no paraba de hablar y preguntar hasta que sacó de quicio a Leonardo, que después de reiteradas preguntas, algunas hasta desvergonzadas e insolentes; Leonardo no pudo más ante la que le hizo de cuál era su trabajo y quién le había enchufado. Le contestó con voz fuerte y ariscamente: “capar preguntadores”. Aquella respuesta fue mano de santo. El individuo masculló entre dientes algo ininteligible; es de imaginar que se palparía sus “partes” que no quisiera perder por nada del mundo, y no volvió a decir por algún tiempo ni una palabra. Qué verdad es que: “Más vale una vez la cara “colorá” que ciento amarilla”.

El médico había pasado por la mañana antes de que Leonardo despertara de la anestesia. La enfermera que acudió a dar una vuelta por la habitación, ante las preguntas de Leonardo por su estado y

lesiones, le comentó que se lo tenía que decir el médico pero parecía ser que la operación había ido muy bien. Lo dijo como tantas veces les había dicho a mil pacientes lo mismo, aunque hubiera sido todo lo contrario. Así de esta forma el día se hizo insufrible para Leonardo que encima había cortado al compañero consciente de la habitación, y ya no podía cruzar una palabra con alguien que no fuera la enfermera. De todas formas era mejor así, aunque tuviera que cerrar los ojos e intentar repasar paso a paso, los segundos, los minutos y las horas que precedieron al atropello y su ingreso en aquel hospital vetusto y anodino, que si existiera el limbo se parecería a aquel sitio extraviado en un universo paralelo.

Justo a la hora de almorzar se presentó el patrón, "el capillita", acompañado del patrón de costa y tres de los compañeros más entrañables de Leonardo. Menos mal que los compañeros y el patrón de costa le quitaron hierro al asunto y dieron credibilidad a la versión de Leonardo echándole un capote impagable.

- No te vi en la iglesia, no recuerdo haberte visto y tampoco éramos tantos.

- Pues sí que estuve patrón, pero justo cuando entré me sacudieron unos retortijones de vientre que creía que me lo hacía todo y no era cuestión de hacérselo en tan santo lugar. – Contestó Leonardo con ese descaro y rotundidad que era difícil de no dudar de ello.- Uno de los compañeros se tapó la boca para contener la risa, y los demás asintiendo con la cabeza al unísono dijeron que sí, que habían entrado con ellos en la iglesia. El patrón miró a Leonardo y a los compañeros con ojos escrutinadores e hizo la clásica pregunta al "fuga misas" que hacían las madres, tías y abuelas a los niños cuando volvían de la iglesia por cualquier sacramento obligado y obligatorio:

- A ver, ¿de qué color era el manto de la Virgen y la sotana del cura?

- Pero patrón... No le estoy diciendo que nada más entrar me sacudieron los retortijones. Tuve que apretar las nalgas, aguantar el sudor frío y los escalofríos, y salir de la iglesia rápido para buscar un sitio donde poder obrar. Estuve en un punto de hacérmelo allí mismo o en la calle hasta que encontré el sitio apropiado. Vamos, que no me dio tiempo en fijarme ni en curas ni en vírgenes.

El patrón no las tenía todas consigo y no perdonaba a Leonardo que no hubiera asistido a misa y a rezarle a la Santísima Patrona de los marineros. Así que en vez de preguntarle qué le habían dicho los médicos, cómo se encontraba y los pormenores del accidente, sólo se preocupaba en su labor inquisitorial de saber el porqué de la dejadez y omisión en tan altísimas funciones de aquel hereje de vientre suelto,

que seguro que le estaba mintiendo como un político en plena campaña electoral.

Las supersticiones en la mar son tantas y tan variadas como puertos. Unido a la devoción marinera a vírgenes, sobre todo, hace que cualquier hecho, circunstancia o simplemente una palabra a destiempo provoque que a muchos hombres de la mar se les agrie el gesto y se amilanen ante la posibilidad de que sea un mal agüero que presagie algo nada bueno.

- ¿Y dónde fuiste y por qué no volviste, aunque fuera a mitad de la misa? – Seguía erre que erre el patrón hurgado en la capacidad de improvisación de aquel mentiroso con excusas de poca consistencia y malolientes.

Leonardo, en un alarde de inventiva y de frialdad sorprendente contestó al patrón de tal manera que uno de sus compañeros, incluso el patrón de costa también tuvo que salir de la habitación al pasillo con la excusa de echar un cigarrillo por no poder reprimir más la risa. –En aquellos tiempos se podía fumar hasta en los quirófanos –

- Pues le comento, resulta que yo soy mucho más especial para sentarme a descargar que para sentarme a comer; comer lo puedo hacer casi en cualquier sitio y comer cualquier cosa, pero lo otro... lo otro no. Lo otro tiene que ser en un sitio de palpable limpieza y a ser posible de reconocido prestigio, y, por supuesto, poco concurrido.

Uno más de los tres compañeros que visitaban a Leonardo tuvo que salir también al pasillo por no poder contenerse.

- Entonces cuando salí de la iglesia muy a pesar mío, pues intento ser muy practicante, recordé que habíamos pasado por un hotel de gran fachada y muy buena pinta donde tiene que costar un huevo y la yema del otro hospedarse, y sin pensarlo dos veces y apretando el culo más que un pobre despistado en una fiesta de maricones borrachos con viagra gratis a las tantas de la madrugada, me dirigí hacia al hotel, y allí deposité el cuarto y mitad, bien pesado, que me estaba recomendando las entrañas, sintiendo un gran alivio como pocas veces he sentido.

El patrón “capillita” estaba por agarrar del cuello a Leonardo y estrangularle allí mismo, y si se contuvo seguro que fue porque había testigos, era pecado mortal y no quería verse cocinado como un conejo en las ollas de Pedro Botero para la eternidad. Empezó a hiperventilar con una respiración agitada que demostraba que Leonardo le estaba sacando de sus casillas por lo menos tres pueblos con polígonos y gasolineras a las afueras. Pero él seguía insistiendo como un mulo entero:

- ¿Y por qué en un hotel, y cómo es que te dejaron entrar...? – le preguntaba atropelladamente fuera de sí, incapaz de pillar en un renuncio al sinvergüenza de Leonardo - ¿Y por qué no volviste cuando acabaste?
- Ya le digo: en un hotel lo normal es que los huéspedes utilicen el aseo de las habitaciones, entonces los aseos al público que suelen estar en la planta baja, entre recepción y la cafetería, están generalmente limpios como una patena. Tanto que en algunos huele a cerrado por no usarse; porque las cafeterías de los hoteles suelen ser caras, y por eso sólo atienden a algún que otro cliente despistado que ni siquiera utiliza el baño.
- Ya, sí ya, sí... ¿pero cómo es que te dejaron entrar en el hotel si... si no estabas hospedado? – Reincidió en preguntar tartamudeando, nervioso por la gran mentira que percibía le estaban metiendo hasta el esófago.
- Pues eso le estoy diciendo, me acerqué a la cafetería, pedí un té, pregunté dónde estaban los aseos y me dirigí a ellos más descompuesto que el padre de una novia en la boda de su única hija, pues ya llevaba la cabeza del “muñequito” casi fuera. Una vez aliviado el vientre me fijé que no había sido lo suficientemente rápido y que no pude contener que la calva del “muñequito” “enmarronara” los calzoncillos; así que tuve que quitármelos, lavarlos con jabón y ponerlos en el secamanos, volvérmelos a poner y acabar tomándome el té en la cafetería que ya estaba templado como a mí me gusta. Así que cuando quise mirar la hora la misa estaría concluyendo, no pareciéndome bien interrumpir en momentos que pudiera distraer al cura y a los oyentes en su recogimiento y oración. Es algo que no entiendo, que en las iglesias, un sitio donde va tanta gente, no tengan unos aseos públicos para aliviar las urgencias del cuerpo y poder asearse... Son muy rácanos los curas, sólo tienen una pila donde lavarse las manos, sin jabón ni toalla.

Aquella última frase desesperó por completo al patrón “capillita”, sobre todo porque mientras Leonardo la exponía, el patrón de pesca, los tres compañeros y hasta el paciente impertinente no pudieron más y rompieron a reír ruidosamente, hasta hacer que el patrón profundamente enojado saliera de la habitación sin despedirse de Leonardo ni de nadie, ni desearle una pronta recuperación. Se fue mascullando entre dientes: “Como te quedas cojo no te querrán ver ni en los pañoles de los rederos”. Aquella frase lo suficientemente audible fue dicha con una mala intención tremenda, pues una de las supersticiones de la mar es ver una mujer o un cojo en el puerto. Así

que se enrolen o viajen en un barco de pesca es complicado, ya que los armadores conocen bien esa “manía” y muchos también la padecen.

La frase lanzada por el patrón, más como una maldición que como una advertencia, me confesó Leonardo que no sólo le quedó frío a él, también a sus compañeros y al patrón de pesca. Había que ser muy cabrón, siendo tan creyente, para decir lo que dijo entre dientes, pero lo escucharon todos.

Al patrón de pesca y a los tres compañeros no les quedó más remedio que dejar que el patrón se fuera mascullando retahílas hacia el taxi que les esperaba, y estar un rato junto a Leonardo para quitarle hierro a la situación, pues realmente todos se dieron cuenta de que aquella escena le había hecho daño a Leonardo en un momento que lo que menos necesitaba era precisamente eso. Tuvieron que explicarle a Leonardo que ya se habían puesto en contacto con el armador para que reclamara al seguro la asistencia de él en el hospital, y que como tendrían que pasar en puerto una semana o más se acercarían a verle, traerle dulces, más tabaco, periódicos y contarle novedades.

Parte del almuerzo seguía en la mesa auxiliar, más frío que los cuernos de un esquimal y con más mala pinta que un caracol en el desierto. El patrón “capillita” con el interrogatorio no había tenido ni la consideración de que Leonardo acabara de comer; sólo tomó unas cucharadas de la sopa fría y lo que parecía más comestible, un filete de vaca con verduras estaba ya más seco que el fondo de un cenicero. Así que tomó una manzana, se la comió y dejó allí el incomestible y gélido filete con verduras.

El paciente impertinente que había estado más atento a la conversación y a la visita que una comadre espiando en un burdel, se burlaba de Leonardo sin dirigirse a él, canturreando en voz baja y entre dientes algo así como:

“Maestro capador, si se os escapa uno, se escaparán más de dos”.

Leonardo no le hizo caso, cerró los ojos y se contuvo en no contestar al vecino impertinente, pues ello alargaría una discusión que daría alas a confianza que no quería darle al individuo.

Al día siguiente, muy temprano, antes de que pasara el médico al que Leonardo esperaba ansiosamente, entró en la habitación un hombre que no dio ni los buenos días. Entró sólo sin compañía de la enfermera. No se identificó como policía, preguntándole a Leonardo por su nombre directamente después de fijarse en los números de las camas y en los pacientes.

- ¿Es usted Leonardo Santana? – preguntó con una actitud y prepotencia que pareciera que fuera Leonardo el autor del atropello, habiendo sido víctima, héroe y estando el pobre postrado y malherido.

- Sí, soy yo – contestó Leonardo mientras aquel supuesto policía corría la cortina que separaba el espacio de la cama contigua donde estaba el paciente impertinente, ahora mudo como una tumba, y que tanto apreciaba sus huevos.
- ¿Qué hacía usted ayer noche con esos individuos y de qué los conoce?
- ¿A qué individuos se refiere? Contestó Leonardo mirando fijamente a aquel tipo a los ojos mientras hacía una mueca de disimulada sorpresa a la vez que encogía levemente los hombros.
- Le voy a decir una cosa, gallego de los cojones, no sea boludo y conteste a lo que le pregunto sin andarse con rodeos o lo puede pasar muy mal, muy mal. ¿O es que quiere quedarse peor que cojo?

Mientras el tipo decía esto se apoyó un poco en la pierna suspendida que hizo que Leonardo viera las estrellas y le costara reprimir un leve quejido junto con un “joputa” que se oyó en la habitación y que acojonó, seguro, a los compañeros de habitación, al impertinente y al semiinconsciente. Por supuesto también a Leonardo después de habérselo proferido a aquel tipo con pinta de policía y con menos modales que un mono masturbándose en un púlpito.

- No sé a quiénes se refiere, ayer estuve y coincidí con mucha gente.
- Mira so cabrón, no te hagas el tonto o me apoyo otra vez en la pierna... - Le espetó el tipo, policía o lo que fuera, haciendo el gesto de volver a apoyarse en la pierna.

A Leonardo le recorría un sudor frío por la frente. Si hubiera tenido en ese momento un “hierro” debajo de las sábanas le hubiera pegado un tiro entre las dos cejas. Eso me confesó y le creo, pues sé que desde la infancia era muy calladito pero no aguantaba un acoso ni un insulto sin responder con dos hostias bien dadas. Y sabía darlas. En los años de infancia era de carácter callado y comedido pero como le sacaran de quicio a él o si acosaran a alguien más débil, estuviera él o no presente, fuera testigo o se lo comunicaran; puedo asegurar que el acosador lo tenía jodido con él. Tenía, y me ha demostrado que aún lo conserva, un concepto de la justicia y de la libertad que era extraño en aquella circunstancia que vivíamos; responder a quien fuera con tanto ímpetu y fuerza que en momentos como ése cualquiera de sus compañeros y yo mismo nos hubiéramos callado y agazapado como un zorro acechado en una montería.

Doy fe de ello, pues aunque yo me libré de ellas, creo más que por complicidad y quizás compasión que por otra cosa, otros con menos motivos se fueron a llorarle a la faldiguera de la madre con los

mofletes marcados como si hubieran estado cortando cebollas dentro de un armario ropero.

- **Si se refiere a los tipos que estaba en el mismo paso cuando nos atropellaron no sé quiénes son ni les conozco de nada...**

Aquellos años eran los de los albores del cambio de régimen en España, mientras en Argentina la dictadura militar se encontraba en su momento más perverso y cruel, haciendo desaparecer en los vuelos de la muerte a miles de disidentes y sospechosos de serlo sin ningún miramiento. - Aquellas dictaduras impuestas en el Cono Sur por “Ellos” fue parte de la Operación Cóndor.

Por lo que el momento “aperturista” en España, que se vislumbraba por la reciente muerte del dictador, hacía que los españoles fueran vistos con sospecha y recelo por los afectos al régimen de la dictadura militar que sufría Argentina. Y este policía tenía todas las papeletas para ser uno de los sabuesos fieles a la infame causa de la dictadura militar, o quizá quién sabe.

- **¿Está seguro... completamente seguro o no recuerda mis advertencias sobre su salud? – Volvió a inquirir desafiante y haciendo un gesto como volver a tocarle la pierna.**
- **Estoy completamente seguro. Desembarqué ayer mismo en el puerto, salí a dar una vuelta, con tan mala suerte que estoy aquí y de esta manera.**

Aquel policía o lo que fuera sabía de antemano perfectamente quién era Leonardo, en cuál barco estaba enrolado y cuál era su cometido en el mismo. Si hubiera sido en vez del “guardaespalda” cualquier otro infeliz el que hubiera fallecido atropellado, seguro que no se tendría que verse expuesto a este desagradable interrogatorio. La clave estaba en aquellos dos individuos que compartieron con Leonardo aquellos pocos segundos esperando que se pusiera verde para los peatones el semáforo de aquella avenida bonaerense. Algo gordo tendrían que ser cuando el tipo no quería dejar una posibilidad, aunque fuera muy improbable, de investigar y conocer algo que desde luego estaba muy interesado en saber. Así que después de cerciorarse de que parecía que Leonardo le decía la verdad y comprobar las múltiples contestaciones que le ofrecía sobre el nombre del barco en que estaba embarcado, características del mismo, armador, singladura, coordenadas del banco de capturas, etc. Dio por terminado el interrogatorio, marchándose más desafiante que un asno empalmado en una parada de yeguas. Se fue sin despedirse, ni excusarse, y por supuesto no desearle una rápida recuperación.

- **¡Marinerito! Ese tipo, igual que vuestro patrón, también se ha ido con los cojones bien puestos por mucho que os ha preguntado. – increpó el paciente preguntón.**

- A ese tipo igual que al patrón ya le ha capado otro antes que yo, por eso les he dejado preguntar tanto. Así que si tú los tienes aún, ya sabes...
- Ya... no está vos para ir capando a nadie. – contestó el impertinente sin dejar de reír; hasta el quejoso semiinconsciente pareció reírse.
- No sé cómo caparán en tu pueblo a los cerdos, pero en el mío los capamos sin anestesia, con un cuchillo bien afilado; tanto que cuando se quieren dar cuenta se van corriendo a las cochiqueras con la entrepierna escociéndole y sin mirar dónde se han dejado lo que se convertirá en un guiso de criadillas con papas.
- ¿Pues sabes una cosa, capador listillo? Ese tipo os la ha colado pero bien.
- ¿Por qué dices eso, a qué te refieres? – dijo Leonardo pausando el tono y recorriendo parte de la cortina de un manotazo.
- ¡Aaahh! Ahora es vos el que pregunta, él que no quiere que le pregunten. Pues tenga cuidado, no vaya a ser que os paguen con la misma moneda.
- ¡Bah! Déjame en paz. No creo nada de los chismes que puedas contar.

Aquella respuesta que le dio el paciente impertinente, y la interrogante que le causó a Leonardo cuando le comentó que se la habían colado bien, le dejó inquieto y sumido en un laberinto de pensamientos sin sentido que le estaban atormentando. ¿Estaba decidido a soportar a aquel individuo “metomentodo” y desagradable, que preguntaba más que la abuela de una jovencita al nuevo novio recién presentado? Así que intentaría a partir de entonces ser un poco más condescendiente y dejarse atormentar con sus comentarios y preguntas. El individuo en cuestión estaba allí también por un accidente de tráfico; el semiinconsciente también, pues aquella planta era de traumatología. Había, según decía él, sido arrollado cuando conducía su motocicleta por un despistado que, también según él, tuvo la culpa pero por lo menos no se dio a la fuga; así que no sería tan malo, aunque despistado, cuando paró, le asistió, llamó a la ambulancia y proporcionó el seguro de su vehículo. Renato, que así se llamaba el paciente impertinente, era de origen italiano por parte de padre y de madre. Trabajaba en una heladería Bonaerense de encargado, y si Leonardo le hubiera dejado hablar le hubiera contado hasta las proporciones exactas de leche, nata, azúcar, emulgentes, saborizantes y colorantes y todos los demás ingredientes, con su tiempo de preparación y proceso que llevaba cada uno de los helados que fabricaba. Hablaba más que respiraba. Seguro que mentir también, suele ser así. Desde luego estaba muy orgulloso de su oficio; estaba

convencido e intentaba convencer con toda su palabrería, que no era poca de la que disponía como buen argentino, que era el mejor oficio del mundo. Había empezado a trabajar en la heladería en la que aún estaba como chico para todo cuando apenas era un mozalbete; en un principio limpiando y estando a las órdenes y mandados del jefe y de todos los demás trabajadores, hasta que con tiempo, ganas, inteligencia, astucia y laboriosidad pasó a ser maestro artesano heladero, y después encargado de la pequeña cadena de heladerías. Estaba más orgulloso que un ocho. Pero enseguida se le notaba que aspiraba a algo más: montar su propia heladería, y a ser posible en Europa, en España. Esto no lo dijo pero se deducía fácilmente por la batería de preguntas que hacía sobre España y de cómo eran las heladerías al otro lado del charco, en la Madre Patria.

Así que Leonardo recapacitó y pensó que si aquel entrometido quería saber cómo estaba el negocio de los helados en España, le podría ir dando pistas, verdaderas o no tanto, de las posibilidades de aventurarse a hacerle la competencia a los heladeros del Levante, de Jijona principalmente, que eran los que manejaban bien ese tema. Así el bueno de mi amigo Leonardo podría aguantar mejor aquel suplicio, y quizá aquel heladero ambicioso de ascendencia italiana, pues así figuraba en la hoja de paciente de su cama con su nombre y apellidos, le indicara cómo desenvolverse mejor en aquel hospital y en lo que podía esperarle después en Argentina hasta que pudiera embarcar o subir a un avión que le sacara de allí para recuperarse entre los chiringuitos de las playas de La Antilla.

Cuando llegó el médico y la enfermera a hacer la consulta matinal, Leonardo fue el último de los tres en ser atendido. Era normal, pues fue también el último en llegar y por lo que pudo observar era el más leve de todos, pues el quejoso semiinconsciente había sufrido múltiples fracturas y un traumatismo craneal, por lo que parecía una momia egipcia; también con una pierna suspendida, pero completamente enyesada desde la ingle a la uña del pie gordo. Éste, aunque no hablaba,- tendría fracturada hasta la lengua- era de suponer que pegó un golpe digno de clasificarse con diploma para ocupar un sitio en el pódium de los siniestros de tráfico en algún nicho del camposanto.

Renato también había dado un golpe de campeonato: tenía fracturado los brazos, clavículas y costillas, y también le habían puesto un collarín que le inmovilizaba la cabeza por alguna lesión cervical y no podía girarla. Era increíble cómo podía hablar tanto estando tan jodido. Así que cualquiera le aguantaba estando en plenas facultades físicas y psíquicas en una isla desierta... para salir nadando o hacerle nadar a él.

Cuando el médico se acercó a la cama de Leonardo le tomó el pulso y le auscultó el pecho mientras la enfermera le ponía el termómetro en la axila preguntándole qué tal había pasado la noche. El médico no fue el que le operó, pero con sentido corporativista le dijo que su colega era una eminencia en estos casos, tanto que operaba a algún que otro famoso futbolista.

Leonardo le observó, esgrimiendo una sonrisa sarcástica, pensando para sus adentros: Como si no hubiera futbolistas que dejaron de serlo porque una leve lesión se convirtió en grave cuando pasó por las manos de eminentes cirujanos traumatólogos. Pero los éxitos de estos profesionales se airean bastante, mientras los fracasos se achacan a la fatalidad del destino, y en el peor de los casos se entierran.

El médico se despidió de Leonardo, no sin antes dejarle el ánimo por los suelos pues le dijo que tenía como mínimo para más de una semana postrado en la cama y enyesado. De todas formas, en breve, pasaría a verle el cirujano que le operó para comprobar la buena evolución de la intervención. Leonardo esperó a que saliera el médico, y en ese momento llamó a la enfermera para decirle que por favor se acercara después que acabara las visitas por la planta para consultarle algo. La enfermera no puso pega ninguna y muy amablemente le indicó que después se acercaría a atenderle.

Leonardo estaba abatido, se negaba aceptar su suerte, y no hacía más que pensar que si no hubiera salvado a aquel tipo del atropello, él, que fue el único que se percató de la maniobra embestidora de aquel maldito carro asesino, hubiera podido tomar el suficiente impulso para saltar hacia la acera y ahora estaría disfrutando de la vida en tierra por Buenos Aires. Aunque fuera compartiendo, hora tras hora y día tras día, la mesa de billar con aquel proxeneta mal tatuado que tenía ánimo de robarle hasta los “tomates” de los calcetines. Hubiera estado dispuesto a haber asistido a todas las misas habidas y por haber en todas las parroquias bonaerenses, y hasta en las de Montevideo yendo a nado con el patrón capillita cogidos de la mano. Hasta haberle confesado que no fue Lee Harvey Oswald quien disparó sobre JFK, sino él mismo con premeditación y alevosía, aunque ese día del magnicidio, Leonardo, siendo un crío, estuviera con sus amigos pescando en el muelle del Terrón a casi cinco mil kilómetros.

Seguía ensimismado en sus pensamientos, amargado por la condición de su destino y, sobre todo, pensando que más de una semana allí en esa postura le superaba, pues apenas llevaba menos de cuarenta horas y se le estaban haciendo cada una de ellas interminables.

La enfermera se acercó a verle una vez que terminó las visitas a los pacientes con el médico. Leonardo le refirió que si volvía a visitarle el policía que hiciera el favor de estar ella presente, pues le explicó con

detalles lo desagradable que había sido la experiencia y le gustaría saber si eso era legal. Leonardo se quedó peor que estaba, pues la enfermera se sorprendió sobre manera cuando le estaba relatando los hechos, porque por lo que dio a entender lo normal en estos casos es que ella hubiera tenido constancia de la visita, y más a esa hora tan temprana, cosa que no parecía que hubiera sido así. Después, cuando captó que Leonardo se inquietó ante el asombro de ella, disimuló y le dijo que no se preocupara, que ella intentaría estar delante e incluso haría todo lo posible para evitar otro desagradable interrogatorio si no traía una orden y sin un abogado.

- Desde luego, vuestra empresa tiene que tener un buen seguro, sino os iban a atender así por las narices. – dijo Renato, el paciente impertinente, mirando al techo porque no le quedaba otra.
- Eres cotilla y maleducado con avaricia ¿es que no te han enseñado modales? Es de muy mala educación estar pendiente de las conversaciones ajenas. – dijo Leonardo en un tono menos brusco y más conciliador pero borde como siempre.
- Aquí os va a valer de poco, de muy poco, que no quiera hablar más con ese tipo “rompepiernas”. Quizás no vuelva jamás, pero si vuelve, entrará aquí a la hora que le salga de la entrepierna, y como la enfermera se ponga tonta, que no se pondrá, lo menos que le puede pasar es que tenga que limpiarle la flauta a fondo si él quiere.
- Vale Renato, duérmete y sueña con una piscina olímpica llena de helado de vainilla y bucea en ella hasta que lo derritas todo, y tú también.
- Lo que vos diga... Marinerito capador. ¡Ojala le deje ese tipo tranquilo porque lo peor no es que no sea policía, sino que además de serlo esté pluriempleado con bandas mafiosas. Y parece que el tipo que atropellaron junto a vos no era un fulanita cualquiera.

Leonardo no contestó a aquella cotorra parlanchina, porque contestarle supondría tener que aguantar aún más ese tono de voz chillona y aguda que se hacía insoportable. Pensó que Renato en su afán de notoriedad estaba inventando para captar la atención: es de los que les gusta ser la viuda y el difunto en un funeral; tirar un córner y rematarlo.

Habían pasado cuatro días desde que ingresaron a Leonardo en el hospital. Los compañeros se habían acercado a verle todas las tardes. - en los malos momentos aparecen los que de verdad te aprecian, y desaparecen los que se acercan cuando la buena estrella brillaba- Afortunadamente sin el patrón “capillita”. Ellos mismos habían

llevado la documentación necesaria para que el gerente del hospital se tranquilizara y supiera que iban a cobrar religiosamente, cosa que a Leonardo inquietó y lo comentó con sorna a sus compañeros:

- **Estos matasanos con licencia, como sepan que les van a pagar bien, son capaces de no curarme la pierna en la vida. – lo dijo en broma, pero no dejaba de rondarle por la cabeza.**

Aparte del periódico, tabaco y una botella escondida de whisky de malta, le llevaron un transistor que les había pedido. Así, por lo menos, podría oír algo más melodioso y diferente que la voz estridente de Renato y los quejidos balbuceantes del paciente semiinconsciente.

Después de un par de días, cuando la recuperación iba mejorando hasta haberle bajado un poco la pierna suspendida de aquellos cabos que le hacían recordar en todo momento el maldito trance por el que pasó, fue acomodando la idea de que al fin y al cabo era un tío con suerte; si en el momento de que se acercó al paso de cebra esa funesta tarde, el joven acompañante que falleció hubiera dejado más espacio a su derecha que el que había a la izquierda del tipo más maduro, él que desapareció de la escena, sería muy probable que se hubiera colocado junto al ahora fallecido, y seguramente estaría facturado y volando hacia Madrid en la bodega de un avión de Aerolíneas Argentinas dentro de un cajón estanco y calladito para siempre.

Al sexto o séptimo día del ingreso, ya avanzada la tarde, casi de noche, le despertaron para retirándole suavemente el transistor de la almohada; aparato que le había servido de aislante contra el cotorreo impertinente y casi constante de Renato. Cuando Leonardo abrió los ojos vio a la enfermera que habitualmente estaba de guardia en la planta por las tardes y a otra enfermera con un uniforme distinto al que llevaban todas las enfermeras, y con un cuerpo que tampoco era habitual entre el plantel de enfermeras del hospital. En la puerta se quedó observando un enfermero o camillero que tampoco llevaba puesto el uniforme habitual de los camilleros del hospital. La enfermera del uniforme distinto, de color azul celeste con ribetes y botones en azul marino, era una mujer impresionante: alta, rubia platino y con unos ojos azules como el cielo que invitaban a volar en ellos. El uniforme, más ceñido que el habitual de las enfermeras, resaltaba sus caderas curvas, la cintura estrecha y unos pechos turgentes que luchaban por salir del escote. Estaba tan bien proporcionada y era tan bella que Leonardo pensaba que aún estaba soñando, o quizás muerto.

- **Disculpe que le hayamos despertado don Leonardo; me llamo Ingrid.**

Se presentó aquella belleza con una voz suave y melodiosa que podía amansar a la peor de las fieras. Le acercó su mano blanca de dedos

cuidados y finos a la mano de Leonardo, la apretó cariñosamente en señal de saludo y continuó diciendo:

- La compañía de seguros de su empresa y su empresa, han llegado a un acuerdo con el centro clínico donde yo trabajo, y si a usted le parece bien estamos dispuestos a trasladarle allí, pues es un centro especializado en lesiones del tipo de las que usted padece.

Leonardo estaba absorto, seguro que volando en el universo de los celestes ojos que le estaban hipnotizando, tanto o más que el generoso escote de aquella mujer. Si las walkirias del paraíso de Thor y Odín fueran como ella, hubiera abrazado esa religión al instante aspirando a esos prometidos paraísos.

Leonardo seguía ensimismado entre los ojos y el escote de aquella walkiria uniformada de enfermera. La otra enfermera sonreía ante la cómica situación de la que Leonardo no era capaz de salir para proferir ni siquiera un monosílabo.

- Vos naciste de nalgas y con una estrella en el culo... Seguro.

Interrumpió ¡Cómo no! Renato. Asumiendo su papel de paciente impertinente, pero le valió a Leonardo para terminar de despertar del ensueño.

La enfermera-walkiria le mostró una carpeta con unos documentos que tenía que firmar para formalizar la baja en el hospital y autorizar el traslado a la nueva clínica. Apenas los ojeó, ni mucho menos los leyó. Ante los papeles presentados por aquella mujer salida de una leyenda mitológica escandinava, Leonardo hubiera firmado su sentencia de muerte y confesar ser Bruto, el asesino de Julio César hace más de dos mil años.

Le dieron un vaso de agua donde habían diluido unos polvos, según la “enfermera” Ingrid, para poder tranquilizarle y aliviarle los posibles dolores en el traslado. Leonardo bebió sin reparos ante la indicación de aquella diosa aunque sospechara que podía contener cicuta o cualquier veneno amargo que acabara con su voluntad y su vida.

Aquellos polvos diluidos en el agua no eran, ni mucho menos, un calmante. Leonardo despertó sin saber ni mucho menos las horas que había estado dormido; con la cabeza aturdida como si le hubieran inyectado una solución de aspartamo forte en el cerebro, y con la boca reseca como una alpargata vieja. Sólo recordaba que el camillero le sacó de la habitación y recorrer en la camilla rodante aquellos estrechos y largos pasillos con la enfermera alta, rubia casi platino y de curvas perfectas, súper perfectas, precediendo la camilla. El uniforme celeste le marcaba unos hombros bien formados, una estrecha cintura que se curvaba hacia las caderas suave y sinuosamente hasta pronunciar las nalgas protuberantes y erguidas que con un movimiento

sensual acompañaban sus pasos marciales. Esa fue la hipnosis que le sumía en un sueño del que no apetecía despertar.

A esas horas el hospital estaba desierto, ya habían dado la cena a los hospitalizados y las visitas habían desaparecido. No se veía ni al personal sanitario. A Leonardo le pasaron a una camilla portátil, pero para entonces los recuerdos se dispersaban y volatizaban como pompas de jabón. Vagamente recordaba que salieron del hospital por una puerta que no fue por la que le entraron. Le introdujeron en un furgón que no parecía una ambulancia por fuera, pero que por dentro estaba equipado como una de las mejores que podía imaginar. Sorprendido y extrañado, con los ojos cerrados y con los sentidos agotándose por querer entender lo que no podía. La enfermera-walkiria, Ingrid, le dijo al chófer algo en un idioma que Leonardo no entendió ni conocía.

En Bergerac las horas pasan como si fueran días, los días como semanas, las semanas como meses y los meses como años. Notando cada día más la ausencia de Margueritte, también recordando a Candela. Estoy inquieto desde que escuché por última vez su voz.

No dejo de pensar en ella, en su advertencia de que tuviera mucho cuidado, y en las ganas de que me llamen o se comuniquen conmigo desde el Círculo de Leonardo para poder volver a tener la oportunidad de verla. También de poder hablar con Leonardo.

Me encuentro molesto conmigo mismo por haber echado a perder, quizás, la posibilidad de poder ser invitado de nuevo a casa de Leonardo. Me siento mal, como un completo idiota, por haberles defraudado al no poder contenerme y saltarme las reglas que me indicó Leonardo con tanta insistencia.

Bernard me llamó aquella mañana para que pasara por su oficina. Le habían llamado por teléfono interesándose por mi casa. Según me dijo, él captaba que la persona que le llamaba no era un simple curioso de los que no tienen nada que hacer y anda haciendo perder el tiempo a los demás como si el tiempo no valiera nada. Es verdad: hay quien sólo encuentra valor a su tiempo devorando el tiempo de los demás.

Me dijo Bernard que los interesados, - él daba por hecho de que eran una pareja-, habían visto la casa por fuera un par de veces; les gustaba, pero aun habiendo visto los planos y fotografías del interior de la misma en la web de Bernard querían conocerla por dentro. Es lo normal, pero lo que me escamaba es que, según me dijo Bernard, quisieran conocerme y que les contara la historia de la casa. Por eso no paso, por mucho que insista Bernard ¿Qué coño les voy a contar de mi vida en la casa! ¿Los años que he vivido en ella, los momentos dulces y amargos; cuánto me costó construirla y el tiempo que empleamos; y

porqué la diseñamos y distribuimos así entre los dos con ayuda de un amigo arquitecto?

Hay gente que tiene unos puntos tan ridículos que hasta para comprarse unos zapatos les gustaría saber el estado de ánimo de la cadena de montaje que en ese momento los fabricó. Pues está claro; si esos zapatos se fabricaron en un país asiático es fácil de imaginar cómo pueden estar las criaturas trabajando... ¡no de sol a sol! sino de sol a estrellas en unas condiciones de esclavitud comparables a las de las plantaciones de caña de azúcar del Caribe. Como si al adquirir esos zapatos le fueran a oprimir o hacer daño en el pie porque los trabajadores sufrían angustiados las condiciones de trabajo mientras lo fabricaron; y si son de piel hay que preocuparse si los animales han podido ser sacrificados cruelmente, y por tanto provocarle un juanete al cliente. Eso se soluciona muy fácilmente: tendría que tener cada producto un enlace a una webcam donde se vieran cómo tratan a los trabajadores en esas fábricas. Pero entonces a las grandes marcas y a los centros de distribución se les reduciría bastante los beneficios al destapar las condiciones infrahumanas, en muchos casos con mano de obra infantil, con que se producen la mayoría de los productos que consumimos en occidente y que se fabrican en el extremo oriente.

Bernard se puso pesadito; me volvió a llamar para decirme que los posibles compradores vendrían de lejos a ver la casa mañana por la tarde, rogándome que estuviera en la casa para mostrársela personalmente, pues le insistieron que querían conocerme. Así que me acerqué a verle.

- **Que no Bernard, que no me parece que tenga que recibir a esa pareja y contarle mis intimidades y mis historias en la casa.**
- **No seas tonto Marcos y hazme caso ¿Quieres vender la casa? Pues ya está; le cuentas lo que quieras, te inventas lo que puedas y se acabó. Coges la pasta y ellos se quedan la casa.**
- **Dime una cosa y sé sincero ¿Te has encontrado algún cliente igual en todos estos años que llevas vendiendo casas, a que no?**

Bernard titubeó pero se salió por la tangente, como buen tratante, diciendo que se le habían dado casos parecidos. No se lo creía ni él.

- **Marcos, no te cuesta nada, hazlo aunque sea por mí, como amigo.**
- **Escucha Bernard, no tengo una necesidad imperiosa de vender la casa. Es más, me gustaría venderla a alguien que realmente me caiga bien y mejor si le conozco. Entiéndelo, es como cuando tienes que dejar o regalar una mascota, si la quieres y eres responsable no se la das a cualquiera.**

- Marcos, tú sabes que hay gente que está muy influida por los programas esos de misterios: que si casas encantadas, que si fantasmas, que si un montón de zarandajas que les comen el coco. No te preocupes, son buena gente, lo que pasa que tienen manías como mucha gente tiene.
- Vamos, que los momentos vividos en la casa se han quedado grabados en las paredes como en un disco duro virtual y les pueden afectar a... Pues si piensan así, que se compren el inmueble de un antiguo burdel o de una casa de fiestas, y así tendrán ganas de follar y bailar en todo momento.
- No seas grosero. Mañana quedamos, le enseñas la casa, después tomamos un café, y si se la vendemos cenamos juntos todos que yo invito.
- ¿Es que tú no vas venir a enseñarla?
- Es que tengo que acercarme con unos clientes interesados en una finca a unos veinte kilómetros de Bergerac.– me dijo con un tono que parecía que no me estaba diciendo la verdad.

Acepté la propuesta pero no convencido, nada convencido. Desde un principio acordé con Bernard que él enseñaría la casa a cualquier posible comprador sin estar yo presente, pues esa era la condición. Ahora me había embaucado, no sólo en estar yo presente sino en que él no estuviera. Y encima en contarle por dónde y a qué hora aparecían los fantasmas: si eran graciosos, groseros, macabros o místicos. En cual lugar hice más veces el amor, en cual de los aseos defecaba más a gusto y otras idioteces e intimidades más... Desde luego hay veces que creo que van a tener razón los que dicen que los refrescos con edulcorantes químicos, la comida precocinada industrial y la tele-basura están haciendo tantos estragos en los cerebros como las drogas.

No, no las tenía todas conmigo en estar presente y aguantar a aquella pareja aspirante a trofeo en un concurso en la especialidad de gilipollas integrales en supervisión y exploración “vibracional” de los bienes inmuebles.

La cuestión, sería coincidencia, es que antes, haría un mes, me había llamado un tipo que quería que le mostrara personalmente la casa. Me insistió varias veces llamándome, incluso desde números diferentes, porque cuando aprendí su número no le contestaba. Y es que desde un principio le dije que la venta de la casa le correspondía a la agencia inmobiliaria de Bernard. Le proporcioné el teléfono, el email, el fax, y estuve a punto de darle hasta las coordenadas de la oficina. Pero el tipo, con un acento extraño que parecía un francés de otro sistema

solar, me insistía que tenía que ser yo el que le enseñara la casa y se la vendiera.

Hará unos veinte días que dejó de llamarme, y fue cuando se me ocurrió preguntarle que si tenía coche, a lo que me contestó que sí; le pregunté por la marca, el modelo, si lo había comprado nuevo, dónde y cuánto le había costado. El tipo se puso nervioso y dudando me dijo a qué venía todo eso, pero ante mi insistencia me contestó a todas las preguntas; y entonces, cuando me dijo la ciudad donde lo había comprado, porque no se acordaba del concesionario, le dije que por qué no había ido directamente a comprarlo a la fábrica. Me colgó sin despedirse y hasta ahora. Gracias a los dioses o a los diablos me ha dejado en paz.

Al día siguiente me levanté más temprano que de costumbre, pues había quedado con Virginie, una buena mujer que de vez en cuando limpiaba la casa a Marguerite; le echaba una mano por horas y desde entonces alguna vez que otra la llamo. Prefiero valerme por mí mismo, ya que me conformo con limpiezas, como la mayoría de los hombres, que la mayoría de las mujeres no se conforman. Así que una mano femenina tiene el don de ver algo de suciedad y desorden donde un hombre suele ver que todo está impoluto. Generalmente, porque también las hay más espesas que el pañuelo de un griposo, y tios más limpios y “tikis-mikis” que un inspector de sanidad padeciendo deliriums tremens con ácaros, virus y bacterias.

No quise comer en casa para no manchar ni un plato ante la visita de la parejita que quería conocer la casa... y a mí. Esto último me exasperaba.

Además tenía que sacar el Peugeot del garaje, no fuera a ser que a la parejita de marras se le ocurriera inspeccionarlo por si era un lugar donde las energías telúricas podían atraer duendes maléficos que desestabilizaran la inyección de su coche. No me gusta sacar el coche de día a una hora de mucho tránsito, y menos por la puerta principal de la casa, así que decidí abrir el portón trasero del garaje, que aunque más estrecho que el principal el coche con cuidado podía salir bien. Me costó trabajo porque hacía mucho que no se abría y tuve que cortar las hierbas que habían crecido junto a la entrada. La parcela daba atrás a un camino sin asfaltar y poco transitado al que se accedía por una verja metálica; ahí también tuve que cortar las hierbas. Por este acceso salía con Margueritte, casi siempre en bicicleta para dar una vuelta por los campos. Así que saqué el Peugeot por el camino y me fui a dar una vuelta al pueblo de al lado, Cours de Pile, para hacer tiempo y visitar a mi amigo Jules que hacía meses que no veía. Jules es un francés con un sentido del humor increíble que no lo perdía aunque las estuviera pasando peor que Caín en el destierro. – Caín sí que las tuvo

que pasar mal, porque como sólo estaban en la tierra él y sus padres, que le dejaron de hablar; lo de jugar a los chinos o al fútbol lo tenía muy complicado.– Jules atravesó malos momentos varias veces pero los sobrellevó con humor, por eso pudo superarlos airoosamente, porque no les dio importancia, teniéndola en muchos casos. Otro cualquiera muy probablemente hubiera sucumbido antes de intentarlo.

Cuando Jules me vio llegar con el viejo Peugeot a la puerta del almacén de su negocio de distribución de piensos y productos para animales salió a recibirme. Se le puso el semblante serio y me dijo mientras me bajaba del coche con su sarcasmo e ironía habitual:

- ¿No me digas que no me vas a invitar a comer a “Chef Merlot”? Habíamos quedado en eso la última vez que nos vimos, que pagué yo, te recuerdo.
- Jules, si los mamones volaran aquí en tu casa habría que poner una torre de control porque estarías todo el día despegando y aterrizando. –Le dije mientras nos dábamos un fuerte abrazo.
- ¿No me digas que vamos a ir en este trasto? ¿Qué has hecho con el deportivo, con lo que me gusta que me pasees en él?
- Venderlo, porque no me salía novia con él, sólo mamones que quieren que los pasee y los invite a comer.

Me pasó la mano por el hombro riéndose y nos dirigimos hacia la oficina del almacén continuando diciéndonos barbaridades “cariñosas” el uno al otro. Entramos en la oficina y abracé y besé a Ivone, su hija, a la que Margueritte y yo queríamos con locura pues prácticamente la vimos nacer. Margueritte la sostuvo muchas veces en su regazo cuando era un bebé, y jugó con ella muchas tardes que se acercaba a visitar a Madeleine, la madre de Ivone; las dos eran muy amigas desde la infancia, y por eso conocí a Jules, con el que entablé una de esas grandes amistades que se pueden contar con los dedos de una mano y te sobran algunos. Cuando Margarite falleció dejamos de vernos con la asiduidad que nos veíamos, pues antes era raro el mes que no quedábamos los cuatro para comer o cenar en nuestras casas o en algún restaurante. Incluso viajamos juntos, primero con la niña hasta que se fue haciendo una mujercita, y después los cuatro: a la Costa Azul, la Costa Brava, a los Pirineos, a Guipúzcoa y varias veces fuimos de visita a Burdeos. Cuando nació Ivonne, Margarite visitaba a su buena amiga muchas tardes. Se acercaba hasta su pueblo para ayudarla en los quehaceres con la criatura y en la casa, tomaban café y así pasaron los primeros años de infancia de la niña. Por eso, Ivonne todavía se acuerda mucho de ella, y la recuerda con emoción y cariño. Recogimos a Madeleine en su casa y los tres nos fuimos a comer al restaurante. Ivonne se excusó pues había quedado con su marido,

viajante, que ese día comía en casa, lo entendí: “Comer en casa es un privilegio para quien come siempre fuera“

¡Cómo pasa el tiempo! Todavía tengo frescos los recuerdos en que Madeleine estuvo embarazada de ella y ahora es Ivonne la que lo está. Cerraba los ojos y me surgían con toda nitidez decenas de imágenes de ella con su madre y Margarite: bien en los columpios del parque, corriendo por el prado cerca de su casa o cuando la llevamos por primera vez a la playa de Biarritz.

- **Marcos, no puedo entender que quieras vender la casa. No me entra por mucho que quiera en la cabeza. -Me dijo Jules a los postres.**

Tanto él como Madeleine se habían quedado muy sorprendidos cuando les referí las intenciones de vender la casa, que esa misma tarde tenía que enseñarla y maldita gracia me hacía tener que hacerlo. Cómo había podido ser tan imbécil y de que el pájaro de Bernard me convenciera de ello. Margueritte siempre lo decía: “El saber decir `NO` es tan importante o más que decir `SÍ`”. Y ahora esas palabras que tantas veces me recalcó me resonaban y rebotaban de un lado al otro de la bóveda craneal como si ella estuviera allí presente y me lo estuviera diciendo.

- **Es que cuesta entender que quieras vender la casa, porque hayas estado apenas unos meses en un lugar, aunque nacieras allí. Si desde que llegaste aquí, siendo casi un niño, has visitado tu pueblo muy pocas veces. En total no has pasado allí más de un año en tus últimos cuarenta años. – Me dijo Madeleine, tan razonable y pragmática como ella es.**

Todas las justificaciones y argumentos que les exponía a los dos me los rebatían con una claridad que hacía que se me derrumbara la idea, sin que mis pensamientos encontraran respuestas coherentes y razonables. Ni siquiera el comentarles que estaba ilusionado por haber conocido a una mujer, Candela, que me atraía, les convencía de que tuviera que vender la casa. Creo que yo tampoco estaba muy convencido, y fue por eso por lo que fui a visitarles y pedirles su opinión a unos grandes amigos que sé que no me responderían a la ligera, pero sí con la empatía del amigo auténtico que se preocupa de verdad por mí y sin otro interés que mi felicidad.

Tú ya no eres de allí, Marcos. Hablas mejor el francés que el español; ni siquiera tienes acento andaluz. Allí serás un extraño en otro pueblo pequeño. Aquí hace muchos, muchos años que dejaste de serlo. Allí, volverás a serlo, como tu amigo Leonardo. Seréis allí sólo dos extraños.

La contundencia razonada de Madeleine me desarbolaba otra vez, y me hacía recordar la frase que Leonardo me dijo uno de los primeros días que estuve en su casa y le pregunté que cómo había decidido vivir

tan aislado y no en el pueblo: “Hay pueblos pequeños que son un infierno grande”. Me volvió a recordar, le entendí tan bien que no le dije ni media palabra.

- ¿Has bailado con ella? – Me preguntó Jules y le dije que no; se refería a Candela. ¿Entonces si no has bailado tampoco os habéis acostado? – Madeleine le dio un codazo a Jules a la vez que rió ante la ocurrencia.

-

- No, no hemos bailado ni hemos desayunado juntos. ¡Ojala! –dije guiñando un ojo.

A mi madre le escuché decir un día en una conversación entre sus amigas que “un caballero nunca dice lo que hace o deshace con una mujer”. Y lo asumí como razón.

No me fue posible no recordar aquella tarde noche que pasé con Candela. Por unos instantes dejé de hablar mirando la espuma con forma de labios en la taza del café. Las palabras de Jules y las risitas de Madeleine ante sus ocurrencias, parecía no llegar a procesarlas en mi cerebro veladas por los recuerdos con Candela.

Aquella tarde que acompañé a Candela al dentista y al centro comercial, con los resquemores de Leonardo, los tengo para mí y no los compartiré con nadie que no sea ella, pues pienso que si desvelo aquellos momentos a alguien, sea quien fuere, se puede desvanecer la ilusión de volverlos a vivir. Aunque sean completamente diferentes pero igual de intensos y apasionados. Aquel tiempo tan excitante que pasamos y que recuerdo minuciosamente minuto a minuto a minuto, beso a beso, abrazo a abrazo... Quiero, deseo que vuelvan a suceder, no una, sino un millón de veces.

- ¿Dime Candela, por dónde voy a la Clínica Dental? – le dije poniendo en marcha el motor del coche mientras ella continuaba alisándose el vestido, colocándose bien el pañuelo de cachemir y mirándose en el espejo para corregir el deterioro que le había hecho en el maquillaje y en el carmín.

Llegamos según sus indicaciones a la clínica dental y me dijo:

- Aparca en el parking contiguo a la clínica si es posible, y tomamos un taxi.

- ¿Un taxi? ¿Cómo que un taxi? – contesté completamente confuso.

- Sí “amore”, no voy a ir al dentista; he anulado la cita. Ya iré otro día. Guiñándome un ojo me lo expresó todo.

Llegamos en el taxi al centro comercial, y ella agarrándome del brazo me guió hasta una tienda de lencería. Una vez dentro se dirigió a un expositor de conjuntos de sujetadores y braguitas, y me preguntó mostrándome un conjunto en cada mano:

- ¿Cuál de los dos te gusta más? – Uno era rojo y el otro negro; los dos con unos bordados finos rematados en una suave blondita.

- Con cualquiera de los dos tienes que estar estupenda – Sólo imaginármelos cómo le quedarían hacía que las calores encendieran mis mejillas y el pantalón se estrechara oprimiéndome por la entrepierna.

- Vale, pues estos son de mi talla. Me llevaré los dos. – dijo resuelta y se acercó a la caja para pagarlos mientras yo iba detrás de ella como un perrito sediento con la lengua fuera.

Salimos de la tienda de lencería y nos dirigimos a otra tienda de una conocida firma de ropa de mujer. Entramos, ella estuvo viendo vestidos. Tomó también dos del perchero y mostrándomelos con una sonrisa se dirigió a los probadores indicándome que me esperase. Al poco tiempo, la chica encargada de probadores, me indicó que me acercara al probador donde Candela me esperaba asomando la cabeza entre la cortina del probador. Me hizo el gesto que fuera con ella. Cuando estaba enfrente del probador corrió la cortina completamente.

- ¿Qué, te gusta cómo me queda? – No se había probado los vestidos, llevaba puesto el conjunto de lencería negro que acababa de comprar. Yo miré nervioso a uno y otro lado del pasillo flanqueado por probadores por si éramos observados – Me voy a probar el rojo, que este parece que no te ha gustado mucho pues no has dicho nada.

Qué podía hacer y decir, la miraba a ella y seguía mirando el pasillo de un lado al otro, como el juez de silla en un partido de tenis. Dejé entreabierta la cortina del probador y se cambió un conjunto por el otro, sabiendo que la posibilidad de que la observara y que también la viera cualquiera que pasara por el pasillo era muy probable. Los sudores me corrían por la frente y por las manos, y mi excitación fue creciendo haciéndose ostensible en mi entrepierna.

- ¿Y éste, te gusta más o tampoco me lo vas a decir? – Y dando media vuelta me mostró como aquel precioso conjunto rojo dejaba ver sus bien formadas y orondas nalgas que me invitaban a acariciar, besar, pellizcar, morder...

- Me gustan los dos, pero más me gustaría quitártelos... - Rió ante mi ocurrencia y me dijo que ella también lo deseaba.

Los vestidos seguro que ni se los probó, pues ni los compró. El entrar en aquella tienda fue una de sus tretas para excitarme en aquellos probadores. Salimos de la tienda, y si no es porque me lo recordara no hubiera comprado los deportivos y las camisas. La verdad es que no me hacían falta, era una excusa para acompañarla.

Tomamos otro taxi y cuando pensaba que le diría al conductor que nos llevara de vuelta al parking contiguo a la clínica, le dijo:

- Al hotel de “Ría de la Vera” por favor.

La miré sorprendido y ella me sonrió apretándome la mano. No dijimos nada, y menos con el taxista presente por el trayecto hacia el hotel que se encuentra en la parte alta de Ayamonte que llaman la Villa. Aunque yo en ese momento no sabía dónde se encontraba el hotel, pues jamás lo había visto. Pensé que quizás la intención era tomar café allí. Conforme el taxi se encauzaba por las calles empinadas imaginé que desde allí probablemente habría unas vistas preciosas con la desembocadura del Guadiana y Portugal en la orilla de enfrente.

- Hola buenas tardes. Tenemos una habitación reservada a nombre de Marcos Santana, la 214, por favor. – Candela me dio una patadita suave en el tobillo, supongo para que reaccionara y disimulara con tranquilidad, después de que ella se hubiera dirigido al recepcionista; porque a mí, seguro, se me quedó una cara de memo cuando le oí decir que la reserva estaba a mi nombre. Di por sentado que no, no íbamos a tomar café precisamente allí. Sí había una cafetería, pequeña y coqueta, donde no tomamos el café. Candela pidió una amarguinha con limón exprimido para subirlo a la 214 y yo pedí un gin tonic.

Entramos en la habitación con el único equipaje que las bolsas de las compras en el centro comercial, el bolso de ella y toda nuestra pasión. Candela se dirigió apresuradamente, dejando su bolso y la bolsa de la lencería en la cama, para abrir la puerta de lamas que daba al balcón; yo apenas había dado un paso dentro de la habitación. Una gran ola de luz del sur entró en la habitación cegándome por instantes después de haber atravesado la penumbra violada por enclenques lámparas con pequeñas tulipas desgastadas por el tiempo y la apatía de huéspedes, que apenas iluminaban aquel angosto pasillo flanqueado de puertas que impasibles y mudas guardaban en secreto los momentos donde amantes y viajantes contaban, unos los besos y orgasmos, y otros las cuentas de gastos, ventas y comisiones.

Las vistas con el sol de media tarde, despidiéndose pausadamente hacia Portugal, resaltaba en blancos rotos y anaranjados las casas y edificios de Ayamonte, Canela, Vila Real y Monte Gordo; con el Guadiana como un espejo azul luminoso en el centro de todo y lleno de reflejos de plata; por donde barcos, unos anclados y otros buscando el amarre donde dormir, hacía que aquella imagen, con Candela apoyada en la balaustrada del balcón y yo abrazándola por la cintura, con mis labios rozando su cuello y oliendo su perfume que me recordaba a los jazmineros silvestres de la rivera del Dordoña, sea imposible de no evocar cada día con el mismo entusiasmo que nostalgia.

La amarguinha y el gin tonic, después de dos sorbos, se fueron diluyendo en la mesa de aquella terraza, mientras los dos mezclábamos con ardor nuestro sudor y nuestros jugos hasta el amanecer.

- ¡Ehhh! ¡Oyee! Que estamos aquí... No te evadas... - Jules me sacó de mi ensimismamiento gozoso como si me hubieran despertado de un buen sueño. Los labios de espuma de la taza del café tibio se habían esparcido, desapareciendo como huellas en la arena de la playa cuando sube la marea.

- Vamos que a tu edad te has enamorado como un adolescente. No habéis ni echado un polvo; no la has invitado ni a comer ni a cenar... Bueno, eso sí lo comprendo porque eres un racán. - Madeleine aunque siempre muy discreta no pudo evitar soltar unas risas que llamaron la atención de los demás comensales, mientras yo le decía a Jules que era un mezquino con rabo al final de la espalda, pues si contáramos las invitaciones de él y las mías tendría a mi favor para hacer una boda de postín con bastantes invitados. Ahora rompimos a reír los tres.

Miré la hora, apenas quedaban cincuenta minutos para ir a Bergerac, distante unos diez minutos. A las cuatro era la hora en que Bernard había concertado la cita. Me insistió, porque le insistieron, que fuera muy puntual para enseñarle la casa a esa pareja con visos de ser estúpida con avaricia. Cada minuto que pasaba y se aproximaba la cita iba socavando en mí el momento tan agradable que estaba viviendo con mis viejos amigos, y llenándome de inquietud.

El camarero se acercó a nuestra mesa, tomó nota de los cafés y le pedimos un Oporto. Tomamos los cafés entre las ocurrencias graciosas de Jules. La conversación había hecho una pausa en la trascendencia de la decisión de vender la casa e irme a vivir a la playa de mi niñez. Madeleine, entre risas, me hizo la observación de que podía pasar los inviernos, los meses más fríos en la playa y el verano en Bergerac, que se está más fresquito.

- Pues sí cariño, tienes razón. Así vamos a verle a Huelva, conocemos su pueblo, el Golfo de Cádiz, el Algarve, Sevilla, que tantas ganas tenemos de conocer. Como es gratis el alojamiento, para compensarle le podemos dar un empujoncito para que saque a bailar a su enamorada y, si no quiere bailar... ya sabes: retírate, porque de lo "mejor" nada...

Madeleine, mientras contenía la risa, le dio otra disimulada patadita, como dan las mujeres por debajo de la mesa, clavando con precisión la puntera del zapato en la espinilla que hizo que Jules pegara un bote sobre la silla, que evidenció la merecida agresión sufrida.

- Yo la patada te la hubiera dado donde no te provocara cojera, pero sí un gran dolor en las partes blandas de la entrepierna. Porque ya, a estas alturas y con esa barriga, las tendrás siempre blandas y te valdrán de poco ¡Mamonazo!

- Serás tú el que las tienes blandas que no cogen consistencia para tener ánimo y ganas de sacarla a bailar y...

Madeleine interrumpió la serie de “piropos” que nos estábamos lanzando, y nos llamó la atención para que pusiéramos un poco de mesura en la conversación, bajáramos el tono y no nos riéramos tanto pues estábamos alterando la paz gastronómica de los comensales en un lugar que no era precisamente una tasca, más que nada por el precio del cubierto.

- Además para compensarme por alojarte gratis en la casa, que todavía no poseo en la playa, no tienes que darme un empujoncito; sé saltar sólo.

El camarero retiró los últimos platos y cubiertos de la mesa y nos sirvió los Oporto. Brindamos los tres: “a santé”, -salud-. Bebimos y dejamos las copas encima del mantel. Miré la hora de nuevo; les comenté que tenía que apresurarme para ir a la que intuía iba a ser una cita desagradable mientras cogía la copa para dar otro sorbo. Inexplicablemente la copa se deslizó entre mis dedos y derramó todo el contenido en el mantel manchándome un poco los pantalones. Jules en ese momento se alteró, se levantó inmediatamente de la mesa sin desplazarse de ella, y de pie me dijo y me imploró que no se me ocurriera acudir a enseñar la casa.

Me dejó pálido. Un frío recorrió todo mi cuerpo ante lo acontecido pero fundamentalmente por la reacción: la súplica de Jules y, sobre todo, la mirada de Madeleine que denotaba un temor expectante, como si el vino derramado fuera un elixir prodigioso que se hubiera perdido. Los comensales de los alrededores también miraron por unos momentos la escena con asombro. El camarero retiró la copa vertida y el mantel, colocó uno limpio en la mesa y me sirvió otra copa de Oporto. Me sequé las manos en una servilleta e intenté mentalmente buscar una explicación a tan estúpido incidente: la copa estaba seca y mis manos también cuando se me fue de los dedos como si alguien invisible la hubiera empujado levemente hasta desequilibrarla y hacerla derramar cuando dije que tenía que ir a la cita.

Jules y Madeleine eran muy de señales y augurios. Teníamos tanta confianza y amistad, porque estas cosas no se le cuentan a cualquiera, que me había referido bastantes momentos que él había captado como signos de buenos y malos presagios. Quizás se les podría tachar de supersticiosos, no digo que no, pero habiéndome relatado bastantes experiencias, no sólo de él, también de sus padres y abuelos que se fundamentaban con los desenlaces de las mismas, hacía que respetara sus percepciones y creencias. Precisamente el derramamiento de una copa, aquella vez de aguardiente, le hizo rechazar el asociarse con un conocido para montar un negocio del que llevaban hablando varios

días, y que parecía a todas luces un buen negocio. Ocurrió justamente cuando departían de cómo constituir la sociedad. Jules se calló y rehusó llevar a cabo el emprendimiento, causando impresión en el posible socio, sin llegar a comentarle el porqué. A mí sí me lo contó. El conocido que iba a ser socio fue hablando en el pueblo como algo extraño el que Jules cambiara de actitud de una forma tan incomprensible. El caso es que acabó con que la sociedad se realizara con otros socios y que terminaran entre ellos fatal y el negocio en la ruina. De éstas recuerdo varias de Jules; la siguiente la viví en persona: Madeleine y una amiga abrieron una pequeña pastelería, y el primer día de apertura el rótulo de la misma se les cayó de la fachada. Jules, durante la inauguración me indicó que aquello era un mal presagio, aunque tanto Margueritte como yo le insistimos que no le diera importancia. Desgraciadamente el mal augurio se cumplió. Madeleine que en un principio cuando le conoció era escéptica, poco a poco, fue cediendo en su incredulidad para ir pensando que Jules tenía lo que se dice en los pueblos “pelo de brujo”, y que con frecuencia percibía señales que para la mayoría pasan desapercibidas. A mí me pasó lo mismo; dejé de tomarme sus eventuales clarividencias como si fueran paranoias de un desequilibrio mental.

El camarero se acercó de nuevo a nuestra mesa por si deseábamos algo más, le pedí un gin tonic y dos Oporto más para mis amigos. Le dije a Jules y Madeleine que me perdonaran un momento pues iba a salir a la calle para hablar por teléfono con Bernard. Jules me apretó la mano en señal de agradecimiento; lo había captado rápidamente, el muy brujo...

- Bernard, no me encuentro bien para acudir a enseñarle la casa a nadie. Si quieres vas tú, los recibes y se la enseñas.
- Pero habíamos quedado en que... - le interrumpí sin darle opción a continuar.
- Sé en qué habíamos quedado pero no estoy con ánimos de enseñar la casa. ¿Lo entiendes, porque es muy fácil? – dije tajantemente y sin contemplaciones.
- Es que ellos lo que quieren es hablar contigo, además yo no les conozco.
- ¿Qué no les conoces? ¿Entonces cómo me dijiste que parecían buenas personas? Pues si no les conoces y ellos a ti tampoco lo tienes muy fácil: te haces pasar por mí, y le cuentas y te inventas lo que quieras. Pero si de verdad quieren comprarla no les asegures todavía nada ni firmes nada ni cojas ninguna señal.
- Pero, pero cómo voy a hacer eso... – por su forma de responderme parecía estar viéndole descompuesto ante las

repuestas que le daba y de la forma contundente que se las daba. Jamás había tenido ocasión para hablarle así, pero como se argumenta en el fútbol: “la mejor defensa es un ataque”.

- Es muy fácil, eres vendedor, un buen vendedor, y como lo eres también eres un buen intérprete. Haz eso, interpreta. Y sobre todo no les asegures nada. No firmes nada.

Bernard comprendió que ante mi intransigencia y argumentos no tenía nada más que dos salidas: acudir a la cita o no hacerlo, así que después de preguntarme que si me encontraba mal y qué me pasaba, me dijo que acudiría él mismo... imagino que a suplantarme.

Me senté de nuevo a la mesa con mis dos amigos, agarré con fuerza la copa del gin tonic, por si acaso, y noté como si flotara y me hubiera quitado un gran peso de encima. Jules y Madeleine sonrieron y continuamos hablando de mis días en la costa occidental de Huelva y las escapadas por el Algarve: de sus enormes y preciosas playas vírgenes, de la alegría de sus gentes, y también del buen pescado y marisco que se podía comer a precios asequibles. También les hablé de Leonardo, del precioso cortijo donde vivía en un paraje único con unas vistas preciosas; de sus cultivos, de sus vides, de su bodega, pero no comentando nada en absoluto de lo que se cocía en los sótanos de aquella bodega. Creo que son, Jules y Madeleine, de los pocos amigos con los que puedo pensar en voz alta. Aunque me costara, igual que a Rufo, no les dije ni una palabra que diera indicios, sobre todo a Jules, de la condición oculta del cortijo.

Salimos del restaurante, dejamos a Madeleine en su casa y nos dirigimos en el coche de Jules a recoger el viejo Peugeot del aparcamiento del almacén donde ya estaba Ivonne impaciente por la tardanza. La sobremesa se había alargado un poco más de la cuenta y algunos clientes esperaban a Jules para que les atendiera. Le di un par de besos a Ivonne y un abrazo a Jules al despedirnos. Me instalé en mi viejo Peugeot y me dirigí a Bergerac esperando que Bernard hubiera despachado ya a la pareja de “cazafantasmas”.

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando sonó mi teléfono: era Bernard, lo descolgué pero no escuchaba nada. Estacioné en la cuneta, paré el motor y elevé las ventanillas para intentar escuchar lo que parecía ser la voz de Bernard que en esos momentos hubiera creído que me llamaba desde otro planeta alejado a años luz. Yo le insistía en que no le escuchaba nada bien; entonces pude oír perfectamente una voz que dijo: “¡quítale el móvil, idiota!” Y a continuación un ¡Ay! sordo que encogió mi corazón.

Arranqué el motor y salí del arcén a una velocidad que no creo que haya alcanzado jamás en esa carretera secundaria que une a los dos

pueblos. Pude haberme salido varias veces de la carretera haciéndoseme el trayecto interminable para llegar a casa, a pesar de que estaba sólo a unos kilómetros. El corazón parecía que se me iba a escapar abriéndome el pecho, y las manos me empezaron a sudar tanto que el volante y la palanca de cambio se resbalaban como si cogiera con las manos un pez de fondo. Por unos instantes recordé cómo se me cayó la copa de vino y la cara de espanto que puso Jules. No quería pensar en el mal presagio que podía estar aconteciéndose en mi casa. El quejido que me pareció oír de Bernard me tenía sobrecogido, y no quería pensar en que algo fatídico le podría haber ocurrido al bueno de Bernard, que siendo tan pequeño y enclenque con sólo amagarle un golpe tendría al suelo como almohada.

El inspector me requirió que le acompañara. Pasó él delante guiándome por pasillos estrechos y mal iluminados de aquella vetusta comisaría; donde casi todas las puertas estaban cerradas, y en las que estaban abiertas se encontraban funcionarios sentados en escritorios, concentrados en las pantallas de sus terminales, rodeados por murales que mostraban tableros llenos de fotografías de individuos, de perfil y de costado, que parecían observar unos con temor e inquietud, otros desafiantes, a los policías que estaban preparados e impacientes por retirar las fotos de cada uno de aquellos pájaros en busca y captura. El inspector, de unos cincuenta y largos años, gordo y calvo, no miraba hacia atrás para ver si le seguía. Mis zapatos hacían eco en cada pisada sobre suelos desgastados que constataban mi presencia inmediata. Seguía detrás de sus pasos por pasillos desiertos de altos techos, flanqueados con puertas a uno y otro lado, que dejaban pasar la luz por los vidrios traslúcidos de algunas de ellas que filtraban una escasa y ahumada luz natural con luces de fluorescentes. El pasillo de la comisaría estaba iluminado por lámparas de globo con una luz amarillenta y mortecina que apenas hacía sacar los colores a las pocas láminas deslucidas por el tiempo con marcos anodinos que colgaban de la pared olvidadas de todas las miradas. Seguía sus pasos un par de metros detrás, observando su arrugada chaqueta de espigas gris claro que tenía que haber sido testigo de innumerables inspecciones e interrogatorios. Abrió una puerta marcada con una placa de señalización donde ponía subcomisario. Me indicó que pasara al despacho, me invitó a que me sentara, y él se sentó detrás de una mesa grande atestada de carpetas, hojas y expedientes a ambos lados de la misma. Agarró un bolígrafo de un cubilete donde había unos cuantos y empezó a descargar su estrés, sus nervios o lo que fuera; dándole vueltas al mismo entre los dedos de su mano derecha, como buscando las palabras con esa maniobra, como si fuera la aguja del segundero de

un reloj pasado de revoluciones; como un bastón en manos de una majorette gorda, calva y sudorosa, a la que en una operación de cirugía en una clínica clandestina la hubiera cambiado de sexo pero no su desagradable apariencia de macho feo con poco pelo en la cabeza y mucho en el pecho.

- **Marcos, usted sabe mejor que nadie que el ataque que sufrió Bernard resulta incomprensible. ¿Seguro que usted no sospecha de nadie ni el porqué?**
- **Usted es el tercer o cuarto funcionario que me hace la misma pregunta. Y esa misma pregunta me la hago yo sin encontrar respuesta. El primero que me la hizo fue el jefe de la gendarmería local de Bergerac, Paul Henry, al que conozco de casi toda la vida. Después vinieron unos inspectores de Burdeos a hacerme las mismas preguntas, y ahora usted, que no sé de dónde viene ni a qué cuerpo pertenece.**

El inspector gordo y calvo, quizás contrariado y molesto por la contestación dejó de darle vueltas al bolígrafo y lo puso en la mesa con brusquedad, resonando el golpe por toda la estancia, como si me quisiera amedrentar y hacerme entender que las preguntas las hacía él y que no tenía por qué darle explicaciones que no había pedido.

Me miró a los ojos fijamente, sosteniendo el bolígrafo aprisionándolo entre su palma y la mesa y me dijo, conteniendo y disimulando muy mal su ímpetu y mal carácter:

- Usted sabe algo que se guarda, que no lo quiere decir. Y eso no me lo quita nadie de la cabeza. – Me increpó mientras inclinaba su orondo tronco sobre la mesa hasta aprisionar con la barriga el canto de la misma.

- Si ustedes consideran después de todas mis declaraciones que oculto algo es porque ustedes saben algo que no me quieren decir y que yo, desde luego, no sé. No entiendo que me hagan este acoso cuando Bernard era amigo mío, de los mejores amigos que tengo.

- Los amigos dejan de serlo en cualquier momento y se convierten en enemigos muy fácilmente. - Dijo en un tono desafiante que me sentó como una patada en mis partes. No por el tono si no por la forma.

- Le voy a decir una cosa: están ustedes más perdidos que una cabra en un bingo, y tienen que buscar un cabeza de turco que se coma el marrón como sea. Y ocurre que ustedes saben que yo no he podido ser. Además hay testigos de que vieron salir a dos personas corriendo de mi casa antes de que yo llegara. Y resulta que esos testigos me ayudaron a atender a Bernard, y ustedes no les han molestado lo más mínimo, apenas les han interrogado... ¿Qué buscan? ¿Acaso cree usted que yo no le diría si lo supiera, quiénes han matado a mi amigo? Es que no tengo ni idea...

- Esos testigos, como usted dice, ya han dicho todo lo que tenían que decir. Hemos tomado buena nota de sus impresiones y de lo que oyeron y vieron, pero nos falta algo que usted debe saber y es el porqué. No había motivo para que atacaran a Bernard; que sepamos no se llevaron nada, y apenas revolviéron y destrozaron nada en la casa, sólo, sorprendentemente, fue en el garaje donde más rebuscaron. ¿Qué me tiene que decir a eso?

- Creo que los que saben algo que yo no sé son ustedes. Si no, no me lo explico. Por qué no me dicen eso tan extraño que les resulta sospechoso y así pueda yo deducir algo...

- Le voy a ser claro, y no se haga tonto. Hemos registrado todas sus llamadas recibidas y enviadas desde hace meses, y hay teléfonos que nos resultan, hasta ahora, imposible de saber desde dónde le han llamado. Igual que a Bernard; aunque no coincidan los números, esos teléfonos tienen, por decirlo de alguna forma, el mismo servidor encriptado. ¿Qué me tiene que decir al respecto?

Qué razón tenía Leonardo en que los móviles eran como los cencerros que se les ponen a las ovejas, o como el cascabel del gato. Un artilugio que camuflado para darnos una utilidad es un chivato de control y seguimiento de cada individuo que lo usa. Encima pagando por llevarlo. No podía evitar recordar algunas líneas de "1984" de Orwell, cuando en su profética novela Winston Smith se sentía observado por el Gran Hermano. Orwell profetizó estos momentos, aunque se quedó corto para lo que vivimos en estos días.

Menos mal que la estupidez de llamar a Leonardo, a Jamal y a Carmen fue con el teléfono que me proporcionaron en Portugal. Tendré que deshacerme de ese móvil. No me fío de que estos tipos o algunos ordenados por ellos entren en casa y lo descubran. O lo que es peor, que algún juez entre en la trampa y autorice un nuevo registro domiciliario.

- ¿Cómo voy a saber quiénes me han llamado? ¿Acaso usted es capaz de recordar todas las llamadas que ha recibido y enviado sólo en esta semana pasada?

- Le repito, no se haga el imbécil. Hay llamadas que le tienen que hacer sospechar por fuerza. Me refiero a las llamadas que ha contestado. - Cuando se refirió únicamente a las llamadas recibidas me sentí aliviado. Menos mal.

- Las únicas llamadas que he recibido que yo recuerde, fuera de mi entorno, de mis amigos o del banco han sido las de un pesado que quería que le enseñara la casa personalmente. Me llamó varias veces y desde distintos números. No sé cómo consiguió el número si lo tienen sólo mis amistades. De hecho el cartel de venta de la casa tiene el número de la agencia de Bernard. Tomé la decisión de no contestar números que no tenía grabados, pues al tipo ese le dije muchas veces que la casa sólo se la podían enseñar en la agencia de Bernard. Así y todo insistió un día y otro hasta que le mandé a la mierda, y no volví, como le he dicho, a atender llamadas

de números desconocidos. No sé cómo pudo conseguir el número si tengo dicho a mis amigos, y se lo recalqué a Bernard cuando le dije que vendiera mi casa, que no se le ocurriera dar mi número a nadie sin consultarme.

- Conseguir su número no es nada difícil. Además lleva a su nombre quince años y seis meses.

Aquella precisión, que yo ni por asomo tenía, me causó impresión. Desde luego sabían más de mí que yo mismo.

- ¿Recuerda qué días le llamó? – su mal carácter se atemperó de momento-

- Cómo voy a recordarlo. Lo único que sé es que siempre me llamaba por las tardes. Más de una vez me despertó de la siesta.

- ¿Reconoció su voz? ¿Cree que ha podido llegar a hablar con él alguna vez?

- No, no recuerdo haber hablado con esa persona en la vida. Además tenía un acento que no era del sur de Francia. Quizás del norte. No sé, es posible que no fuera ni francés.

- Espérese aquí un momento. Vuelvo enseguida. – Me dijo mientras se levantaba de su lugar y se dirigía a la puerta de aquel despacho. Salió y me quedó solo con mi incertidumbre naufragando en un mar de dudas.

-

Creo firmemente que si no hubiera sido por la “intuición” de Jules ahora estaría en un lugar próximo donde está el pobre Bernard. Aunque sospecho que a mí me habrían torturado más. No puedo quitarme de la cabeza el impacto de ver a Bernard con la cabeza destrozada, completamente ensangrentado y perdiendo masa encefálica. En vano fueron los intentos que hice de reanimarle. Y aunque los enfermeros llegaron con la ambulancia rápidamente y constataron que todavía estaba vivo, no llegó al hospital. Si hubiera salido adelante no sé si hubiera sido peor, pues seguro que con esas lesiones tan graves en la cabeza no creo que llegara a ser el de antes.

Intuía, tenía casi la certeza que todo aquello era consecuencia de mi estancia y el encuentro con Leonardo. Quizá las llamadas que hice y que después me devolvió Candela fueron el detonante que desencadenó la desgracia. Pero no podía decir nada a nadie, y mucho menos a la policía. Primero porque no podía descubrir a Leonardo y al Círculo. Y segundo porque les costaría creerme aunque tuviera el Peugeot como prueba. Además no me podía fiar en absoluto de nada ni de nadie: el poder de “Ellos” es tan fuerte que corrompe, manipula y quita de en medio a cualquiera impunemente. Ahora sí podía constatar en mis carnes las advertencias de Leonardo sobre las amenazas y asesinatos de aquellos que descubrieron y ofrecieron una idea, un proyecto o una patente que contraviniera a los intereses de “Ellos” los poderosos, por mucho bien que le hicieran a la humanidad y al planeta.

El subcomisario gordo entró con otro inspector más joven que traía una especie de grabadora entre sus manos.

- Quiero que escuche detenidamente esa voz y dígame si le resulta conocida. Vamos a cambiar la modulación de la misma pues está “tocada”. Es decir, que la voz del individuo que le llamó no es la real, sino que a través de un sintetizador se alteró. Primero escuchará la voz tal y como usted la recibió en las tres llamadas que le hizo. Después iremos cambiando el tono.

Me hicieron escuchar aquella voz tal y como yo la escuché en las tres llamadas – ni siquiera recordaba que fueran tres – Una y otra y otra vez, y con distintos tonos de modulación; cantidad de veces, llegando a estar escuchando aquella maldita voz hasta cuando apagaban aquel artilugio reproductor. Incluso durante gran parte de la mañana después de haber salido de la comisaría; como cuando una canción recientemente escuchada se queda agarrada en la mente y la cantas, la tarareas o la silbas en una semiinconsciencia, que según me comentó una amiga alemana, en su país, se le llama “el gusanito de la memoria”. En este caso no era un gusanito, y sí una pérfida víbora; siendo una tortura muy desagradable.

También tuve que escuchar las llamadas que le hicieron a Bernard. Eso fue lo que me dejó hecho polvo... No por escuchar la voz del sospechoso asesino, sino por escuchar la de Bernard, tan agradable y amistosa que no parecía un comercial ávido de engatusar al primer incauto.

Hacía tres días del suceso y la casa aún estaba precintada. No me concretaron el tiempo que estaría sin poder acceder a ella. Ayer estuvo la policía científica inspeccionando todo: sacando huellas, fotografiando y hurgando en todo para encontrar indicios del crimen. Pero tendrían que volver a hacer una nueva inspección y seguiría sin poder abrirla. Menos mal que el día que hicieron la inspección pude retirar el móvil que me proporcionaron en “O Coração da Vila” de Vila Real de Sto. Antonio, sin que lo advirtieran. Lo tenía en el aseo del dormitorio, y como todos los hechos fueron en la planta baja y el garaje, les dije que si podía subir al dormitorio para recuperar enseres personales; aunque un agente subió conmigo para controlar todo, le dije que tenía que entrar en el baño un momento. Entró él primero y me dio permiso para acceder. El móvil lo tenía encima de un pequeño mueble auxiliar que hacía de botiquín y productos de baño. Allí estaba, apagado y desconectado del cargador. El agente no le dio importancia o no se percató. Lo guardé en un bolsillo de la chaqueta y... respiré hondo.

Así que me quedé en la calle con lo puesto y poco más. Jules se ofendió porque no quise alojarme en su casa. Preferí quedarme en un pequeño hotel en el mismo Bergerac, pues los huéspedes como las sardinas a los tres días apestan, por mucha amistad y confianza que tuviéramos y muy grande que

sea su casa. El pequeño hotel que elegí lo regenta Martine, que fue amiga de Marguerite, y clienta tanto ella como su marido de mi taller, donde suelen llevar sus vehículos. Así, que como decía mi padre: “De ser bien nacido es ser agradecido” y... “compra a quien te compra“. No tuve ninguna duda en dirigirme allí sin cuestionarme otros posibles. Además por la amistad y conocedores de la circunstancia que atravesaba me ofrecieron un precio que difícilmente lo encontraría mejor en otro lugar.

El hotel es un edificio señorial del siglo XIX; acogedor, reformado con exquisito gusto y con un jardín muy cuidado, céntrico; muy cerca del viejo puente que salva el río Dordogne que accede a la zona norte de la ciudad. Ahora sólo cabía esperar que aquel destierro forzoso de mi casa no se prolongara por mucho tiempo.

A Jules le pedí el favor de dejar el Peugeot en su almacén, pues disponía espacio de sobra y prefería no tener que dejarlo en la calle, ya que no quería alejarme de Bergerac hasta que todo se resolviera o se archivara. Olvidarse iba a tardar mucho tiempo por todos los vecinos de este tranquilo lugar, pero sobre todo por mi parte en que así fuera.

A los pocos días Jules se volvió a molestar y con razón cuando le dije que me volvía a llevar el coche, pues tuvo que desalojar mercancías apiladas en palets en un rincón del almacén, causándole un trastorno y pérdida de tiempo; lo hizo sin desagrado por la gran amistad que nos une. Pero como le dije que el coche se quedaría allí por algún tiempo, eso sí le sentó mal. Lo pensé, no me fiaba de que los asesinos buscaran además de a mí, al coche. No quise por nada implicar a Jules y a su familia en un desastre. Bastante desgracia había ocasionado ya el viajecito a mi patria chica. Así que como no me pusieron ninguna objeción en dejar el viejo Peugeot en el aparcamiento del hotel, que por la espesura de los árboles y la pared que circundaba el propio jardín quedaba bastante oculto de la vista desde la calle; no dudé en aparcarlo al resguardo y muy próximo a mí por si me hiciera falta. El coche me producía un temor fundado, pues era el signo, estoy seguro, el motivo de toda la dolorosa circunstancia que atravesaba.

Y es que estaba sumido en una controversia existencial sobre lo vivido y aprendido en Huelva, y lo que todo había provocado.

Dentro de tres días hará un mes del asesinato de Bernard. Parece que el tiempo se ha ralentizado. Los días se hacen eternos. La casa sigue precintada pendiente de no sé qué resolución burocrática y judicial. Y el hotel, mi refugio temporal, se me hace estrecho, aprisionador; tanto como Bergerac, pues salir del hotel y dar una vuelta por las calles y sentirme observado con esas miradas y expresiones en las caras de los viandantes, conocidos o no, que parecen abofetearme, resulta inquietante y me apesadumbra. Es muy posible que sienta exageradamente hostil este espacio-tiempo que me hace sumir en una paranoia constante.

Me ha llamado por teléfono un tipo que dice que es un inspector de policía de París para hablar. Le pregunté qué día y a qué hora tendría que ir a la comisaría. Me dijo que no tenía que ser en la comisaria, que podía ser en cualquier otro lugar. Aquello me hizo sospechar y poner mi nivel de paranoia en un punto extremo. Después de pensarlo mucho y quitarme horas de sueño le llamé para decirle que sólo me entrevistaría con él en la comisaria. Insistió en que no me preocupara, que aquella conversación que iba a mantener no era un interrogatorio, que solamente serían advertencias y consejos personales por el bien de mi existencia. Aquella recomendación me sumió aún más en un estado de incertidumbre y desconfianza. El tipo hablaba sereno y con un tono y formas que parecía ser sincero, pero la duda me atenazaba. Le volví a llamar después de horas en vela que estaban mordiendo mi ánimo y mi salud. Así que después de mucho desvelo, reflexión y conjeturas, le llamé para decirle que sólo aceptaba dos opciones: la comisaría de Bergerac o el café “le Petit Coup”, que está muy próximo de la comisaría en el mismo Boulevard Chanzky; donde es muy frecuente ver agentes e inspectores tomando café. Lo planeé así porque en la fachada de la Comisaría y en otros establecimientos del Boulevard hay cámaras que siempre pueden hacer desistir de una acción delictiva o criminal. Eso me daba cierto alivio para enfrentar la entrevista con René; con ese nombre se presentó el inspector de París, concretamente René Domínguez. No sé si Domínguez o Domingues. De una forma u otra lo más probable es que fuera de ascendencia española o portuguesa. Aunque se me dirigió en un perfecto francés por el que no podía diferenciar ningún atisbo de acento que me hiciera tener la certeza de sus orígenes. En Francia es fácil encontrar ciudadanos con apellidos españoles y portugueses por circunstancias de exilio o de emigración de sus antecesores, como es mi caso. Desde luego mi francés no es tan perfecto como el de este inspector de orígenes ibéricos; mi acento delata un poco mi procedencia.

Cuando le llamé para exponerle mis condiciones, después de un silencio en el que sólo aprecié su respiración, me dijo que sí, que si así lo quería así sería. Algo que me calmó fue que me dijo que comprendía mi desconfianza, pero que estuviera tranquilo que aquella reunión era por mi bien.

René ha vuelto llamarme, me ha comentado que si podía ser la reunión en la cafetería de algún hotel que yo mismo eligiera. Me ha parecido, he tenido la impresión de que ha sido sincero: no le parece que “le Petit Coup” sea el lugar más idóneo por ser frecuentado por policías. Me ha demostrado que conoce bien la actitud de algunos de ellos y de los que se desplazaron de Burdeos que me hicieron aquellos interrogatorios de acoso y derribo. La conversación ha sido muy corta, parecía que no quería dar muchos datos

por teléfono. Lo único que me ha pedido es que le mande la ubicación del sitio y la hora por correo electrónico.

He tomado tres cafés en poco tiempo de la mañana en diferentes cafeterías de hoteles de Bergerac. Tengo los nervios más alterados que el rabo amputado de una lagartija. No voy a dar más vueltas ni tomar más cafés so pena que me dé un pasmo. He decidido quedar con René en una pizzería de la nacional 660, en Creysee, un pueblecito en la ribera norte del Dordogne, apenas a unos minutos de Bergerac. La 660 es una carretera muy concurrida y por tanto un sitio nada aislado. Allí solía acudir con Marguerite cuando nos acompañaban sus sobrinas. El dueño me conoce, le pediré una reserva en una zona poco aislada del salón donde a la vez que comamos conversamos.

Le he mandado el correo a René y me ha devuelto un Ok al poco tiempo.

Jules dio una profunda calada a su puro y me espetó:

- Acude, si te quieren matar no lo harán como lo han intentado antes y lo han hecho erróneamente con Bernard. “Ellos” saben que quitarte de en medio ahora sembraría muchas sospechas, y las investigaciones aunque puedan controlarlas, y también a los principales medios, saben que no todo está bajo su control, y menos las conjeturas que sembrarían en el pueblo y entre los que no han “comprado” ni se han dejado.

No pude desistir de acudir a Jules como amigo para contarle lo que estaba ocurriendo. Además siempre confié en él, por su mente abierta y por ese extraño don entre perspicacia e intuición clarividente que posee y me ha demostrado más de una vez. La última me salvó la vida en detrimento desgraciadamente de la del pobre Bernard. Jules tenía razón: el asesinato de Bernard fue difundido por todos los medios, no sólo regionales, también los generalistas: prensa, radio, televisión y por supuesto en las webs y redes sociales. Huí de entrevistas y declaraciones, pero no tuve otro remedio en los primeros días que relatar lo sucedido como testigo principal en diferentes medios; perseguido y acosado por reporteros ávidos como hienas hambrientas buscando la carnaza de la noticia sangrienta del momento para rellenar los espacios y desviar la atención de asuntos más dolosos y sangrantes.

Aquello me provocó un estado de nerviosismo que me hacía temblar ante las cámaras y micrófonos al no estar acostumbrado. Ciertamente después de verme y oírme en los medios y leer lo que los periódicos “querían” poner y sus opiniones, no estuve lo suficientemente sereno y estable para dar una impresión —eso pensé— de no producir sobre mi persona, infundadas sospechas. Quizá también fuera provocado por el miedo a que me reconociera todo el mundo. Entonces sería, soy, presa fácil de cualquiera que quiera hacerme daño o incluso quitarme del plano de los vivos.

Jules prosiguió:

- Pues iré y aparcaré cerca de la pizzería. Esperaré dentro hasta que salgas. Tú es mejor que cojas un taxi desde Bergerac. Si me lo hubieras comentado antes de quedar con el tal René te habría dicho de quedar en otro sitio donde enfrente hubiera una cafetería. Esperar mucho tiempo dentro de un coche no es bueno y puede inducir a que cualquiera que pase y sea observador le llame la atención.

Jules empezó a desviar la mirada hacia el techo, se llevó la mano derecha a la barbilla, con la izquierda apartó la taza de café que estaba tomando, dio una profunda calada al habano, exhaló el humo lentamente y me preguntó:

- ¿Qué hora es? – No me dio tiempo a contestarle, miró el Longines de oro heredado de su padre – Has quedado dentro de una hora y media. ¿Verdad?

- Sí – le dije expectante –

- Pues vamos a buscar un sitio cerca de aquí que reúna las condiciones que nos interesan, es decir, que yo pueda observar sin levantar sospechas y estemos seguros de que sea difícil que nos produzca problemas.

- Vale, de acuerdo, ¿entonces le llamo y le digo que cambiamos el sitio...?

- Ni se te ocurra. Cuando el tipo entre en la pizzería y vea que no estás te llamará. Entonces tenemos que inventarnos una excusa para indicarle que tiene que ser en otro sitio cerca de aquí. Así que pensemos en qué lugar nos conviene.

Por las venas de Jules corría sangre de inspector de policía. Tanto su padre como su abuelo y un tío suyo, lo habían sido; además por parte de la madre tuvo un tío carnal que era contrabandista... Sobran las palabras. Un día le pregunté por qué no quiso serlo; policía, no contrabandista, que creo que le hubiera ido al pelo. Me contestó que nunca le atrajo pero aunque así fuere no podría haber accedido a la academia por su miopía. Creo que desde un principio asumió que por su deficiencia visual ésa no era su labor ni su destino. Desde luego con su perspicacia y su don habría sido un buen inspector. No le fue mal del todo la profesión de su tío el contrabandista aunque regulada por el Fisco.

- Ve pensando en el sitio –me dijo Jules – Ya sabes, a ser posible un establecimiento que esté enfrente de otro, o por lo menos muy próximo.

- Nos queda poco tiempo – le contesté –

- Sí queda. No te apures ni te pongas nervioso que te conozco.

Por supuesto me apuré y me puse nervioso. Todo lo contrario que Jules, que justo cuando apagó su cigarro puro y sólo habían pasado unos minutos desde que me lo ordenó, me miró a los ojos aguijoneándomelos con sus iris grisáceos. Sonriendo condescendiente como el maestro a un alumno idiota me dijo:

- ¡Venga! Levanta el culo y paga los cafés que te vas ya.

- ¿Ya tienes el sitio? ¿Cómo que me voy ya, y tú?
- Yo iré a la pizzería, y tú al sitio. – sonrió abiertamente dejando entrever sus dientes amarillos por el tabaco y un premolar roto como secuela de una caída tonta que pasaba de arreglárselo pues prefería enfrentarse a un “Vitorino” que a un dentista. Eso decía. –

Como me advirtió Jules, René llamó preguntándome si me quedaba mucho para llegar a la pizzería, pues él ya estaba allí. Le contesté que había tenido un contratiempo con el coche y que estaba muy cerca, a unos escasos minutos de donde habíamos quedado; que si no le importaba se acercase al lugar donde yo me encontraba.

Una hora antes Jules me hizo pasar por el taller para que le pidiera a Rufo uno de los coches de venta que tenía en la exposición con la excusa de que se lo quería enseñar a su mujer. Rufo se sorprendió un poco pues Jules siempre ha conducido su furgoneta o una antigua Lambretta que cuidaba como a un hijo; siempre desdeñó comprar un coche pues teniendo uno su mujer y otro su hija, muy de vez en cuando hacía uso de ellos. Y eso que tanto Rufo y sobre todo yo, le animábamos para que se comprara una buena berlina de representación como se merece un industrial de su categoría. Siempre nos mandaba a freír espárragos por no decir otros términos peor sonantes...

Saqué la berlina de “representación” que había elegido Jules, entre el asombro de Rufo y el mío, y tanto Rufo como yo nos mirábamos con caras de incrédulos. Más yo, pues aún no sabía qué era lo que pretendía el bueno de Jules; de todo menos comprarlo, pues siempre había rehusado hacerse de un buen coche. Se acomodó en el asiento del acompañante y me hizo conducir la berlina. Me dijo que me dirigiera a su almacén y eso hice sin rechistar; otra cosa no podía hacer nada más que hacerle caso al maestro “clarividente e intuitivo”.

- Buenas tardes. Supongo que es usted Marcos Santana...
- Ahh! Sí, disculpe que no le dé la mano, ya ve que estoy cambiando la rueda; éste es el contratiempo del que le hablé. Bueno, ¿usted es René?
- Sí, claro... No se apure. ¿quiere que le ayude a cambiarla?
- No por favor. No se preocupe; fui mecánico y eso no se olvida.
- Ha podido llamar a la asistencia y se lo habrían arreglado sin mancharse y sin esfuerzo.

Miré a René mientras yo ajustaba el último tornillo de la llanta. René era un hombre corpulento, alto, de unos cincuenta y pico años; con un poco de barriga pero que en su juventud tendría que haber sido practicante de algún deporte y asiduo al gimnasio. No era alguien con el que tener una trifulca y creer que se saldría de ella airoosamente. Su semblante y expresión resultaba bonachona; no cuadraba con que fuera un inspector de la catadura del de

Burdeos que me atosigó en las declaraciones, ni que fuera un sicario con malas intenciones.

Apenas habían transcurrido un par de minutos desde que René me saludó, Jules entró con su furgoneta hacia el parking. Se detuvo distante a nosotros. Entonces, como había convenido con Jules, le dije a René que entráramos allí mismo a tomar algo. Él hizo una mueca de contrariedad como que se le iba a hacer, y nos dirigimos al self-service. Si a René por su expresión no le entusiasmaba aquel dispensador de comida rápida y poco saludable, a mí mucho menos. Si Marguerite en vida se hubiera enterado que había acudido a este sitio creo que le hubiera sentado peor que si le dijera que había tomado copas en un topless.

- ¡Anda! Ya tienes la excusa y el entretenimiento hasta que llegue el tipo ese.

- ¿Pero qué haces Jules? ¿Te has vuelto loco?

Por eso estaba agachado cambiando la rueda al coche, Jules me hizo seguirle detrás de él hasta los aparcamientos del McBurguer. Me indicó dónde tenía que aparcar, salió de la furgoneta y se acercó a la rueda trasera derecha y con una navaja pinchó la rueda. Volvió a irse hacia la furgoneta, la puso en marcha y me dijo que iba hacia la pizzería. Mientras yo incrédulo ante la acción de Jules de pinchar la rueda no sabía si Jules era mi amigo o el “joputa” de turno que me había tocado ese día... Creí esto último por ese momento.

Faltaban unos veinte minutos para que René, según lo acordado, llegara a la pizzería. A Jules le sobraba tiempo de sobra para llegar allí antes que el inspector René. Jules le esperaría y observaría si venía él solo y en qué tipo de vehículo para avisarme.

Mi móvil empezó a sonar cuando estaba sacando la rueda de repuesto de la maldita berlina. Era Jules, oportuno como siempre para lo bueno y lo malo.

- ¿Qué coño quieres “mamonazo”?

- No te alteres que no es bueno a tu edad para el corazón... Al grano: el “pichón” viene en un Citroën grande azul marino. Ha venido sólo él. Yo ya salgo para allá delante de él cuando vea que sale de la pizzería.

- Que torpe soy, tenía que haberlo imaginado, con lo que te gusta la comida basura.

- ¡Veeengaaaa! Sólo tomaré un sándwich de pollo... y una ensalada...

- A ver si es verdad, ¡tragón! ¿Dime qué modelo es el Citroën?

- Sabes que de coches entiendo lo mismo que un astronauta de teología aunque haya estado más cerca del cielo que todos los papas.

- Vale, con la marca y el color podré identificarlo.

Entramos René y yo en el aquel antro-templo suministrador de despojos picados de vísceras y tendones de cadáveres, condimentados con químicos

anti-putrefacción y aliñados con salsas químicas que parecían pinturas de colores; preparados en laboratorios para engatusar a las pupilas y satisfacer las papilas gustativas; desequilibrando el organismo y deprimiendo el sistema inmunológico.

Indiqué a René que qué le apetecía, que eligiera para aposentarnos en una de aquellas mesas-pupitres estrechas e incómodas como las de una clase de primaria.

- Un agua con gas y... -miró la carta un instante- una ensalada normal.

- Aquí las ensaladas no son normales. Ojala lo fueran – le dije sonriendo para confraternizarme con el desagradable menú que íbamos a ¿degustar?-

- Es igual, cualquiera de ellas. No tengo mucha hambre.

- ¿Y qué más: Una hamburguesa, un sándwich, otra cosa...?

- No, sólo eso: un agua con gas y una ensalada que parezca normal, sin salsas ni queso de colores en daditos.

Me acerqué al “mostrador-burladero” más desorientado que un caracol en un espejo e indiqué qué es lo que queríamos beber y comer. Tuve que pagar por adelantado sólo teniendo en mis manos por el pago, una bandeja con cubiertos de plástico, un par de servilletas tamaño clínex y unos sobres de plástico rellenos con salsa-pinturas de colores que prodigiosamente se conservan a la temperatura ambiente. – No sé a quién le escuché que “todo alimento que no se pone malo en mucho tiempo, no puede ser bueno”. Creo que tiene razón.

René había intentado hacerse cargo del pedido, pero no le dejé. Como buen observador que era se dio cuenta inmediatamente, sentado desde la “mesa-pupitre”, de mi torpeza en este tipo de establecimientos. Me comentó que como padre resignado a los caprichos de una preadolescente, y pareja de la madre permisiva de la misma, no que le quedaba otra opción que resignarse o resignarse a acudir a lugares como éste. Él conocía el sistema de estas multinacionales de la comida basura. Tenía que haberle dejado a él desenvolverse. Es bueno aprender de todo pero hay cosas que mejor no.

El glotón de Jules, que sí conocía de sobra estos lares, se sentó detrás de René y frente a mí. Presuntamente para observar, pero me parece que era poco probable. En su bandeja pude apreciar, como me prometió, el envase de la ensalada y el sándwich de pollo, y... ¡una macro hamburguesa! de tantos pisos que debería de llevar un ascensor interior. El muy tragón también había pedido un pastel con pinta de tiramisú esmaltado con acrílicos por lo brillante que era. ¡Joder! Si a éste que dice que es inspector y ojalá lo sea, le da por quedarme aquí más tieso que una mojama, el Pantagruel de Jules, con lo gordo que está y lo que tiene en su bandeja... me puedo dar por finiquitado.

Mientras René y yo comíamos aquello, la conversación empezó con cuestiones intrascendentes. Durante el café –infumable en vaso de plástico– empezamos a ir a la cuestión, él principalmente.

- Usted sabe que está aquí, podría decir de chiripa. – Lo soltó sin anestesia –

- Lo sé, y si por una parte me aterra, por otra, que es en la que me consideran sospechoso, me alivia.

- Pues sí, es la cara y la cruz del asunto que le concierne. Y a mí, por eso estoy aquí para ayudarlo. Aunque hace bien en que no se fie. Por cierto, dígale a su amigo que cuide su dieta, que con su obesidad puede darle una luxación lumbar cuando se agache a pinchar ruedas.

Ahora sí me había dejado perplejo. Aquel tipo no era un neófito inspector. En absoluto, tenía muchas tablas y le sobraba perspicacia. Cuando pensaba en ello René metió la mano en el interior de su chaqueta – el mamón de Jules ni se percató enfrascado en la hamburguesa “Empire State”; se le iba desmoronando entre las manos y los hocicos dejando restos de migas y salsas de colores mezclada con saliva. Si René en vez de sacar la cartera, hubiera sacado una pistola y me hubiera pegado dos tiros, Jules es posible que se enterase en el último eructo. Creo que Jules, por muy clarividente que sea, pierde sus sentidos extrasensoriales y todos los físicos menos el del gusto cuando se encuentra delante de un plato de comida. Si es una barbacoa es mejor que se siente y que se le vaya sirviendo, porque como sea él el encargado de asar, fácilmente no habrá carne para todos, aunque hubiera de sobra. Es cierto que tanto a Marguerite como a mí nos incomodaba ir a comer con Jules y Madeleine, su mujer, a ciertos sitios, pues la ansiedad le provocaba una impaciencia y un mal carácter que denotaba una falta de educación que muchas veces era percibida por los demás comensales del restaurante y tensaba la relación con los camareros.

Afortunadamente René sólo sacó la cartera, y de la cartera una cuartilla en blanco. Me miró, miro una vez más al techo del establecimiento – lo había hecho varias veces desde que entramos – y me dijo:

- Si no le importa nos vamos a cambiar a aquella mesa, por favor.

- No me importa ¿a cuál vamos?

No me extrañó su propuesta, aunque me lo pidiera “por favor”, imaginé que sería por las cámaras. Lo que más me extrañaba era mi propia determinación confiada después que le hubiera puesto impedimentos para vernos. Y es que René desde el primer momento que le vi acercándose a mí cuando le cambiaba la rueda al coche, me dio la sensación de ser una persona que se prestaba a ayudarme. Sabía que no sería él quien me quitara la vida, pero tampoco podía dejar de considerar que no fuera él el que indicase quién y cuándo.

Una vez en la nueva mesa-pupitre sacó de nuevo la cartera y el papel en blanco, también un bolígrafo y me escribió una nota: “*Disculpe, procure hablar sin mover mucho los labios y mirando a la mesa, Gracias.*” La leí, levanté los ojos y me estaba esperando con una serena sonrisa que me convencía de hacerlo. Volvió a coger la nota, la arrugó y se la metió en un bolsillo de la chaqueta. Miré a Jules y allí seguía comprimido y encajado en su mesa-pupitre a medio finiquitar la macro-hamburguesa, después de haber engullido el sándwich de pollo en un instante; la ensalada no parecía que la hubiera ni mirado. En ese mismo momento en que le estaba observando como parecía estrangular la macro-hamburguesa con las manos, haciéndola supurar entre los dedos ingredientes embadurnados en líquidos viscosos mientras se la acercaba a la boca; levantó los ojos de su presa y me observó por unos instantes, sonriéndome abiertamente como si allí no hubiera nada más extraordinario que atender a su estupenda “presa”, siendo el único y principal motivo por lo que estaba allí.

- Lo intentaré, no estoy acostumbrado a hablar como un ventrílocuo.
- Es mejor por el bien de los dos. Ni a usted ni a mí nos conviene que sepan lo que le voy a decir.

Increíblemente, apenas movió los labios. René parecía exhalar las palabras sin que hubiera el habitual gesto facial y labial que se hace al hablar, sólo agravando su voz por el esfuerzo gutural.

- Antes de nada, decirle que a Bernard le mataron sabiendo que era Bernard. Esa gente no se confunde.

- Entonces... ¿Por qué fue? Le dije sorprendido.

- No crea que fue un aviso, no lo fue. Ahora ya sí lo es. Esa gente no avisa. Le mataron porque los sicarios se creyeron engañados: a Bernard le dieron treinta mil dólares en efectivo por facilitarle la operación a espaldas de usted, y como a usted no le mataron y como perdieron los treinta mil... ¿Acaso lo sabía usted?

- No, no sabía nada. Me resulta extraño que sin haber firmado la compra le dieran ese dinero.

- Se comprobó cuando se visitó a la viuda de Bernard después que hubiera hecho unos ingresos en su cuenta. Por lo menos se lo dijo a su mujer. Eso que ha ganado la viuda si el Fisco no le pide explicaciones que no sepa dárselas.

- Estoy aturdido. ¿Quiénes fueron y por qué? – le respondí respirando hondo.

- El porqué lo sabe usted. Y quienes fueron es muy probable que ya no estén entre los vivos. Metieron la pata al matar a Bernard porque se sintieron engañados y sin el dinero. Eran unos malos sicarios con poca inteligencia y mucha avaricia. “Ellos”, los que los mandaron no admiten

fallos tan gordos que puedan dejar rastro. Ésa ha sido su suerte, de momento.

- ¿Por qué me dice que el “porqué” que me quisieron matar, lo sé? – Temía la respuesta-

- Sí lo sabe... Sé que lo sabe y esté seguro que yo también lo sé.

Le miré a los ojos y me costó no desviar la mirada. En ese momento, no sabía si estaba acorralado o liberado. Lo que me impresionó es que dijera “Ellos” como les denominaba Leonardo.

- Sí, lo sé, no se sorprenda, es por el Peugeot. – Cuando dijo “Peugeot” se tapó la boca disimulando como si se rascase la mejilla – No se crea que lo sé por ser policía, aunque por ello tengo ciertas facilidades para saber algo de lo que saben “Ellos”, y cuando digo “Ellos” usted sabe a quienes me refiero. También le digo, y no quiero hablar mucho más, que por ser policía no tiene porqué fiarse. Es más, quizá tenga que tener mucho más cuidado con algunos de los que son.

Aquí estamos sobrando, no es el mejor sitio para hablar. Marcos, le llamaré a su teléfono en breve. Siempre a las 21:12. Quizá no desde mi número, pero si le llaman a esa hora seguro que seré yo. Tendría que ser mucha coincidencia que no lo fuera.

René se levantó de la silla sin apenas haber probado la ensalada, me dio la mano apretándomela con afecto y sonriéndome se despidió diciéndome:

- La próxima pago yo y, por favor, déjeme elegir. Gracias, hasta pronto.

Me quedé por unos instantes sentado, asimilando aquella breve conversación, pero tan pragmática y clara que me costaba levantarme. Ni siquiera ver a Jules, que ya había terminado todo, hasta la ensalada y el postre, y me observaba con una medio sonrisa haciéndome el gesto de irnos inclinando repetidamente la cabeza hacia la puerta de salida; ni siquiera él, lograba sacarme de ese estado de trance consciente, como si en aquel breve tiempo que duró el encuentro hubieran pasado y pesado sobre mí, unos años.

- Bueno, qué ¿todo bien? – Me preguntó Jules mientras salíamos del local.

- Menos mal que el tipo no era un sicario, sino estoy ahora como la hamburguesa que te has comido.

- ¡Noooo! Vi que era buena gente, que no traía malas intenciones. Tenía muy buen aura. – me dijo mientras ponía su mano sobre mi hombro.

- ¡Joder! También podías verle el aura a las hamburguesas, a ver si se te quitaban las ganas de comerlas.

- No tienen aura, menos mal. No soy capaz de comer nada vivo...

- ¿Qué no? ¿Y las ostras? ¡Que te comes dos docenas vivas! Que el día que esté alguna “muy muerta” te vas a ir “con los pies por delante” igual que dicen que se fue Marty Feldman intoxicado por el marisco.

- Cuando como ostras no les miro el aura, cierro los ojos... Bien, me vas a decir qué te ha dicho, si es que me lo puedes decir.

- Pues René parece que lo sabe todo. No quería hablar mucho aquí... Mañana voy a verte, tomamos café y te cuento; voy a descansar un rato al hotel.

Me despedí de Jules. No tenía ganas de hablar. Quizá por la advertencia de René de no hablar mucho en aquel sitio súper visionado y porque realmente estaba cansado: Aquel diálogo con René, sus afirmaciones y advertencias, me habían hecho perder energía, y eso me intrigaba: las buenas compañías te la insuflan no te la sustraen.

No pensé que esa misma noche me llamase René, pero por si acaso estuve antes de la hora indicada en la habitación pendiente del teléfono y de que llegaran las 21:12.

Seguía perdido entre un montón de dudas: ¿Por qué no se habría puesto en contacto Leonardo conmigo? ¿Y Sí René tenía acceso a la línea “nuestra”? ¿Leonardo lo sabría? ¿Y si René es de “Ellos” y a Leonardo...?

Los pensamientos me estaban bombardeando con más dudas inquietantes. René me pareció, y a Jules también, una persona honesta que conoce la maldad pero no la practica. Desde luego sería el espía y hasta el sicario perfecto que se gana la confianza del que quiere información o algo peor...

“El gran estafador es ensalzado por los propios estafados” Esa frase me la dijo Leonardo una de las tardes en el cortijo. Y me hizo recordar la frase de Mark Twain, el amigo de Nikola Tesla: *“Es más fácil engañar a la gente que convencerles de que han sido engañados”*.

¿Qué será de Leonardo y de Candela, de Cinta, Jamal, de Alfonso y su mujer Angustias; que será de Paco y de los muchachos de la “bodega”? No podía parar de pensar en ellos, ni en Bernard.

La mañana de aquella tarde en que Leonardo me dijo esa frase, me invitó a ver el otro ala y el sótano de la nave de la bodega. Jamal había ido a recogerme al hotel como casi siempre. Pocas veces fui yo sólo en algún coche de alquiler. Lo más frecuente era ir cómodamente en los asientos immaculados del precioso Jaguar. Llevábamos semanas, casi diariamente, viéndonos todos los días. Generalmente comiendo en su casa, pero también visitábamos bares y restaurantes de la zona. Casi siempre con Jamal conduciendo el Jaguar. Nuestro principal tema de conversación trataba sobre la energía. Me decía: *“el dinero mueve el mundo porque la energía es cara, no porque tenga que ser así”*. A veces hablábamos de historia, de la que vivíamos y de las historias menos recientes; de la oficial que nos imponen y de la que no debemos conocer. En eso era Leonardo el que sabía

y el que me hizo cuestionarme lo que yo sabía y lo que creía saber, que no era mucho. También hablamos algunas veces de política, pero eran las menos veces. Al fin y al cabo la política es historia y casi siempre también la historia es política.

Aquella mañana, nada más bajarme del Jaguar, Leonardo me estaba esperando en la puerta de la casa. Sentado en el porche tomando el agradable sol de principios de invierno. Se puso al volante de uno de los coches y me dijo que le acompañara. Cuando pensé que nos iríamos del cortijo tomó dirección hacia la nave.

- Venga, ya es hora y día que veas algo más de lo que has visto. – Me dijo justo cuando giró y tomó el camino que accedía a la plantación y a la nave.

Enseguida que llegamos Paco, “el maestro bodeguero”, salió a la puerta y nos saludó amablemente. Leonardo me dijo que le siguiera; se dirigió a aquella puerta que yo no había traspasado la primera y última vez que visité aquel edificio. Después de pasar por pasillo con varios despachos, una sala de juntas, todo vacío de personas, y un aseo, por lo que leí en las placas de las puertas, llegamos a una puerta grande metálica de apariencia blindada, de dos hojas, que se abrió con una clave digital que Leonardo activó con su mano derecha en un escáner.

- Pasa, no te quedes ahí, pasa tú primero. Acabas de llegar al “Corazón del Jaguar”.

En aquel espacioso lugar se encontraban varios jóvenes, hombres y mujeres ataviados con batas blancas. Trabajaban algunos en grupo delante de sofisticados bancos de trabajo, manipulando aparatos y herramientas que jamás había visto antes. Algunas de aquellas extrañas máquinas funcionaban girando vertiginosamente discos, unas en posición horizontal y otras en vertical, sin que apenas emitieran ruido, sólo un zumbido que aunque fuera leve, siendo constante podía ser un poco molesto.

- Bien Marcos, te voy a presentar a nuestros jóvenes ingenieros “Paperclip’s”. Algún día te explicaré porqué les llamo así.

Todos nos miraron cuando Leonardo y yo entramos en el salón. Se levantaron los que estaban sentados y se quedaron en su sitio de pie mirándonos mientras Leonardo les iba nombrando por su nombre y señalándolos.

- Héctor, Diego, Anne, Suzanne, Rui, Yukio y Alex. Estos son mis chicos “Paperclip’s” del Corazón del Jaguar. Aquí os presento a mi amigo Marcos.

- Encantado de conocerles – les dije mientras ellos me contestaban diciendo algunos “igualmente”, y otros asintiendo con la cabeza.

Los jóvenes ingenieros eran de diferentes razas y nacionalidades. Después de presentármelos, a un gesto de Leonardo, todos volvieron a sus puestos de trabajo; unos en computadores, y otros en los bancos de trabajo,

ajustando piezas en máquinas que me costaba entender para qué servían y cómo funcionaban. A lo largo de los bancos y de estanterías había muchas máquinas y aparatos. Lo único que llegué a reconocer entre aquellas máquinas, rotores, baterías y bobinas, era el motor de un VW escarabajo al que le habían puesto un dispositivo de hidrógeno parecido al del Jaguar; y otro pequeño motor de cuatro tiempos que parecía ser de una motocicleta con un tubo de acero dispuesto en la admisión y que estaba conectado por un manguito al depósito. Estos motores estaban en los estantes y por lo que aprecié hacía tiempo que no los habían puesto en marcha. Las demás bobinas, rotores y sobre todo aquellas mesas con discos girando en paralelo tan veloces que no podía saber el sentido del giro, me estaban produciendo tal admiración y sorpresa, sólo comparable a la que pueda tener un niño de un aislado y pequeño enclave rural al llegar por primera vez a un enorme y maravilloso parque de atracciones.

- Ven Marcos, acércate. – me indicó Leonardo, sacándome del estado de asombro que me tenía perplejo– Fíjate bien, a ver si te resulta algo extraño a tu observación de experimentado y maestro mecánico.

Me detuve enfrente de una máquina que era un cubo geométrico, como una mesa que disponía en su interior cuatro discos rotando. La observé detenidamente y comprobé que un cable la alimentaba.

- ¿Te has fijado bien? Pues mira ahora lo que hago...

Leonardo desenchufó el cable de la máquina y para mi sorpresa seguía funcionando, rotando sus discos sin parar y sin bajar de revoluciones.

- Bueno, ya has visto bastante por hoy. Despidete de ellos que se nos hace tarde.

Por unos instantes recordé el momento que me mostró por primera vez el motor del Jaguar en los aparcamientos de aquel restaurante cerca de Cacela Velha en el Algarve. Pero esta vez delante de todos aquellos jóvenes científicos no pude hacerle a Leonardo ni un leve reproche. Sólo le miré contrariado, como un niño al que le retienen un juguete nuevo que le han mostrado y no es capaz de romper a llorar.

- ¡Joder, Leonardo! ¡Ya te vale! Otra vez me has hecho lo mismo...

- No tengas tantas prisas por aprender, poquito a poco.

- Te has podido explayar un poquito más, digo yo, que sólo me has enseñado que a una máquina le quitas el cable y sigue funcionando.

- No digas máquina, no seas tan simple. Son generadores.

- Yo sí que te voy a generar un capón, y no simple, como el que te daba Don Casiano.

Leonardo me miró y con una sonrisa hizo el ademán de darme un codazo.

- Venga, súbete al coche que vamos a comer pronto.

- Me contarás algo más, que no me has contado nada de lo que me has enseñado. ¿Verdad? – dije mirando a Leonardo casi en tono suplicante.
- Ya veremos a ver cómo te portas – dijo guiñándome un ojo – que tú quieres saber mucho.

Han pasado dos días desde que hablé con René. No ha llamado, y no sé si quiero que llame. Ya no sé si hago bien en confiar en él. Me ha dado la clave al decirme el nombre de “Peugeot” que es lo que temía. Pero no puedo tampoco creer firmemente que no sea de “Ellos” y sea de los “nuestros”. El descuido es hijo de la confianza, y la vida te hace pasarlo mal tanto siendo demasiado confiado como desconfiado.

Al día siguiente del encuentro con René fui a tomar café con Jules, temprano tal y como le dije.

- Haces bien en sospechar, en tener dudas. En momentos así te comprendo, yo es muy posible que estuviera igual. Marcos, sólo tienes que esperar a que te llame René y confiar, pero con astucia, en la primera impresión que tuviste que fue igual que la mía.

- Estoy harto de darle vueltas a la cabeza. Por una parte estoy deseando salir de aquí e irme otra vez a respirar la brisa de mis playas del sur.

- Tú lo que quieres es ver a Candela, bribón. Que estás coladito hasta los huesos...

- No seas así, Jules. Claro que quiero verla, y a Leonardo y a todos, pero no es eso. Estoy aquí en punto muerto: en un hotel que por muy acogedor que sea y muy bien que me traten me siento agobiado como un zorro en la madriguera de un conejo. Aún no puedo entrar en mi casa. Espero que pronto le quiten el precinto. Y eso que con lo que ha sucedido va a ser difícil venderla. No sé... Si antes la casa me sumía en un mar de recuerdos por tantos años compartidos con mi compañera del alma que me hacía sucumbir en un estado de permanente melancolía, ahora, después de lo de Bernard... me va a ser imposible vivir ahí.

- Por qué no te vienes a casa. Lo he hablado con Madeleine y está de acuerdo. Por muy bien que te traten en el hotel y por muy buen precio que te hagan, te tienen que estar mermando los caudales.

- No insistas Jules, no voy a quedarme ni en tu casa ni en ninguna. También me lo ha ofrecido Rufo varias veces y le he contestado lo mismo. Prefiero alquilar un pequeño apartamento y no molestar ni que me molesten.

- Creo, ahora que mencionas a Rufo, que también se lo tenías que decir.

Hice un silencio mientras removí con la cuchara el café, ya tibio, para destensar mis nervios. Había pensado muchas veces comentárselo a Rufo para que fuera consciente del porqué del asesinato de Bernard. Eso me

quitaría con él un peso de encima, aunque sé que no duda de mí. Por otra parte si le enseñara la transformación del Peugeot se entusiasmaría, lo sé; pero no quiero ponerle al descubierto de “Ellos”. Imagino que como a mí, habiendo estado tanto tiempo vinculado conmigo en el taller le habrán seguido, investigado y hasta pinchado los teléfonos para saber si está al tanto. Si me decido a mostrarle la modificación del Peugeot tendría que advertirle de las posibles consecuencias. Que fuera muy discreto, que no se lo dijera a nadie y... Mejor que no intentara hacer él la transformación a hidrógeno de ningún coche.

- Ya, Jules, pero no las tengo todas consigo... A ti te lo he dicho por dos razones: una porque puedo decir que eres mi mejor amigo y puedo confiar en ti, y la otra porque sé que eres un manazas y no se te va ocurrir ni coger una llave inglesa para meterle mano a un coche; que por no hacer, no eres capaz ni de mirarle la presión a los neumáticos ni el nivel de aceite.

- ¡Ah! Muy bien... ¿Entonces por eso me lo has contado? Pues has quedado bien por las narices.

- No te enfades hombre, ésa era la segunda razón. ¿Acaso no te agrada la razón primera y principal? – acerqué mi mano a la suya y le apreté la muñeca mientras terminaba la frase.

- Ya sé, Tú también eres mi gran amigo Marcos, así como Marguerite era la mejor amiga de Madeleine. Tenlo presente.

Tumbado en la cama de la habitación del hotel, escuchaba al virtuoso Paul Desmond al saxo en una emisora de música especializada en Jazz y Blues; la emisora favorita de Marguerite. Recuerdo que a veces bromeando, mientras ella escuchaba esa emisora haciendo sus quehaceres, procurando que no lo advirtiera, le sintonizaba una emisora española; creo que de Santander, que emitía mucha copla y también flamenco. Ella, sin enfadarse, sabiendo que era para hacerla de rabiar, me tiraba con algún paño de cocina o algún otro objeto no contundente que tuviera a mano. Le encantaba el Jazz, el blues, escuchar a las Big Band americanas; pero la Chanson Française era su pasión: Jacques Brel, sobre todo, también Edith Piaf y Charles Aznavour.

El teléfono empezó a sonar, era la hora que dijo René; pero aunque descolgué el móvil seguía sonando... No era éste ¡no era el mío! era el móvil que me dieron en Vila Real de Sto. Antonio para hablar con Leonardo. Salté del sillón como un muelle, con el corazón en un puño, y me acerqué al cajón de la mesilla donde vibraba y sonaba el móvil. Mis manos temblorosas por la impresión apenas lograban sujetar el móvil y marcar la tecla para recibir la llamada. En la pantalla no aparecía ningún número, sólo “M-4”.

- Dígame – dije apresuradamente y casi gritando y balbuceando a la vez –

- Marcos, ten cuidado, mucho cuidado. Te queremos, te quiero. Era ella, Candela. Su dos palabras últimas, el “te quiero” las escuché apagándose mientras se cortaba la comunicación. Quizá las aprecié sin oírlas, pero me pusieron el corazón inflamado de ilusión y angustia a la vez.

A los pocos segundos de colgar sonó mi móvil personal. A la misma hora... ¿?

- Buenas noches Marcos. No hace falta que le diga quién soy ¿No esperaba que le llamara esta noche? No se preocupe, todo lo contrario, pronto le volveré a llamar y quedaremos en algún sitio, como le dije, para seguir... Buenas noches.

No me dio tiempo en mi aturdimiento por la llamada de Candela y por la premura en que se cortó la llamada a devolverle las buenas noches a René. Las dos llamadas en el mismo minuto que me indicó René, a las 21:12. Hay quienes dicen que las casualidades no existen, que todo es causalidad. No es que lo crea firmemente, pero en este caso las dos llamadas casi al unísono me hacen pensar que posiblemente no hubo casualidad.

Aquella llamada a ese móvil que hacía meses que no sonaba me produjo un estado difícil de definir, porque creo que fueron muchos estados a la vez coexistiendo. La excitación no me dejaba dormir, por mi cabeza rondaban pensamientos e hipótesis, y no tuve más remedio que tomar una pastilla de melatonina para intentar que el sueño me abrazara.

La noche fue devorada por el insomnio; ni melatonina ni infusión de valeriana ni nada. El amanecer como pocos esperados con tanta impaciencia fue un alivio. No dejaban de resonar en mi cabeza las palabras de Candela.

Después de afeitarme, ducharme y vestirme como hacía tiempo que no lo hacía con tantas prisas, salí del hotel y me dirigí al Café du Soleil; apenas distaba unos diez minutos a buen paso atravesando el viejo puente que salva el Dordoña. Se sorprendieron al verme, no porque fuera tan temprano, sino porque ya no iba con tanta frecuencia. Saludé a los habituales y a la camarera. No hizo falta que pidiera nada, al verme entrar la camarera puso el croissant en el tostador y me sirvió el café solo largo como era mi costumbre. La intención de ir tan temprano al café era principalmente por ver a Honoré, que aunque aún no había llegado estaría a punto. Honoré trabaja en el juzgado; prefería consultarle allí si podría saber en cuánto tiempo se levantaría el precinto de la casa en vez de visitarle en el juzgado. Llegó, y como me vio sentado se aproximó nada más verme a saludarme. Le dije que si no le importaba compartir conmigo la mesa. Enseguida entendió que tenía que hablarle. Acabamos los dos de desayunar y salimos juntos de la cafetería. Ya en la calle, amparado en los sonidos del tránsito de vehículos y viandantes, le comenté la cuestión. Me dijo que haría lo posible por enterarse, y si estaba en su mano hacer para que se

acelerara. Le acompañé hasta las proximidades del juzgado y nos despedimos quedando en que ya me avisaría cuando supiera algo.

Después de casi toda la noche en vela, pues apenas habiendo dado alguna cabezada de la que me despertaba sobresaltado, entre otras cosas, había tomado la determinación de que con la casa no podía ni pasar un día más. Y como venderla iba a resultar difícil a no ser que fuera por un precio que no era el que le correspondía, pensé que lo mejor sería convertirla en apartamentos; podía, entre las dos plantas, hacer cuatro apartamentos que pondría en alquiler. Así reformada la casa podría vivir en uno de los apartamentos pues ya no necesitaba tanto espacio, y además sacarle un rendimiento que me ayudara a sufragar los gastos de la obra y, principalmente, que con nuevas paredes, muebles y objetos me hiciera más fácil vivir allí, sin que me oprimiera el corazón y nublara la razón todo lo en ella vivido. Por tanto haría caso a Madeleine, a Jules y a mi hermana.

Después de despedirme de Honoré, sin tener en cuenta las advertencias de René de que no me expusiera en ir sólo y menos andando, me dirigí al taller para ver a Rufo. Volví a atravesar el puente viejo, me quedaba un poco más de media hora de paseo hasta el destino. Me venía bien andar para despejar el mar de dudas, para convencerme de que no volviera a meter la pata no haciendo caso de Leonardo y llamar a una de las líneas de aquel móvil secreto que de tan poco me estaba sirviendo y tanto ansiaba por lo que lo fuera.

Echaba de menos mis paseos por las playas de Isla Cristina y la Antilla. Es tan diferente andar por la fina arena mojada durante la bajamar, justo por la misma orilla acariciando la mar mis pies descalzos, que por el Boulevard De Gaulle entre el ruido y los humos de los vehículos.

Capítulo IV. “La soledad puede ser la mejor compañera, jamás reprocha la infidelidad”

- Muy buenos días Marcos, que alegría verte por aquí de nuevo. ¿Todo bien?

- Sí Rufo, para qué nos vamos a quejar. Siempre hay que decir que estamos bien, así los que nos quieren se alegran, y los que no... peor para ellos.

- Así es, cuánta razón tienes. – me decía mientras se quitaba los guantes y me saludaba con un apretón de manos –

- Pues nada Rufo, que el viejo Peugeot arranca mal y le noto un ruido extraño. Ya sabes cómo estoy de la vista, a ver si puedes echarle un vistazo.

Rufo se extrañó, porque sabía que yo, a ciegas y a tientas, podía desmontar el coche y volverlo a montar.

- Te importa que nos acerquemos ahora al aparcamiento del hotel, es que lo necesito.

- Vamos, nos acercamos en el furgón que llevo ahí herramientas.

Llegamos al aparcamiento del hotel. En el trayecto, tanto cuando fui andando al taller como a la vuelta en el furgón, fui observando si alguien que pudiera ser sospechoso nos seguía. Todo el mundo me lo resultaba. Tanto mirar en todas direcciones hacía que pareciera un turista en el Madrid de los Austrias. Rufo se lo olió, me miró pero no dijo nada.

- Toma las llaves y arráncalo, a ver qué te parece a ti.

Arrancó a la primera. Yo ya estaba acostumbrado al rugir diferente del motor con el dispositivo de alimentación de hidrógeno, pero sabía que Rufo enseguida notaría algo. Así fue, me miró con un gesto de contrariedad, accionó la palanca de apertura del capó y se bajó del coche. Miré a un lado y otro del aparcamiento. Estábamos resguardados del fisgoneo de cualquiera en aquel aparcamiento cercado y tupido de setos y árboles.

- ¿Esto qué es? ¡Lo has hecho, lo has hecho! Y no me has dicho nada... ¿Por qué?

- ¿Acaso sabes qué es? – le dije sorprendido –

- ¡Claro que lo sé, claro que lo sé! – Rufo se acercó como un rayo a la parte trasera del Peugeot, puso la mano en la salida del escape y la olió.

- Bueno Rufo, pues sobre esto tenemos que hablar. Es más peligroso y complicado de lo que pueda parecerse.

- ¿Peligroso? ¿Puede explotar?

- No, no me refiero al coche, aunque el hidrógeno es muy potente, no es un tanque de hidrógeno. Produce sólo el que necesita en el momento. No, eso no es. Así que no pienses que este motor se pueda patentar y hacerse uno rico, no.

- Marcos, no lo entiendo. Entonces ¿por qué es peligroso?

- Porque sería la debacle, la ruina de la industria petrolera, incluso de las poderosas eléctricas y de todo un entramado de multinacionales muy potentes, que depende su gran negocio del petróleo como energía. Y no sólo ese poderosísimo entramado, también de sus compinches, que no son otros que los políticos que ostentan los Estados. Figúrate, tendrían que ponerle un impuesto al agua y controlar todos los litorales, ríos, lagos, charcas, pozos, manantiales...

Rufo se quedó pensativo, sin mediar palabra. Su cara pasó del entusiasmo inicial a una expresión inequívoca de desencanto. Se dirigió hacia la parte delantera del coche, se inclinó apoyando las manos en el montante de la

calandra, entre los faros, y se quedó mirando sin tocar nada del motor. Me miró a los ojos y dijo:

- ¡Qué hijos de la gran puta! – era muy extraño escucharle un taco y una mala frase pero esta vez no se contuvo - Dime una cosa, Marcos, entonces... ¿el asesinato de Bernard...?

Asentí con la cabeza sin abrir la boca. Rufo siendo inteligente, perspicaz, y eso unido a que era una gran persona, le hizo abatirse más cuando se lo confirmé.

De este modo, parecido al que me hiciera Leonardo aquella tarde inolvidable en el aparcamiento de Cacela Velha, Rufo vivió otro de los *momentos-palanca* como el que me marcó la vida, que son de los que siempre se recuerdan. Intenté animar a Rufo, y en parte lo conseguí, cuando le dije:

- Venga, llama a tu casa y di que no te esperen hasta la tarde. Te invito a comer en tu sitio preferido y hablamos de esto y de lo que se nos ocurra. – le apreté con mi mano el hombro como tantas veces hice como cuando era un chaval y empezó a trabajar en el taller.

Anoche volvió a sonar el móvil, el mío, no el que me dieron en Vila Real de Sto. Antonio, y que con tanta ansiedad espero que suene. De nuevo era otro número desconocido, y de nuevo era la voz de René a la hora que me indicó. Después de mantener una conversación intrascendente, pero a través de la cual me hacía preguntas sobre el Peugeot: si alguien me había ayudado en la transformación del motor, si había transformado algún otro motor, etc. Le volví a preguntar si ya sabía algo sobre quienes podían estar detrás del asesinato de Bernard; quienes eran los inductores. Su respuesta: “*Lo sabes... “Ellos”, el poder oscuro*”. Le dije que si necesitaba una linterna para iluminar ese maldito “*poder oscuro*”, yo le podía proporcionar una bastante buena. Se rió y seguimos con aquella conversación que pareciendo insulsa. Él, de vez en cuando, me hacía preguntas muy veladas sobre quién o quiénes eran “los nuestros”; los que me habían enseñado a modificar el motor de gasolina para convertirlo en hidrógeno, queriéndome dar a entender que él estaba a favor de “los nuestros”. Le contestaba con evasivas, y cuando le decía alguna certeza la desvirtuaba convirtiéndola en una verdad a medias, es decir, en una gran mentira.

Me dijo e insistió que estaba interesado, por curiosidad, en ver el Peugeot y que diéramos una vuelta en él. Le dije que había tenido un problema en la admisión del hidrógeno y que lo tenía que reparar, que aquella modificación del motor había que perfeccionarla pues aún daba problemas. Así, con otra mentira, me excusé de darle satisfacción a lo que pretendía. En esos momentos llegué a incomodarme, no me hace gracia poner impedimentos teniendo que mentir.

Le dije que tenía intención de partir pronto hacia la playa de La Antilla...

- ¡Las Antillas! ¿Playa de las Antillas, las del Caribe? –preguntó.

- No, La Antilla de Huelva, en Andalucía.- le aclaré - Son las Antillas del Caribe las que le deben el nombre a esta preciosa playa.

(Antes de que Colón partiera hacia el poniente en busca de Cipango, como Marco Polo nombró a Japón, ya se conocía por ese nombre. Aunque algunos historiadores dicen que les debe el nombre a la isla mítica de Antillia. Recuerdo haber visto reproducciones de mapas antiguos donde figuraba escrito el nombre de “las Antillas” a la zona de la costa que limita el río Piedras y la ría Carreras.)

- Pues sí, razonando un poco debe ser así, como tantos lugares que tienen nombres españoles en casi todo el continente. Bueno, creo que no es conveniente que vaya ahora allí. Es posible, pienso, que sería más vulnerable; aquí han fallado una vez, y sería sospechoso que volvieran intentarlo pronto.

- Es decir, que más tarde o más temprano lo intentarán de nuevo; que voy a estar aquí pendiente como Damocles de la espada. Pues si es cuestión de tiempo prefiero pasar allí menos que aquí más, pues el tiempo aquí se me hace penosamente largo, y allí todo lo contrario.

Al momento de cortar la comunicación me estaba arrepintiéndome de haberle comentado mis intenciones. Había algo en René que me hacía estar intranquilo a pesar de su aparente buena predisposición y las buenas vibraciones que captamos Jules y yo.

Y es que aunque tenga muy en cuenta la intuición de Jules, él también se confundía más que un mono haciendo encaje de bolillos. Si no fuera así le habría ido mejor en su negocio.

Recuerdo cuando Ivone y Marguerite quisieron comprar un local y montar una pequeña tienda de lencería y complementos en un centro comercial de nueva construcción. Él decía que aquello no lo veía, que el local era caro y que se encontraba alejado de la zona tradicional de comercio de Bergerac. Es decir, que sus runas y bola de cristal virtual de su sexto sentido no le hacían campanillas. Se equivocó de parte a parte: el centro comercial fue un éxito; los locales se revalorizaron en muy poco tiempo en más de un 300 %; pues allí se instalaron cadenas, franquicias y un supermercado que tenían un poder de atracción a la población de la comarca que afluyó en masa y sigue afluyendo. Es mejor no recordárselo; el bueno de Jules se enfada cuando le hacemos referencia de la pésima intuición y videncia que tuvo en aquel asunto. Él dice, excusándose, que su, digamos, sexto sentido, no le funciona para él y su familia en temas de lucro personal. Desde entonces le digo con sorna que no me trate como a un hermano.

No, no me fío de la clarividencia de Jules cuando observó a René, es muy posible que aquel restaurante de comida basura le provocara interferencias en sus antenas de percepciones extrasensoriales.

Después de dar vueltas y vueltas en aquella cama del hotel sin poder conciliar el sueño, inquieto por las sospechas que me producía René, me

levanté de madrugada, y con las pocas herramientas que disponía en el maletero del Peugeot desmonte la celda, los boosters y todo el sistema de alimentación de hidrógeno del motor. Es más fácil desinstalar que instalar, igual que es más fácil destruir que construir. El Peugeot volvió a ser el mismo que había sido siempre desde que salió de la cadena de montaje. Metí todas las piezas que había desmontado en el maletero del coche y aguardé un tiempo reflexionando qué podía hacer con ellas. En apenas veinte minutos Rufo abriría el taller.

Hace un par de días llamé a Christine, mi sobrina, la ahijada de Marguerite y mía. Le comenté que por su cumpleaños le regalaría un coche, ya que se estaba sacando el carnet. Cuando le dije que había visto un Peugeot que estaba muy bien, capté que no parecía que ese modelo berlina le gustara mucho. Supongo que querrá algo más pequeño y juvenil. Así que lo venderé y a ver qué vehículo le llega a Rufo que esté más al gusto de ella.

Puse en marcha el motor del Peugeot, ya como venía de fábrica, y me dirigí hacia la cafetería que está enfrente del taller para esperar a Rufo, pues suele tomar café instantes antes de abrir. Cuando llegué a las proximidades de la cafetería observé un gran tráiler Scania junto al portalón de acceso del taller. En la visera del mismo tenía rotulado el nombre de “Onuba”.

Entré en la cafetería, pedí un café y esperé a Rufo. A pesar de que allí estaban viejos y no tan viejos conocidos a los que saludé y me saludaron; mi primera y única intención era saber quién era el conductor de ese Scania con la visera rotulada con el nombre de “Onuba” en grandes letras blancas. Onuba es el nombre que los fenicios dieron a Huelva, supuestamente, hace unos 3000 años. Y es que ver algo procedente de mi tierra, y sobre todo a algún paisano a tantos kilómetros y horas de viaje, produce una emoción difícil de explicar que conlleva la curiosidad innata de descifrar el quién, el cómo y los porqués.

- Buenos días ¿es usted el conductor del Scania? – no me podía equivocar, aunque en ese momento también hubiera desconocidos para mí en la cafetería pocos estaban solos atendiendo a sus consumiciones pues la mayoría compartían mesa y conversación, y los que sí lo estaban no parecían ser de muy lejos de la comarca. Además en el bolsillo de la camisa gris de aquel hombre aparecía serigrafiado el nombre de la empresa de transporte que no podía ser otro que español.

- Buenos días, sí soy yo. ¿Le molesta el camión ahí aparcado? – No podía negar su procedencia por el acento andaluz.

- No, no me molesta en absoluto, es que he leído en la visera del camión “Onuba” y resulta que yo soy de allí. – El hombre se sintió a la vez que sorprendido por mi acento, alegre por poder conversar con un español aunque por su gesto le pareciera poco creíble mi afirmación.

- Siéntese por favor. No se quede ahí de pie. ¿Entonces... de Huelva? Cualquiera lo diría.

- Pues sí, mi acento no es muy onubense, ni muy andaluz, pero soy de allí. Llegué aquí hace más de cuarenta años. ¿Y usted es de Huelva?

- ¡Cuarenta años! Unos pocos más de los que tengo yo. – Dijo asombrado – Sí, sí, soy de Huelva, de un pueblo, de Cartaya. ¿Le suena?

- Claro que me suena, nací muy cerca de allí. Creo incluso que tengo algún familiar no muy lejano que reside allí, aunque ya no me acuerdo ni de sus caras ni de sus nombres.

Aquel hombre, Ildefonso me dijo que se llamaba, pero que le llamara Ilde, pues así se hacía llamar por sus amigos, era corpulento y afable. Empezó a contarme que estaba allí para transportar una mercancía hasta Portugal, pero tenía que esperar al día siguiente para poder cargarla en el camión. De paso aprovecharía para que le vieran en el taller un problema que le resaltaba en el ordenador de a bordo sobre la dirección, y que él pensaba que era más un problema electrónico que mecánico. Venía del mercado parisino de Rungis, uno de los mayores mercados mayoristas de productos del mundo, después de haber atravesado España y parte de Francia, para llevar a dicho mercado un cargamento de una variedad de mandarinas cultivadas en la costa occidental de Huelva. Le comenté que yo era el propietario del taller, aunque lo tenía arrendado, y que no tuviera duda que haría todo lo posible para que le atendieran con celeridad y, por supuesto, eficacia.

- No por favor, no pague usted, déjeme que le invite yo...

- Aquí precisamente sería imperdonable que le dejara pagar a usted, a un paisano mío tan lejos de su casa y en mi segunda tierra. – le contesté sin darle ninguna opción- Vamos al taller que ya habrá llegado Rufo, el gerente y maestro del taller; verá que bien le atiende, y eso que va conmigo... - le dije con ironía y él me contestó con una leve sonrisa.

Desde lejos observé a Rufo que cruzaba el bulevar desde el taller hacia la cafetería.

- Bonjour Rufo... parece que llegas un poquito tarde. Te voy a dar la oportunidad de que nos invites a café a mi paisano y a mí. Además es el conductor de ese camión que está ahí y tienes que echarle un vistazo... Ya te cuenta él.

- Bonjour Marcos y... ¿?

- Ah! Disculpa, que no os he presentado, mi paisano se llama Ildefonso.

- Pues no he llegado tarde – me contestó Rufo – es que me ha entretenido aquel hombre que está en la exposición viendo coches. Me tiene aburrido, ha venido varios días y echa horas viendo coches, poniendo pegas a todos y regateando el precio como acostumbran los magrebíes. Por cierto, estaba esperando que abriera el taller y desde lejos le confundí contigo; como estaba al lado de tu Peugeot. – Ante mi mirada de reproche siguió – Sí, tendré que ir a la óptica, pero no me negarás que... Fijarse – dijo dirigiéndose a Ildefonso y a mí – ¿a que se te parece?

- Anda, vamos a que te invites los cafés, que como te dé una colleja te va a parecer que ves la virgen de Lourdes rodeada de estrellas.

- ¡Hombre! No te enfades, la verdad es que ese hombre seguro que nació más cerca de donde tú naciste que de aquí.

Observé a aquel hombre buscando el parecido conmigo mientras caminábamos hacia el taller. La realidad es que uno no se observa, y cuando lo hacemos es delante de un espejo que nos deforma la realidad, simplemente por invertirla. Siendo nuestro ego peor que el espejo.

– ¿Por cierto, qué tipo de coche quiere ese hombre?

- Pues algo, ya sabes: bueno, bonito y muy barato. De hecho me ha preguntado si el Peugeot estaba en venta.

- Pues estás tardando en vendérselo ya... pero en cash, un billete detrás de otro.

Rufo me miró asombrado. No me dijo nada porque estaba Ildefonso, que creo percibió el gesto de asombro y extrañeza de Rufo. La reacción de Rufo fue previsible, él no sabía que el coche ya no tenía instalado el dispositivo de hidrógeno.

Después de aclararle a Rufo, mientras Ildefonso iba a los aseos de la cafetería, que el Peugeot ya funcionaba como al “*poder oscuro*” y a su subordinado el “*oficial*”, que nos “protege”, le interesa. Le dije que efectivamente vendiera el coche. En el maletero estaban perfectamente embaladas en una caja todas las piezas del dispositivo de hidrógeno. Ya pensaría donde dejarlas. Desistí de la propuesta de Rufo de que las dejara en el taller, no quería que guardarlas le pudiera acarrear problemas, visto lo visto y padecido lo padecido.

Salimos los tres de la cafetería y nos dirigimos al taller. El presunto comprador paseaba mirando los vehículos en venta por la exposición exterior.

- Pues sí que se le da un aire el hombre ese a usted. – dijo Ildefonso dirigiéndose a mí.

- No ves Marcos, como llevaba razón. Además del porte y los andares, lleva una chaqueta tan fea como la que tú te pones a menudo. – Replicó Rufo riéndose.

- Mira quién va a hablar de feo... Rufo, que me contaron que te bautizó el cura con una manguera porque no se atrevía acercarse a ti. Y tú Ildefonso, y ya te voy a tutear, no le sigas la corriente a este pájaro, que por eso no te va a tratar mejor ni a ti ni al camión. Además, le iba a decir que por ser mi paisano te hiciera un descuento, pero ya me lo estoy pensando. – rieron los dos y yo disimulé que lo hacía.

El Peugeot se vendió en su precio, es decir, que se vendió bien a pesar de los regateos de aquel hombre. Rufo sabía qué precio tenía que pedirle desde un principio para llegar al precio por el que realmente pretendía vender. Rufo estaba bien enseñado en lidiar en estos lances y conocía bien los

bueyes con los que se labra, como le escuché decir más de una vez a mi padre.

Antes de cerrar la operación me acerqué al hotel, saqué del maletero la caja que contenía las piezas del dispositivo de hidrógeno y las dejé en un almacén del hotel donde me indicó la dueña. Mejor estarían allí, pues a mi criterio levantaría menos sospechas y posibles problemas.

No encuentro el teléfono móvil. Llamo a mi número y da señal de llamada pero como lo tengo en silencio no se oye. He puesto patas arriba la habitación, he mirado por el hotel, por el jardín y también por el aparcamiento donde tenía el Peugeot cuando le desmonté las piezas. He intentado recordar todos los pasos que di desde que lo eché en falta recorriendo los lugares por donde pasé. El Peugeot también, de arriba abajo y nada. Espero encontrarle esta noche antes que se le agote la batería, pues de noche se enciende en las llamadas. Siempre que me echo a dormir o a relajarme lo pongo en silencio. Imagino que si lo hubiera encontrado alguien, o contestaría o lo habría apagado. En verdad el teléfono no vale nada, es un modelo antiguo que sólo sirve para llamar y recibir llamadas. Así que compraré otro similar: modelo para poco hábiles con las tecnologías de telefonía y para los “no adictos a la red”.

Antes del mediodía, cansado de buscar el móvil, me acerqué a una tienda de alquiler de bicicletas y scooters eléctricos. Pensé en alquilar una bicicleta – Por la zona que me muevo en Bergerac y alrededores, se presta a ir en bicicleta sin mucho esfuerzo, pues apenas hay cuestas- Mi bicicleta y la de Marguerite seguían dentro de mi casa precintada. Alquilé un scooter eléctrico y desde el primer momento me convenció de adquirir uno.

Cuando le referí a Leonardo que los coches eléctricos eran una buena alternativa contra la contaminación, me dijo:

- El coche eléctrico no contamina como uno propulsado por petróleo, pero la alimentación del mismo sí contamina.

No dejaba Rufo de tener razón, pues aunque la electricidad fuera de fuentes renovables y poco contaminantes, éstas son propiedad de los mismos capitales que tienen sujeto al ciudadano con el petróleo.

- Pues sí Rufo, es quitarte una piedra del zapato, para seguir estando amarrado a la Blackberry.

- ¡Blackberry! ¿Es un teléfono, no? – Me preguntó desconcertado por la respuesta.

- En realidad, en inglés así se le llama a la mora, a la baya. Los dueños de los campos de algodón de Estados Unidos ataban con cadenas y grilletas una bola a los esclavos negros para que no se escaparan, y a esa bola irregular la llamaban Blackberry. Sí, con buen criterio le pusieron ese nombre al celular.

Esa información la desconocía hasta que Leonardo me la hizo reflexionar, y aún sigo elucubrando sobre cómo los altos ejecutivos de esa empresa le pusieron al celular ese nombre tan rebuscado y tan revelador no teniendo nada que ver por la apariencia con una mora. Ahora que había extraviado el teléfono, pensaba en ello.

Llegué al taller, cuando me vio Rufo bajarme del scooter hizo un gesto como de desaprobación oscilando la cabeza de un lado a otro.

- De un precioso deportivo a un viejo Peugeot, y ahora un juguetito eléctrico. Como sigas así te veo con patines yendo de un sitio a otro.

- Pues sabes qué, que me parece Rufo que voy a comprar un patinete o una bicicleta eléctrica. Le he alquilado hace unos minutos, y en el trayecto de la tienda de alquiler hasta aquí me he dado cuenta que es un buen invento.

- Claro que lo es. Pues hay algunas bicicletas plegables que son una buena solución para cuando viajas a una ciudad; aparcas el coche, sacas la bici del maletero y te desplazas por donde quieras sin gastar en gasolina, parking y sin contaminar... Marcos, el tipo ya se ha llevado el Peugeot, lo ha pagado convencido y contento con la compra, que es también muy importante. Tu dinero lo tienes en la oficina.

- Pues nada, habrá que festejarlo, te invitaré a cenar. ¿Habrás apartado tu parte, ya que lo has vendido tú y la garantía se la da el taller?

- Sí Marcos, ya he apartado mi parte: un tournedó Rossini y un buen vino que dejo a tu elección en ya sabes el restaurante...

- ¿También querrás un entrante, postre, café, copa y puro, no? Creo que es mejor que ajustemos cuentas y te cobres la comisión... ¡so mamón! Ja, ja, ja...

Nos reímos los dos y fuimos hacia la oficina del taller.

Le pregunté a Rufo por mi paisano Ildefonso. Me dijo que el camión tenía un problema en la dirección, que estaban esperando la pieza para poderla sustituir. Y que menos mal que ha sido precavido y había traído el camión porque de haber seguido el viaje sin repararlo la avería hubiera sido más costosa y posiblemente le hubiera provocado hasta un accidente.

Rufo me dijo que Ildefonso había ido a dar una vuelta por Bergerac, para buscar algún lugar donde poder alojarse esta noche y quizás mañana también, por si acaso no llegaba la pieza a tiempo y poder reparar el camión.

Le dije a Rufo que llamara a Ildefonso, ya que yo ni tenía mi teléfono ni su número. Así se hizo y hablé con él.

- Ildefonso, soy Marcos, tu paisano. ¿Has encontrado alojamiento?

- No, Marcos, aún no. He visto un sitio, no me gustó para el precio que me dieron, y quiero ver más...

- No mires más, hablaré con la dueña del hotel donde yo me alojo; tengo confianza con ella. El hotel es tranquilo y limpio, y seguro que te hace un precio más que aceptable.

- Pues no se diga más, muchas gracias.
- No hay nada que agradecer. Dime dónde estás y nos acercamos al hotel para ver qué te parece.

Después de que Ildefonso le diera el visto bueno al hotel y acordara hospedarse en él un par de noches, y si la reparación del camión no se demorase por sólo una, le invité a enseñarle Bergerac dando un paseo ofreciéndome de guía. Por supuesto accedió encantado.

Pasamos por el puente viejo que salva el Dordoña, observando las gabarras que en el viejo puerto esperan a los turistas para darles un paseo por el río y poder contemplar Bergerac y su campiña. Nos acercamos al muelle para ver de cerca las gabarras y tomar un aperitivo junto al embarcadero. Ildefonso se sintió atraído por observar la construcción de aquellas embarcaciones tan diferentes por su manga, calado y eslora de las que él había conocido en la ría del Piedras en el Rompido. Su padre, me dijo, había sido carpintero de ribera hasta que los barcos de pesca y de recreo se empezaron a hacer de fibra de poliéster. Después fuimos a la Maison de los Vinos de Bergerac, en el corazón del casco histórico, enclavado en un antiguo claustro, donde le mostraron las diferentes denominaciones de vinos de la comarca: sus sabores, colores, texturas. Un auténtico placer para los sentidos de todos los que aprecian la viticultura. A la vuelta de enseñarle el casco histórico con sus casas medievales, laberinto de callejuelas y plazas, cada cual de ellas con su encanto peculiar; pasamos por la plaza de Pélissière donde Ildefonso me pidió que le hiciera una foto a los pies de la estatua del polifacético Cyrano de Bergerac, el escritor espadachín, filósofo y libertino que jamás pisó Bergerac, pero la literatura por medio de Edmond Rostand le puso aquí, donde se erigió su estatua, y muchos creen que él llegó a estar.

Cuando nos encaminábamos hacia la ribera del Dordogne, para cruzar de nuevo el puente viejo y dirigirnos a las proximidades del hotel donde hay una casa de comidas, por no decir un restaurante, que ofrece unos menús de gastronomía tradicional a un precio asequible para la buena calidad que sirven; nos encontramos con Honoré, el amigo que trabaja en el juzgado. Nos saludamos, le presenté a Ildefonso y de forma cuidadosamente reservada me dijo:

- Ya puedes acceder sin problemas, desde hoy mismo. – Lo entendí perfectamente. Me costó ocultar la alegría: ya podía entrar en la casa y poder disponer de ella – Te he llamado hace unos minutos, desde que lo sé, pero tendrás apagado el teléfono.
- Estará apagado, la verdad es que no sé dónde puede estar. Ya sabes, mi cabeza...
- Cuídatela, que cabeza sólo una. Voy a comer que me están esperando en casa. Cuando quieras nos vemos y te comento.

Nos despedimos y seguimos andando embocando el viejo puente. Me di cuenta de que desde el encuentro con Honoré apenas había cruzado unas palabras con Ildefonso, cuando veníamos hablando de la vida real de Cyrano y de la vida de Cyrano en la obra del autor. Y de alguna manera es así: una realidad es nuestra vida, y otra, la realidad que aprecian los demás de nuestra vida; y nosotros mismos de la vida de los demás.

Ildefonso es buen conversador, leído, educado y se aprecia que reflexivo. Durante la comida me comentó que en España, en Andalucía, trabajó de ingeniero técnico en una compañía constructora que principalmente se dedicaba a la obra pública, y que aunque estuviera de un lado para otro en diferentes actuaciones: carreteras, puentes, presas, etc. Era su trabajo y no estaba muy lejos de su casa en el Rompido. Cuando llegó la fiebre del boom urbanístico, el dueño de la constructora se dejó embaucar por el negocio de la construcción de viviendas. Mal aconsejado por banqueros que ofrecían suelo y préstamos como si fuera verdura en el mercado de abasto; y por especuladores ambiciosos dentro y fuera de la propia compañía. Cayó en la tentación, sin que le hiciera falta a él ni a la mayoría de sus trabajadores de la constructora, de comprar suelo y construir viviendas. En aquellos nefastos años que llevaron a la ruina y endeudarse hasta las cejas a cientos de miles de familias y pequeñas empresas, se revalorizaba el ladrillo en un simple pestaño, y para cuando estalló la burbuja se depreció con la misma celeridad. Ildefonso hablaba con rencor e indignación de aquellos años, en que él mismo cayó hipnotizado en el engaño en un principio, hasta que se dio cuenta de lo que no quisieron darse cuenta y tenían el poder para evitarlo: políticos, banqueros, constructores y todo el entramado comercial y burocrático de la compra-venta que estaba ganando mucho dinero, en blanco y en negro; a pesar de las advertencias de muchos economistas. Tanto es así que hasta aquellos que predecían la debacle económica por la burbuja inmobiliaria, fueron ridiculizados y tachados por los medios adscritos al interés de la especulación como desorientados alarmistas sin fundamento.

- Bueno Ildefonso, olvida aquellos años. Que no te va a sentar bien este plato tan sabroso. Estás aquí, estás vivo, con salud, y tu mujer y tus hijos te esperan y están bien... Qué más puedes pedir...

- Tienes razón, ya no hay vuelta atrás. Me gustaría volver a trabajar en lo mío, pero lo veo difícil tal y como está todo. Irme al extranjero por mucho tiempo no me seduce nada. Y más teniendo que ir sin mi mujer y mis hijos. Menos mal que cuando hice el servicio militar pude sacarme varios carnés de conducir, el de camión entre ellos. Lo mejor que me pasó en el aquel año perdido.

- Venga Ildefonso, ámate. Brindemos con este buen vino del Perigord que te va a poner el ánimo por las nubes.

- Pues sí, brindemos, que como bien dices tengo que levantar el ánimo.

Después de comer y cuando íbamos andando hacia el hotel le pregunté a Ildefonso que cual era la mercancía que tenía que transportar a Huelva. Me dijo que la mercancía era vino embotellado, la llevaría hasta el puerto de Sines, en Portugal, al sur de Setúbal. Si el camión estaba listo para mañana y podría cargar los palets, mañana mismo saldría. Si no podía ser saldría cuando estuviera. La carga la dejaría en el puerto. El barco no zarparía hasta dentro de una semana. Tenía tiempo, pero cuanto antes llegara, antes estaría en casa; que es lo que más gratifica, incluso más que cobrar después de un viaje de varios días. Ya nos íbamos acercando al hotel especulando a qué destino final, incluso a cuál continente, llegaría aquella partida de vinos del Perigord cuando el teléfono de Ildefonso empezó a sonar.

- Toma, es Rufo que quiere hablar contigo. – Rufo sabía que había acompañado a Ildefonso a indicarle el hotel, y dar una vuelta por Bergerac, así que no me sorprendió .

- Dime Rufo, ¿qué me cuentas...?

- Marcos, los gendarmes están aquí preguntando por ti. El hombre que nos ha comprado el Peugeot ha tenido un accidente y ha fallecido. No sé, pero quieren hablar contigo.

Aquellas palabras de Rufo me impactaron. Me resultaba bastante penoso que aquel pobre hombre que había comprado el Peugeot por la mañana, hubiera tenido un accidente mortal al poco tiempo de adquirirlo. En décimas de segundos pasaron por mi cabeza mil y una elucubraciones que inmediatamente quería desdeñar. No podía en esos instantes pensar con claridad, ni contestar a Rufo. Menos mal que Rufo me aconsejó que fuera a la gendarmería, y de ese modo saber por qué querían hablar conmigo. Entendí que no era buena publicidad para el taller que los gendarmes con un vehículo visiblemente identificado estuvieran allí por mucho tiempo, pues seguro que daría lugar a habladurías entre clientes, viandantes y trabajadores de las proximidades.

- De acuerdo Rufo, tienes razón. Estoy a dos minutos andando de la gendarmería. Diles que allí nos vemos.

Ildefonso me preguntó si ocurría algo malo viendo mi gesto serio. Le comenté lo que había pasado. Le dije que ya nos veríamos después y seguiríamos hablando. Me dirigí hacia la gendarmería, cuando lo que tenía pensado era llamar a la mujer que me ayudaba a limpiar la casa para entrar en ella y ver cómo estaba todo. No era nada agradable de ver, y más estando solo, los restos de sangre seca de Bernard.

- Hola Marcos, buenas tardes. Supongo que ya sabes qué es lo que ha ocurrido.

El gendarme era un viejo conocido ¡Menos mal! No es lo mismo hablar en estas circunstancias con alguien que has compartido, incluso alguna vez

mesa y mantel, que con un desconocido como me pasó en las anteriores veces por el asesinato de Bernard.

- Sí, claro que me he enterado, me lo ha dicho Rufo. Lo que no entiendo es qué tengo que ver yo en el accidente.

- ¿Marcos, tu teléfono dónde está? – Me dijo con la voz grave pero amigable.

- Le he perdido, no sé dónde está. No sé si lo perdí anoche. Le he echado en falta desde esta mañana temprano. He rebuscado en el hotel, en los jardines del hotel, en el... coche. Fue en décimas de segundos, quizás en centésimas en que mi pensamiento se quedó parado dando por seguro que el teléfono lo dejé en el coche, pero aún dudaba de en qué parte del coche me faltó por mirar.

- Pues sí, tu teléfono ha aparecido en las proximidades del coche. No en el coche. Tendrás que explicarme cómo llegó allí.

- El teléfono habrá llegado allí en el coche. No sé ni dónde ha sido el accidente. Yo no he estado allí. ¿Qué quieres decir Albert? – Empecé a ponerme nervioso, y le hablé por su nombre porque confianza teníamos sobrada.

- No te alteres Marcos, sé, sabemos que no estabas allí. Lo que nos preocupa es que el accidente, no nos parece un accidente. Y es pronto, pero la víctima era un ciudadano normal en su trabajo, y por su raza y religión no nos infunde sospechas, de momento.

Un sudor frío recorrió mi frente y mis manos empezaron a temblar. Casi balbuceando pregunté a Albert cómo había sido el accidente.

- Te lo voy a contar porque de todas maneras mañana te enterarás por la prensa y la televisión. Ha sido espeluznante: justo al rebasar un cambio rasante se ha empotrado contra un remolque de tractor que estaba atravesado en la carretera. Apenas le ha dado tiempo a frenar. El bastidor del remolque ha segado el coche por la base del parabrisas. El cadáver imagínate, nada agradable de ver... El remolque lo habían robado de una granja abandonada muy próxima. Por lo que deducimos estaban esperando el momento justo para atravesarlo en la carretera. ¿Ahora, me puedes decir si tú sabes algo que tendríamos que saber nosotros para entender por qué han provocado esta muerte?

En esos momentos intenté apaciguar la tensión. No era propicio decir nada, de momento.

- Albert, qué puedo saber yo. No se me pasa nada ahora mismo por la cabeza. Yo a ese hombre no le conocía de nada. Ni siquiera llegué a hablar con él. La venta se hizo en el taller y ni siquiera cuando firmé la transferencia estaba él presente pues estaba él probando el coche con el mecánico.

- Bien Marcos, como comprenderás nos resulta muy difícil de creer que haya sido un accidente. Que tú no estabas allí lo sabemos. Lo que no nos

queda claro es si los que creemos que lo han podido provocar esperasen que tú estuvieras o quisieran hacernos creer que estabas. La muerte de Bernard ha creado en el pueblo y en el entorno policial muchas suspicacias, y lo tienes que saber. Como vecino y por la confianza que tenemos te digo que te pienses mucho si estás reservándote algo. Y, como amigo, ten cuidado.

Suspiré profundamente, tanto que creo que a Albert le llegó mi aliento. No sabía qué podía decirle y si decirle algo. Cualquier cosa menos lo que yo pensaba en ese momento, pues era desconcertante lo que pasaba por mi cabeza.

- No sé qué te puedo decir, estoy tan aturdido... Hoy al mediodía me llevé una alegría cuando Honoré, el del juzgado, lo encontré y me dijo que habían levantado el precinto de la casa, y ahora pasa esto. No sé Albert, no sé qué es lo que puede ser que estas muertes estén tan próximas a mí. No digo que esta muerte no me afecte, pero de la de Bernard, que sabes que éramos muy amigos, no me repongo.

- Marcos, relájate, vete a descansar y reflexiona si hay un cabo suelto que nos pueda dar una pista. Ya nos vemos.

- Una cosa Albert ¿mi teléfono?

- Tu teléfono, aparte de estar destrozado, lo vamos a inspeccionar; también para sacarle las huellas dactilares y, aunque te lo olvidaras en el coche, comprenderás figura en el informe. No te lo puedo dar ni creo que te sirva de mucho. Tendrás que comprar otro.

- De acuerdo... Pero, es un trastorno; en ese teléfono tengo todos los contactos ¿y ahora...?

- Lo siento Marcos, tiene que ser así. Tendrías que haber hecho una copia de seguridad. Es mejor para ti, compréndelo, tenemos que demostrar que el teléfono estaba casualmente allí, que lo olvidaste en el coche.

Salí de la gendarmería con cierto alivio. Mientras Albert me preguntaba y me explicaba mi cerebro iba a tope de revoluciones. Por una parte era mejor, mucho mejor, disponer de otro teléfono y otro número, al fin y al cabo los teléfonos importantes, los de la verdadera amistad, que sólo son unos pocos, aunque tenga grabados más de doscientos, fácilmente daré con ellos y ellos conmigo.

No tuve más remedio que ir a mi casa, el precinto ya lo habían retirado. Me armé de valor y entré. Sorteé y esquivé los objetos que estaban por los suelos, las señales de tiza que habían marcado los policías, y lo peor, las manchas de sangre del pobre Bernard. Subí al dormitorio y en la mesilla de noche de mi Marguerite, en su cajón, lleno de sus cachivaches, estaba su teléfono móvil. Iba a ser muy duro activarlo pero no me quedaba otra opción. Ya de vuelta en el hotel activé el teléfono de Marguerite. Todos los números importantes para ella, lo eran para mí. No necesitaba tener otro teléfono ni otra línea. Menos mal que no la di de baja. Ver las fotos que ella

había tomado, sus mensajes, hasta la fecha y las horas de sus últimas llamadas encogía mi corazón, de mis ojos vidriosos se escaparon unas lágrimas.

Llamé a Virginie, la mujer que ayudaba a veces a Marguerite en la limpieza. Por supuesto me contestó sobrecogida, imagino que aún tendría grabado el número con el nombre de mi mujer. Acordé con ella que recogiera las llaves de la casa en uno de los maceteros de buganvillas que hay en la entrada, y que aunque tuviera que llevar ayuda, que limpiara y ordenara la casa. Marguerite siempre confió en ella; la trataba como a una amiga. Siempre que acudió le tenía preparado un té aromático y un bizcocho. Así era Marguerite, hasta la persona más áspera de carácter terminaba queriéndola. Por eso no ponía en duda el buen ojo y el gran corazón de mi Marguerite.

- Rufo, haz el favor, dame el número de Ildefonso. Por cierto ¿ha llegado la pieza del camión? – Rufo, igual que Virginie, también se sorprendió al ver en su teléfono el número de Marguerite; tardó unos instantes en contestarme.

- Sí, sí, ya está aquí la pieza, mañana temprano estará el camión reparado. – le noté nervioso - ¿Qué ha pasado, que te han dicho los gendarmes?

- Nada, no te preocupes, nada sin importancia; te acuerdas que perdí el teléfono, pues a pesar de buscarlo en el Peugeot, apareció por el accidente... ¡vaya cabecita que tengo!

Quise quitarle importancia a todo lo acontecido, pero Rufo no tenía ni un pelo de tonto.

- ¿Seguro que no es nada, que todo está bien?

- Seguro, hazme caso. Anda, dame el número de Ildefonso hazme el favor. ¡Ah! Algo muy importante: no le des este número a nadie, y procura llamarme desde algún teléfono que no sea de los números del taller; nunca desde el tuyo. – después de darle esta advertencia seguro que Rufo se inquietó, pero prudentemente se calló.

Ildefonso, después de comer, sin haberse echado la tan española siesta, fue a dar de nuevo una vuelta por el casco histórico de Bergerac. Es cierto que para quien no lo conozca es un enclave digno de pasear por sus calles; mirando portales y cornisas, callejuelas de casas del Medioevo y plazas renacentistas. Siendo aparejador su auténtica profesión, era normal que llevara en sí la impronta de su oficio inmiscuida aún en su persona.

- Ildefonso, soy Marcos. ¿Sabes que mañana temprano tienes el camión listo?

- Sí, hola Marcos. Tengo que reconocer que has dejado un legado de “cracks” en el taller.

- Totalmente de acuerdo, si le pegaran patadas a un balón, también como reparan vehículos, mucho tendrían que derrochar sus biznietos para pasar estrecheces. Así es esta vida que nos ha tocado.

- ¡Como lo sabes! Esta noche te invito a cenar... Pero como dice una canción de uno de mis grupos preferido: “Radio Futura”, “Si me llevas a un sitio caro... a ver si aceptan la cartilla del paro...” ¡Ja, ja, ja! –

Evidentemente, Ildefonso, aparte de contemplar la arquitectura de Bergerac, también había degustado sus caldos. La euforia le delataba.

- De acuerdo Ildefonso, tú invitas y yo te llevo... y pago. Te espero en el hotel.

No era día ni noche para festejar nada, y menos a la vista de todos. Sólo que Ildefonso tenía el camión preparado mañana para cargar en la bodega y partir cuanto antes a dejar el envío y estar en su casa, y que yo ya podía disponer de la mía. Por lo cual le sugerí a la dueña del hotel que nos prepara la cena en un saloncito distante del comedor principal, que aunque los pocos huéspedes fueran foráneos, la mucha discreción nunca está de más. No era momento para salir a cenar a ningún restaurante.

Después de la riquísima cena que nos preparó Martine, con las viandas más representativas y tradicionales del Perigord: un salteado de espárragos de Blaye con una emulsión de fresas y mostaza; un sabroso paté gratton con un suave queso semicurado salpicado con perlititas de caviar de Aquitania; una pularda trufada con setas y verduras de la huerta de Martine; y de postre unos macarons al estilo tradicional de las Ursulinas de Saint-Émilion. Todo regado con un excelente vino de esta bendita tierra que me acogió y tan bien trató a mis padres, a mi hermana y a mí.

Ildefonso, sobre todo en su boyante etapa de aparejador, había saboreado los mejores manjares de la tierra de mis ancestros: sus espléndidos pescados y mariscos, los arroces y guisos marineros; los esmerados salazones de atún, y por supuesto el jamón y los embutidos de Jabugo de la Sierra de Aracena. Ahora me confesó que ya las circunstancias imperaban, y que no podía permitirse, tan frecuentemente, el dispendio de aquellos años engañosamente buenos.

- Marcos, te agradezco mucho lo que has hecho por mí, has conseguido que la avería del camión haya sido todo lo contrario a un mal momento. Me alegro mucho de haberte conocido. Cuando vayas por Huelva, por favor, no dejes de avisarme. Te corresponderé como te mereces.

A Ildefonso, en la sobremesa, con los vapores de un espirituoso licor artesano de hierbas destilado por el padre de Martine, se le exaltó los buenos sentimientos de la amistad.

- Pues que sepas que voy a ir muy pronto por allí. Más pronto de lo que te imaginas ¿Sabes por qué?... Pues porque voy a ir contigo acompañándote en el camión.

Ildefonso tardó unos segundos en reaccionar. En sus ojos y en su boca advertí un gesto de tristeza que me contrarió un poco.

-Marcos, ya el transporte no es como antes que podías llevar en el camión a quien quisiera. No es como en un turismo; todo lo tienen regulado. En la

mar pasa lo mismo: he salido a faenar con familiares y amigos en sus barcos de pesca, simplemente por curiosidad y matar el tiempo cuando estaba parado. Ya, aunque me guste, no puedo. Tenemos que pagar por todo, y nos tienen que cobrar por todo.

- No conocía esa nueva reglamentación. Bueno qué se le va a hacer. Tener tengo que ir ya mismo, así que allí prometo llamarte.

En ese momento, justo cuando terminé la frase, Ildefonso alzó la copa invitándome a brindar y dijo dando un golpe en la mesa:

- ¡Que les den morcilla a todos! ¡Te vienes conmigo! Que salga el sol por donde salga.

Nos quedaba apenas media hora para llegar a la frontera de España por Irún-Hendaya. Íbamos a la altura de Bayona; acabábamos de cruzar el puente que salva el río Adur. En las tres horas que llevábamos de viaje apenas hablamos. Aún nos embargaba el agradable sopor producido por la cena y la velada de la noche anterior. Ildefonso salió temprano del hotel con su equipaje y el mío en un taxi hacia el taller. Recogió el camión y se dirigió a la bodega a cargar la mercancía. Yo tomé el autobús que enlaza Bergerac con Burdeos, me bajé en la estación de Libourne; un taxi me acercó al área de servicio más próxima en la autopista Transeuropea. Le dije a Ildefonso que me hiciera el favor de llevar mi equipaje cuando recogiera el camión pues yo tenía que hacer una gestión en Libourne y era tontería cargar con la maleta. La verdad es que no quería que nadie me viera salir del hotel con la maleta, y menos tomando un autobús. El hecho de subirme a un autobús aunque no lo hiciera con frecuencia no resultaba extraño si no llevaba equipaje. Así y todo me puse una gorra beisbolera, unos pantalones y una sudadera que encontré en casa y que me compró Marguerite. Nunca me los había puesto pues me resultaban demasiado joviales para mí. Así, un poco disfrazado, fui a la parada de los autobuses intentando que no me reconociera nadie. En Liborne saqué dinero en un banco, y con el efectivo que tenía de la venta del Peugeot intentaría que me diera lo más de sí posible sin dejar las huellas que deja el dinero de plástico en el tiempo que me quedara en el destino.

Según nos íbamos acercando a la frontera los nervios me iban encorsetando desde las cejas a los dedos de los pies. Ildefonso me miró y me dijo:

- Aprieta esta medalla conmigo. Pon tu mano sobre mi mano y apretémosla juntos. Verás como pasamos como un boquerón por las artes de la almadraba.

No es que yo creyera mucho en medallas y estampitas, pero le hice caso. Ildefonso llevaba el salpicadero de su Scania un pequeño relicario con vírgenes, cristos y santos.

Nos pararon nada más llegar a la frontera... Se me encogió el estómago cuando vi a los gendarmes y guardias civiles hablando entre ellos y

haciendo gestos a Ildefonso que estacionara en el parking de la frontera. Ildefonso, con sangre fría me dijo que me tranquilizara, que estos tipos son como los sabuesos, huelen el miedo. Él iba preparado con la documentación del camión, la suya y la de la mercancía en el salpicadero, muy a mano por delante del volante. Bajó de la cabina, enseñó la documentación e imaginé que les abriría la puerta de la caja para que inspeccionaran la mercancía. Desde mi asiento no podía ver nada, ni siquiera incliné la cabeza para ver por el retrovisor qué ocurría pues el miedo me atenazaba el cuello y hacía que mis pies temblaran como los de una modista experimentada en una antigua máquina de coser. Ildefonso se dirigió a mí:

- Marcos, hazme el favor, detrás de tu respaldo hay dos cajas con botellas, una está abierta. Coge dos botellas, mételas en una de las bolsas que están ahí y dámelas.

Al momento de darle la bolsa con las botellas Ildefonso subió a la cabina, se puso manos al volante y nos fuimos.

- Ildefonso, no quiero que te enfades si te hago esta pregunta: ¿Qué crees que ha sido más milagroso, el apretón de los dos a la medalla de la Virgen del Rocío, o las dos botellas?

- Je, je, je... Hombre de poca fe, no seas hereje. La Virgen es generosa con nosotros, y gracias a ella nosotros con ellos.

- ¿Vamos a dar muchos apretones a la medalla y botellas por el camino hasta Huelva?

- Los que hagan falta, pero cuantos menos mejor, porque no desgasto la medalla ni impaciento a la Virgen con tanto pedir...Y lo que es muy importante, llegan más botellas a casa para alegría de los amigos.

Nos reímos mientras Ildefonso subía el volumen de la música. Íbamos escuchando Pop-Rock español de los 80. A él le pilló “los ochenta” siendo un chavalín, pero su hermano mayor era muy aficionado a la música de entonces, a él le quedó ese gusto por los grupos y canciones de aquella época. Ilde fue diciéndome las canciones y sus intérpretes. Su hermano, diez años mayor que él, había fallecido a causa de una sobredosis de heroína. En esos años de los “ochenta-noventa” esa “mala droga” había esquilado a miles de jóvenes y destrozado muchas familias. Él creía que toda aquella introducción de drogas en la sociedad española fue debido a que en aquellos años convulsos de transición de la dictadura franquista a lo que vivimos, era una estrategia para desvincular a los jóvenes de aquel proceso. Al igual que años antes en EEUU, decían, que fue para desvincular la fuerza joven opositora a la guerra de Vietnam. Después de todo lo que estoy viviendo no me extrañaría que haya sido así, o por lo menos en parte.

Llegando a Miranda de Ebro, dejamos la autopista y nos dirigimos por la carretera nacional a un restaurante de los que bien conocen la gente de la

carretera. Después de comer y tomar café reanudamos la marcha hacia el destino. Nos quedaban bastantes kilómetros por delante y para mí momentos de incertidumbre, nerviosismo y tensión por lo que había ocurrido en Bergerac, y lo que podía ocurrirme en adelante. Nos quedaban unas seis horas para llegar a la frontera portuguesa, y otras dos para llegar a Sines. Ilde me dijo que tendríamos que parar y hacer noche por los límites de provincia de Salamanca y Cáceres, que dependiendo del tiempo que marcara el tacógrafo pararíamos. No podía exceder de nueve horas diarias conduciendo. Con suerte llegaríamos a las proximidades de Aldea del Camino, provincia de Cáceres, donde hay una gasolinera junto a un restaurante que también tiene un camping y fácil aparcamiento para el camión. Es donde a él le gusta parar, bien a comer o a pernoctar.

Conforme a lo previsto llegamos al sitio indicado de Aldea del Camino. Faltaba poco para la puesta de sol. Nunca había hecho esta ruta desde Francia a Huelva por carretera, pues la última vez que fui en coche, hará cerca de treinta años, con Marguerite, la hicimos por Madrid rumbo a Huelva por Despeñaperros. La verdad es que me sorprendió el paisaje, las montañas, el valle del río Ambroz. Aquellos parajes entre huertos y pequeñas explotaciones de vides y frutales se asemejan a los campos de Bergerac regados por el Dordoña.

Después de estacionar el camión, Ilde me dijo que en aquel sitio se comía bien y barato. Él llevaba unos años parando allí cuando la ruta coincidía. Había entablado confianza con aquella familia que regentaba el restaurante y el camping. Paraban muchos camioneros, porque aparte de tener una amplia zona de estacionamiento, ofrecían a buen precio el poder ducharse y asearse en uno de los baños que tenían destinado para la gente de la carretera. Incluso a los asiduos no les cobraban nada. Así que me dejó caer que me podía alojar en unos bungalows de los que disponían. Lo entendí perfectamente, pues no era razonable que durmiéramos los dos en la cabina del camión.

- ¿Ilde, te importaría, habría algún problema si el alojamiento vaya a tu nombre?

Él me miró fijamente y me preguntó:

-¿Si quieres no me digas de quién, pero de verdad estás huyendo?

- En cierto modo huyo y a la vez busco. Me gustaría decirte de quién o quienes huyo, pero... aunque imagino quienes pueden ser no les conozco. ¿Y buscar...? Tampoco te puedo concretar qué busco. Aunque sé que está y lo tengo que encontrar en nuestra tierra.

- ¿Al moro le confundieron contigo, no? Entendí, con lo poco que sé de francés que unos tipos decían en el bar de enfrente del taller, mientras esperaba recoger esta mañana el camión, que ese accidente parecía una emboscada... El coche tuyo, y el parecido con él... Y no sabes quienes, ¿pero sabrás el por qué?

- Sí lo sé. Ahora no puedo contarte nada, pero te juro que no es por un asunto turbio relacionado con delincuencia: ni drogas ni putas ni terrorismo ni tráfico de personas... nada de eso. Todo lo contrario, es por hacer un favor a muchísima gente, pero perjudica a unos pocos muy poderosos y a todo su entramado.

- Pues si no es nada turbio, entonces los que te buscan para matarte son los turbios. Bueno, no me cuentes más, vamos a ver cómo puedo hacer para que te alojes tú y rece yo. Espero eso, que no haya que rezar.

No sé cómo ni de qué manera se las ingenió Ilde para que yo pudiera dormir aquella noche en el bungalow y la factura figurara a su nombre. Él durmió en la cabina del camión. Lo que sí pude darme cuenta en la barra del bar y después cenando en el salón del restaurante que era conocido y bien tratado allí. A la mañana siguiente cuando dejé la maleta en la parte de atrás de la cabina, debajo de la litera, vi que de la caja de vino abierta faltaban unas botellas más.

En el paso de Caya, en la frontera de Portugal por Badajoz, no tuvimos ningún problema, ni nos pidieron documentación ni hubo una merma de botellas de vino.

Aproximándonos a Sines, Ilde me dijo que aún no sabía cómo podía alojarme en Portugal sin dar mi nombre. En Sines todo dependía de cuánto tiempo tardasen en descargar el camión. Por otras veces, me dijo, podría ser nada más llegar o esperar al día siguiente.

Llegué al portalón de la finca, bajé del coche y pulsé el telefonillo del video-portero.

- Sí, dígame qué quiere y quién es usted.

Aquella voz chocante no me resultaba conocida. Le dije quien era y pregunté por Leonardo.

- Espéreme ahí, sólo un minuto. – contestó apresuradamente, cambiando un poco el tono chocante inicial .

En menos del minuto que me dijo oí el rugir de una motocicleta que se acercaba al portalón de la finca. Se abrió el portalón y se me presentó un tipo alto, fornido, uniformado casi como un antidisturbios: con pistola, porra, y a saber que otros artilugios de persuasión ocultos en cartucheras y bolsillos para inmovilizar y llegado el caso, perfectamente entrenado para mandarte al hospital o lo que es peor al huerto de los cipreses, o como dicen algunos por aquí, al patio de los calladitos.

- Buenos días ¿por quién me ha dicho que preguntaba?

Este tipo o tiene menos memoria que un boquerón frito o está sordo o el walkie le hace interferencias con los cuernos. Será estúpido: la actitud y la indumentaria le delatan.

- Ya se lo dije, pregunto por Don Leonardo.

- ¿Y usted quién es? – En ese momento percibí que aquello no estaba igual que hacía unos meses. Eché mano de mi improvisación y de mi ironía pensando que lo mismo no me convenía decirle quien era yo.

- Pues yo soy el que le decoró la cocina y los cuartos de baños, el que le proporcionó el mobiliario, los azulejos, etc... - Me interrumpió bruscamente.

- ¿Pero cómo se llama usted?

- Me llamo Casimir. – Contra el defecto de mucho preguntar maleducadamente está la virtud de contestar lo que le salga a uno de los bajos.

- ¿Casimir? – dijo extrañado, como si no lo hubiera, seguro que así era, escuchado nunca.

- Sí, Casimir. Casimiro en español. Me llamo Casimir des Oeufs Gras. Es que soy canadiense, lo notará por mi acento. Vengo por aquí de vez en cuando pues mis abuelos maternos eran de por aquí; se dedicaban a hacer sandalias de esparto. Soy decorador en Toronto. Conocí a Don Leonardo cuando yo estaba cogiendo coquinas con el pie en la playa. Y después tomamos unas cervezas en un chiringuito; fue entonces cuando me encargó la decoración y amueblamiento de la cocina y los cuartos de baño. Y eso, que como hace unos cuantos años que no le veo desde la última vez que estuve por aquí, pues venía a saludarle. ¿Puede indicarme dónde está para darle un regalo que le he traído de Canadá? – El mastodonte “hiponeuronal”, después de la letanía que le había soltado, me miraba nerviosamente aturdido.

- Don Leonardo no está, y no sé dónde estará ni cuándo volverá. – Me dejó claro por su expresión tosca y desafiante que allí ahora no era bienvenido, y creo que nadie.

- Está bien, pues dígale que ha estado aquí Casimir des Oeufs Gras, que me gustaría verle. Merci beaucoup.

El mastodonte “hiponeuronal” hizo un gesto con la cabeza como indicándome que me fuera, y el portalón se cerró mientras él montaba en la motocicleta. Tenía claro que allí, en el cortijo, pasaba o había pasado algo muy extraño.

Hace tres días y dos noches que llegué a la costa de mi infancia y pubertad, a la tierra de mis abuelos y la de de los abuelos de mis abuelos.

En Sines tuvimos que esperar al día siguiente para descargar. No pudo ser el alojarme en un hotel sin dar mi credencial. Después de pensar cómo no dejar huella de mi ubicación y de mi paso, al bueno de Ilde se le ocurrió algo que a mí me sorprendió y me dejó con una ansiedad entre temerosa y expectante. Ilde empezó a navegar en la red. En esos momentos pensé que buscaba algún alojamiento para mí, y pasándome su teléfono me dijo:

- Ahí tienes varias opciones para pasar la noche sin dejar rastro pagando en cash y que te puedan dejar un agradable recuerdo de Sines, por lo menos placentero.

- ¡Son putas! – dije exclamando como si me sintiera ofendido y extrañado por la propuesta.

- Pues no te creas que te va a salir más caro que un hotel. Quizá un poco, pero el servicio de habitaciones no tiene nada que ver, seguro. – dijo riéndose, más que nada, de mi cara de tonto que habría puesto - Pues de otra forma, si quieres dormir en una cama y darte una ducha, me parece que no puede ser. Venga, no te lo pienses y empieza a llamar. Tienes fotos para elegir la posada, la posadera... y hasta de sus posaderas... ¿Qué más puedes pedir por pasar la noche de incógnito? - Ahora se reía más fuerte mientras yo estaba atontado viendo los anuncios con textos e imágenes a cuál más explícitos.

- No sé, además yo no sé portugués. No me entenderían ni yo a ellas...

- ¡Bah! Excusas, mira bien, hay unos cuantos anuncios de sudamericanas que hablarán el castellano mejor que tú el “franchpañol” ese que hablas.

Aquel momento viendo aquellos cuerpos provocadores, insinuantes y voluptuosos me hizo recordar la impresión que tuve cuando desde un pequeño pueblo rural de Andalucía llegué a la Francia de la libertad. Fue un shock salir del pueblo anclado en un temido y por tanto respetado catolicismo fundamentalista, donde mujeres jóvenes se hicieron viejas sin quitarse el luto, siempre con el velo y el vestido negro hasta los tobillos después de sucesivos fallecimientos de familiares. Donde verle las rodillas a una mujer nos producía una excitación que nos hacía temblar el pulso y que los sudores surgieran por todo el cuerpo. Cuando venían los veraneantes a la playa, y las mujeres lucían aquellos bañadores con faldita, más gruesos que el traje de un buzo, nos hacían sacar los ojos de las órbitas y el miembro casi del apaño de bañador, que no era otra cosa que un pantalón viejo cortado y remendado.

En Francia, en mi pubertad, se me abrieron los ojos como platos viendo como las mujeres vestían y se desenvolvían de formas tan diferentes a mi pueblo. Por primera vez pude ver mujeres desnudas en revistas, cosa que en la España de aquellos tiempos lo más atrevido que se podía imprimir sobre papel era una mujer en traje de baño muy discreto. Y si en el pueblo observándolas de esa manera me excitaban, es fácil imaginar cómo me ponía verlas completamente desnudas y las consecuencias de aquellos calentones.

Enseguida, nada más llegar a Bergerac, supe cuáles eran las casas de putas. En España las había también entonces, pero en los pueblos, las que ejercían el viejo oficio eran mujeres cuya vida miserable y sus circunstancias vulnerables las había empujado en muchos casos a ejercerlo en su propia casa. En las ciudades era rara la población que no tenía su barrio chino o

calle de putas, consentidas veladamente en su clandestinidad dependiendo del rigor casto, represor y también lucrativo de las autoridades civiles y eclesiásticas. Y es que por mucho que quieran, antes y ahora, las fuerzas impositoras, políticas o religiosas, el oficio más antiguo del mundo es el que es, y la afición más antigua es solicitarla. Siempre hubo putas y putos y puteros y puteras. Tanto es así que en la antigua Mesopotamia y después en la antigua Grecia ejercían el noble, religioso y respetado oficio de la prostitución las Hieródulas, que eran algo así como las venerables hermanas de la muy divina orden del sexo y la fertilidad: las mesopotámicas consagradas a la diosa Ishtar, y las helenas a Afrodita.

Cuando cumplí los dieciocho años, algunos de mis compañeros del taller, los más jóvenes aunque mayores que yo, con los que más confianza tenía, se enteraron que aún era virgen. La excusa a mi padre fue de llevarme a ver un partido de fútbol a Burdeos... Y fue en Burdeos, donde una mujer, no elegida por mí, sino por los compañeros entre chanzas y risas, me hizo seguirla a una sórdida habitación, tan sumiso como inquieto. Y aquella mujerona de grandes pechos y caderas, que podía por edad ser mi madre, me hizo por primera vez ponerme los ojos en blanco y que me temblara todo el cuerpo como una serpentina agitada por un ventilador.

- ¡Eh! ¿Vas a llamar o qué? ¿O quieres que llame yo? ¿Mira a ver por cuál empezamos?

- Mejor llama tú, que parece que te desempeñas mejor en estos lances.

No le hizo falta nada más que llamar una vez, por lo que me evidenció que Ilde se movía en ello con un desparpajo, descaro y sinvergonzonería que no imaginaba del aparejador reconvertido en camionero que hacía unos días conocí en Bergerac. Y es que demostrándome el interés por la cultura, la historia, la arquitectura; por su forma de hablar, de expresarse con modales que denotaban una buena educación, no me esperaba que en momentos como ése le saliera la vena crápula que tan bien había disimulado.

- Toma, habla con la señorita. Ya has oído que le he dicho que no hablas muy bien el español y que eres un poco reservado. Te espera a partir de las once de la noche.

Partimos temprano de Sines una vez se descargó la mercancía y después de desayunar tan bien como se desayuna en Portugal, donde el aroma del café y las torradas con mantequilla de las Azores se expande por las calles adyacentes a las cafeterías. Ilde me miraba con una sonrisa pero no decía nada, de momento.

No habían pasado dos horas cuando empezamos a divisar el precioso azul del Atlántico que baña las costas del Algarve. Estábamos en las proximidades de Albufeira. Tomamos la autovía de O' Infante, que enlaza con la frontera de Ayamonte. La luz de marzo prendía de luminosidad la

cabina del camión. Nunca había hecho un viaje tan largo en un camión, y no yendo conduciendo es digno de vivir por ir relajado observando los paisajes desde una posición que difiere bastante de la altura de un coche. Las islas y playas del Algarve, sus campos, pueblos y casas salpicadas en los montes que escoltan este lindo litoral iban apareciendo y quedando atrás. Abrí la ventanilla para respirar e intentar apreciar en mis sentidos el ambiente marino y los olores de los campos por donde pasábamos.

- Bueno, Don Marcos, el servicio de habitaciones bien ¿no? ¿No se quejará usted del agente de viajes que tiene? – Ilde me miraba por instantes y volvía a atender la carretera sin dejar de sonreír.

Yo en esos momentos divisando el horizonte donde el cielo y el mar se abrazan fundiendo sus azules, sólo pensaba cuándo sería el momento de poder besar a Candela y darle un abrazo a Leonardo. Así que le miré, le sonreí y le dije que sí que era un buen agente de viajes y hospedaje. Él ya no me hizo ninguna referencia más sobre la noche anterior, se lo agradecí.

Si Ilde y mis amigos supieran que cuando llegué al apartamento de la mujer, y ella entreabrió la puerta con un salto de cama negro de seda y sólo con unas braguitas por indumentaria; apreciándose en la transparencia sus hermosos pechos donde resaltaban unos pezones grandes y oscuros como dos claveles; y que amablemente le dije que sólo quería dormir, pensarían que soy impotente o maricón. Así fue, ella me ofreció una copa que acepté. Hablamos un buen rato de nuestras vidas. La traté como a una señora, y aunque compartimos confidencias y echamos unas risas, decliné aceptar algo más que sólo fuera un masaje relajante que ella insistió en darme. A aquella simpática y voluptuosa mujer latina le sacaba años para ser su padre, aunque ello no era óbice para tener una relación incluso más allá de lo carnal en otras circunstancias. Escuché que alguien dijo: “tratando a las putas como a damas, y a las damas como a putas, lo agradecen las unas y las otras”. No lo sé, pero quizás sea por la propia estupefacción y morbo que les provoque sentirse tratadas como normalmente nunca se las trata, y sentirse que por momentos les gustaría ser o experimentar.

Carol, que así me dijo que la llamara, aunque sé que estas mujeres cambian de nombre como de lugar y de hombres, me quiso desnudar para darme el masaje. Sé que aquello hubiera provocado lo normal en estos casos, así que le dije que me desnudaría yo y que, insistí, sólo me diera un masaje relajante. Así y todo, en un principio se me inflamaron los deseos y lo demás, hasta que empecé a relajarme y quedarme dormido como hacía meses que no lo hacía.

A las siete de la mañana, aún con el cielo estrellado, empezó a sonar el Bolero de Ravel, era la melodía que Marguerite tenía como despertador en su móvil, y que todas las mañanas nos despertaba a los dos. Hacía tres años, desde que falleció, que no la había vuelto a escuchar.

Carol se despertó, entró en la habitación, me dio los buenos días y me ofreció café. El Bolero seguía sonando in crescendo. Una vez duchado y vestido me despedí de ella, y dándome un beso en cada mejilla me dijo que si no encontraba a Candela, pues de ella hablé en la noche, y si volvía a pasar por Sines que la llamara, que le gustaría verme y salir a cenar sin ningún tipo de tarifas. Estas mujeres, en muchos casos, cuando se les da cariño y se las trata con educación, suelen ser después las más fieles y amantes compañeras.

Rebasando por la perpendicular de Faro, divisando la costa con sus islas desde la autovía, Ilde me dijo:

- Marcos ¿A ver qué te parece? Para no pasar por la frontera por si nos paran, y además como la base del camión está muy cerca de ella, te acerco a Vila Real de Sto. Antonio, yo me llevo tu equipaje, y tú si quieres pasas en el ferry a Ayamonte o me esperas en Vila Real. Ya veré qué me invento para justificar el desvío si me revisan el GPS desde la Base.

- Me parece perfecto, además me agrada la idea. Lo único que siento son los trastornos que te estoy ocasionando. No sé cómo te lo puedo agradecer.

- Quien está agradecido soy yo a ti desde que nos conocimos en Bergerac. Me trataste muy bien y Rufo también; el camión va perfecto y he hecho uno de los viajes que más agradables y cortos se me han hecho por tu compañía.

Un consejo, si vas a pasar con el ferry a Ayamonte compra cualquier cosa en Vila Real: unas toallas, un albornoz, unas sábanas... lo más típico que se compra. Algo para que la policía marítima suponga que eres el clásico transeúnte que va a comprar de Ayamonte a Vila Real. Aunque no suelen pedir la documentación, si les resultas extraño pueden hacerlo.

- Seguiré tu consejo, ya veré a ver qué compro... gracias una vez más.

Ya en Vila Real de Sto. Antonio, después de despedirme de Ilde que me dejó junto a la lonja del pescado, fui paseando por la ribera del Guadiana hacia la Marina del puerto deportivo. Allí me senté a tomar tranquilamente una cerveza y a contemplar Ayamonte en la otra orilla; a los barcos navegando por el río y los que estaban amarrados en los pantalanes; al ferry embarcando y desembarcando gentes y vehículos en su diario trasiego de monótona singladura; las gaviotas bulliciosas y atrevidas en busca de cualquier alimento que encontraban o que alguien les echaba; cormoranes posados en los arenales... Tenía en esos momentos un estado de relajación por estar de nuevo allí, y a su vez de ansiedad por saber de quienes había venido a ver y abrazar. En cierto modo me encontraba a salvo, aunque sabía que no me podía fiar de nada ni de nadie. Y es que las muertes de Bernard y del pobre hombre que compró el Peugeot no se me quitaban de la cabeza. Espero que no haya la tercera y no sea la vencida.

- Un Oporto, unas olivas y “unma torrada de presunto ibérico”.

- ¿Va a consumir aquí en barra? – Me dijo mirándome fijamente.

No, aquello pudo ser un “dèjá vu” pero no lo era. No fue como la vez anterior cuando acudí a esta misma cafetería del centro de Vila Real muy próxima a la plaza del Marqués de Pombal. Aunque el barman fuera el mismo y su jefe gordo leyera también el Correio da Manhã. Como la última vez, me observó por encima de sus gafas, pero esta vez siguió leyendo el periódico sin acercarse. Me sirvieron el oporto y la torrada con presunto, que de ibérico tenía lo que yo de párroco. Consumí sin ganas en la barra, pagué y me marché sin que en esa ocasión cruzaran conmigo ni media palabra de más y, ni mucho menos, me dieran un paquetito conteniendo un móvil que ha tenido menos uso que los bíceps, gemelos y hasta el cerebro de un diputado en sesiones parlamentarias, y muchos de ellos también fuera de las sesiones.

Me embarqué en el ferry hacia Ayamonte, no sin antes entrar en una tienda -“loja” le dicen en Portugal- para comprar algo como me aconsejó Ilde. En el trayecto fui intentando ordenar mis neuronas en pensamientos que no fueran derrotistas. Todos los sucesos acontecidos y el recibimiento tan ajeno y distante en la cafetería del “oporto y las torradas de presunto” me estaban echando el ánimo por los suelos.

Ilde me estaba esperando en el embarcadero del ferry. El coche lo tenía aparcado junto a la dársena del puerto deportivo de Ayamonte. El día luminoso y cálido contrastaba con mi estado de ánimo. Fuimos paseando hacia el coche, esta vez mirando Portugal desde la otra orilla. Le dije que le invitaba a comer en cualquiera de los establecimientos de enfrente de los pantalanes del puerto deportivo, que eran antiguas charangas de pescado reconvertidas en tiendas y restaurantes.

- ¿Qué compraste, toallas...? – dijo Ilde sonriendo mirando las bolsa que portaba –

- Pues no, esto es lo que he comprado, y lo he hecho para ti, para tu mujer y tus hijos. –le dije mientras le daba dos bolsas – Se las das a tu mujer y a tus hijos como si fuera un regalo tuyo, por favor.

- No tenías que haberlo hecho. Gracias.

Después de comer en una preciosa Trattoria, viendo zarpar y llegar al puerto, desde sus hermosos ventanales, barcos a motor y veleros de diferentes esloras y mangas, nos dirigimos en su coche al apartamento que gracias a Ilde me había alquilado un amigo suyo en una urbanización del término de Isla Cristina próxima a un campo de golf.

Una vez en el pequeño apartamento recobré el ánimo al comprobar las hermosas vistas al poniente que se divisaban desde la terraza, pues eran hacia el exterior de la urbanización. En los aledaños un bosquecillo de pinos, y conforme levantaba la mirada hacia el suroeste aparecía un cuchillo de mar; las playas vírgenes de Isla Cristina protegidas por dunas y

pinas; la bocana al puerto arropada por el espigón por donde entraban y salían los pesqueros que, en las tardes de calma, el viento del suroeste rompía el silencio del entorno y me acercaba el repique de sus pistones; a veces algún que otro velero que izaba o plegaba sus velas según zarpara a la mar o acudiera a refugiarse; un poco más allá Isla Canela, y mirando hacia el oeste aparecía la blanca Isla Cristina; detrás Ayamonte, un poco más al norte, observado por su pintoresca Villa, y en el horizonte Portugal. Lástima no haberme traído los prismáticos.

Si no fuera por la incertidumbre y el temor de que a Candela y a Leonardo les haya pasado algo malo, estaría bastante gozoso de estar donde estoy. El clima aquí a finales de marzo es agradable para pasear por esta playa inmensa y bañarme en el mar. Los vientos de levante es lo que tienen, y mientras no salte el poniente o entre un frente frío del norte hará calor. Ya hay tiendas, bares y restaurantes abiertos. Poca gente por fortuna, pues si la ausencia de gente deprime, la abundancia me enerva. No me imagino soportar la algarabía y el bullicio de mucha gente, ni el inmenso tráfico; sobre todo de despistados como yo intentándose orientar y encontrar aparcamiento durante las semanas claves de estío. Quizá sea por la edad, seguro, pero es cierto que recuerdo que hace años Marguerite y yo desistimos de escaparnos a la playa en Agosto. Preferíamos quedarnos en nuestra comarca de Bergerac y disfrutar de paseos en bicicleta por los caminos cercanos a la ribera del Dordoña; acudir a alguna terraza por la tarde-noche con música en vivo y disfrutar de los plácidos días de agosto por los alrededores de nuestra casa. El irnos unos días de vacaciones en Septiembre sólo lo conseguimos en los últimos años, cuando ya a Rufo le fui otorgando responsabilidades que él me demostró que asumió con buen hacer. Incluso algún fin de semana alargado de principios de Julio también hacíamos alguna escapada a las playas de Biarritz. Cómo disfrutaríamos ahora los dos con todo el tiempo para nosotros y con tantos lugares por descubrir.

Después del encuentro en el portón de la finca de Leonardo con el mastodonte “hiponeuronal”, compré comida preparada en un restaurante y me refugié en el apartamento. Tuve la suerte, sin pensarlo en ese momento, de tomar un taxi para que me llevara a la finca. Si hubiera ido con un coche de alquiler, el “mastodonte” se podría haber percatado de tomar la matrícula y cabría la posibilidad de dejar pistas de mi paradero. Al taxista le pagué en efectivo y me dejó distante del apartamento por precaución.

En estos momentos le debo mucho a Ilde. No sé cómo será con los demás, pero conmigo se está portando fantásticamente bien. En la vida te encuentras personas con las que se adquiere al poco tiempo de conocerlas una confianza y una entrega mutua que resulta difícil de explicar; es como

si en esas breves horas de comunicación se produjera algo mágico que pareciera que la relación se inició hace años, incluso décadas; quizás hasta vidas, como dicen los creyentes en la reencarnación. Es posible que así sea. Ahora de momento, al igual que hice en Bergerac, adquiriré una bicicleta eléctrica para moverme por aquí. Podía haberla alquilado en algún establecimiento de la zona pero tendría que dejar mis datos. Así que me acerqué a un centro comercial y lo hice en efectivo. Quisieron hacerme una factura a mi nombre para la garantía, pero les dije que era para obsequiarla y sería mejor que la garantía se la hicieran al que iba a ser su dueño; con el ticket de compra vendrían para hacer la garantía con el nombre definitivo. Parece que aquella explicación les convenció. Hubiera comprado una bicicleta normal pero el apartamento está en una colina, y es de agradecer el recurso eléctrico para hacer menos fatigoso el ascenso. Y pensar que podría adaptar a una motocicleta el dispositivo de hidrógeno. Sería un suicidio, y eso me cabrea profundamente.

Por el clima suave y mientras no llueva es la mejor opción para salvar pequeñas distancias. La playa está distante a unos quince minutos andando de esta urbanización, e Isla Cristina a una hora andando. La bicicleta aunque no vaya muy rápida es lo suficiente para acortar el esfuerzo y el tiempo en las distancias con holgura.

Ilde me ha dicho que parte pronto para otro viaje, esta vez a Alemania. Me ha ofrecido su coche mientras él está de viaje. Le he dicho que no, no quiero exponerle a ningún riesgo, aunque esto último no se lo he dicho pero creo que él lo supone. Alquilar un coche a su nombre también es un compromiso, y más si existiera algún percance conduciéndolo yo.

Ilde me ha vuelto a llamar; sólo Rufo y él tienen este número, sólo él me puede llamar desde el suyo, y como le he advertido no frecuentemente. Rufo si se tiene que comunicar conmigo tiene que ser por algo muy urgente e importante, y desde otro teléfono que no sea ni el suyo ni ninguno del taller.

Ilde me ha propuesto hacer una compra ficticia del coche de su suegro. Al suegro, por edad y por dolencias, no le renuevan el permiso de conducir desde hace más de dos años. Tiene un Opel, viejo pero impecable, que no puede usar y no usa nadie. El Opel ocupa un espacio en el garaje y paga impuestos y seguros en balde. Además tiene un valor ridículo, apenas un poco más de lo que le darían en un desguace. El pobre viejo ha aceptado con resignación que se llevaran su querido y bien cuidado Opel. Intentó varias veces que le dieran apto en el reconocimiento médico pero no fue posible. Acostumbrado el hombre a la independencia y la movilidad que da un vehículo, poniéndome en su lugar, tiene que ser un golpe no poder desplazarse a su huerto, a la playa o donde le apeteciera. Hay que entender que tarde o temprano llegará. La vejez sólo se supera dejando de vivir.

El Opel va perfecto. Me lo ha traído Ilde a la urbanización, hemos dado una vuelta y no le he notado nada de reseñar, sólo los años y el ridículo precio por lo que me lo ha ofrecido. Cuando ya no lo necesite será difícil que no recupere el dinero gastado. Ilde ha firmado el contrato de compra-venta y ya se hará la transferencia, si se hace.

Bueno, parece que las cosas desde que salí de Bergerac se están desarrollando mucho mejor de lo que podía imaginar. Aquí sólo me inquieta el poder saber de Candela y Leonardo, y ahí es donde me pierdo en un mar de dudas de cómo puedo dar con ellos. El teléfono del “Círculo” sigue mudo como una piedra, ni llamadas ni mensajes ni correos. Como el mío no lo tengo estoy prácticamente ilocalizable. Me fastidia por Jules, que estará junto con Madeleine preocupados por mí. Supongo que Jules habrá ido a ver a Rufo, y como es viejo zorro y tiene pelo de brujo habrá captado que estoy como y donde quiero estar. Por los demás amigos también me incomoda, pero es el precio que tengo que soportar para estar tranquilo y pendiente de lo que he venido a hacer. Por lo demás me he liberado de las enigmáticas llamadas de René, que ahora se me hacen sospechosas. Aunque ahora todo y todos, envuelto en el papel de la paranoia, se me hace sospechoso. También de las posibles llamadas de algún que otro curioso comprador de la casa. Mi hermana y mis sobrinas es posible que ni me hayan llamado aún. Hablamos hace una semana y nos llamamos como mucho una vez al mes. Tendría que ir al pueblo a ver mi tía Trini pero no me apetece nada, pues según me dijo mi prima Carmen, que hace unos días la llamé desde Bergerac, mi tía ha entrado ya en un estado terminal del maldito Alzheimer. Verla así y que no me reconozca me va a resultar penoso. Haré de tripas corazón e iré a verla, más que nada, por darle ánimos a Carmen.

“Sólo importa quien acudió en los peores momentos, quien sólo se arrimó en los buenos, no merece ninguna estima”. No sé dónde leí o escuché esta frase, pero la tengo muy presente por haberla constatado en mi vida.

A la que sí quiero ver es a la tita Deme; un día de estos iré a Isla a saludarla y a mis primos si están por allí.

No me dejo ver mucho por la zona. Salgo en la bicicleta temprano hacia la playa, la dejo junto a un chiringuito donde tomo café y voy a pasear por la orilla. Estos días la bajamar cuadra temprano y, como la luna está en nueva, las mareas son vivas y se anda mucho mejor. Inicio el paseo siempre hacia poniente, hacia Isla Cristina; camino poco menos de una hora, me doy un baño y vuelvo a desandar lo andado. A esa hora ya es el momento propicio para tomar una cervecita con un par de sardinas que aún no están en el momento óptimo por su grasa. Pido algo de comer para llevar y me vuelvo con la bicicleta al apartamento. Después de la española y confortable siesta, que en Francia volví a tomar como costumbre ya de casado, doy un paseo por el bosquecillo de pinos y las urbanizaciones colindantes. Es temporada

baja y hay muy poca gente, sólo los fines de semana se aprecia más movimiento. No me desagrada en absoluto, aunque tampoco es que quiera estar completamente aislado.

El teléfono de Marguerite empezó a sonar, no aparecía ningún número conocido, así que imaginé que sería Rufo.

- Dígame ¿quién es?

- Hola Marcos ¿qué tal estás? Por aquí ha venido mucha gente preguntando por ti: Jules y su mujer, también Martine, la dueña del hotel... - le interrumpí y no le dejé seguir hablando.

- Rufo, llama a Martine hoy mismo y le pagas esta semana con los dos días que faltan y la siguiente semana también. Le dices que estoy en Canadá, que he tenido que partir por una cuestión familiar importante. Ella supondrá que he ido a ver mi cuñado Víctor, se conocen de toda la vida. Ya hablaré con Víctor. – Ha sido una improvisación, pero ésa va a ser mi excusa – A los demás cuanto menos les digas mejor, y dependiendo del grado de amistad que tengan conmigo les dices lo mismo. Por cierto ¿desde qué teléfono me estás llamando?

- Desde el de Tico, el camarero del bar del polígono. Le he dicho que tenía que llamar a un cliente que tiene una factura pendiente y a mí no me contesta.

- Muy bien hecho. Procura llamarme sólo si es muy importante y urgente, nada más. Yo estoy bastante bien. ¿Vosotros?

- Bien, estamos bien, sin problemas. Lo único que nos preocupa eres tú. ¡Ah! Se me olvidaba, ayer por la tarde vino preguntando por ti un inspector, Albert me dijo que se llama. Le dije que hacía un par de días o tres que no te veía, aunque lleves fuera una semana. Me insistió que dónde podía localizarte, le dije que te había llamado al teléfono y no contestabas, que no sabía.

- Muy bien Rufo. No le vuelvas a decir que me has vuelto a llamar. Ya sabes, el teléfono lo tienen ellos y pueden saber que no es verdad aunque esté apagado. Si vuelve a ir y te pregunta dile que te he llamado, y si te pregunta desde dónde, le dices que no sabes porque no me lo has preguntado ni yo te lo he dicho. Le dices que imaginas que estaré por Burdeos o Biarritz que es donde suelo ir de vez en cuando. Si acaso te pregunta desde que teléfono te llamé, le dices que llamé al fijo del taller y que no te fijaste en el número. Si quieren investigar las llamadas, con todas las que recibe esa centralita, van a tener para un rato. Estoy pensando que no digas nada de Canadá, por si Albert habla con Martine o con cualquier otro. Di que nos estás seguro si estoy en Burdeos o en Biarritz, en casa de unos amigos y punto. Y no sabes nada más. Venga, ya estamos en contacto.

- Cuídate Marcos, esperamos verte pronto y bien. Un abrazo.

El hecho de que Albert, el inspector, hubiera ido a preguntar por mí me inquietaba. Ojala sólo sea para devolverme el teléfono y nada más. Qué cabeza la mía haber extraviado el teléfono en el Peugeot. Aunque quizás eso sea un factor que provocó que en el “accidente” no fuera yo la víctima. Pensar en ello me supera: mi parecido con ese hombre que conducía el Peugeot, que una hora antes era mío y que yo mismo lo había aparcado en el taller, y que mi móvil fuera en el Peugeot con las técnicas que hay para hacerle un seguimiento, me hace creer cada vez más que me he librado por segunda vez.

A la mañana siguiente saqué el Opel del garaje y marché hacia Isla Cristina. Lo bueno de esta urbanización es que es grande y cerrada, y solamente los vecinos y los trabajadores de empresas de mantenimiento y servicios tienen permitida la entrada. Como es grande y tiene varias manzanas a su vez independientes con piscinas, jardines y garajes cubiertos; es como un pueblo fortificado donde te confiere un grado de intimidad y aislamiento del exterior. En cierto modo es una seguridad ficticia, porque cualquiera que quiera entrar, sin esforzarse mucho, entra. Pero como son cientos de apartamentos, como no aparezcas registrado como propietario o inquilino, es más difícil encontrarte que si viviera en una casa a pie de calle en cualquier sitio.

Aunque si “Ellos” quieren me pueden localizar en cualquier sitio y en cualquier momento desde miles de kilómetros de altura; saber cuándo salí de casa, qué prendas llevaba puestas, y hasta si padezco de caspa. Si portamos un teléfono móvil el “seguimiento” es absolutamente efectivo, llegando a saber todos nuestros pasos durante días y meses, lugar y hora, de los que a nosotros nos cuesta recordar. Incluso nuestras conversaciones, mensajes, correos, imágenes y las webs que visitamos. Y hasta las probabilidades con bastante certeza de nuestros futuros movimientos e intenciones. Es así, Leonardo me lo explicó y me dijo algo que me llamó la atención, porque es tal cual, la frase preferida de “Ellos”, mil veces repetida para hacernos ver que es por el bien de todos: “Si no tienes nada que ocultar, no hay nada que temer”. Mientras “Ellos” que son los que más ocultan, y por tanto más tendrían que temer; actúan con la impunidad y felonía de crear tensiones, crisis económicas y humanitarias, golpes de estado, guerras y creación y financiación del terrorismo para ejercer la “loable” labor de velar por nuestra seguridad y bienestar. ¡Claro! tenemos que consentirlo y agradecerlo entregando libertad e intimidad a cambio de “seguridad”.

Llegué a Isla Cristina, a la puerta de la casa de la tita Deme. Llamé varias veces y nadie abría la puerta. Una vecina, de las que están más pendiente de la calle que de su casa, se dirigió a mí y me dijo que allí a esa hora no había nadie pues el matrimonio salió a trabajar. Aquello me extrañó ¡Que

mi tita Deme y su hombre salieran a trabajar...! Ya no tenían edad para ello, pues mi Tita, que me sacaría unos siete años, era la más pequeña de los primos de mi padre y llevaría jubilada por lo menos dos años. Después de preguntarle si allí vivía Demetria, Deme, como la conocen sus amistades y vecinos, me dijo que no, que la casa es suya pero la tenía alquilada a un matrimonio. Cuando ya no sabía a quién recurrir y sólo me quedaba volver cuando llegara el matrimonio que había alquilado la casa para pedirle el número de mi tía, la vecina de la casa contigua que habría estado escuchando se asomó a la puerta y me preguntó:

- ¿Usted qué quiere de la Deme? – Como si me preguntara más por defenderla viniendo el caso que por darme alguna explicación.

- Pues quiero verla, señora. Es mi tía.

- ¡Su tía! pues parece usted viejo para ser su sobrino. Los sobrinos de Deme son más jóvenes que usted. – Dijo con una expresión de desconfianza que recorrió toda la calle, tanto que me molestó más que el que me llamara viejo.

- Señora, es tía segunda mía, prima hermana de mi padre. Hace años que no la veo porque me fui de muy joven a trabajar al norte, y desde entonces la habré visto muy pocas veces.

- Pues ella vive en Portugal con su hombre. Pásese más tarde a ver si mi hija tiene el número de su teléfono. ¿Usted cómo se llama?...

Después de decirle mi nombre y recalcarle que no hacía falta decirle mi apellido, pues soy el único sobrino que se llama Marcos, no pareció quedarse muy satisfecha por no decirle mis apellidos. Si ella tenía motivos para ser cauta en explicaciones, pero muy suelta en pedirlos; más tenía yo.

Cuando volví después de pasear hacia la Punta del Caimán, de tomar un café en el Cantil viendo en la desembocadura de la ría el trasiego de barcos, y observar a pescadores con sus cañas lanzando el sedal para ver si alguna ondina linda y generosa llevara a sus anzuelos algún robalo, alguna dorada o una por no más apreciada menos sabrosa caballa; volví a casa de mi tía a ver qué me decía la vecina descarada tan reservada como preguntona.

- ¡Ay hijo! Perdona, pero tú sabes, no hay que fiarse de nadie; que hay mucho engaño, que dicen que tienen que hacerte una “inpesión” del “gá” y te la meten “doblá”... Anda, pasa a mi casa ¿quiere un cafelito, o una “cervesita”?

Mi tía Deme vive en Portugal. La vecina no pudo disimular por mucho que intentara convencerme que había hablado con su hija, pero la verdad es que había llamado a mi tía Deme. Me dio el número de teléfono de ella, no sin antes insistir bastante en que entrara en su casa a tomar algo con su gracia isleña y con la buena, ahora, predisposición de atenderme. Para que no se sintiera ofendida le pedí un vaso de agua y entré dos pasos en su casa,

declinando la invitación de que me sentara. Ya sabía que vivía en Francia, incluso se acordaba o quería acordarse vagamente de mi padre, que aunque mi padre fuera de Isla Cristina, bien es cierto que ella sería una niña cuando mi padre dejó el pueblo para ir a trabajar donde conoció a mi madre.

Llamé a mi tía Deme, y después de hablar un buen rato con ella, por su cariño, animosidad y gracejo me dieron ganas de verla cuanto antes. Me confirmó que vivía en Portugal, en una casita en el campo con su huerto de verduras, hortalizas y frutales; que tenía gallinas y vendía sus huevos y algo más que ya me diría... No paraba de hablar. Estaba feliz con su sitio y con su “su hombre”, como dicen por aquí. Sus hijos, Mar y Andrés, viven fuera, ella en EEUU y él en Huelva. La última vez que les vi apenas eran unos adolescentes; si me cruzo con ellos por la calle ni les conocería. Quedé en visitarla pronto, me dijo que la avisara para prepararme algo especial para comer. Sí, tengo ganas de verla, de conocer su sitio y a ese hombre que en las puertas de la etapa de la vejez la ha hecho feliz.

Llevo un par de semanas aquí y muy a gusto. Sólo me inquieta que el teléfono del “Círculo” esté callado como una momia y no saber nada de Candela y de Leo. El viejo Opel del suegro de Ilde me viene de perlas para desplazarme y visitar sitios de Huelva y Portugal. Reconozco mi temor por los sucesos y he tomado la decisión de no reincidir con frecuencia en los mismos lugares. He dejado de hacer de mi vida una monotonía fácil y previsible de llamar la atención y seguimiento. Me cuesta, pues dejar de dar los paseos por las playas de Isla a diario y sólo hacerlo de vez en cuando me obliga a ir a pasear por las playas de Isla Canela, Punta Umbría; también me acerco algún día a las playas del Algarve más próximas a la frontera: Monte Gordo, Praia Verde, Manta Rota. Son arenales inmensos de arena fina y blanca. Pasear por estas playas y darme un chapuzón es un placer que me relaja y equilibra, que insufla fuerza vital al cuerpo y hace que los males y dolencias mengüen o desaparezcan.

No es fácil desapegarse de hábitos y costumbres; no me resulta ni fácil ni cómodo prescindir de ir con asiduidad a la misma playa ni a aquellos bares, chiringuitos y restaurantes donde te tratan con amabilidad, coges confianza, el servicio es bueno y lo que te sirven merece la pena por su calidad y precio. Voy descubriendo lo bueno, lo regular y también lo desdeñable, aunque esto último raramente, pues uno ya tiene edad, tablas y calle para observar desde fuera qué y cómo se puede cocinar dentro. Es así, con muy pocos datos se capta la pulcritud o su ausencia, y la profesionalidad o la carencia.

A mi pesar no salgo por las noches; he dejado el alcohol nocturno y el diurno lo tengo muy limitado. Hay que estar, por las circunstancias y por salud, lúcido y despierto ante cualquier llamada o encuentro que me pueda hacer meter la pata. No puedo permitirme el lujo de ponerlo fácil en ningún sentido; tengo que estar alerta y bien despierto. Así que sólo tomo alguna

cerveza o dependiendo del momento y mi apetencia un vaso de vino comiendo, y agua, mucha agua. Echo de menos el sopor animoso que me producen unos cuantos vinos, o algún que otro Gin Tonic, sobre todo con amigos, pero no me queda otra.

Cuando empieza a caer el sol procuro estar en el apartamento. Desde la terraza los atardeceres son espectaculares. Hace unos días que fue el equinoccio de primavera, los días se alargan y el sol se va poniendo cada días más hacia el norte. Ahora, si los días son claros, desde la perspectiva de mi silla en la terraza, el sol se oculta entre las cumbres del volcán de Foia en la “Serra de Monchique” y el “Cerro de São Miguel”, que guarda las espaldas de Faro y Olhão, en el centro del Algarve. Espero estar aquí en el mágico solsticio de invierno y poder ver como amanece y atardece en la mar.

En las noches, si son claras y la humedad no espesa el horizonte, con la luz apagada en el apartamento, los haces del fulgor del hermoso faro de porte fálico y soberbio de Vila Real, iluminan levemente la terraza y el saloncito cada cuatro segundos; los he contado mentalmente muchas veces. En estas noches de finales de marzo, poco después del atardecer, se aprecia Venus, pajizo e intenso hacia el oeste, desplazándose poco a poco al noroeste y desaparecer engullido por la oscuridad terrestre. Júpiter hacia el este-sureste, y el rojizo Marte desplazándose de sureste hacia el sur. Lo más espectacular es cuando la Luna llena entra en la perpendicular del trozo de mar que se divisa desde mi posición; entonces prende la mar y la hace parecer un cuchillo de plata con el filo brillante por las luces amarillentas de la Punta del Moral.

Me ha llamado Ilde, preguntándome cómo me va y cómo va el Opel. Ya está de vuelta de Alemania. No sé qué transportó esta vez, seguro que mandarinas o naranjas tempranas, ni cuál lugar fue el destino. Tiene que volver a cargar vino cerca de Bergerac, iba conduciendo y en ese momento no supo precisarme el pueblo. Ha visto que está cerca de Bergerac, y que no le importaría desplazarse si acaso yo necesitara algo de allí. Le he dicho que me lo pensaré, que quizás sí. Tiene que ser mañana temprano cuando se lo confirme. No me vendría mal que Rufo le pagara en metálico el alquiler del taller, aunque sea con un par de días de adelanto. Entre la fianza y el mes en curso del alquiler del apartamento y la compra del Opel tendría que estirar el dinero que tengo para estar tiempo aquí; por eso si Ilde me trae el dinero del alquiler, Rufo no tendría que hacer ningún ingreso ni yo tendría que ir a ningún banco e ir dejando pistas. Tengo esta noche para reflexionarlo con Morfeo, y mañana temprano si considero que es así llamaré a Rufo y a Ilde para que me haga el favor.

- Buenos días Antoine, hazme el favor de ponerme con Rufo. – Antoine es el responsable de recambios y también atiende de vez en cuando el teléfono del taller cuando Claire, que lleva la administración, está atendiendo otra línea o no puede en ese momento atender al teléfono.

- Bueno días don Marcos, ¿qué tal, cómo va todo? ¿Cuándo va a venir por aquí; está usted muy lejos? - Antoine es vecino de Rufo. Se quedó en paro en una empresa que cerró, y Rufo un par de meses antes de alquilarme el taller me dijo si podíamos darle trabajo. No es que a primera vista me cayera muy bien. Hay algo en él que mi vibración rechaza. Es de los que pregunta más que un juez con genes de portera y sacerdote.

- Sí va todo muy bien en unos días volveré. Estar, estoy muy cerca. Hasta la vista.

Hablé con Marcos y le expuse la intención. No me puso ninguna impedimento, cuando llegara Ilde le daría el dinero y ya le firmaría el recibo. Me volvió a decir que el inspector, Albert, había vuelto por allí preguntando por mí, que estuvo exigiéndole de no muy buenas maneras que tenía que verme urgentemente por mi bien. Recalcó que me lo hiciera saber. Rufo me dijo que sólo le dijo que dependería si yo volviera a llamar. Le dije a Rufo que le dijera que no le había llamado. También me dijo que un señor había ido dos veces preguntando por mí. Por las referencias que me dio sobre su aspecto y diciéndome el modelo del coche con el que llegó entendí que lo más probable es que fuera René.

El que tanto René como Albert estén buscándome, realmente me incomoda. Sobre todo René; tengo muchas dudas de cuales podían ser sus verdaderas intenciones.

Tenía que dar un paso para indagar dónde y qué podía ser de Leonardo y de Candela, y de todos. No podía quedarme parado a que sonara el teléfono en estado catatónico del “Círculo”. A la finca era una estupidez volver, visto el recibimiento que me hizo el mastodonte “hiponeuronal”. Así que tuve que exponerme y contravenir mis propias normas de pasar desapercibido como la sombra de una pompa de jabón.

Allí estaba, aún no le había visto a él, pero su furgoneta estaba donde a estas horas suele estar, habitualmente mal aparcada. Podría apostar en el bar que está por la hora que es entre la media docena de bares que recorre por la Antilla.

Si él fuera objetivo de un sicario o un terrorista sería más fácil liquidarle que pisar una hormiga. En efecto, estaba al fondo del primer bar en el que intuí que estaría; apoyado en la barra como le vi la primera vez que no le reconocí en un principio y él sí a mí. Fue la noche que les dejé un “buen recuerdo” en el Ford de los “vigilantes” que me puso Leo. Allí seguía, como si no hubieran pasado meses, semanas ni días. Una nalga apoyada en el taburete y la otra fuera, no por comodidad, por imposibilidad de apoyar

las dos. Con su oronda barriga asomándose como un ser ajeno a él por debajo de la camisa, como queriendo escapar; a la que debe de tener mucho aprecio pues la mantiene con dedicación y la retiene para que no huya de él. Con un vaso de vino tinto y una platera de aceitunas que picaba de vez en cuando sin apartar la vista de la pantalla, mascullando abiertamente insultos y apretando el puño haciendo el gesto de golpear a algunos de los especímenes que en esos momentos aparecían en el noticiario. Aprecié que tenía un pie vendado y a su lado una muleta descansaba apoyada sobre la barra.

- Camarero, por favor, me sirve una cerveza, y a aquel señor del fondo de la barra, el que está viendo la televisión, le sirve una copa cuando acabe la que tiene.

- ¿Al Cajirón? Sí hombre, ahora mismo... ¡Cajirón! Este señor te invita a un tinto.

Ya recuerdo el porqué del apodo de Miguel: los cajirones son las vasijas de barro que se utilizan para capturar los pulpos poniendo un cebo dentro. Miguel siempre estuvo gordo, desde la niñez, y su padre y, por lo que recuerdo, su abuelo también. Por eso sería; el cajirón tiene formas redondeadas, algo así como un botijo. El apodo lo heredó su padre, y el padre de su padre, y él no iba a ser menos en rehusarlo viniendo como poco del abuelo. Observándole, le viene al pelo.

El Cajirón se giró casi media vuelta con el esfuerzo de hacerlo sin apoyar el pie vendado y con el cuidado de que al desplazar la nalga apoyada no tumbara el taburete, y con el taburete, él.

- ¿Qué te ha pasado Miguel? ¿No me digas que te ha fichado el San Roque F. C. y te has lesionado?

- ¡Hombre Marcos! Qué alegría verte de nuevo. Pues no, no me han fichado... Ellos se lo pierden, porque de portero con lo que ocupó no tendrían que poner barrera en las faltas. Pues lo que me ha pasado ha sido por culpa del “joputa” del Yoni.

- ¿El Yoni? No le conozco. ¿Qué te hizo, te pisó?

- Sí que le conoces, le conoce todo el mundo que entra en los bares. No, no me pisó, me lo bebí: el “Yoni Güalker”. Tú sabes, me lo pusieron enfrente y le dije como en los duelos de las pelis del Oeste: “o tú o yo, escocés de los cohones”. Acabé con él, pero salí cojo del forcejeo... Y me ha jodido salir cojo, que mi padre con razón decía: “con los cojos y con los rojos, mucho ojo”

Como me habló desde el final de la barra dando voces, todos reímos: los pocos clientes, algunos forasteros, el camarero, y yo, que no siendo forastero como si lo fuera. La guasa del Cajirón.

Me acerqué a él, y sin pretenderlo pero sabiendo que iba a ser inevitable me dio un abrazo que me aromatizó de grasa y sudor.

- ¡Niño! Haz el favor de apagar la tele o pon otra cosa, que ha llegado un amigo mío y no me quiero cabrear más viendo a tanto cerdo tratándonos como a borregos. Como Dios o el diablo me concedieran estar invisible un día entero... ya te digo yo que arreglaba esto a base de collejas.

El Cajirón es muy bruto, pero no tonto. Eso sí, nostálgico franquista. Incluso en la escuela recuerdo que no era malo con los estudios, y también entonces nos reíamos con él; ponía a Don Casiano, al maestro, en más de un aprieto con preguntas y planteamientos que podían parecer ridículos, pero eran muchas veces ridículamente inteligentes. Las circunstancias de entonces hicieron que no pudiera seguir estudiando por mucho tiempo, como pasó con la mayoría. Pero es de los que leía cualquier hoja impresa que caía en sus manos; incluso libros. Se puede decir que tiene ese punto de medio-sabio por los años y por las penurias y estrecheces que ha pasado en la vida, por lo mucho que ha trabajado y por los años que aún le quedan para llegar a cobrar una mísera pensión siendo autónomo. Pero a él, más que por él, lo que le agobia es lo que puedan pasar sus hijos.

- Miguel, no sé por qué tienes que ver las noticias. Cualquiera día te da algo.

- Si sé que tienes razón, Marcos. Por eso le he dicho que las quite o que cambie a otra cosa. ¡Ay Madre! Si Don Claudio levantara la cabeza.

- ¿Don Claudio? ¿Quién era Don Claudio? – le pregunté perplejo –

- Quién iba a ser, Don Francisco Franco Bahamonde, el Generalísimo. – Intentó parecer que se ponía firme, rotando la nalga sentada en el taburete, y sin ningún pudor hizo el saludo fascista.

- Ya... Cualquiera tiempo pasado fue mejor, pero porque éramos jóvenes, nada más. Pero dime ¿por qué le llamas Don Claudio...? – Puso un gesto serio y la voz más grave pero el tono más bajo y empezó a contármelo con solemnidad; esta vez como si fuera una confidencia de la que no quería que se enterase nadie, nada más que yo.

- Un día Franco fue a inaugurar un pantano, uno de tantos que tanto bien han hecho a España por mucho que el “rojerío” no lo quiera reconocer. Y cuando ya acabó la ceremonia y se despedía de todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la provincia, al final le dio la mano al alcalde del pequeño pueblo del término municipal donde se encuentra el pantano; entonces el alcalde, con una boina “calá” hasta las orejas, le dijo:

- *Muy honrado por su visita Don Claudio, espero verle pronto de nuevo por aquí.*

Franco se sorprendió y le preguntó por qué le llamaba Don Claudio, a lo que el alcalde le dijo:

- *Hombre, Don Claudio, una vez que cojamos confianza le llamaré “Claudillo”.*

No sé si la anécdota fue real, que no me extrañaría, o invención del Cajirón, que podía ser, o que la hubiera escuchado a alguien que tuviera la misma imaginación y gracia que desbordaba muchas veces el Cajirón.

Aquella noche me cuidé muy mucho de no beber apenas en comparación con la última borrachera que pillé con él. Fue la noche que quise sonsacarle lo que él sabía y deducía de la vida de Leonardo. Cuando recuerdo lo *perjudicado* que acabé aquella noche, que arrojé al suelo de la habitación del hotel un buen dinero en viandas semi-digeridas; la resaca que padecí al día siguiente y el dolor de cabeza que me produjo escuchar los reproches de Leonardo viajando en el Jaguar a Portugal; recordarlo aún me da arcadas. También fue el día que se me quitó la resaca en un momento, y el inicio del despertar del engaño financiero-energético cuando levantó el capó del Jaguar en La Fábrica, junto a Caçela Velha.

- ¿Entonces te has enterado que tu amigo Leo, su hermana, la chiquilla, el moro y todos los que estaban en la nave de la finca, ya no están? - Afortunadamente me lo soltó, después de un par de vinos más y aguantarle el mitin profranquista, sin tener que preguntarle.

- ¿Su hermana? ¿Quién es su hermana? - le pregunté sorprendido pero temiendo la respuesta.

- Su hermana, su hermana pequeña, la Candela; hermana de madre, que no de padre.

- Pues no, no sabía que Leo y Candela fueran hermanos. – Me fastidió enterarme por el Cajirón, y que ni Candela y sobre todo Leonardo no me lo hubieran dicho.

- El que no te lo dijeran es normal. Además te fuiste siendo un mozuelo y ella vendría al mundo poco después. Su madre, viuda, se quedó embarazada, y aunque todo el mundo suponía de quien, en vida nunca la reconoció el padre. Se dice que la madre de Leo lo quiso así. Pero sabes qué: fue lo mejor que le pasó a su madre, a Leo mismo, a su hermana Blanca y por supuesto a Candela.

El padre reconoció a Candela en su testamento, se confirmó al fallecer. Lo podría haber hecho cuando él también se quedó viudo, pero aunque su mujer estaba tan enferma que ni siquiera se dio cuenta del embarazo y del parto de la madre de Leo, siendo ella la que asistía a la pobre mujer, prefirieron los dos que fuera así. Supongo que por respeto. Imagina, en el pueblo dicen muchas cosas, y muchas de ellas con envidias y no con buenas intenciones. Los sobrinos del Capitán acudieron a la apertura del testamento como buitres. Las caras que se les puso en el momento que el notario lo leyó fue para hacerles una foto y enmarcarla. No nombró a ninguno de los sobrinos, solamente a Candela, la mejor atendida claro está, a Leonardo y a Blanca como beneficiarios, y a la madre le otorgó el usufructo de por vida y un buen dinero. Por eso te digo que esa mujer con lo que sufrió antes en el pueblo, y después con el embarazo, parto y cría de

la niña, por los mentideros envidiosos; por lo menos tuvo una vejez holgada que bien la mereció. Aunque Candelita más de un disgusto les dio a la madre y a los hermanos con sus devaneos de niña consentida, mimosa y caliente como un cisco. Bien le pusieron el nombre.

- Bueno, y ahora qué sabes de Leo y de Candela, dónde pueden estar si no están en la finca.

- No tengo ni idea. Sé que no están porque dio la casualidad que mi hijo, que está trabajando en la obra de un chalet que está cerca de allí, pasaba con su furgoneta por la carretera donde está la finca, y vio dos tráiler enormes con matrícula de Portugal entrando un día; y al día siguiente se cruzó con ellos, supongo que cargados. De esto hará unos tres meses, al principio del verano. Claro, no sabemos qué dirección tomaron ni cuál era su destino. Por lo que dicen en el pueblo la finca no se ha vendido. O por lo menos no se ha registrado, y tampoco han acudido a ningún notario de aquí, aunque pueden haber ido a otro de cualquier sitio.

- ¿Y Blanca lo sabrá? – Le pregunté mientras él apuraba el vino y daba señas al camarero para que pusiera otra ronda.

- Podrías preguntarle, pero no creo que lo sepa; Leonardo se lleva bien con Blanca pero no con el cuñado, y Candela no se lleva ni con Blanca ni con el cuñado. Los que quizá sepan algo son los guardeses pues están allí todavía. Pero no creo que lo sepan, y si lo saben no creo que te lo digan; son mudos e invisibles como los fantasmas.

En eso sí tenía razón el Cajirón, tanto Angustias como Alfonso eran discretos y parcios en palabras como unos fantasmas. Ahora recuerdo que sólo crucé con ellos saludos protocolarios que ellos contestaban con una discreta sonrisa. Además, teniendo al hipo-neuronal y mastodonte de portero de la finca, volver a ir y preguntar sería ponerme en evidencia.

- El único que quizá sepa algo – prosiguió el Cajirón – sea un amigo de Leonardo, del que no recuerdo el nombre. Sé que tiene que vivir en Portugal pero no te puedo precisar dónde. Ese hombre vino al principio con bastante frecuencia, pues coincidí con él varias veces cuando he trabajado en la finca. No sé si es español, tampoco parece portugués. Pero sí te confirmo que tenía mucha amistad y confianza con Leonardo. Venía en un carochito de los antiguos, gris claro con matrícula portuguesa de las antiguas, de las que son negras y tienen salientes los números y las letras blancas. Echaba humo blanco; tenía que tener la junta de culata más abierta que la novia del Pipi.

- ¡Un carochito! ¿Qué es un carochito? – le pregunté riéndome por el comentario de la novia del tal Pipi, pero absolutamente perdido por el término de “carochito” –

- ¡Vaya! Como se nota que ya no eres de aquí. ¿No te acuerdas? Aquí a los escarabajos se les llama carochitos, como en Portugal, porque los primeros que se vieron por aquí eran negros y redonditos.

- Entonces te refieres a un Volkswagen escarabajo ¿no?
- Sí, gris claro y que echaba mucho humo. La verdad es que no sé si lo tiene aún, porque hará un año que no le veo. El coche estaba perfecto de chapa, de pintura y el interior también; como si lo hubiera sacado de la casa hace un mes, cuando tiene que tener más de cuarenta años. Aunque el tubo de escape echa más humo que los apaches invitando a los del pueblo de al lado a una fiesta. Si no lo repara no creo que esté para muchos viajes.

Eso de que echara humo blanco me daba que pensar que es posible que también le hubieran puesto el dispositivo de hidrógeno.

Miguel prosiguió:

- Sé que tiene que vivir en Portugal, creo que por la zona de Tavira, Olhão o cerca de por allí, porque le he visto en dos ocasiones en el mercado de Moncarapacho, que es el primer domingo de cada mes. Mi mujer los domingos me hace ir a los mercadillos de ambulantes de los pueblos portugueses cerca de la frontera. Ya sabes: “bichea” por allí, compra algún trasto y después comemos en alguna venta, “casa do pasto” que dicen los portugueses. Más no puedo decir porque no lo sé. Ya te digo, creo que ese hombre es el único que quizá sepa algo de ellos porque los dos extranjeros que vinieron al principio con Leonardo no les he vuelto a ver.

Es fácil reconocerle, tiene el pelo un poco largo cubriéndole el cuello y completamente cano; bigote grande, también cano y espeso; no está gordo ni delgado pero se le nota que está fuerte para su edad. Tendrá unos setenta años, quizás más pero muy bien conservados; de estatura como la tuya. Siempre que le he visto lleva un sombrero blanco como los cowboys. No pasa desapercibido. Si quieres dar con él te costará un tiempo, pero no es como encontrar una aguja en un pajar aunque tengas que dar vueltas por esa zona que te he dicho de Portugal.

Hay momentos que no pueden pasar desapercibidos desde la terraza del apartamento, y son el amanecer y el atardecer. La terraza da al poniente, y los atardeceres son preciosos si la tarde es clara. Si hay algunas nubes que no impidan ver claro el horizonte, éstas se inflaman como una paleta de cientos de tonos pasteles que se apagan suavemente despidiendo al sol. Pero los amaneceres también con días claros, en estas fechas, son de agradecer por el regalo que brindan: entra el sol por la ventana de la cocina atravesando y alumbrando el pequeño apartamento. Pero lo que más impresiona es como el sol según se va alzando, despierta la blancura de las casas de Isla Cristina, Ayamonte; también las de Vila Real y las aldeas y casitas que salpican los montes de Portugal. La mar va despojándose lentamente de su camión gris mostrando su piel azulada, celeste, hasta mostrar sus encantos poco a poco en azules brillantes e intensos. El bosquecillo de pinos se despereza asomándose a cada instante en un verde

más intenso, provocando un contraste de luces y sombras en el lecho de pastos que lo envuelve.

Cada atardecer y cada amanecer son diferentes, y como diferentes son únicos.

Llamé a mi tía Deme, y le dije que cuándo le parecía bien que fuera a verla. Siendo ella como es me dijo que por qué no iba ese mismo día, que tenía muchas ganas de verme. Me trastoca a la vez que me sorprende, gratamente, la espontaneidad e improvisación de las gentes de mi Andalucía.

Así, que sin pensarlo me puse en marcha en el viejo Opel hacia los besos y abrazos de mi tita preferida, tan preferida que la recuerdo en mi niñez y después en mi pubertad como si fuera una prima mayor a la que miraba y deseaba en mis fantasías como la amante que arrojara al estanque de la inocencia todos mis deseos inconfesables hacia ella. Cuando nos visitaba en el pueblo o acompañaba a mi padre a Isla y la saludaba, siendo yo un adolescente, con su efusividad espontánea de animoso carácter me besaba y me apretujaba haciéndome sentir sus pechos y sus carnes sobre mi enclenque cuerpo, provocándome siempre una erección que rápidamente intentaba ocultar. Me era imposible disimular el rubor y los sudores que me provocaba. Creo que se daba cuenta y se reía para adentro. Aunque me conociera desde que nací, no dejaba de ser una niña cuando yo vine al mundo. Para mí fue en aquellos años de pubertad, e incluso al principio de llegar a Francia, la musa de mis fantasías eróticas.

Fue una suerte en cierto modo que el Cajirón no debiera de beber, aunque bebió, por estar medicamentándose por la lesión del pie. Yo bebí unos vinos tomando alguna tapa, y el vino, si es bueno, no te deja a la mañana siguiente la resaca tormentosa que provocan los combinados de licores y refrescos. Así que iba a la dirección que me indicó la tita Deme más fresco que un jurel nadando detrás de unos chanquetes. Antes pasé por el mercado de abasto de Vila Real de Sto. Antonio. Allí, en los locales exteriores del edificio que acoge el mercado hay un pequeño café con una terraza en el exterior que tiene la forma de un vagón de tren; pedí mi café abatanado, como se dice en Portugal, que es un café solo doble no muy intenso, y unas torradas con “manteiga” de las Azores. Después de comprar unas flores y una botella de vino en el mercado como presentes para mi tía y su pareja, me encaminé en el Opel hacia la ubicación que me había proporcionado, un poco más al norte de Vila Nova de Cacela.

Desde anoche no dejo de pensar en lo que el Cajirón me comentó de Candela. No ya sólo que fuera hermana de Marcos, sino lo que sabía de ella con mayor o menor certeza, y con más o menos dudas por los chismes y

habladurías del pueblo. Pero lo decía con tal seguridad que lo daba por cierto, y con las reservas sobre los cotilleos que me estaba llenando de angustia el corazón. Y sé que si le hubiera dicho que yo había tenido una relación íntima con ella, que me atraía hasta amarla; lo más probable es que se hubiera callado. Suele pasar: “Hay que ser muy honesto, muy amigo de verdad, para advertir de algo que pueda causar daño por el temor de que la advertencia se vuelva en contra”. Los años me han hecho creerlo así.

Quedaban apenas unos kilómetros para llegar a la ubicación que me había indicado la tita Deme. Hacía apenas nada que había atravesado el cruce de Cacela Velha. El Opel sorteaba cuestas y curvas hacia el norte ascendiendo entre colinas con casitas rústicas y algún que otro chalet más o menos ostentoso. Manchas de pinos, huertos aledaños a las casas y algún que otro pequeño viñedo iba quedando atrás; alejándome del mar que a veces se reflejaba en el retrovisor. Iba bien, el cartel de la aldea de Corte de Antonio Martins aparecía a la vista. Después de atravesar ese pequeño núcleo a un par de minutos me esperaba mi destino.

¡Y Candela...! y Candela seguía en mi cabeza, y las palabras del Cajirón angustiándome, y aún más las que se callaría.

Aparqué el Opel a la entrada de una cancela de color verde inglés donde mi tía Deme había atado una cinta brillante y plateada como me dijo que haría para que la identificara, aparte de indicarme que la casa estaba a unos doscientos metros a continuación de una venta llamada Casa Fernanda. Se sorprendió cuando le dije que no llevaba navegador; le di unas excusas poco creíbles, pero ir con el navegador del teléfono buscando su ubicación era ir mostrando la mía. Así que el teléfono siempre apagado y con la batería fuera – las indicaciones de Jamal la primera vez que le conocí al entrar en el Jaguar las seguía y no se me olvidaban -. Lo activo unos minutos cada vez en un sitio diferente por ver si hay algún mensaje de llamadas.

Me vio asomarme a la cancela. Estaba pendiente de mi llegada desde su posición en el porche de la casa, sentada en un poyete donde limpiaba hojas y tallos secos de una jardinera de la que brotaban plantas que la mayoría desconozco. Se levantó con la misma agilidad que la recuerdo a pesar de seguir estando gordita, pero no tanto como yo creo que estaba la última vez que fue hace años. Me hizo señas para que abriera la cancela y entrara el coche mientras se acercaba hacia mí deprisa, casi corriendo con la sonrisa alegre tan suya que hacía resaltar en las mejillas sus hoyuelos.

Desde que paré el motor del coche pude escuchar música que procedía de la casa. Eso, sin que me lo advirtiera ella, era otra señal inequívoca que había llegado a su lugar. Los Tres Tenores expandían desde un reproductor el “O Sole Mio”. El canto de los tenores y los acordes de la orquesta hacía enmudecer los pájaros y todo ruido cercano por la casa y sus alrededores,

acompañando en armonía los aromas de las flores y de los árboles frutales que en el inicio primaveral empezaban a mostrar las alegrías de vivir.

- ¡Granuja! Que bien estás, que bien te veo granujilla... - exclamando de tal modo que los Tres Tenores parecieron callarse. Me abrazó y besó como tantas veces hizo hace tantos años. Esta vez no me provocó una erección; seguro que por la edad, quizás por el lugar, pero es posible que si me hubiera continuado abrazando y besando... Quién sabe.

Su pareja salió de la casa con una pequeña espátula en la mano que dejó encima de la mesa que estaba en el porche. Se lavó las manos en una fuentecilla anexa a la casa y se acercó hacia nosotros; me saludó dándome un apretón de manos y mi tía me lo presentó:

- Os presento: Marcos, éste hombre es Alejandro... La alegría de mi jardín. – Y diciendo eso le dio un beso abrazándole y no parando de reír. Así es ella: efusiva, apasionada, intensa. – Alejandro, éste es el granuja de mi sobrino Marcos. Ja, ja, ja...

Mi tía parecía que había encontrado el lugar y el hombre donde, por fin, estaba consiguiendo ser feliz. A los dos se les veía en la antesala de la vejez muy saludables. Las expresiones de sus caras y la agilidad de sus cuerpos indicaban que vivían bien. En aquella pequeña casita de campo ornada con el buen gusto de ambos, con vistas hacia el horizonte, desde el otero que se encuentra, al mar y a España detrás del Guadiana; no se podía ser otra cosa que sin mucho esfuerzo y poco más ser feliz.

Los dos vivían de sus mermadas pensiones y alguna renta atendiendo el huerto, las gallinas y las plantas aromáticas y medicinales que cultivaban, secaban, procesaban y después vendían a una joven que las ofrecía en un puesto ambulante por los mercados de los pueblos; De ese modo tenían las necesidades básicas cubiertas para subsistir sin lujos pero sin agobios, pudiéndose dar de vez en cuando el placer de hacer una escapada en un pequeño velero que tenían varado en Santa Luzía de Tavira; comer en algún restaurante, acudir al teatro, a conciertos, y tomar alguna copita escuchando buena música en una terraza viendo salir la luna hermosa, que como se muestra aquí, en pocos sitios aparece con la misma grandeza y luminosidad. Todo sin alejarse mucho tiempo de su morada; de sus perros, de sus gatos, del huerto y de su felicidad sosegada.

Alejandro hace esculturas de terracota que le piden por encargo. Tiene sentimiento y destrezas en las manos; refleja con precisión y buena técnica las caras en los bustos que le encargan. Por ahí también se hacen de un dinero que satisface su afición, según me dijo, tardía.

A pesar de la insistencia de que me quedara esa noche a dormir en su casa, me inventé varias excusas que mi tía y Alejandro objetaban con fundamentos. Pero les hice ver que volvería muy pronto, que me había encantado el sitio, la acogida, la comida y las conversaciones. Así que volví

al apartamento a pasar la noche, prometiéndoles que volvería antes que de inmediato. Me fui contento porque vi a mi tía feliz con Alejandro, el cual me causó la buena impresión de ser un buen hombre que los años vividos no le han maltratado el físico ni el carácter.

Pero también me fui ilusionado porque me dieron el nombre y el pueblecito donde vivía el hombre que me dijo el Cajirón, él que podría saber algo de Leonardo y de Candela.

Le conocían de vista y habían oído hablar de él. Era un personaje enigmático y peculiar que tenía fama por la zona de sabio y de brujo. Me contaron anécdotas de él que se contaban por la comarca: se le solía ver las noches de luna llena caminar por los campos con su bastón recogiendo plantas con las que hacía ungüentos y mejunjes que ofrecía, si era necesario, a los que acudían a consultarle por las dolencias del cuerpo, de la mente y del espíritu. Que a veces son por causas diferentes y muchas veces por la misma. Las beatas se santiguaban cuando con él se cruzaban, pues también se decía que en el huerto de su casa solía vérselo completamente desnudo, si el tiempo era apacible, en los días que no recibía visitas.

La desnudez para ellas, también para muchos, sólo es bien tenida en un Cristo cubierto de sangre y agonizante clavado a una cruz.

Un día Gustavo – así me dijeron Deme y Alejandro que él se llama – llegó de visita a una finca y observó que el capataz de la misma tenía mal color y se quejaba mucho del estómago. Él, Gustavo, le dijo: “Coge el botijo que tienes al lado y rómpelo, ahí tienes la causa del mal que te enferma”. El capataz sorprendido, conociendo la fama del señor Gustavo, rompió el botijo y del mismo salió un sapo. El capataz le preguntó cómo había podido llegar allí el sapo; si fuera posible que alguien lo hubiera echado. Gustavo le contestó: “cuida bien de lo que comes y lo que bebes, tenlo presente” El capataz mejoró después de romper el botijo, pero pasados unos meses enfermó y murió. Las lenguas afiladas comentaban que fue la mujer del capataz la que puso el sapo, y después... No hizo mucho caso en cuidar de lo que comía y bebía.

También me comentaron del tal Gustavo que un día se acercó un inspector del Fisco haciéndose pasar como si padeciera algún mal, pero lo más probable es que fuera por la denuncia de algún envidioso por si cobraba dinero que no declaraba, aunque jamás pedía nada a cambio, sólo aceptaba regalos en especies. Aunque entre las especies solía surgir un pequeño donativo en forma de papel moneda. El inspector le comentó a Gustavo que no se encontraba bien y que pensaba que tenía alguna dolencia. Gustavo le observó el iris de ambos ojos con una lupa y le dijo que para su edad no tenía nada importante que reseñar, sólo que se alimentara mejor. Pero dicen que también le dijo que si él estaba bien, su vehículo no lo estaba tanto, que lo llevara al taller. El inspector le pidió la minuta, a lo que Gustavo le dijo que no era nada, por lo que no había denuncia que valga. Pero se fue

riéndose por el consejo, saliendo de la casa meneando la cabeza de un lado al otro y mostrando una sonrisa burlona hacia los que esperaban visitar al Sr. Gustavo en el porche de la casa. El inspector, incrédulo por la advertencia pues el coche era casi nuevo y Gustavo ni siquiera lo había visto. Cuando se fue de la casa de Gustavo hacia su destino, al coche le empezó a subir la temperatura del motor y paró en el arcén para ver el porqué. Un camión, en aquella carretera estrecha, no pudo evitar embestirle por detrás. El inspector tuvo la suerte, por décimas de segundo, de estar en el momento del impacto en el lado del vehículo que daba al arcén. Las lesiones fueron leves, pero si no hubiera estado donde estaba, lo más probable es que hubiera muerto. El coche quedó destrozado.

Éstas y otras anécdotas que me dijeron y que dejaron por decirme, se contaban en la comarca del tal Gustavo; al que también acudían para que fuera a los campos con su varilla y su péndulo a buscar agua o lo que le precisaran. Incluso por personas desaparecidas, que si lo estaban, porque él diera por vivas, indicaba su posible paradero; si él no lo percibía así no quitaba la esperanza, pero dicen los que han sido testigos que se le notaba en su desazón el mal presagio.

Por lo que deduje que Jules al lado de éste hombre era un simple aprendiz de vidente. Cuando vuelva a Bergerac se lo comentaré a Jules, seguro que convence a Madeleine para venir a visitarle.

No pude resistir la tentación de acercarme al pueblo donde me dijeron que vivía. Me dirigí en el Opel por carreteras estrechas y no muy bien señalizadas con dirección al Concelho de Tavira, evitando tomar la autopista del Algarve por no dejar constancia de mi paso por las cámaras.

Me perdí, se hizo de noche, y transitar por estas carreteras sin conocerlas no deja de ser una odisea. Hubo momentos que se me hicieron penosamente largos porque no sabía en cuál dirección iba; si hacia el norte o cualquier otro punto cardinal. Hasta que, en un promontorio por donde discurría la carretera, observé las luces de las poblaciones de la costa y el fondo negro del horizonte, el inmenso vacío en la noche de la ausencia de luz de la mar. Había recorrido bastantes kilómetros sin sentido. Orientándome hacia las poblaciones de la costa llegué a la N-125, y allí ya encontré la señalización que me indicaba hacia “Espanha”.

Volveré en busca de ese hombre que pueda darme norte de Leo y Candela. Llegué con el tiempo suficiente a la Antilla para ver si podía encontrarme de nuevo con el Cajirón. Quería saber más sobre el pasado de Candela.

El teléfono me despertó sobresaltado, el de Marguerite. Tanto éste, pero sobre todo el del “Círculo” llevan inertes tanto tiempo que ya no recuerdo ni la melodía de la llamada. Eran las siete de la mañana, reconozco que aquí duermo profundamente. En Bergerac sobre esta hora, todos los días,

llevaría despierto un buen rato. Miré en la pantalla del teléfono para ver quién podía ser el ser desaprensivo que me llamara tan temprano.

- Bonjour Madeleine. – Le contesté, pues el nombre de la mujer de Jules y amiga de Marguerite aparecía en la pantalla del teléfono.

- ¡Ni bonjour, ni Madeleine ni leches! ¿Te parece bien desaparecer y tener a todo el mundo queriendo saber de ti, sin decir nada a tus amigos? Ya te vale.

- Jules, ha tenido que ser así, tiene que ser así. Discúlpame pero no tengo otra opción. Y ahora dime ¿por qué sabías que me podías encontrar en el teléfono de Marguerite?

- He llamado a tus amigos de Biarritz a los de Burdeos, porque Rufo me dijo que era probable que estuvieras con ellos, y lo único que he conseguido es preocuparles a ellos también. Llevo días y noches angustiado pensando en ti, al igual que Madeleine y tus amigos. Yo sabía que no, pero algunos ya te dan más por muerto que por desaparecido. Tu hermana y tus sobrinas están inquietas por no saber nada; también me han llamado y se han acercado por el taller.

- Pues estoy vivo, de momento no lo han conseguido. Pero dime ¿Por qué me has llamado a este número? – No quería creer que Rufo le hubiera dado el número. Sólo él e Ildefonso lo tienen, y Jules no conoce a Ildefonso.

- Eso no tiene importancia ninguna, lo importante es que ya he dado contigo ¡sinvergüenza!

- Sí, sí que la tiene y mucha. Por favor dime quién te ha dicho que tengo este número.

- Hace un rato, desayunando con Madeleine, me pidió que como yo tenía que pasar por Bergerac, de paso fuera a la modista a recogerle un vestido. Le pedí el número del teléfono de la modista que se llama Margot, y al buscarlo en la agenda, el de Marguerite es el que le sigue... Me dijo que aún no había querido borrar el número de tu mujer. En ese momento me dio un chispazo de los míos y llamé.

- Vale, pues siento decirte que no me alegro a veces de tus “chispazos”. El que me llames es un peligro para mí, y lo sabes. Si me tienes que llamar hazlo desde otros teléfonos que no sean el tuyo, ni el de Madeleine ni el de Ivone ni el del almacén. Le pides el favor de que te deje el teléfono cualquiera con el que tengas confianza con cualquier excusa. Y después borra la llamada.

- ¡Vaya! Ni que estuvieras en la diana de todos los servicios secretos del mundo. Pues has de saber que ha venido al almacén dos veces preguntando por ti el tal René, el inspector. En un principio no le conocí; hasta que empezó hablar preguntando por ti.

Le tienes como a todos muy preocupado y quiere hablar contigo. ¿Le doy este número?

- De momento, no. Y no le digas a nadie, ni a Rufo que has hablado conmigo. Por favor... Bueno, me alegro de hablar contigo, pero... - me interrumpió bruscamente, como es él.

- ¿Ya te despidas, sinvergüenza? Claro, tendrás que hacer muchas cosas y muy importantes: cagar, afeitarte, ducharte, vestirme, perfumarte... y salir a pasear y tomar el sol en la playa ¡Au revoir!

Jules era así. Me colgó antes de despedirme. Ya se le pasará. Incluso se disculpará como tantas veces. Pero su ímpetu le resulta indomable aunque después se arrepienta. Tengo que reconocer que su intuición clarividente acertó en todo lo primero que iba a hacer esta mañana. Después de eso intentaría ordenar mis pensamientos y programar el día. Me resulta sorprendente que ayer mismo, cuando Deme y Alejandro relataban las anécdotas del señor Gustavo, me estuviera acordando de Jules por lo que implicaba todo, y precisamente esta mañana haya dado conmigo.

Pasados apenas unos minutos volvió a sonar el teléfono, el de Marguerite.

- Allo, bonjour...

- Marcos, bonjour. ¿Qué tal estás? – Era Rufo, en su voz noté un tono de desazón y angustia.

- Bien, estoy bien. ¿Y vosotros cómo estáis? ¿Por cierto, éste número de quién es?

- Es de Philip, el representante de neumáticos; está hablando con Antoine.

- Muy bien, no te olvides de borrar la llamada. Y ahora cuéntame qué se cuece por allí.

- Marcos estoy preocupado, estamos preocupados por ti. Vienen muchos a preguntar por ti, y ya no sé qué decirles. Jules ha venido varias veces, e incluso la última vez me habló de malos modos. Increpándome que no le quisiera decir nada, dando por hecho que yo sabía dónde estás. Y tu hermana y tu sobrina también. Ha venido varias veces el gendarme, Albert; también con muy malos modos exigiéndome que le dé un número donde te pueda localizar, que es muy importante. No sólo me ha preguntado a mí, también a Claire y a Antoine.

- Tranquilízate Rufo, yo estoy bien. Dime una cosa ¿Habló mucho tiempo con Claire y con Antoine?

- Con Claire apenas nada. Con Antoine un buen rato. Le pregunté a Antoine después y me dijo que le dijo lo que él sabía, que no estabas en Bergerac y que no sabía dónde podrías estar.

- ¿Y para decirle eso estuvieron un buen rato hablando? Sabes que desde un principio no me fio de Antoine. Habla con Claire y dile que haga un registro de las llamadas que hace y recibe Antoine. Por supuesto sin que él se entere. En Claire sí puedo confiar, son muchos años. Otra cosa: mira en el buzón de mi casa las cartas y si hubiera alguna que consideres importante me llamas. Un abrazo, Rufo.

Ciertamente me inquieta que Rufo estuviera presionado por el gendarme, por Albert. Y también que René hubiera visitado a Jules varias veces. Espero que en el buzón no haya ninguna citación del juzgado. Eso sí que sería un problema para seguir aquí.

Estaba en la duda de acercarme al pueblo y dar con Blanca, la hermana de Leo y Candela, a ver si ella sabía algo. Aunque el Cajirón me dijera que Candela no se habla con Blanca, y Leo no congeniara con el marido de Blanca, podría ser que si la relación de Blanca y Leo seguía siendo buena supiera algo de su paradero. Eso me acarraría un problema, y es que sería fácil que mi prima Carmen se enterase de que estoy por aquí. De todas formas la llamaré y quedaré con ella para vernos y darle ánimos. A mi tía en el estado que está me duele verla y sufrir el impacto. Preferiría recordarla como fue en sus mejores días.

Anoche, al igual que la otra noche, me hice el contradicho con el Cajirón, como si fuera algo casual. Empecé la conversación hablando de cuestiones triviales para que surgiera lo que verdaderamente me interesaba por él mismo y que no notara mi intención. Así que hablamos de Francia, de mis años allí desde que partí con mi familia, y cómo se desarrollaron las más de cuatro décadas que me han hecho casi ser más francés que español. Pero le dejé bien claro que en cuestión de competiciones deportivas siempre animé a los españoles, y si eran andaluces aún más.

Cuando surgió la conversación sobre Leonardo la conduje hacia la vida de él, su madre y hermanas en el chalet de la playa del capitán, el que me dijo el Cajirón que fue el padre de Candela, hasta que poco a poco, le hice hablar de ella, de Candela.

- Candela no fue el ojo derecho de su padre, fue el derecho y el izquierdo. Imagínate, el hombre había perdido a su única hija cuando empezaba a ser una mujercita, no teniendo más hijos después de tantos años de matrimonio, y con su mujer más “p’allá que p’acá” en un estado terminal. Entonces llegó Candelita, como la llamaban, y fue para él la bendición de seguir viviendo con la ilusión que le hicieran pasar por alto todas las penas que pasó en la mar y en tierra. Pero claro, la niña se crió con todas las atenciones, consintiéndole todas las travesuras y colmándola de todos los caprichos. Así fue creciendo Candelita, y ya de adolescente empezó a despendolarse: en verano con los hijos de los veraneantes y en invierno con los hijos de los playeros. Pues eso, que la niñata cogió fama de ser muy suelta desde muy pronto, y ya te puedes imaginar: si muy abierta era la playa, muy cerrado en aquellos años era el pueblo.

Escuchaba con atención lo que me iba contando el Cajirón. Esta vez le convencí, aunque estuvo reticente, a que nos sentáramos alrededor de una mesa y dejáramos la barra con la excusa de comer algo y estar más

cómodos. Que él dejara de estar sentado en el taburete con una nalga fuera y la pierna estirada como si fuera un gallo gordo y cojo mal posado en una caña. Me costó un poco convencerle. Y es que en esa postura al Cajirón se le asomaba su raja velluda entre las dos nalgas por encima de la cintura del pantalón, y esa imagen era de comprender que provocara inapetencia a los comensales apostados en las mesas que estaban detrás de él. Con esa desagradable visión ni un buen plato de Jabugo ni uno de gambas de Huelva, ni ningún otro, entran como deber ser por los ojos y por la boca.

Pedí una ración de coquinas y unas gambas; un vino para él y otra cerveza para mí que iba tomando despacio, dándole tiempo para que no me afectara el hablar, el escuchar ni el pensar sobre lo que escuchaba.

Dicen que el presente es consecuencia del pasado y que el futuro es consecuencia del presente, por lo cual lo único que importa es el presente conociendo el pasado. Eso puede ser la clave de lo que puede esperarse del impredecible futuro.

Después de que el Cajirón me relatase lo que él sabía y lo que se decía sobre la vida azarosa de Candela: de sus matrimonios, de sus amores y desamores, de sus amantes, fugaces unos y no tanto otros. Como fascinaba a hombres y a mujeres incluso con el embrujo de su mirada, de su sonrisa, de su apasionamiento, que fue dejando un rastro de corazones deshechos y vidas tocadas, en algunos casos muy tocadas. Aunque lo que fue sembrando, fue recogiendo. Pues lo mismo que hizo sufrir por amores, también los sufrió.

Hubo un momento en que ya no quise escuchar más. Todas mis ilusiones de encontrarla, de volver a besarla; mis anhelos de un encuentro que durara de por vida se iban desmoronando como un castillo de arena absorbido en la playa por la subida de la marea.

Antes de despedirme de Cajirón, desilusionado y entristecido, le pregunté dónde podía ver a Blanca, la hermana de Leo. Me dijo el nombre de la calle y la altura aproximada de la misma, dándome la referencia de un bar y de una pequeña tienda de desavíos donde tendría que preguntar.

Me acosté con la incertidumbre de ir a ver a Blanca o de ir a Portugal a intentar localizar a Gustavo. Cuando desperté por la mañana tenía claro que iría a Portugal. Mi tía Deme me dijo que por lo que ella había oído este hombre vivía entre los pueblos de Moncarapacho y Estoi, en una de las múltiples casas de campo que están en la ladera del Cerro de San Miguel. Antes de salir del apartamento miré en el mapa, y aunque la distancia entre los dos pueblos fuera de apenas doce minutos en coche, había cientos de casas desperdigadas en ese corto trayecto. No sería encontrar una aguja en un pajar, como me dijo el Cajirón, pero si tuviera que preguntar casa por casa me costaría más de una vida.

Llegué a Moncarapacho y aparqué cerca de una alfarería que me llamó la atención porque pocas he visto en mi vida y por la singularidad de las

piezas que exhibía en la entrada de la pequeña fábrica. Si hubiera tenido tiempo habría entrado. Pedí un café en un bar del centro del pueblo, en un cruce de calles que eran carreteras en su paso urbano.

Con mi nulo portugués hablado y mi español afrancesado, allí, cohibido por las miradas escudriñadoras de tantos hombres apostados fuera en la terraza y dentro del bar, no me atreví a preguntar a nadie; ni al camarero, que tenía expresión de cara de cartón. Seguro que la última vez que echó un polvo fue a un vaso de agua para aliviarse los ardores de estómago.

Con el incomodo de estar en aquel sitio en el que parecía un intruso al que observaban todos como a un homínido reptiliano, me escaldé la lengua y los labios por tomar cuanto antes el café y salir de allí. No, no me atreví a preguntarle a ninguno por el apodo como le conocían, según me dijo Deme, al tal Gustavo.

Al salir de aquel bar repleto de lugareños especuladores de vidas sobre forasteros, vi cuando me dirigía hacia el coche a una mujer colocando fruta en la puerta de una pequeña tienda de comestibles. Crucé la calle y cuando me aproximaba a ella, la mujer que colocaba la fruta entró en la tienda, y al instante salió una anciana vestida de negro, de, por lo que se apreciaba en la bolsa, comprar un pan típico portugués cortado en rebanadas. Con mi mal español y peor portugués le pregunté a la anciana por el nombre y el apodo de Gustavo, que el traductor del teléfono me indicó:

- Por favor... “¿onde vive Gustavo, o bruxo do chapéu branco?”

La anciana me miró, agachó la cabeza y aceleró el paso dándome la espalda sin decir nada; como si le hubiera preguntado dónde vive el diablo.

La mujer que estaba colocando la fruta en la puerta de la tienda, que sería la dueña, salió más que sonriendo riendo. En ese momento, desconcertado, no sabía si se reía de mi pregunta, de la reacción de la anciana o de ambas cosas.

Aquella mujer, la dueña de la tiendecita, con mucha amabilidad chapurreando entre portugués y español, me mostró en su “tablet” la ubicación precisa de la casa del “Brujo del Sombrero Blanco”, como me dijo mía tía Deme que traducido al español le llamaban los lugareños, aunque se cuidaban mucho de llamarle así estando él delante.

Después de recorrer unos kilómetros hacia el pueblo de Estoi, ya en el concelho de Faro, me desvié por una carretera estrecha y sin señalizar hasta llegar, después de pasar un camping de auto-caravanas, a un camino de tierra entre paredes de piedras. Y como me indicó la buena señora dueña de la tienda, encontraría junto a dos algarrobos viejos y enormes, que si hablaran tendrían muchas historias para contar, una cancela de hierro donde sujeta con alambres había una chapa blanca con el texto rotulado a mano con trazos negros: “Lugar de Alecrim”, debajo de un símbolo que reflejaba un simple círculo con un punto en el medio. En ese momento no sabía qué significaría ese símbolo ni la traducción al castellano de “Alecrim”.

Capítulo VI. “El miedo es el peor enemigo, maltrata la razón y desorienta al corazón”

Al momento de estacionar el coche junto a la cancela y apagar el motor, un enorme mastín salió a mi encuentro dando un par de ladridos tan roncós y fuertes que daba gracias a que la cancela estuviera cerrada. El mastín asomó el hocico entre los barrotes emitiendo algún gruñido entre ladrido y ladrido. Mi intento de calmarle no daba resultado por mucho que intentara hablarle como Marguerite hacía a los perros, que conseguía con su don calmar al más fiero y desconfiado, para que al rato moviera el rabo y buscara sus caricias.

Apareció entre los almendros del frontal de la parcela una anciana encorvada, bajita, que a duras penas podía andar apoyándose en un bastón, pero que tenía fuerzas sobradas, más por voluntad que por edad, para superar en un momento el caminito de la casa a la cancela, cojeando como si bailara un ritmo africano.

- ¡Bronco! ¡Bronco! Deja ya de ladrar maldito escandaloso. Así no se recibe a nadie a la luz del día. Nunca vas a aprender “joío” bicho.

Aquella anciana era española, pero no era andaluza por su acento castellano norteño. Vestida completamente de gris marengo, excepto con un mandil también gris pero un poco más claro; todo su discreto atuendo contrastaba con un vistoso pañuelo estampado de margaritas anudado a la cabeza que dejaba escapar por la frente mechones cenicientos. La anciana me sonreía mientras esgrimía el bastón mostrándoselo al enorme y fiero mastín que se amansó como un cordero ante aquella pequeña y contrahecha anciana a la que hizo caso como si fuera en ello su supervivencia.

- Bom dia, que deseja?

- Buenos días señora. Prefiero que me hable usted en castellano como al mastín, le entenderé mucho mejor. – le dije con una sonrisa a la que la anciana respondió con unas sonoras carcajadas.

- Le hablaré en castellano pero no como a Bronco. – Siguió riendo, y le costaba parar - ¿Es usted español, o es que lo entiende mejor; porque su acento...?

- Sí señora, soy español pero he estado más años en Francia que en España.

- ¡Ah! Le entiendo. Ese ha sido el sino de España muchas veces durante siglos: madre para forasteros y madrastra para sus hijos. Pero dígame usted ¿qué se le ofrece, no vendrá a ver hoy al señor Gustavo? Hoy no atiende visitas, sólo los miércoles y viernes.

- No me diga usted eso que vengo desde España, y volver otra vez es un engorro.

- ¿De dónde viene usted, de qué parte? – la anciana se las sabía todas.

- De Huelva, señora. – le dije con las reservas de indicarle el sitio exacto.

- ¿Pero de qué parte de Huelva? No es lo mismo que venga usted de Isla Cristina que de Santa Olalla del Cala... La provincia es grande. – La anciana me estaba demostrando que también tenía más de un pelo de bruxinha.

- Pues sí señora, vengo de al lado de Isla Cristina. Pero tampoco está tan cerca: casi una hora de camino.

- Bueno, tampoco pasa nada porque venga usted mañana, así el señor Gustavo sí le pondrá atender. Hoy puede aprovechar el día dando una vuelta por Faro, Olhão o Tavira, que son sitios muy bonitos y donde se come muy bien.

Cuando la anciana encorvada, sonriendo entre sus mejillas sonrosadas, intentaba convencerme de que una hora de ida y otra de vuelta no tenían porqué ser tiempo perdido, se oyó una voz fuerte que llegaba desde la casa:

- ¡Rosa! ¡Rosa! Déjale entrar.

El señor Gustavo surgió por la puerta de la casa, que distaba de la cancela unos cuarenta metros. Apareció con el sombrero blanco que me dijeron que le caracterizaba, con el pelo completamente cano, largo y suelto que casi le llegaba a los hombros... Parecía Klaus Kinski en un western, observándome fijamente con sus penetrantes ojos azules, dispuesto a sacar en un abrir y cerrar de ojos el Colt 45 y meterme un plomo entre las dos orejas.

La anciana, Rosa, me abrió la cancela. Miré al mastín que ya me observaba tranquilo después de escuchar al señor Gustavo. El can no pudo evitar olisquearme, y después de que la señora Rosa le increpara para que se fuera, se alejó con un trote lobero entre los almendros hacia detrás de la casa.

- Algo le ha visto a usted o algo ha sentido en este día para que “el Bruxo” le reciba un martes. Es una excepción, extraña excepción. – diciéndome esto entre dientes para que no la oyera el señor Gustavo, y haciendo una mueca sonriente y burlesca me acompañó parte del camino, y se desvió hacia un huertecillo al lado de la pared de piedra que cercaba la parcela.

- No viene usted por problemas de salud. ¿Verdad? – la frase lanzada, más que con la boca con sus ojos azules, como flecha de ballesta, me dejó paralizado unos instantes- Pase adentro y hábleme.

- No señor, no, no vengo por temas de salud, aunque siempre puede venirme bien un consejo para mejorarla. Vengo a preguntarle si sabe usted algo de Don Leonardo.

El señor Gustavo dejó de mirarme, desvió la mirada por encima de mi hombro hacia la ventana que orientada al sur dejaba entrar toda la luminosidad del sol de esta costa, haciendo que sus ojos y su cara resplandecieran como un busto en el que sólo estuvieran sus ojos ligeramente policromados.

- ¿Por qué tendría que saber algo de Leonardo? Si es que es el mismo del que creo que usted dice. Conozco a más de uno.

- Me refiero a Leonardo Prados, el mecánico naval, el antillano. ¿Le conoce, es amigo suyo?

- Sé a quién se refiere. ¿Amigo? Sé que él podría serlo en el momento que se necesita un amigo. Amigos hay muchos que se arriman en los buenos momentos... Pero esos valen poco como amigos de verdad. Usted lo sabe.

- Claro que lo sé. Por eso quiero saber de él porque es mi amigo desde hace más de cuarenta años.

El señor Gustavo se levantó, se acercó a un aparador de la estancia, cogió lo que me pareció en ese momento un recipiente que no podía identificar desde mi posición y lo puso sobre la mesa. Era un vaso de plata que contenía otro vaso de cristal que le cubría hasta la mitad del mismo. Le echó agua de una jarrita que también parecía de plata, y encendió un purito. Le dio un par de caladas, bebió un sorbo del vaso y echó ceniza del puro al vaso. Observó la ceniza suspendida sobre la superficie del agua.

- Usted ¿Marcos me dijo que se llama? – Asentí con la cabeza – quiere saber si están bien y dónde están, porque no sólo se interesa por su amigo Leonardo ¿Verdad?

- Bueno, sí. Por él y por todo el grupo.

- El grupo se compone del amigo Leonardo y una mujer. ¿Verdad?

Cada vez que le escuchaba el “¿Verdad?” me desarmaba cualquier respuesta que me pudiera surgir sin atreverme a no exponérsela con total franqueza.

- Bueno, sí. Pero también el grupo.

Me escuchó decir esto último sin levantar la mirada del vaso. Yo le observaba a él y al vaso entre asombrado y expectante. Nunca había visto nada igual. Sólo en alguna escena de película o de alguna serie, a una mujer mirando una bola de cristal con fines parecidos al que yo me encontraba allí. Cuando fui a ver a este hombre pensé que sabría de Leonardo y de Candela por referencias directas, no que tuviera que engancharse a esta Wifi adivinatoria tan poco sofisticada, en forma de extraño vaso con agua y con la ceniza de un purito en la superficie.

Gustavo levantó la mirada del vaso y la puso sobre mis ojos.

- Están bien, Leonardo y su hermana. Podrían estar mejor, pero también podrían haber estado peor. No tiene que preocuparse por ellos, a pesar de todo, saben cuidarse.

- Sí, pero dígame ¿dónde pueden estar...? -Ése “a pesar de todo” no me tranquilizó.

- ¿A usted qué le importa más, si están bien, o dónde están?

- Las dos cosas. Estoy aquí para saber cómo y dónde pueden estar.

- El cómo ya se lo he dicho. El dónde, tiene que pensar que quizás a ellos les importe que usted no lo sepa. ¿Dígame, Leonardo si quisiera se podría

poner en contacto con usted?... ¿Verdad? – Otra vez su “Verdad” interrogante... Tanta “Verdad” me estaba empezando a incordiar.

- Creo que sí. – Le hubiera dicho también que quizás no puedan pero quieran, pero me lo callé. Me estaba empezando a inmunizar a su “Verdad” desarmadora de otra respuesta que no fuera “Verdad”

- Venga usted el sábado que viene y seguiremos hablando. ¡Ah! Dígale a Rosa que le dé unos nísperos, le vendrán bien para su intestino y su próstata. Que le dé también unas castañas de indias, las cuece, y el agua la enfría y aplíquese la con una gasa en el ano. Le calmará las hemorroides.

- ¡Ah! Muchas gracias. Sobre qué hora le parece a usted que venga. ¿Le llamo antes?

- Venga temprano. Y no haga por llamarme a no ser que tenga habilidad con la telepatía. No se esfuerce mucho en llamarme, suelo estar comunicando... Je je. Aquí no tenemos teléfono. – Me aclaró sonriendo. Me sorprendió que no tuvieran ni un teléfono que les pudiera resolver una urgencia. Creo que deben de haber pocas personas que carezcan de uno en esta época.

Cuando salí de la casa y me despedí del señor Gustavo observé a Rosa que andaba metiendo leña en un pequeño cobertizo. Le dije lo de los nísperos y castañas y que tenía que volver el sábado. Cuando se lo comenté, lo de volver el sábado, me miró fijamente, seria y sorprendida, como si le costara comprenderlo. Le pregunté qué le debía de dar al señor Gustavo el sábado cuando volviera, pues me dio apuro preguntarle a él por la posible minuta, aunque ya me lo hubieran advertido. Me dijo que no tenía que darle nada, si acaso la voluntad de llevarle algo, preferentemente de comida que no fuera carne ni platos preparados.

Durante el camino de vuelta iba dándole vueltas a todo lo que me había dicho el señor Gustavo. Todo me resultaba extraño y sorprendente. Más para alguien como yo que siempre había recibido con desconfianza las supuestas habilidades sobrehumanas de santos, vírgenes, brujas, magos, videntes y visionarios.

El detalle de que me hablara de una mujer cuando le pregunté por el grupo, y que después me concretara que era la hermana de Leo, me sobrecogía tanto o más que sorprenderme. No me extraña que la anciana enlutada a la que pregunté en Moncarapacho, apretara el paso sin ni siquiera hablarme ni mirarme. Ahora que lo pienso es posible que no se santiguara por llevar las dos manos ocupadas.

Pero el hecho de que a través de aquel extraño vaso con agua y cenizas hubiera adivinado que padezco de almorranas, sí que me tenía asombrado. Desde luego el vasito aquel está a años luz de toda la tecnología más puntera de Silicon Valley. Ese simple artilugio sí que era un buen TAC sin los efectos perniciosos de la radiación y sin consumo eléctrico ninguno. Y es que no paro de pensar que desde ese vaso, simplemente con agua y cenizas, pudiera verme el ojo del culo. Eso me resultaba tremendo, mucho.

Era temprano incluso para comer en Portugal, así que decidí tomar la ruta hacia España sin saber en ese momento dónde ir. Pensé en algún sitio de la costa y relajarme viendo el mar.

A principios de primavera en esta zona se nota la poca afluencia de turistas. Algunos que otros jubilados españoles y extranjeros andan como perdidos, mirando todo y haciéndose fotos con el fondo de pateras varadas en el estero con gaviotas revoloteando ansiosas por comer. Sólo quedan aquí los lugareños y los que llegaron y se quedaron, por encontrarse o por huirse.

- ¡Hola buenas! Me sirve una cervecita y me dice qué me aconseja para comer... ¿Tiene algún plato del día?

Si no hubiera sido por el pésimo café torrefacto que tomé después de comer en aquel bar, al que llamar restaurante era mucho decir, puedo jurar que pocas veces he comido tan bien y tan bien atendido en el sentido de familiaridad y simpatía como en aquel sitio de la Punta del Moral. Ya el nombre me sedujo por el descaro y... Sí, la inocencia para poner en la faldilla del toldo con un par o por de desconocimiento: “el Contrabandista”. Pienso que el nombre se lo pondría la gente que conocía al dueño, y él lo asumió como si le hubieran puesto cualquier otro que atendiera a su actividad, como si hubiera sido conocido por oficio o procedencia, le habría puesto ése. Entiendo que se lo puso hace muchos años. Si se lo pusiera ahora tendría a los de la “Agencia” encamados allí día y noche. Hoy y siempre, los grandes contrabandistas no lo son por unas cajas de langostinos (1), café, tabaco o medias de señora que es con lo que se traficaba hace años. Ahora se contrabandea con drogas, y los beneficios los blanquean los verdaderos capos: son los que desde respetables y temidos despachos mandan al subordinado a que tecleé unas cuantas cifras hacia entidades y sociedades fantasmas por diferentes paraísos fiscales hasta hacerlas opacas al Estado, y llevarse la jugosa comisión.

Para eso están los paraísos fiscales, para los que mueven los hilos de la marioneta estatal y le roben el dinero al ciudadano común en el infierno fiscal al que está sometido. Estos contrabandistas de alto standing suelen ser invitados a tomar un vino de honor a una recepción oficial y después, con muy buenos modales y dejando el sobre discretamente, se ponen ciegos en un almuerzo o una cena de un pastón el cubierto. Para eso tienen en nómina y a comisión a un buen plantel de políticos y altos funcionarios más o menos defenestrados del despacho de la honestidad y desertores del servicio al ciudadano.

(1) Hace décadas, durante las navidades, en un estero de Castro Marín, Portugal, enfrente de Ayamonte, fue abatido por un guardiña un pobre hombre en su barquito cuando intentaba pasar de contrabando unas cajas de langostinos a la orilla española.

- Pues mire usted, como ahora hay tan poquita gente, hemos hecho para nosotros un arrozito con chocos y coquinas. También le puedo ofrecer... ¡Mari! Enseñale al señor los langostinos que ha traído tu Juli.

Qué puedo decir, aquellos langostinos tigre que aún saltaban en el cubo que me mostraron, cocidos el tiempo justito para no perder la textura y el aroma al mar de mi niñez; suavemente salpicados de escamas de sal de las salinas de Isla Cristin; junto al sencillo pero exquisito arrocito caldoso de chocos y coquinas, me sentó como la “pocion mágica” que el druida Panoramix elaboraba en la aldea gala de Astérix y Obélix.

Como no hay mal que cien años dure, y bien, creo que siempre menos, bastante menos; estando sentado, reposando el almuerzo en un banco del paseo marítimo de la Punta del Moral; observando los barcos entrar por la bocana de la ría hacia Isla Cristina a llevar al muelle las capturas, y a los pescadores que apostados con sus cañas aguardaban que les picara alguna corvina que les diera la alegría que hiciera soportable la húmeda espera silenciosa; el teléfono empezó a sonar.

- ¿Jules, por qué me llamas desde tu teléfono? Te lo dije y te lo recalqué.

- Déjate de paranoias y antes de nada, buenas tardes. Es lo mínimo que se puede decir cuando se tiene un poco de educación. Aunque parece que la poca tuya la has perdido.

- Bueno, pues buenas tardes, y no me vuelvas a llamar desde tu teléfono. ¿Qué te pasa, que sea tan urgente para llamarme?

- A mí no me pasa nada. Bueno, sí me pasa, que me preocupas tú. Ha vuelto a venir René, preocupado por ti, y eso es lo que de verdad me preocupa. El hombre no me da mala espina... Y está preocupado también, igual que muchos por ti.

- ¿Que no te da mala espina? Tú y tus chispazos de clarividencia. Tienes que venir por aquí con Madeleine unos días. Te voy a presentar a un hombre que tiene un don que al lado de tus chispazos de cerillas húmedas es la iluminación del estadio de fútbol del Burdeos. Con decirte que me dijo que tenía almorranas estando yo sentado y sin bajarme los pantalones.

- Bueno, tampoco es para tanto. Sólo con verte la cara de estreñido que tienes no hace falta tener muchas luces para darse cuenta de que tienes que tenerlas gordas como la fruta madura de un endrino.

- Estás gracioso esta tarde... ¿Ya te has tomado la copita de Armagnac? Pues antes de que te huela Madeleine el aliento, cómete un regaliz.

- No, voy a merendar una sardina estibada de las que me regalaste, encima de una rebanada de pan con el aceite de oliva de tu tierra, que también me regalaste, con una rajita de tomate; como tú me enseñaste a comerlas, y un vasito de vino del que te regalaré si vienes pronto, y si no vienes, me lo beberé a tu salud. Verás como Madeleine no me olerá el Armagnac. Gracias a ti, amigo.

Pero a lo que voy, aparte de René también ha venido ese gendarme que dice que es tu amigo, Albert. Por lo que se dice y se oye por aquí ese pájaro no es amigo ni de su sombra. Pues eso, que me ha estado tocando los cojones

con que tenía que localizarte, y que yo tenía que saber por fuerza dónde estás. Venía con otro tipo muy trajeado con gafas oscuras que ni dio los buenos días y miraba por todo el almacén más que una lechuza asustada.

- ¡Joder! Jules, que pareces tonto, me llamas desde tu teléfono precisamente hoy. Que sepas que no te vuelvo a contestar cuando me llames. ¿No les habrás dicho nada?

- ¡Cómo quieres que les diga algo! No, no les he dicho nada por mucho que insistió. Y que sepas que no le voy a pedirle el teléfono a nadie para llamarte como si fuera un tieso.

- Tú, y tu mala soberbia... Pues no te preocupes, estoy bien. Te llamaré yo. No me llames más.

- A ver si es verdad que me llamas. Pues ya sabes lo que hay. Aquí en el pueblo se hablan muchas gilipolleces sobre el accidente del moro y tu desaparición. Como tú bien dices: “hay más tontos que ventanas”. He tenido que escuchar tantas tonterías que si me tuviera que beber una copa de vino por cada una de ellas iba a estar borracho ésta y más vidas. Y tú sabes lo difícil que es emborracharme.

Me despedí de Jules. Seguía sentado en el banco con la misma expectación que los pescadores a sus cañas, viendo arrastreros y traíñas entrar por la ría hacia la lonja; desplegando olas hacia las dos orillas como si fueran volantes de un vestido de faralaes. Allí en la umbría, enfrente del estero de la Punta del Caimán, reflexionaba sobre el sentido de mi búsqueda. ¿Qué buscaba allí? ¿De verdad buscaba algo, a alguien o algo me buscaba a mí?

Volvió a sonar el teléfono. Era Rufo. Menos mal que él sí atendió a la condición de que me llamara desde cualquier teléfono que no fuera ni el suyo ni ninguno del taller.

Rufo estaba inquieto, incluso más que la última vez que hablamos. Su inquietud me la contagió. Esta vez con pruebas; aunque el hecho de que en el buzón de mi casa no hubiera encontrado ninguna carta ni citación del juzgado, sí había una del Fisco. Y “casualmente” también se la han enviado en la misma fecha a él al taller. Me pone el grado de paranoia bastante alto. Ya Leo me advirtió: esta gentuza tiene el poder para utilizar todas las armas y resortes que disponen para echar abajo a todo disidente que altere su status.

Rufo me dijo que seguían yendo por el taller el inspector René y el gendarme Albert. Éste último seguía con exigencias amenazantes. No pongo en duda las palabras de Rufo, aunque me sorprendiera la actitud de Albert, pues conmigo siempre tuvo una actitud cordial, incluso cuando hablamos sobre el asesinato de Bernard y del sospechoso accidente del pobre hombre que compró mi Peugeot. Es verdad que cuando llevaba su coche al taller siempre le atendí con deferencia cuando necesitaba que se le reparase con rapidez. Tanto como para saltarle la lista de espera.

Lo que más me inquietó no fue que Rufo me dijera que esta última vez le acompañara al gendarme el hombre del traje negro y gafas oscuras que observaba todo -al igual que me dijo Jules – y que el tipo de negro no dijera ni media palabra y no se quitara las gafas ni bajo techo. Lo que realmente me inquietaba es que me comentara que otra vez se dirigió a hablar con Antoine, y que días atrás Claire descolgara el teléfono, le reconociera la voz, y le dijera que le pasase la llamada con Antoine. Eso no me gustaba nada. Estos policías bragados en cientos de lances y con más tablas que un burladero saben a primera vista quién puede ser el alcahuete que largue por la boca quienes son los amantes de su propia mujer. Rufo quería echar a Antoine, porque motivos tenía aparte de éste. Le dije que no de momento, que quizá nos valiera su deslealtad para utilizarla.

Que coincida Rufo con Jules en los malos modos y exigencias sobre mi paradero, me hace pensar que puede ser que Albert esté nervioso por algo importante que me querrá decir. No sé, tengo dudas sobre qué hacer. ¿Acaso Albert me quiera advertir sobre algo peligroso que él sabe?... El que René siga yendo al taller también me inquieta. Y a pesar de que a Jules le dé el chispazo de que no tiene malas intenciones, desconfío. La verdad es que ya no me fío ni de los zapatos que calzo.

Esa tarde que yo buscaba el relax y reposar el ágape servido con gracia y atención en aquel restaurante de la Punta del Moral, fue, a mi pesar, la tarde de las llamadas.

- Sí. – Ahora, cuando no conozco el número del que me llaman sólo digo un “sí”.

- Marcos, buenas tardes, qué tal va todo. – Era Ildefonso llamando desde un número que no conocía. -

- Buenas tardes, Ildefonso. Este número del que me llamas no es el tuyo ¿No?

- Bueno, sí es mío, pero no es el que tú conoces. Resulta que en Portugal se me estropeó el móvil, y como el móvil no era libre, tuve que comprar uno nuevo con una tarjeta de una operadora de Portugal. Me resultaba mejor que comprar uno libre allí. De todas maneras hoy o mañana me dan el teléfono nuevo y tendré el número de siempre.

- Dime Ildefonso ¿qué te cuentas, cómo van esos viajes?

- Bien, tengo unos días de descanso. Por eso te llamaba, a ver si nos vemos y si te parece te invito a pescar en mi barquito por la ría del Piedras.

- Encantado, me parece muy bien. Tú dirás cuándo.

- Pues mañana mismo podría ser. Miro cómo están las mareas y te llamo.

Quedamos en eso. Hacía más de cuarenta años que no navegaba por la ría. No puedo recordar bien la última vez, pero estoy seguro que sería con Leo en un pequeño chinchorro que nos dejaban, y a remo íbamos a pescar por

los esteros. Me apetece revivir los paisajes de aquellos años, pues esta parte del litoral sigue virgen en muchos espacios como en los días de mi niñez.

Salí de la Punta del Moral con el buen regusto de lo comido, pero con el mal estado que me habían producido las llamadas de Jules y de Rufo. Me consolé pensando que mejor estar al tanto de lo que se cuece, por desagradable que sea, que estar sumido en la feliz ignorancia.

Llegué al apartamento con el único ánimo de descansar y reflexionar sobre las intensas horas que habían sucedido ese día. Relajarme escuchando jazz, tomar un brandy reposadamente y observar como el sol se esconde por Ayamonte y Vila Real, cada vez más hacia el norte haciendo presagiar el verano.

- Sí... Dígame. – Nadie contestaba, esperé unos segundos y colgué.

Aquella llamada desde un número oculto pensé que sería Ilde para decirme la hora a la que iríamos a pescar, por eso no miré la pantalla, sino la rechazo. Me puso en estado de alerta. Días antes de la muerte de Bernard me llamaron varias veces de igual forma, desde un número oculto y sin decir nada. Me enfadé conmigo mismo por haber contestado la llamada, y con Jules por haberme llamado desde su teléfono precisamente el mismo día que habían ido a preguntarle por mí el gendarme y el hombre de negro.

Al cabo de media hora volvieron a llamar, otra vez con el número oculto. Esta vez no hice caso. Cuando dejó de sonar apagué el teléfono y desconecté la batería.

Al día siguiente casi de madrugada, pues la noche fue de insomnio inquieto, volví a activar el teléfono. Tenía tres mensajes, dos de llamadas perdidas de número oculto y uno en el buzón de voz del número de Ilde con la escueta frase: “Mañana voy a verte, espérame”.

Así, con ese breve mensaje, con una voz que siendo la suya me resultaba demasiado fría y distante, me indicaba que le esperase ¡Pero dónde! ¿Sobre qué hora?... Escuché el mensaje varias veces, no había ruido de fondo y el tono parecía como el de las voces enlatadas del servicio al cliente de las grandes compañías.

Así que le esperé en el apartamento sin darme el paseo en la bicicleta por el parque del bosquecillo de pinos que tomo para ir hacia la playa, y sin darme un baño en las aguas de este Atlántico, que son una verdadera fuente de salud. Por tanto no me quedó otra que esperar y continuar leyendo un libro de Marguerite que traje en el equipaje desde Bergerac, y del que apenas había leído las primeras páginas: *“el Misterio de las Catedrales” de Fulcanelli.*

Cuando intentaba concentrarme en la lectura del mismo, pues no me resultaba fácil, el sonido bronco e insistente de un claxon que no cesaba hizo que me asomara a la terraza. En cualquier población los ruidos estridentes no resultan extraños pero aquí lo único que rompen los sonidos de la naturaleza son el cortacésped del jardinero, el ruido lejano de los

escasos coches que transitan en estas fechas y el del camión de la basura una vez en la noche; todo ruido estrepitoso molesta más incluso que el ensordecedor de las ciudades.

- ¡Baja! ¡No tardes!... – Era Ilde el que había roto la armonía sonora de la naturaleza y mi concentración en la lectura.

- ¿Por qué has tenido que venir aquí si tenemos que volver? Hubiera ido yo en el Opel.

- Porque me gusta comprarle el cebo vivo a un hombre que vive en la barriada de los pescadores. Sólo por eso.

- Me hubieras llamado, me dices el sitio y me hubiera acercado yo...

- Fíjate, dos teléfonos y los dos sin batería... Además, prefiero ir yo personalmente a comprarlo. A ti, con tu acento y la pinta de guiri que tienes te hubieran metido el cebo medio muerto y más caro, seguro.

- Me tienes que explicar cómo puedo hacer para que sin abrir la boca, parezca realmente de donde soy.

- Marcos, creo que va a ser complicado. Después de cuarenta años en Francia para que parezcas onubense vas a tener que pasar aquí todo lo que te resta y no te lo confirmo. Así que mejor sigue pareciendo lo que pareces. Llegamos al embarcadero del pequeño puerto deportivo que está a escasos minutos pasando El Rompido hacia Punta Umbría; un trayecto litoral que es de los más atractivos que he visto, y no es pasión porque me tire mi tierra pues he visto muchos.

Sacamos las cañas, la nevera con agua y algunas cervezas; una fiambrrera que me dijo Ilde que contenía una tortilla de patatas y una pimentada; y las albiñocas, que es el cebo que buscamos en la barriada de pescadores. Si me viera Marguerite engarzar las albiñocas en los anzuelos no sé cómo reaccionaría: si con asco al ver la lombriz entre mis dedos, o con pena de ver como las empalaba en el anzuelo. Quizá ambas cosas.

- Ilde, tienes que reconocer que tienes mucha suerte.

- ¡Suerte! Si has pescado más que yo. ¿Eso es suerte? Suerte la tuya que los peces se han ido a tu caña por el olor empalagoso del perfume francés que llevas y lo has impregnado en las albiñocas.

- Vamos a ver, tienes suerte que aquí no me conoce nadie y no voy a decir que tú, siendo el patrón de la embarcación y de pesca, hayas pescado lo que has pescado, y lo que he pescado yo.

- ¡Vaya! No, si al final por ahí vas a tener razón, he tenido mucha suerte.

La cuestión es que Ilde había pescado media docena de mojarrillas, y con mi caña saqué más o menos las mismas mojarras, un buen lenguado y dos doradas. No me podía quejar porque hacía años que no iba de pesca, la última vez en el Dordogne; aquí desde hacía más de cuarenta años. Veníamos los chiquillos a la ría con unas cañas que arrancábamos de la

vera del regajo, buscábamos tanzas, poteras y anzuelos en la marea baja que habiéndose enganchado en los fondos daban por perdidas los pescadores, y con cangrejos que desmenuzábamos pescábamos mojarras y con suerte algún robalo o alguna dorada. Hace tiempo, mucho tiempo.

El día de pesca con Ilde fue agradable, echamos unas risas, hablamos, congeniamos y la verdad es que lo pasamos bien. El único punto negativo fueron las tres llamadas consecutivas que volvieron a hacerme desde el número oculto. Aquello me incomodó tanto que Ilde se percató.

- Por qué no te quedas con el teléfono que compré en Portugal. Yo no lo quiero para nada. Ayer mismo me dieron el nuevo. Así por lo menos estarás más tranquilo. Desecha el otro, de esa manera no te podrán molestar. Sé que te vendrá bien porque estarás más tranquilo.

- Acepté la propuesta de Ilde. Lo único que no me pareció bien es que no quisiera que le pagara el teléfono. Es verdad que era un modelo básico. Se parece un poco al del Círculo, al que me dieron en “El Coração da Vila”, en V.R.S.A.

Capítulo V “El tiempo es crisol que transmuta la escoria de la propaganda en el oro de la Verdad”

A la mañana siguiente le eché un par y fui al pueblo en la electro-bici. Son unos quince minutos desde la urbanización, por un carril bici, anexo a uno peatonal, que transcurre en paralelo a la avenida que une La Antilla y Lepe. Da gusto transitar por este precioso carril bici entre pinares que abordan los aledaños con la tranquilidad de ir sin los peligros de compartir la vía con coches y camiones.

Dejé la bicicleta estacionada en el aparcamiento indicado para estos vehículos, y comencé a andar hacia donde me dijo el Cajirón que vivía Blanca, la hermana de Leo.

- Buenos días, Blanca. ¿Te acuerdas de mí? – le pregunté desde el umbral de la puerta.

- Perdone usted, pero ahora mismo no caigo.

- Soy Marcos, el amigo de Leo que partió para Francia hace muchos años.

- ¡Ah! Sí. ¡Cuántos años madre mía! Ande, no se quede ahí, pase usted. Según pasaba al vestíbulo de aquella típica casa de planta baja de pueblo, Blanca se asomó al quicio de la puerta; imagino por si alguna vecina, más pendiente de la calle que de su casa, se hubiera percatado de mi acceso a la vivienda.

- Pues Blanca, venía a preguntar por Leo. He estado en la finca y allí no hay nadie que me diga nada.

- Ya, me enteré que estuvo usted por aquí hace unos meses y que visitaba a Leo y a... Bueno que iba a la finca.

- Háblame de tú, por favor. Nos conocemos hace mucho. – le dije mientras recapacitaba sobre su frase anterior, en la que hizo ese silencio cuando dijo que yo iba a ver a “Leo y a...” me hizo pensar que quizás supiera algo de mi relación con Candela.

- Me cuesta tutear. Aquí es costumbre entre la gente de nuestra edad hablarnos de usted si no nos conocemos mucho. Lo intentaré. – dijo sonriendo mientras me ofrecía tomar un café. Le dije que no, que ya lo había tomado.

- Bueno, Blanca, no quiero hacerte perder el tiempo. Sólo quiero saber de Leo ¿Cómo está y dónde puede estar?

- Leo, gracias a Dios, está mejor. Saldrá de ésta. Y esperemos que no llegue la tercera, porque... - la interrumpí.

- ¿Qué ha pasado? – Blanca hizo un breve silencio suspirando profundamente.

- Un accidente, un accidente de tráfico muy grave. Se ha salvado porque la Virgen del Carmen le ha vuelto a poner la mano.

- Dime, dónde le puedo ver, quiero ir a visitarle.

- Va a ser difícil que puedas hacerlo. Estuvo tres días ingresado en la UCI del hospital de Faro, pero cuando le pasaron a planta pidió el alta voluntaria y por lo que me ha dicho, pues me llamó y hablé con él, está en un hospital extranjero. A saber... conmigo y con todos juega al despiste, lo mismo está en Suiza, en Portugal o en el quinto pino.

- ¿Cuándo fue, dónde; iba sólo en el coche?

- Hace unas semanas, en Portugal. No sé por dónde; imagino que cerca de Faro. Mi marido se acercó al sitio del accidente porque mi hermano le dijo que llevara el coche a una nave de Ayamonte de un conocido suyo. Mi marido no se explica cómo en una recta con muy buena visibilidad se le pudo ir el coche al pobre muchacho.

- ¡Jamal! ¿Cómo está Jamal? – el dolor y la indignación por la sospecha de que fuera un accidente provocado me angustiaba.

El pobre muchacho, el chófer, falleció en el acto; con lo joven que era.

- ¡Jamal! ¿Jamal ha muerto? No me digas... ¡Qué pena! - en el estado de ansiedad no pude contenerme y le pregunté por Candela.

- Candela está ilesa, no iba en el coche. – Lo dijo como con desgana, hizo una leve y rápida mueca que me evidenció que le tenía poco apego, hasta desprecio – Te digo que en el pueblo no sabe nadie nada del accidente. Así me lo mandó Leo. Contigo, como eres su amigo... creo que no se enfadará, pero si te llama, tú no sabes nada. ¿Vale?

- Pues muchas gracias, Blanca. No te molesto más. Lo único que me queda por preguntarte es si quizás Candela sepa dónde está ingresado y cómo va evolucionando.

- Si Candela lo sabe, que no lo sé; no creo que te lo diga. Vamos, ni a ti ni a nadie. Porque si Leo no quiere que se entere nadie del accidente, de la

muerte del muchacho y de que él está recuperándose en un hospital, pienso que mucho menos en dónde se encuentra.

- Sí, tienes razón. ¿De todas formas sabes dónde puedo dar con Candela...?

- Te puedo asegurar que no tengo ni idea, no tenemos relación.

La pregunta visiblemente la incomodó, el semblante se le puso más adusto.

Me miró a los ojos y me dijo:

- Marcos, te voy a decir una cosa, ten cuidado con Candela. Si no quieres sufrir apártate de ella, porque serías el único hombre que amándola no ha sufrido. Y no han sido ni tres ni cuatro, que han sido más. Los únicos que no han sufrido con ella son las aves de paso, que sólo, como cuando ella lo es, quisieron pasar el rato y gozar del momento sin más. Te podría decir más pero lo vamos a dejar ahí. Te lo he dicho porque se ve que eres buena gente y, sobre todo, porque eres amigo de Leo. No sé si mi hermano te habrá advertido...

Ahí se quedó la conversación sobre Candela. Me despedí de Blanca dándole dos besos y pidiéndole el número de su teléfono para llamarla de vez en cuando para preguntar por Leo. También le dije que a ver si su marido me podía dar la localización exacta del accidente.

Salí del pueblo hacia La Antilla esperando que el pedalear sobre la bici, dándome el aire fresco de las postrimerías de marzo, calmara la ansiedad que me había provocado todo lo que Blanca me había dicho. Busqué la playa. Necesitaba respirar la mar, que la brisa húmeda y su aroma aplacara el desasosiego ardiente que bullía en mis entrañas.

La playa estaba desierta. Sólo las gaviotas apostadas en la orilla, casi inmóviles como estatuas de escayola con la mirada perdida en el horizonte, parecían esperar una razón para izar el vuelo hacia un lugar más agradable. La razón no les aparecía y a mí tampoco, ni para quedarme ni para irme.

Al cabo del tiempo uno va atando cabos: El momento, la circunstancia, la expresión, una mirada de ella hacia lo distante; o una simple palabra o un gesto en una relación tan intensa como la que viví con Candela, aunque no pasara desapercibido, era evadido; no queriendo profundizar en el cómo ni el porqué de tener la sospecha que yo sólo pertenecía a ese capricho temporal y pasajero, sin otra pretensión de futuro para ella que sentir y vivir una experiencia más con alguien más o menos diferente.

Ahora creo que todo mi empeño era no romper el hechizo que, aunque con la dolorosa certeza convertida en incertidumbre consciente de ser presa de él, me provocara el temor de hacerlo añicos y despertar del dulce engaño que tenía aprisionado mi corazón como en un estado de ilusión inducida por opiáceos. Esa parte de mí, instintiva y pasional, quería verla, abrazarla, besarla y hacerla reír y... volverla escuchar chillando de placer. Pero a su vez razonaba que lo mejor sería olvidarla, porque sé, no sólo por las

advertencias, que quererla sería odiarla, y amarla, sufrirla... Sólo he amado a dos mujeres, y las dos me han dolido profundamente: una por perderla y otra por encontrarla. Pero no cambiaría el dolor por no haberlas amado, no haberlas vivido.

Las gaviotas habían levantado el vuelo, no sé si por alguna razón. Se me había pasado la hora del almuerzo ensimismado en recuerdos y pensamientos, sentado en aquel banco de madera aislado, anclado en la arena junto a la pasarela que unía el paseo marítimo de la barriada de pescadores con la playa... En ese banco, con la excusa de ver salir la primera luna llena del otoño, dos días y una noche antes de partir para Bergerac, apenas refugiados por la penumbra del entorno, Candela se levantó la falda, se sentó encima de mí y nos refugiamos en nuestra pasión morbosa de fundir nuestros cuerpos sin importarnos quién nos podía ver, a quién podíamos escandalizar. Aunque en esas fechas el lugar estaba desierto, quien pasara, no me cabe duda que a pesar de estar cobijados por la noche, y que la luz de las farolas del paseo velaba nuestro ardor cegando al improbable transeúnte, escucharía los agudos gemidos de Candela. Ahora creo que era su propósito morboso el que nos vieran, y ello me contagiaba con la curiosidad entre morbosa e inquieta de sentir una experiencia nueva.

El tiempo había pasado, el pasado y el presente, en aquel banco sin apenas cerciorarme de ello. El Sol se fue acostando hacia Portugal, y el frescor de la brisa de poniente me invitaba a salir de allí y de los recuerdos de aquel lugar. Acaricié, recordando, la balda del respaldo de madera donde ella se recostó abrazándome después de apagar nuestra pasión. Me levanté, di unos pasos; miré al banco, a las olas suaves que lamían la playa, las gaviotas, el horizonte; y me fui sin saber si quería volver allí con ella.

Subí a la bicicleta para dirigirme al apartamento, no sin antes conectar los dos teléfonos, el de Marguerite y el de Ilde para ver si había algún mensaje o alguna llamada. Nada, menos mal; el tener cualquier llamada, sobre todo de número oculto en el de Marguerite me crispera los nervios. Siempre llevo los teléfonos con la batería quitada, y los conecto en un sitio diferente: en Vila Real, Tavira, Ayamonte, Isla Cristina... en cualquier sitio menos cerca del apartamento, aunque hoy, excepcionalmente, lo haya hecho apenas a un kilómetro de la urbanización.

No se me quitaba de la memoria la imagen de la sonrisa de Jamal cuando le conocí. Aquella primera vez que me recogió en el hotel con el Jaguar, y yo, ahora reconozco que con total ignorancia, le advertía sobre el posible fallo de carburación del mismo. Él, con toda la consideración y condescendencia, asentía con su peculiar sonrisa. Aquel día hacía sentirme como si me considerase un tonto ignorante de la mecánica. Y mi ignorancia asociada a mi soberbia divagaba por la posible falta del buen

funcionamiento. Han pasado unos cuantos meses, y cómo me ha cambiado la vida y como ha cambiado la forma de verla y sentirla. Parece que en vez de meses hayan pasado vidas.

Mañana sábado es el día que me citó Gustavo para ir a verle... Después de enterarme de lo ocurrido tengo dudas de ir. Aunque la curiosidad de conocerle mejor: su vida, su pensamiento, sus habilidades de mago o de brujo, como le llaman por su zona, me atrae. Y también escuchar a Rosa, la anciana, que rezumaba por sus arrugas y expresaba en su mirada la sabiduría de sus muchos años, de sus incontables vivencias dulces y amargas.

Fui, y no olvidaré la frase que me dijo mientras esperaba al “brujo de chepéu branco”:

“Es un problema para la vida decir Sí cuando te imponen decir No, y No, cuando quieren que digas Sí.”

- Así es Rosa, tiene usted toda la razón. Resulta penoso no poder expresarse con libertad. Tener cuidado con lo que se dice y escribe. Saber que es peligroso que los que imponen el pensamiento único saben que uno discrepa, que disiente. Y que en el mejor de los casos te dejan marchar a otro lugar donde no les rompa sus intereses y su dogma.

- Pues sí, como le iba contando, al inicio de la guerra civil, siendo yo un bebé, mis padres y yo con ellos, tuvimos que abandonar Santander en el primer barco que, gracias al práctico del puerto, amigo de mi padre, zarpó hacia cualquier destino que no fuera la península. Arribamos en Marruecos y allí pasé el resto de mi infancia y gran parte de mi juventud. Fue en Casablanca donde conocí a los padres de Fanny, la señora que fue del Sr. Gustavo, que falleció la pobre va ya para quince años. Comencé siendo una chiquilla a trabajar en casa de los padres de Fanny. Al ser ella hija única, fui como su hermana mayor.

Rosa me iba relatando sus vivencias, mientras yo observaba la casa, el huerto, las gallinas y, con recelo a Bronco, que nada más llegué vino a olisquearme, pero esta vez sin ladrar ni gruñir, afortunadamente.

Cuando llegué el Sr. Gustavo hacía un rato que había salido, según me dijo Rosa a tomar como tiene costumbre los sábados un cafelito y una copita de bagazo, que es un aguardiente de madroño típico de Portugal. Le dije que me indicara dónde iba el Sr. Gustavo a tomarse el café y la copita, pero ella insistió que me quedara, que él no tardaría mucho. Saqué del coche lo que había comprado para ellos.

- Ande Rosa, dígame usted dónde le dejo estas bolsas que les he traído.

- Pero dónde va usted con todo eso... No hacía falta que...

De camino hacia Portugal paré en el mercado de abasto de Ayamonte. Me encanta entrar en los mercados de los sitios donde voy si tengo tiempo. Cada mercado desprende colores, aromas y olores diferentes. Hasta en las formas de atender, ofrecer sus productos y llamar a los clientes, puedes apreciar el carácter más abierto o cerrado del pueblo.

Compré legumbres: garbanzos de Escacena, alubias, lentejas y también guisantes que aquí llaman chícharos; un guiso marinero es hacerlos con chocos y papas de la Redondela. Como era temprano preferí desayunar en Portugal, en Castro Marín, donde nació Lucía, la madre del gran Paco de Lucía. Después de tomar el café abatanado y las torradas bien untadas con manteiga de las Açores, compré, justo al lado de la cafetería, un bacalao en salazón en un supermercado que tenía como logotipo un cuervo en la fachada –por el trajín de clientes de aquel negocio el cuervo no había sido pájaro de mal agüero, todo lo contrario- Y de allí, sin más demora, me dirigí al “Lugar de Alecrim”.

- ¡Ay hijo! Gracias por todo, qué alegría que haya traído lentejas. En Portugal es muy difícil encontrarlas pues no hay costumbre de comerlas. Con lo que le gustan a mi bruxo. ¡Anda que si me oyera!... No se te ocurra nunca decirle “bruxo”, no le gusta nada... Yo sí se lo digo cuando me enfada. – Era gracioso escucharla hablar, tan pronto me tuteaba como me hablaba de usted.

- Dígame Rosa ¿por qué se llama este sitio “Lugar de Alecrim”? ¿Alecrim, qué o quién es?

- Mire usted, eso es el alecrim – Rosa me señaló hacia la vereda del camino que enlaza la cancela con la casa, y yo no sabía en ese momento qué era lo que me indicaba.

- ¿No ve usted el romero...? Eso es el alecrim. En Portugal al romero le llaman alecrim.

Era normal que aquel sitio se llamara así, había romero por todas partes, a la vera del camino y en toda la cerca de piedra que rodeaba la parcela.

El inconfundible ruido del motor de un Volkswagen escarabajo de los 70’ se apreció antes de que se hiciera visible ante la cancela de la finca. Sí, era el “Bruxo do chapéu branco” en su flamante escarabajo gris perla que parecía que acababa de estrenar.

Me adelanté a abrirle la cancela antes de que él pusiera un pie en el suelo cuando abrió la puerta del coche. Me dio los buenos días y las gracias sin bajarse del coche, tomó el caminito hacia detrás de la casa, y me fijé que en efecto, el tubo de escape expelía humo blanco que no olía en absoluto a combustión de gasolina.

- Antes de nada, muchas gracias por lo que me ha dicho Rosa que ha traído. No es que no nos haga falta, pero tampoco era para que trajera tanto. ¿Se quedará a comer, verdad?

- Pues es que... - La mirada profunda de sus ojos grises, aún más que su inquebrantable “¿verdad?”, no era fácil de esquivar con una excusa - Pues... mi intención es visitar a una tía mía que vive aquí en el Algarve, entre Tavira y Vila Nova de Caçela.

- No le digo que no la visite después de comer, le cae de paso a la vuelta hacia España.

Entendí que sería descortés si no aceptaba la invitación, así que acepté.

Entramos en aquella casa que parecía desde el frente de la fachada una ermita cisterciense con una nave central a dos aguas y otras dos a un agua a ambos flancos de la central. Toda la casa era de piedra; contrastaba con todas las demás edificaciones de la zona, lucidas y pintadas en blanco excepto algunas en un beige amarillento. En el suelo empedrado del porche de la casa destacaba en el centro, justo enfrente de la puerta, el mismo símbolo que estaba pintado en la chapa de la cancela: un círculo con un punto en medio hecho sobre el pavimento con pequeñas piedras negras de cuarzo.

- Ayúdeme con esa silla. Vamos mejor a sentarnos en el porche. Hace un buen día.

Sacamos una silla cada uno y las apostamos según me indicó él a la sombra de un naranjo que había en la esquina del porche, disfrutando del ambiente de un día primaveral.

- Gustavo, yo no vine el otro día para que usted... me hiciera una consulta de clarividencia. Sólo quería saber si sabía algo de Leonardo. Me dijeron en la Antilla que era posible que usted que le conoce supiera algo de él.

- Ya. – el brujo hizo una breve pausa, me miró a los ojos, exhaló despacio el aire de sus pulmones y me dijo – No puse el vaso ni encendí el puro ni le eché la ceniza al agua para saber de Leonardo. Lo hice para saber de usted, de sus intenciones. Usted puede ser su amigo, y Leonardo seguro que le considera su amigo, pero tiene que tener en cuenta que el enemigo nunca traiciona, son los amigos los que traicionan. Con frecuencia inconscientemente.

Las traiciones en la vida no las hacen los enemigos ni los ajenos; de ellos es conveniente esperar cualquier maldad. Son los allegados, los amigos, los hermanos, incluso parejas y amantes; en los que se confía o contrata para solventar los problemas o para llevar a buen cauce un proyecto, esos son los que traicionan. Siempre por codicia o por envidia, o ambas cosas. Y muchas veces sin intención.

Quien crea que pueda ser el traidor puede que sea su salvador, y el que piense que pueda ser su salvador puede ser el traidor. Hay manos que se

presentan para pedir y otras para ayudar, con éstas últimas hay que tener más cuidado: *“La maldad cuando se disfraza de benevolencia, es perversa”*. Téngalo muy en cuenta.

Aquel consejo que me dio el Sr. Gustavo me hizo reflexionar, considerar que tenía que estar aún más alerta me molestaba, pues era perder espacios de libertad y tranquilidad.

Después de aquel encuentro con Gustavo sé que él ha sido una de las personas que me han causado un efecto tan especial que creo que muy pocas personas lo han conseguido. Hablamos durante gran parte de la mañana, desde que él llegó hasta el almuerzo. Antes de despedirnos volvió a insistir: *“Tenga usted cuidado con la mano que le ofrecen”*.

Me invitó a visitarle cuando quisiera, cualquier día menos los miércoles y viernes que atendía a los que requerían su audiencia y sus consejos, y tampoco los domingos porque suele salir a pescar con un amigo si el tiempo acompaña, sino sale a pasear por los caminos y veredas del entorno. La verdad es que me hubiera encantado que me invitara un domingo a pescar con ese amigo, que por fuerza tiene que ser un privilegiado por haberle elegido. Aunque conociendo a este hombre es muy posible que sea una persona normal; en los tiempos que corren, anormalmente noble y honesto.

En aquellas horas que hablamos y departimos sobre nuestras vidas, pensamientos y creencias, hubo un momento en que él se quedó callado, súbitamente, mientras me hablaba. Fue cuando su gata atigrada, Chicha la llamaba, se encaramó de un salto encima de mis muslos. Él, callado, observó con detenimiento la escena mientras yo acariciaba a la gata que empezó a ronronear. Pensé que iba a llamarle la atención por su atrevimiento, pero no, no dijo nada, aunque sí noté su expresión seria y de sorpresa. Después, cuando me acompañó al coche para despedirme, me dijo: *“En confianza, si Rosa y Chicha le han aceptado como así ha sido, usted aquí siempre será bienvenido”*. Y sacando un sobrecito del bolsillo de su guayabera me lo puso en la mano y me dijo: *“Cuando tenga confusión y miedo, abra el sobre y lea con el corazón el escrito que contiene, le protegerá”*

Hay momentos, conversaciones, palabras, que son para el corazón, para el alma, como agua de mayo para la arboleda reseca en una prolongada sequía. Aquellas horas que pasé con Gustavo compartiendo el almuerzo con él y con Rosa quedarán en el cofre de mis recuerdos imperecederos.

De vuelta ya hacia la frontera me desvié hacia el lugar donde ocurrió el accidente en que perdió la vida Jamal y dejó malherido a Leonardo. Cuando llegué al punto kilométrico, yendo despacio, enseguida aprecié la señal de una brusca frenada sobre el asfalto y como ésta trazaba hacia el

margen de la carretera. El Jaguar impactó en un paso de hormigón de una finca que salva el arcén. En el paso de hormigón se apreciaba el desconche que había provocado el golpe brutal. Manchas de aceite y cristales rotos evidenciaban que sin duda allí había habido un accidente. El tramo era una larga recta con mucha visibilidad. Resultaba extraño que Jamal diera ese giro brusco acompañado de la frenada intensa. La única explicación es que algún vehículo, un animal, alguien o algo invadiera su carril y lo intentara esquivar. Conociendo cómo conducía Jamal, me costaba creer que hubiera tenido un despiste por falta de atención.

Cuando me disponía a dejar aquel lugar que tan mala impresión me estaba causando, percibí que algo brillaba entre la maleza; era el emblema cromado del Jaguar que se habría desprendido, y allí seguía alerta en el lance estático de saltar cuando le interrumpió el destino fatal.

Recogí el emblema y me fui del lugar del accidente con el ahogo en el pecho y la sospecha de que quizás también hubiera sido provocado. Algo que me hacía pensar que el accidente era obra de la maldad fue cuando le pregunté a Gustavo qué sabía del accidente, dándole entender la posibilidad de que hubiera sido un atentado en toda regla. Simplemente me contestó como la disertación subjetiva del oráculo:

- La guerra entre el bien y el mal no sólo se manifiesta en esta tierra; sin apreciarse, pueden provocar los eventos que nos llevan a las consecuencias. Hay que estar siempre alerta. El efecto ha sido el accidente ¿Lo que ha provocado el mismo? La causa del accidente ha sido un despiste del chófer, el efecto ya sabemos cuál, pero la causa real es la que siempre quedará en la posibilidad de una maquinación. Leonardo, él quizá pueda saber cómo fue, e intuir si hubo intención, qué lo causó y quiénes pudieran ordenarlo.

No pude contenerme en preguntarle si sabía en caso de que el accidente hubiera sido provocado el porqué.

- Usted lo sabe, o por lo menos sabe una parte, sino no me estaría preguntando. ¿Mi respuesta? Es que sé una parte, igual que usted. Es peligroso, mucho, enfrentarse al poder del mal que domina el Sistema. A través de varios conceptos imprescindibles para la supervivencia de la Humanidad, controlados absolutamente por “Ellos”, mantienen el Planeta en un estado de esclavitud inconsciente para la inmensa mayoría. Revelar el secreto de su maldad y exponer la realidad oculta de su maquinación es empezar a cortar las cadenas a la población. Es, a su vez, cortarle las alas al estado en la sombra, echar abajo el obelisco donde guían desde la cúspide su maldad y mantienen su poder. Afortunadamente hay una minoría consciente de ello que no le importa luchar a riesgo de su vida. Así ha sido desde hace milenios. Ahora, en “la danza final”, más que siempre, aunque el mal se esfuerce en convencer que es todo lo contrario.

Directamente le pregunté si él no tenía miedo.

- ¿Tendría que tenerlo? No, no lo tengo. En todo caso si lo tuviera tenga presente que no le hubiera atendido ni hoy ni el otro día. Preguntarme por Leonardo es ya un signo para que tenga precaución y que mantenga mis sentidos atentos a cualquier posibilidad de que algo malo me puedan causar. Pero miedo no. El miedo es la cadena, la más fuerte y pesada con la que “Ellos” doblagan a la persona.

- Pero usted tiene instalado el dispositivo de hidrógeno en el Volkswagen... y eso es un desafío muy evidente. – Se lo solté así, de sopetón, a ver cómo reaccionaba, y su respuesta fue la que me dejó sin reacción. Me miró, sonrió y me dijo:

- Ahora mismo, aquí y por donde me muevo con el Volkswagen, es usted el único que lo sabe. Para todo el mundo, incluso para mecánicos con los que a veces coincido en el pueblo, ese coche tiene una fuga por la culata. Insisten en echarle un vistazo y hasta me ofrecen un buen precio por “repararlo”... Les digo que ya pasaré cuando vaya a más. El único del pueblo que podía sospechar es el dueño de la gasolinera, por eso de vez en cuando paso por allí y repostó unos litros de gasolina que después regalo a un conocido para su ciclomotor cuando me trae verduras de su huerto. ¿Cómo pueden imaginar que el coche funciona con agua de mar que repostó cuando voy a pescar a la Ría Formosa?

Y diciendo eso, sin dejar de sonreír como un niño explicando su travesura, me dijo que le siguiera.

Fuimos a un cobertizo que tenía detrás de la casa donde guardaba un generador de electricidad que también tenía el dispositivo de hidrógeno.

- Ve usted esas placas solares que están ahí, pues están casi de adorno, para disimular. En realidad sólo alimentan el alumbrado de la parcela. No es que necesite mucha electricidad porque tenemos pocos aparatos que alimentar, pero tengo de sobra para dar a luz a los vecinos si quisiera.

- ¿Pero esto sólo lo sabe usted; bueno, imagino que Leonardo también?

- Sí, y ahora usted también. Esa es la pena y la desgracia que hay que llevar para estar tranquilo y no poner nerviosos a los negreros que gobiernan y a los patrones que les mandan. ¿Se imagina el dineral que dejarían de recaudar las compañías eléctricas y petroleras; los impuestos que dejarían de obtener los gobiernos si todo el mundo abriera el grifo o se acercara a la playa con un cubito de agua? Pues tenga en cuenta que esa es una pesada cadena, pero hay otras que también tienen sujeta a la Humanidad.

Iba acercándome a la frontera, desde algunas lomas que surcaba la autovía se empezaba a divisar Isla Canela al otro lado de la desembocadura del Guadiana, con sus edificios resplandecientes junto al arenal de su playa por el sol del atardecer.

Con el emblema del Jaguar en la mano, como si fuera un amuleto, iba conduciendo y frotándolo para devolverle el brillo que había perdido casi sumergido en el barro del arcén. No podía quitarme de la cabeza el querer saber por el estado de Leonardo, y dónde podría estar Candela... Tomé el desvío de Monte Gordo y me dirigí hacia el norte buscando la casita de mi tita Deme.

Llegué a los aledaños de su coqueta casita, aparqué el coche y sin llamar observé desde fuera de la parcela. Allí estaba ella echando grano a las gallinas y canturreándolas mientras apartaba al gallo con aspavientos... ¡Qué graciosa! Con un vestido de punto de algodón, corto y de tirantas, que dejaba ver más que tapaba. ¡A su edad! No quiero pensar qué hubiera sido si ella en vez de estar gordita, muy gordita, hubiera tenido un tipo esbelto; pues siendo guapa y con esa chispa que tenía, robaría miradas y sonrisas hasta a un reo camino del patíbulo.

- ¡Churrita! ¡Qué susto me has dado! ¿Qué haces ahí que no pasas, callado como un mulo asomado a la tapia? Me has podido avisar y hubiera hecho un bizcocho, que ya sabes: Si no encuentras un... chocho, te comes un bizcocho... Ja, ja, ja.

La tita Deme era y siempre fue así, tan graciosa y descarada como escandalosa, para bien y para mal. Habían pasado muchos años, décadas, pero me trataba igual que si fuera ayer el día que se despidió de mí cuando partimos para Bergerac.

En su casa, de pequeña, según decía mi padre, su madre la llamaba “la canastita”. No con elogio, más bien con reproche, por su manera desenfadada y alegre que contrastaba con el carácter más adusto de su madre, a la cual eso la enardecía y se lo reprochaba por mostrarse tan desinhibida en momentos que no eran para ello.

Por eso a mi madre que era muy comedida le angustiaba cuando venía a casa con su alboroto y locuacidad picarona que a las vecinas, si algunas estaban por la casa, las escandalizaba hasta el punto que ya tenían en la calle comidillas para unos días. Pero teníamos que agradecerle que bien nos paliara el tener que cenar las sopas de puchero todas las noches, y poder meternos en el cuerpo una ventrecha de atún, unas sardinas estivadas o unas conservas escogidas de la fábrica de Isla Cristina.

Alejandro modelaba el busto de un hombre que le habían encargado, mientras la tita Deme preparaba un café de puchero como ella sabía hacerlo y que yo no recuerdo cuándo lo tomé por última vez. Sacó unos bolihnos de harina de arroz y departimos una tarde agradable recordando los tiempos pasados y a los nuestros que ya partieron.

Cuando Alejandro se fue a encender el horno para cocer el busto, ella con su sonrisa perspícaz y con su expresiva miraba me preguntó:

- Has ido a ver al brujo, se te nota. ¿Por alguna mujer que te tiene encogido el corazón y los huevos hinchados? – Y diciendo esto soltó una escandalosa

carcajada que espantó a un par de gallinas que andaban detrás de las migas del bizcocho que había sacudido del mantel.

- Tú sí que eres una bruxa. – le dije riendo a la vez. Había conseguido sacarme del relax reflexivo en el que aún estaba sumido por el tiempo compartido en compañía de Gustavo – He ido a preguntar sí, pero por un amigo del que he dejado de tener noticias. Bueno, también he preguntado por su hermana.

- No ves como tu tita Deme no iba mal encaminada. Allí va todo el mundo por lo mismo: por salud, por dinero o por amor. Tú de salud estás hecho un toro, dinero sé que no te falta. Así que sólo queda que fueras por lo que queda... Tengo un par de amigas que es raro que no vayan un par de veces al mes. Siempre van por lo mismo, a preguntarle por ellas, por sus hijos o por las nueras y los yernos. Por los maridos nunca... ¡las muy putas! - otra vez rió ruidosamente, pero esta vez no espantó a las gallinas, ya no estaban, se habían comido las migas del bizcocho.

- ¿Tú no has ido nunca? – Le pregunté.

- No, y mira que tengo curiosidad por conocerle allí en su casa y hablar con él. Pero qué le puedo preguntar y decir, si soy feliz con lo que tengo; no me falta nada y mis hijos gracias a Dios están bien. Por lo que sé a él no le gusta que vaya la gente a verle para fisgonear; se da cuenta y despacha rápidamente. En otros tiempos sí que hubiera ido por mi mala cabeza y por la calentura de mi chocho... - volvió a reír y me hizo reír – Sí que fui a ver a una mujer, medio parienta mía de la Redondela, pero me sirvió de poco, sólo para gastar tiempo, dinero, y no solucionar mis angustias.

Alejandro volvió del horno. Traía en una bandejita tres copitas y una botella de licor de “amendoa amarga” –almendras amargas- amarguinha, y una jarrita con limón exprimido y otra con hielo picado.

- ¡Mira mi hombre, como sabe lo que me gusta! él es mi tesoro y mi refugio, no necesito ningún brujo.

Y levantándose le dio un par de sonoros besos, como ella siempre daba, y que a mí recuerdo que me avergonzaba y sonrojaba cuando de niño me los daba. Brindamos por la salud de los tres y seguimos riendo con las ocurrencias de la tita.

Me despedí de ellos y dirigí el viejo Opel hacia España pensando en el cierto parecido de carácter de mi tía Deme y de Candela. Y fui rememorando la conversación con el Sr. Gustavo sobre Candela:

- Sabrás del acertado dicho: “De lo que veas la mitad, y de lo que te cuenten nada”. ¿Verdad?

- Te voy a contar un chiste que me contó mi padre cuando yo era un niño: Estaba un cura enseñando al sacristán a leer, porque le hacía falta:

- *A ver sacristán, empiece a leer por aquí.* – el sacristán empezó a leer:

- *Y el Abad bendijo la mesa y dijo setenta monos.*

- *Sacristán, vuelve a leer que creo que son menos monos.*

El sacristán miró al cura sorprendido, acercó más la vista al libro y leyó:

- *Y el Abad bendijo la mesa y dijo... siete monos. – Tiene usted razón señor cura, son menos monos-*

- *Anda, lea usted bien, que son aún menos monos.* – El sacristán ya creía que el cura le estaba tomando el pelo. Tomó aire, acercó esta vez el libro a la cara y volvió a leer –

- *Y el Abad bendijo la mesa y dijo... sentémonos...*

- *Se da usted cuenta sacristán, que eran tan pocos monos que no había ninguno.*

No pude contenerme las risas ante la ocurrente explicación de Gustavo. Este hombre era peculiar y enigmático en todos los sentidos, pero tenía tanta sabiduría como humor.

Me dijo que su padre, nacido en Sevilla, era profesor de latín y griego. Idiomas que se le daban muy bien pues estudió para cura. Pero su vocación se torció, y su vida y algo más se le enderezó - me dijo guiñándome un ojo - cuando conoció a una linda gibraltareña que, de origen inglés por el padre y de ancestros genoveses por la madre, le hizo salir del seminario un cuarto de hora antes de cantar misa.

El chiste vino a cuento porque no pude resistirme pedirle consejo sobre mi interés por Candela a pesar de las advertencias y habladurías que me habían dado Blanca y el Cajirón. Y es que la conversación tomó muchos derroteros en las horas que compartimos. Así y todo también me dijo que “cuando el río suena, agua lleva”, y que comprendiera que igual que hay algunos hombres que aunque quieran a su mujer les resulta muy difícil serles fiel, lo mismo pasa con algunas mujeres. En esos casos, tanto ellos como ellas, sufren un irrefrenable impulso de apetencia sexual que les obliga a mentir para ocultar las infidelidades, y la mentira se va haciendo habitual no solo por esos asuntos sino por costumbre ante cualquier conversación. Al fin y al cabo, el engaño, la infidelidad y la mentira es un gran obstáculo en la felicidad de la pareja. Traicionar al amor es la mayor traición, y no es comparable con la traición por codicia, por ambición de poder o por envidia y egoísmo. Y es que el dolor del corazón es el más sufrido, mucho más que el de la cartera; aunque hay gente que le duele más la cartera porque tienen el corazón fosilizado.

No, no son compañeros adecuados para una vida. Aunque en un principio el apasionamiento y la fogosidad de su temperamento les haga poseer una atracción que consigan que los encuentros sean momentos muy intensos, de los que después es difícil desapegarse pues provocan adicción. Siempre queda la esperanza que ese impulso insano de mentir y de yacer promiscuamente pueda corregirse si de verdad se ama a la pareja y se tiene intención de ello. Aunque resulta difícil se puede lograr.

- Dime ¿sabes el día, el mes y el año y dónde nació ella; la hora no la sabrás? – Me preguntó Gustavo dejándome contrariado.

El “Brujo” se levantó y se dirigió a la estantería donde tomó un libro entre los cientos de libros que allí tenía, que en meticoloso orden descansaban firmes como los soldados de un batallón prestos para desfilar.

- Sí, fue un tres de Junio... - Después de decirle el año y que desconocía la hora, él siguió mirando el libro tomando anotaciones en una hoja, y por una de las páginas que se referían a Géminis me dijo mostrándomela:

- No te puedo concretar porque no sabemos la hora exacta. También es cierto que cada Ser es cada cual, pero los astros estuvieron ahí en el momento de nacer, y su influencia tienen. El signo influye en el carácter, no te quepa duda.

Gustavo empezó a leer y aunque recuerdo gran parte de lo que me dijo, hubo una frase que literalmente no se me olvida: “Géminis tiene muy poca tendencia a tener relaciones estables, es el signo que más se inclina a vivir aventuras”.

Después de haberme dicho eso el ánimo se me fue a los suelos. Entendí que era complicado y doloroso que la relación no fuera más allá de la que tienen dos amantes, que únicamente quieren compartir momentos de pasión. Pero la mayoría de las veces uno de los amantes queda pillado en la relación, queriendo algo más que compartir un lecho donde desfogar los ardores del sexo, y eso es, irremediablemente, sufrir.

Poco sé de mi tía Deme, pero por lo que escuché a hurtadillas siendo un niño, cuando hablaba mi madre con las vecinas y con mi pobre tía Trini, ella hizo sufrir a sus dos maridos y a más de un amante, aunque también sufriera por amantes que no le correspondieron como ella quisiera. Espero, y parece ser así, que la experiencia de lo vivido le haga sentir y amar a Alejandro; valorarle como él la ama y la valora, y sostenga la felicidad que ahora disfruta y que ella equivocadamente buscó de joven y no tan joven en tantos hombres; unos por la atracción del cuerpo y otros por la sugestión del poder y el dinero.

Por una parte algo me decía que declinara en saber de Candela, y por otra no era capaz de quitar de mis pensamientos el ansia de volver a verla. Los recuerdos con ella estaban tan vívidos que aún parece que huelo su perfume mezclado con el sudor que desprendían nuestros cuerpos y el calor ardiente que compartimos.

El deseo de revivir los recuerdos justo cuando alcancé el cruce de Vila Real de Sto. Antonio, unos pocos kilómetros antes de llegar a la frontera y al puente internacional que salva el Guadiana y enlaza Portugal con España, hizo que sufriera un impulso difícil de explicar que me bloqueó la razón y provocó que dirigiera el Opel buscando los lugares que había compartido junto a Candela alguno de los días que nos despistamos de Leonardo.

Hay ocasiones, pocas, que ocurren circunstancias que se escapan de la razón. Son como extrañas carambolas que parecen guiadas o provocadas por algo o alguien ajeno a nuestros sentidos y entendimiento. Son como señales que nos invitan, empujan o advierten de algo que nos puede acontecer para bien o para mal. Augurios que a veces no son ni siquiera evidentes, sino que surgen de la nebulosa del inconsciente previniendo de un futuro que ni por la razón ni el corazón podríamos entrever.

Y ahora pienso fríamente lo que sentí esa tarde sin haberlo decidido ni un minuto antes. Tomar el último desvío de la autopista que me dirigiera al último recodo del Algarve oriental, frenando bruscamente y girar el volante sin saber muy bien el porqué. Porque el hecho de dirigirme a los lugares que compartí con Candela fue una justificación del consciente que devino instantes después.

Como dijo el personaje que interpretaba a Guy Fawkes en la película V de Vendetta:

“La coincidencia no existe, solo la ilusión de la coincidencia”

Como si una estalactita helada atravesara mi pecho, congelándome y a su vez abrasándome el corazón, fue lo que sentí ante la impresión de verla a ella. Allí, en Vila Real, en uno de los veladores de la avenida que discurre paralela al río. Iba despacio conduciendo el Opel por el pavimento empedrado, y justo cuando paré para ceder el paso a unos peatones que cruzaban al puerto, distinguí su melena morena, ensortijada, que junto a sus hombros surgía del respaldo de una silla de aquella terraza. De espaldas podría ser ella o no. Lo era, no sé si por desgracia o por suerte. Ahora creo que por lo último. Cambié de sentido en el cruce siguiente y estacioné el vehículo justo enfrente de ella. Estaba sonriendo y abstraída en la compañía de un hombre al que acariciaba con su pie descalzado el tobillo de él por debajo de la mesa mientras le tenía cogida la mano. Entre sorbo y sorbo de las copas brindaban y echaban risas y besos al aire. La escena era una reconstrucción de momentos pasados en que todo: ella, camareros, clientes, mesa, sillas y copas, parecían que no hubieran salido de allí jamás. Lo único que en la escena cambiaba era el hombre que estaba enfrente de Candela. No era mi pierna la que sentía entre excitado y avergonzado las caricias de su pie, ni mi mano la que acariciaba la suya.

En ese momento no pude reprimir el deseo de llamarla por teléfono, pero no tenía su número personal en ninguno de los tres teléfonos que llevaba: el que me dio Ilde, el del Círculo y el de Marguerite. Su número personal estaba en la agenda del teléfono que me requisó Albert, el gendarme. Sí tenía en el del Círculo su otro número, y presa del resentimiento que me estaba provocando la situación, sin pensar ni querer recordar las advertencias, activé el teléfono del Círculo, memoricé su número y la llamé desde el teléfono de Marguerite mientras observaba desde el coche su reacción.

Aprecié que el teléfono suyo del Círculo empezó a sonar, pues rápidamente dejó la conversación y las caricias con su acompañante, agarrando el bolso sacó el teléfono; miró la pantalla – el número desde el que le llamaba no lo podía tener – y rehusó la llamada. Por unos instantes observé que se quedó pensativa, pero enseguida que el hombre con el que compartía mesa le dirigió la palabra, ella adoptó las maneras anteriores a la llamada, imagino que dándole una explicación improvisada como tantas veces me dio endulzada –ahora si lo creo, antes no lo quise - de mentiras baldías. Cogió la mano de aquel hombre, sonrió y le embaucó como tantas veces hizo conmigo y con tantos otros.

No sé por qué lo hice. El desengaño me obnubiló la razón y la llamé presa de la estupidez que me provocó verla, y sobre todo en la circunstancia en que la vi. Después de todo mejor fue así: Es preferible descubrir una amarga verdad que estar sumido en una dulce mentira.

Arranqué el motor y salí hacia España anhelando el imposible de olvidarla cuando atravesara la frontera y dejar mis recuerdos junto a ella en la orilla portuguesa del Guadiana.

Sólo he amado a dos mujeres; las dos me han causado dolor: Marguerite porque se fue, Candela porque la encontré. La ilusión de envejecer con ella, visitando sitios y recorriendo parajes; acudiendo a conciertos y exposiciones; degustando los placeres que la vida nos ofrece, sabiendo que el tiempo se acorta, se truncó como un árbol viejo y carcomido ante un temporal.

Mal amigo es el alcohol para ahogar tristezas, pues si por momentos sus vapores embriagan en euforia, ésta resulta tan falsa como efímera pues la resaca destapa con más fuerza el desánimo y el dolor del desengaño.

Deambulé por bares de Ayamonte intentando romper en vasos de vino todas las falsas ilusiones y todos los recuerdos en vano. No sé si me quedó algún bar por cerrar... De lo poco que recuerdo fue que en un café de nombre la Corbeta recobré por instantes las ilusiones de encontrar esa compañera con la que compartir risas y alegrías, sueños y pasiones. Aquella mujer que atendía a la barra, Soledad me dijo que se llamaba, reflejaba en sus ojos las tristezas que enmascaraba disimuladamente con una bonita y sincera sonrisa. El que parecía el dueño del bar navegaba absorto en la pantalla del ordenador buscando algo, imagino que para comprar, pues pasaba rápidamente, por lo que aprecié por sus dedos sobre el teclado, de una pantalla a otra con tan poco detenimiento que me hizo percibir que no leía nada que fueran noticias y artículos; sólo anuncios de algún chollo para informarse y adquirir.

Salí de aquel café dejando atrás los ojos tristes y la sonrisa dulce de Soledad, al dueño impasible en anuncios de ventas y subastas, y los acordes de “María la Portuguesa” de Carlos Cano que me hizo dejar el último vaso de vino a medias; pues aunque siempre me encantó esa triste canción

magistral, fusión de copla y fado, sólo me faltaba escucharla en esos momentos para abatirme el ánimo aún más de lo que estaba.

Una bruma espesa adentró por las calles de Ayamonte envolviendo con su velo húmedo los faroles que parecían llorar contagiados por mi desengaño. La noche hizo desaparecer a los transeúntes de las calles mojadas. Y yo iba dando tumbos –“camballás” dicen por aquí- desorientado, intentando recordar dónde dejé el coche.

En cualquier momento en esa noche espectral podía surgir por las callejuelas el ruido de los cascos del caballo del fantasma decapitado del Marqués de Ayamonte; chivo expiatorio de la conjura secesionista en la Andalucía de entonces del propio Marqués y del Duque de Medina Sidonia que, según algunos historiadores, fue urdida por el Duque de Olivares para expropiar al Duque y al Marqués, y que todos sus territorios y rentas devengaran en la Corona de Felipe IV, y el Duque de Olivares apuntarse otro tanto.

El amanecer del día siguiente contrastaba absolutamente con mi estado de ánimo. El sol peinaba con brillantina luminosa el bosquecillo de pinos enfrente de la terraza del apartamento; el mar azul intenso en el horizonte era recortado por la barra de la bocana de la ría de Isla Cristina. Ayamonte y Vila Real se desarropaban de la bruma del Guadiana y se desperezaban iluminando el blanco de sus casas.

A media mañana, justo cuando quería olvidar el día de ayer y todas las horas y días vividos con Candela, ella me llamó. Cuando escuché su voz al otro lado del auricular capté, aunque me preguntara quién era y que tenía una llamada perdida de ese teléfono que desconocía, que sabía perfectamente a quien llamaba. Cuando le hablé, contestó eufórica, animosa y ardiente. Le dije que colgara un momento que le iba a mandar unas fotos. Le mandé las fotos que tomé en Vila Real cuando ella estaba en actitud cariñosa y apasionada con aquel individuo de apariencia nórdica bastante mayor que ella. Ella me volvió a llamar al cabo de los minutos. Tuvo la desfachatez de decirme que era un amigo de su infancia con el que no tenía nada más que eso. ¿Un amigo nórdico de la infancia? ¡Nada más que eso! ¡Acariciar con el pie desnudo su pierna, agarrarle la mano y lanzarle besos!

Una mentira indigerible que quería que tragara cerrando la razón a las evidencias, como imagino que tantas tragarón sus ex, cegados por la pasión y el amor.

Saqué de la guantera del coche una taza de cerámica que Candela me había regalado en la que estaba impreso un corazón y la frase: “Quiero que seas mi refugio”, también un azulejo que nos pintó a mano un artista, donde plasmó un faro y un velero en el horizonte con un poema que le pedí que le escribiera:

Si tú quisieras navegar en mi velero,
en mi velero de sueños.
De esloras, de mi corazón al infinito;
de manga, de mis huellas al cielo.
¡Ay! ¡Ay! si tú quisieras navegar en mi velero.
Mi velero no es pirata ni mercante ni corsario,
ni navega con el viento.
¡Ay! ¡Ay! si tú quisieras navegar en mi velero.
Surca los mares de la Tierra y el Cielo,
Impulsado por la fuerza del amor,
por la verdad del corazón,
por los claros sentimientos...
¡Ay! ¡Ay! si tú quisieras navegar en mi velero.
Descubriríamos islas y mares,
Cometas, estrellas y luceros.
Nuestros besos serían las velas,
el timón nuestros abrazos,
nuestro rumbo: intensamente incierto.
¡Ay! ¡Ay! si tú quisieras navegar en mi velero.

Tanto la taza como el azulejo los hice añicos en el pavimento; y le mandé a su correo la imagen del destrozo. A partir de entonces se acabaron las llamadas, los mensajes, todo. Pero los recuerdos abrasaban como hierros candentes en el pecho. Solo había esperar que el tiempo y el espacio, una vez más, hiciera que los recuerdos no me hicieran sucumbir en la desesperación de la tristeza y el abatimiento.

Me dije a mí mismo: Alégrate de haberla conocido, tienes la experiencia de haber vivido el amor verdadero de una gran mujer, y el querer instintivo de una intensa apasionada. Ahora tienes que ser más sabio.

Al tiempo supe que aquel “amigo” nórdico de Candela era una especie de capo adinerado por negocios, unos poco y otros nada claros. Estaba afincado y escondido entre la línea fronteriza del Algarve y la costa de Huelva. Candela, como en todas sus relaciones al principio, se entregó apasionadamente. Esta vez como otras, deslumbrada por la opulencia y agasajos del individuo se dejó llevar, pero todo acabó como acabaron todas sus relaciones.

“Quien sólo quiere y no ama de verdad, sólo puede esperar entablar amistad con el silencio y la soledad.”

Ella habría sido feliz si hubiera amado a quienes la amaron, y vivido bien si se hubiera conformado con el generoso sueldo que percibía de Leonardo y de las buenas rentas del chalet que heredó de su padre.

Como escribió José Narosky: *“Quien cambia felicidad por dinero no podrá cambiar dinero por felicidad”*.

Del sopor de la resaca y del abatimiento del desengaño me sacó sin contemplaciones la melodía del bolero de Ravel del teléfono de Marguerite. Pensé que sería Rufo o Jules. Estaba equivocado.

- Allo, bon jour...

- Bon jour ¿Marcos Santana, es usted? – dijo una voz que en esos momentos no resultándome desconocida no podía precisar quién podía ser.

- Sí, soy yo, y... ¿Usted quién es?

- Soy Albert. Menos mal que he podido localizarte. Tengo que verte urgentemente. – Era el gendarme con el que tenía cierta confianza y del que Jules desconfiaba.

- ¿Quién te ha dado este número? – Le pregunté desconcertado y enfadado.

- Eso no importa. Lo que importa es que tengo que verte urgentemente.

- A mí sí me importa. Además no estoy en Francia. Estoy bastante lejos...

- Sabemos que estás entre España y Portugal. Cogeré un avión a Sevilla o a Faro e iré mañana mismo hacia allá. Dime dónde y a qué hora nos vemos pasado mañana.

- Ahora mismo no sé. Mañana te llamo y te preciso la hora y el lugar.

- Perfecto Marcos. Espero mañana tu llamada. Que tengas un buen día.

Aquella llamada fue como un tónico amargo que hizo desaparecer la resaca. Pensé que ya daba igual cómo pudo localizarme y si realmente había un culpable no era cuestión de señalar a Jules o a Rufo. Tienen tecnología para espiar todos los teléfonos, mensajes y correos. Hasta para conectar el micrófono, la cámara de los celulares y revisar todos los archivos sin que el usuario sea consciente de ello.

Llamar a Rufo o a Jules en esos momentos podía ser una estupidez. Incluso llamarles desde el teléfono que me proporcionó Ildefonso. Si me tenían localizado seguro que también a ellos, así que contuve el impulso de llamarles. Dejé los teléfonos en el apartamento. Quise sentir el placer de estar incomunicado, libre de todo lo ajeno que fuera únicamente yo mismo. Me dirigí a la playa para dar un paseo por la orilla y reflexionar mirando el horizonte, el romper de las olas y el vuelo de las gaviotas, sobre la conversación que acababa de tener con Albert... Y dónde, cómo y cuándo deberíamos vernos.

Una vez en la playa paseando hacia poniente se me fue calmando el embotamiento mental y emocional. La llamada de Albert hacia unos instantes y la mala experiencia de hablar con Candela, ya con la mente fría y el corazón más templado me hizo pensar con más claridad.

A mediodía, después de un largo paseo por la playa, entré en un chiringuito donde alivié la resaca con una cerveza e intenté asentar el estómago con una tapa de ensaladilla con gambas. El sol de primavera apretaba, y aunque en otro momento hubiera tomado, no una ni dos, sino alguna cerveza más, no tenía el cuerpo para ello. Desanduve mis pasos de vuelta hacia el levante

dejando atrás la playa Central de Isla Cristina para dirigirme hacia La Antilla donde dejé la bicicleta. Llegué al apartamento con el propósito de intentar relajarme y meditar como Marguerite me enseñó, aunque la verdad hacía tiempo, mucho, que no lo hacía.

Miré los teléfonos, y en el de Marguerite tenía llamadas perdidas de Jules y Rufo; y en el que me proporcionó Ilde también tenía una de él. Pero lo que verdaderamente me provocó un escalofrío que me recorrió desde las plantas de los pies hasta más allá de la coronilla fue que en el teléfono del Círculo también tenía otra llamada perdida; en la pantalla aparecía M1, el número de Leonardo.

En ese momento no quise devolver las llamadas, me tumbé en el sofá con la intención de relajarme, meditar hasta quedarme dormido, para así, con mi cerebro distante de mis sentidos, poder buscar soluciones para el futuro inmediato.

Cuando desperté, el anochecer iba despojando los colores pasteles de la tarde. El sol se había ocultado en el horizonte de Portugal, entre Isla Cristina y Ayamonte. Salí a la terraza, respiré hondo el aroma que desprendían los pinos, la jara, el romero, la táviga...

Sin saber por qué ni el cómo mi ánimo estaba más calmado; la meditación había resuelto y sosegado mi mente inquieta y dispersa. Cuánto tengo que agradecer a Marguerite que me iniciara en el sentir relajado del no sentir.

Agarré el teléfono del Círculo y con el nerviosismo de la incertidumbre que me hacía presa devolví la llamada al M1.

- ¡Marcos! Que alegría escucharte, saber de ti...

- Leonardo, eres un mamonazo... - no me dejó continuar, me interrumpió –

- Sí, sí, ya sé...y “un cabrón con pintas verdes en el lomo”. Me lo has dicho más de una vez.

- Pues sí, Leonardo, eso es lo que eres. Además con toda la batería cargada... Bueno... ¿Cómo estás?

- Mejor. Mejorando y progresando. En esta batalla me han herido, pero pronto estaré listo para la siguiente... Sé que te has enterado y sé que ha sido porque me quieres. Gracias.

- ¿Que te quiero? Claro que sí, pero muy cerca, para darte dos hostias como dos panes.

Nos reímos los dos como tantas veces y seguimos la conversación, ya más seria sobre el accidente y la trágica pérdida de Jamal. Leonardo, a pesar de indicárselo, no quiso hacer referencia de que el accidente fuera intencionado, y esquivó hábilmente mis preguntas hacia otros derroteros, dando de lado, sin afirmar ni confirmar, que el accidente fuera un atentado. Sabía, por supuesto, que estuve a ver a Gustavo, “el bruxo do chapéu branco”, y medio en broma y medio en serio estuvimos hablando de él. Me confirmó que eran amigos desde hacía años y que se apreciaban mutuamente. Me aconsejó que atendiera a sus consejos y que volviera a

visitarle aunque sólo fuera para saludarle. Por lo que me dijo Leonardo mi persona le agradaba, y que eso, en su personalidad peculiar, era algo casi excepcional; porque aunque fuera abierto y extrovertido con todo el que coincidía en lo cotidiano o le pidiera consejo y ayuda, sus amistades eran pocas y escogidas.

Cuando llegó el momento de hablar de Candela, porque la nombré, el tono de voz de Leonardo se hizo más grave, evitando la hilaridad que hasta ese momento habíamos mantenido en la conversación.

- De Candela qué te puedo decir... Te enteraste y no por mí, que es mi hermana, por eso te pido disculpas. Y como tal llevo sufriendola desde antes que naciera. Puedes imaginarte que el hecho de que mi madre siendo viuda y habiéndose quedado embarazada ocasionara un golpe para mi hermana Blanca y para mí; más que nada por la maledicencia a la que nos vimos sometidos. A Candela la hemos querido y queremos como hermana que es, pero a pesar de todos nuestros esfuerzos, tanto a mi madre como a su padre, y a Blanca y a mí, nos ha causado desde muy joven mucho dolor. Nunca pensé que te fijaras en ella hasta llegar a amarla, si lo hubiera sabido ten por seguro que te habría advertido.

- No te preocupes Leonardo, no tienes porqué disculparte de nada. Tú no tenías porqué imaginar que me enamorara de ella. Y entiendo perfectamente que me ocultaras que seáis hermanos. Ya pasó, o por lo menos está pasando. El tiempo lo cura todo.

Quise darle a entender que no estaba tan afectado como realmente era. Él me explicó que la personalidad bipolar de Candela hacía de ella un ser tan impulsivo como imprevisible. Siendo muy inteligente, cariñosa y extrovertida era penoso que estuviera doblegada a su irrefrenable instinto sexual, que le había provocado y le provocaría más dolor que placer por el simple hecho del dolor que ella ha provocado.

Zanjé la conversación sobre Candela, pues nos estaba causando daño a los dos.

- Fui a la finca y no pude entrar. Hay un guarda de seguridad que no sabe nada o no quiere saber. ¿Qué es lo que ha pasado, me lo puedes decir?

- El proyecto del Círculo del Jaguar ya no es un proyecto, es una realidad. En breve el Jaguar saltará con sus garras y con sus fauces destrozará a los que han causado tanto mal. No te puedo contar más. Ya te enterarás. El día Alpha está a punto de llegar.

Aquella contestación me dejó con la inquietud y la impaciencia de saber qué había pasado y qué iba a pasar. Frené el impulso de preguntarle más sobre ello, no quise ponerle en el aprieto. Sólo me comentó que ahora estaban con otro proyecto, un nuevo Círculo. Cuando le pregunté en qué consistía me dijo que más adelante lo sabría.

Tampoco me concretó dónde se estaba recuperando; sólo me dijo que pronto nos veríamos e insistió que fuera a visitar de nuevo a Gustavo, el bruxo.

Después de hablar con Leonardo llamé a Rufo. Casualmente Jules estaba con él en el taller.

“Dile a ese bichejo que cuando le vea le voy a quitar el pellejo” Fue el impropio cariñoso que escuché de fondo a Jules cuando Rufo contestó a mi llamada.

- Hola Marcos, estoy aquí con Jules... ¿Le habrás escuchado?

- Dile que no le he escuchado, a las personas se las escucha, a los bichos se les oye...

- Eso, Marcos, es mejor que se lo digas tú... ¿Cómo estás?

- Bien, estoy bien ¿vosotros?

- Nosotros bien pero muy preocupados por ti. Tengo que decirte que René, el policía preguntón que tantas veces ha venido intentando saber de ti, dicen que se ha suicidado. Ha aparecido dentro de su coche asfixiado; conectó una manguera al escape y la metió dentro por la ventanilla. Lo encontraron en un bosque cercano a Bergerac hace dos días. Lo que nos preocupa es que unas horas antes, tanto a Jules como a mí, nos visitó; esta vez muy nervioso y preguntando muy insistentemente que tenía que hablar urgentemente contigo, quería verte.

Aquella mala noticia me produjo una ansiedad y llevó mi ánimo más al fondo del lodazal del que jamás podía imaginar: eran ya cuatro muertes las que se habían producido en mi entorno desde que me mostró Leonardo, en la Fábrica junto a Caçela Velha, el Corazón del Jaguar. Por lo que hablé con Rufo, y después con Jules, René, aunque un poco más alterado y nervioso, no parecía una persona que estuviera desesperada para llevar a cabo ese acto final de su vida, y más cuando recuerdo lo ilusionado que estaba con su hija y su mujer.

Mis pensamientos empezaron a deambular agitadamente por el pasado inmediato, y sobre todo por el momento que hablé con René en aquel McBurger donde los dos salimos, sin apenas haber comido nada, con menos ganas de comer.

Cuando intentaba recordar la conversación con René, el teléfono que me proporcionó Ilde empezó a sonar.

- Amigo Marcos ¿Qué tal, cómo va todo? – Era la inconfundible y animosa voz de Ilde. En ese teléfono hubiera sido muy sospechoso que fuera otra voz.

- Bien, bien... para qué nos vamos a quejar. - le contesté intentando disimular el trance angustioso de la mala noticia que acababa de recibir.

- Pues por el tono de tu voz no lo parece... ¿Seguro que estás bien?

La vida y la intuición de ciertas personas saben leer en una pequeña contestación, por mucho que se quiera disimular, que algo anormal pasa.

Ilde, sin duda, tenía esa intuición clarividente, por don, por muchos kilómetros y por vida para poder captarlo.

- Ilde, siempre hay que decir que uno está bien cuando te preguntan... ya sabes: Si el que te pregunta te quiere, le das una alegría, si no te quiere... que se joda.

- Tienes toda la razón, pero cuando conoces al que aprecias es difícil por mucho que lo disimule que no sienta la verdad, aunque se enmascare con una sonrisa y unas palabras que oculten la realidad del ánimo.

- Pues sí Ilde... No te quito la razón. La cuestión está en saber reconocer a los que verdaderamente te quieren, que no son otros que los que en la adversidad acuden sin llamarles.

- Marcos, entonces creo que hay que abrirse, pues si se comparten las alegrías, los momentos difíciles con más motivo, pues son más llevaderos cuando se expresan a la persona con la que existe una verdadera amistad; pues muchas veces la persona que te quiere, aparte del apoyo que te pueda dar, es fácil que vea desde su posición con más claridad el problema que nubla y atosiga al que le afecta.

Bueno... vamos a dejar de filosofar y vamos a lo que vamos. Te comento: estoy en Isla Cristina terminando unos trámites. Si te parece te invito a cenar en Portugal en cuanto acabe. ¡Ah! Sólo acepto un “sí” por respuesta. Vamos a ir un restaurante que aparte de tener unas vistas preciosas, por eso iremos antes de que anochezca, nos pueden servir unos platos que sin duda te harán volver.

Ilde me recogió en la Antilla y nos dirigimos en su coche a un restaurante portugués situado en un promontorio desde donde se podía admirar toda la bahía de Montegordo. Desde la cima de aquel enclave, a cuyos pies se encuentra Praia Verde, en una tarde clara como era la que estábamos disfrutando, se divisaba desde la isla de Tavira hasta la barra del espigón de Vila Real de Sto. Antonio. Enseguida que llegamos pude apreciar que Ilde era bien conocido en el lugar; tanto como para adentrarse en la cocina a saludar al Chef y al personal.

- ¿Me vas a decir qué es lo que te preocupa? Si no me lo quieres contar, lo acepto, pero no me digas que no te pasa nada. No hay que ser muy despierto para darse cuenta por tu desgana al comer y con lo parco que has sido en palabras que no te ocurra nada.

Dándome tiempo a que reflexionara mi respuesta, Ilde alzó la mano y llamó la atención del camarero.

- Por favor, me sirve un expreso y un Famous Grouse con hielo y un vaso de agua. Y a mi amigo lo que le pida, a ver si levanta el ánimo. – Ilde y el camarero me miraron esperando mi respuesta sin yo tener claro qué pedir...

- Sírvame lo mismo que al señor... Gracias.

- ¿Tú, un whisky? Me pegaba más que ahora tomaras un gin tonic, incluso un coñac.

- Ya, pero a ver si tomando lo mismo que tú podemos llegar a la sincronicidad del momento.

No fue un whisky, ni dos, que fueron, si la memoria no me falla, tres los que tomé, y no tomé otro porque Ilde me aconsejó que no. Ilde sólo uno y con mucha agua. Y seguro que fue por eso por lo que empecé a hablarle de la inquietud que me aprisionaba, de la desazón en la que estaba sumido.

Aquella noche después de cenar con Ilde él me dejó en el apartamento. Apenas dormí hasta bien entrada la noche y por eso me mantuve en la cama hasta el mediodía; incluso hubiera estado más tiempo si no me hubiera sacado del letargo reparador la llamada de Albert, el gendarme. Silencié el tono del teléfono y dejé que se agotara el tiempo de espera de la llamada. No tenía ganas de hablar con él, y menos recién despierto y aún aturdido por los vapores del alcohol y falta de sueño.

Seguro que volvería a insistir, así que puse el teléfono en silencio hasta que llegara el momento en que me encontrara lo suficientemente lúcido para hablar con él.

Ilde me convenció, después de decirle que tenía que verme con Albert, para que el encuentro fuera en el restaurante donde cenamos ayer. Después de los cafés y los whiskys le conté lo que había ocurrido con René. También él tenía dudas: el suicidio resultaba lo bastante sospechoso para que no fuera un asesinato.

Le comenté que pensaba en la posibilidad de rehusar el encuentro con Albert, pues a pesar de que nos conociéramos desde hacía bastantes años y mantuviéramos un trato cordial ya no me fiaba ni de mi sombra. Ilde me convenció de que acudiera al encuentro y que mantuviera la calma. Si en verdad sus intenciones no eran buenas, tarde o temprano me encontrarían. No iba a estar escondiéndome toda la vida. Y si no era así, siempre me convendría saber quiénes estaban detrás de todo el hostigamiento y los crímenes. Intentó convencerme de que seguro que fuera esta última posibilidad la realidad de su interés por desplazarse desde Francia a este rincón de la península.

Observé la pantalla del móvil y tenía tres llamadas perdidas del insistente gendarme. Pensé que si hizo tres, volvería a llamar. Así que desactivé el silencio del teléfono y ya sólo quedaba esperar.

No pasó más de media hora cuando Albert volvió a llamar.

- Aló, bonjour... - le contesté percatándome en el mismo momento que ya eran cerca de las cuatro de la tarde, y me lo recordó al contestarme.

- Aló, bonsoir. Marcos, le he llamado varias veces y no contestó ¿Pasa algo?

- Nada, no pasa nada, simplemente que cuando salgo a pasear suelo ir sin el teléfono.

- Esta noche aterrizaremos en Sevilla y pernoctaremos allí. Mañana llegaremos a Huelva. He reservado mesa en un restaurante en la costa de Huelva, entre el Rompido y el Portil para cenar. Le mandaré la ubicación.

- Bueno, yo había pensado en otro sitio... - balbuceé sin imponer mi propuesta pues me dijo que ya estaba la reserva hecha. Las dudas empezaron a inquietarme.

Llamé a Ilde y le comenté lo que Albert me había indicado, que tenía que estar a las 20:00 en el restaurante que me indicó.

- Vale, perfecto. No hay ningún problema Marcos, conozco bien el sitio. Te acompañaré, te iré a recoger a las 18.00. Estate preparado.

La respuesta de Ilde me dejó con un extraño sinsabor; no pareció en absoluto que le molestara el cambio de planes, cuando fue él quien propuso el restaurante en Portugal. Le dije que anularía la reserva y me contestó que él se ocuparía de todo.

- Es una lástima que haya ocurrido el apagón; el lugar parecía muy acogedor y las vistas sobre la ría del Piedras, espectaculares. Pero no me pueden negar que este sitio también es precioso. Esperemos que nos atiendan tan bien como en el que elegiste, Albert. – Les comenté nada más sentarnos en la mesa del restaurante del Mirador, el que reservó Ilde.

Albert y el acompañante estaban visiblemente incómodos y nerviosos. Ello provocaba que estuviera más alerta y con la sospecha que el nerviosismo de los comensales daba crédito a que no pretendieran nada bueno.

Cuando Albert, el acompañante y el séquito camuflado se cercioraron de que el apagón era no sólo del restaurante que habían elegido, sino de todo el entorno, no tuvieron más remedio que aceptar la propuesta de ir al Mirador de Praia Verde. Con buen criterio decliné ir con ellos dos en el coche. Me presté a ir delante en el Opel guiándoles el camino. La única preocupación que tenía en ese trayecto era saber de Ilde. Me dijo que no me preocupara que me esperaría en el Mirador.

Justo después de atravesar el puente internacional de Ayamonte que salva el Guadiana y que hace frontera con Portugal, los tres vehículos: el mío, el de Albert y su acompañante de las gafas oscuras, y el del séquito: supuestamente tres policías franceses que habían venido de Francia con Albert; tuvimos que parar ante un control de la guardia fronteriza. El vehículo del séquito y sus ocupantes fueron retenidos en el control. A Albert y al tipo de las gafas oscuras no les quedó otra que seguirme detrás del Opel, dejando en la frontera a los tres “policías”.

Una vez sentados los tres en la mesa les pregunté directamente que qué sabían de los autores de la muerte de Bernard. Albert me contestó que los

autores eran sicarios de poca monta que ya no estaban en el plano de los vivos. Pero directamente me preguntó:

- Marcos, tenemos que hablar claro... y con Leonardo ¿Sabes dónde puede estar? Él nos puede aclarar quienes están detrás de los sicarios que mataron a Bernard. ¿Qué sabes tú, quienes son los jefes de Leonardo y... tuyos?

- Yo no tengo jefes... no los he tenido desde hace muchos años. Bueno, sí, el Estado, y no es que lo considere un buen jefe. De Leonardo no sé nada, ni dónde puede estar ni cómo estará. Y que yo sepa tampoco tiene jefes, lleva años jubilado.

- Vamos al grano – dijo Albert – Es mejor que colabores, lo que le pasó a Bernard te pudo y te puede pasar a ti. Dime lo que sepas de Leonardo, de sus jefes y del proyecto que tenéis entre manos.

En ese momento las cartas se pusieron boca arriba desvelando las verdaderas intenciones de Albert y su acompañante. Estaban, seguro, a sueldo de “Ellos”. Me acordé del sobre que me dio Gustavo, el brujo, para que lo abriera y leyera en momentos de peligro, y que llevaba en la cartera.

- Disculpame – me excusé – mientras traen el vino voy a salir a la terraza a respirar un poco y pensar en lo que me has dicho.

Aquella respuesta desconcertó a los dos que se miraron uno al otro sin darles tiempo a decir nada, pues ya me había levantado sin esperar contestación y me encaminaba hacia la terraza. Me acerqué a la baranda y observé las luces centelleantes en la costa de la bahía; respiré hondo, saqué la nota que guardaba en el sobre que me dio el Brujo y la leí por primera vez:

“Por el poder del Amor, por el poder de la Luz y por el poder de la Verdad; con el Padre Sol que me ilumina y me calienta, con la Madre Tierra que me sostiene y alimenta, y con la Estrella de mi Ser que guía mis existencias, que me protejan de todo daño, y me ayuden a vencer a todo lo que me impida seguir por la senda del Amor, de la Luz y de la Verdad. Porque así fue, así es y así será.”

Volví a releer la nota, sorprendido y a la vez reconfortado, como si apreciara que algo no visible pero sí extrañamente perceptible me estuviera protegiendo. Entré en el salón del restaurante y tuve que reprimir un gesto de sorpresa cuando vi a Ilde ataviado de camarero. Estaba de pie, justo unos pasos detrás del inspector y su acompañante, y me hizo un gesto para que no bebiera el vino que contenía la copa y que yo no había visto servir.

- Marcos, vamos a brindar para que todo se desarrolle como conviene a Francia, a España, a Portugal, a Europa y a todo el mundo. – Dijo Albert mostrando su cínica sonrisa.

- ¿A todo el mundo, seguro, o para una ínfima parte de todo el mundo? –

Alcé la copa mientras Ilde me seguía haciendo señas de que no bebiera. Cuando chocaron las copas al brindar, disimulando torpeza, dejé intuitivamente caer parte del vino de mi copa en las copas de ellos dos.

- Después de brindar hay que beber ¿por qué habéis puesto esas caras de espanto...? ¿Es de mal augurio que se me haya vertido un poco de vino?

En ese instante, mientras Albert y el acompañante se miraron con el temor reflejado en sus ojos, Ilde se acercó por detrás de ellos y les dijo apuntándoles con una pistola por la espalda:

- Tienen dos opciones a seguir: beber el vino o tener un poco más de plomo en sus cabezas, elijan.

Cualquiera hubiera elegido beber un buen vino envenenado aunque fuera el último, siempre existe la esperanza de que la posibilidad de que el veneno que el acompañante de Albert depositó en mi copa mientras servía el vino (pues le dijo a Ilde que sólo descorchara la botella y no la sirviera) no hiciera el fatal efecto. No fue así.

Dos años después en un pueblo cualquiera de cualquier país de Occidente:

- Me acaban de llamar de Gobernación dándome la orden de que actuemos sin contemplaciones; que detengamos a los infractores y les requisemos los sistemas que tengan instalados. Les he dicho que eso es imposible, aquí por lo menos, y por la información que está circulando han censurado internet y los medios no dicen apenas nada. Las protestas se están generalizando por todos los continentes.

- Mire sargento, si tuviéramos que detener a todos los que tienen instalado el sistema y requisárselo ni tendríamos espacio en el cine del pueblo para encerrarles ni para guardar los sistemas en el campo de fútbol... Los precintos no valen para nada, los quitan y siguen funcionando. Además, también tendríamos que detener a varios familiares suyos y nuestros. A casi todos.

El sargento se mesó la barba, desvió la mirada hacia la ventana que cerrada resguardaba el cuerpo de guardia de una fina lluvia que llevaba varios días sin parar. Volvió a mirar al cabo y al guardia, y les dijo con voz calmada:

Este es el principio del fin del Sistema. Esperemos que sea para bien. No podemos hacer nada; no sólo porque es inviable actuar así contra todo el pueblo, sino porque sería acatar órdenes y leyes que son injustas para salvaguardar el culo de unos pocos multimillonarios sin escrúpulos.

- Mi sargento, la información no es oficial, pero hemos escuchado por onda corta que hay disturbios en casi todas las poblaciones importantes del planeta, y que en muchos países el ejército se ha negado a intervenir, e incluso se están dando golpes de Estado.

- Sí, yo también puse la emisora y lo he escuchado... De las grandes cadenas no te puedes fiar: todas dicen lo mismo y sobre lo que está pasando no dicen apenas nada. Las bolsas de valores de todos los mercados se han desplomado. Las acciones de los bancos, petroleras y eléctricas están por los suelos. Altos ejecutivos de estas empresas se están suicidando como samuráis haciéndose el harakiri. Sólo se mantienen en su valor de antes del día Alpha, como le han llamado, unas pocas sociedades. Sólo podemos hacer dos cosas, esperar y pedir a Dios que este 11 de Noviembre pasado, el día Alpha, todo se resuelva lo más pacíficamente posible para la humanidad, y no sean como los nefastos días 11 que vivimos hace años y que tanto daño y dolor han provocado.

Seis meses después.

En una pequeña población costera del Alentejo portugués:

- ¡Marcos, Marcos! Ven, escucha lo que están diciendo en la tele...

- No grites mujer. ¿A qué vienen tantas voces? No sé para qué voy a escuchar si todavía no entiendo bien el portugués.

- Acaban de decir que el juez ha archivado el caso de la muerte de los dos franceses en el Algarve. ¡Qué gran noticia, cariño!

Carol, me abrazó y no paró de besarme.

Como prometí a Carol, la mujer que me alojó en Sines, pasé para invitarla a cenar en el viaje de vuelta hacia Francia. La cena se alargó hasta los casi dos años que llevamos viviendo juntos. Nos trasladamos a una casita en medio del campo alentejano, en medio de ninguna parte y con los vecinos distantes el espacio necesario para verlos si se quiere. Echar tierra al pasado, uno del otro y el otro del uno, y empezar una nueva vida con la ilusión de hacer de cada día algo especial, y con el propósito de que el amor y el humor nos acompañen para siempre.

En dos años, incluso en menos, la vida puede cambiar mucho, apenas nada o dejar de serlo.

Para mí estuvo a punto de dejar de serlo, pero sin embargo tuvo un giro de 180º grados. Después de dejar la Antilla, no sin antes haber pasado 72 horas detenido como sospechoso de asesinato, en unos de esos impulsos tan extrañamente irracional de ausentarme rápidamente hacia el norte de Portugal. No encontraron ninguna prueba que me incriminara en las muertes de Albert y el acompañante de las gafas oscuras.

Sí, todo había sido programado meticulosamente para sacarme de Bergerac, de Francia, donde corría un peligro evidente. Ilde pertenecía al Círculo, y fue el señuelo perfecto para librarme del inminente peligro mortal que me acechaba sin levantar sospechas. Todo fue estudiado y preparado no dejando flecos: el estacionar el camión rotulado en la visera con el texto de Onuba junto a mi taller en Bergerac. Un camión de ruta de Huelva a Europa de una empresa de transporte de mercancías habitual en la actividad del transporte de frutas por ese itinerario; el viajar justificadamente hacia Portugal con destino al puerto de Sines y, por supuesto, hacerme alojar en el apartamento de Carol, que estaba bien concienciada de a quién tenía que resguardar.

Salvé la vida de milagro en una encerrona que me había preparado Albert, el gendarme que consideraba mi amigo. Eso me hizo recapacitar sobre la advertencia que me hizo Gustavo, el brujo: “Quien crea que pueda ser el traidor puede que sea su salvador, y el que piense que pueda ser su salvador puede ser el traidor”.

Albert consiguió mi número. Pudo ser que Antoine, en un descuido de Rufo o de Claire, hubiera dado con el registro de llamadas por mucho cuidado que ellos tuvieran en borrarlas, pero también que le hicieran un seguimiento de llamadas a Jules. El gendarme me convenció de acudir a verle donde estuviera para relatarle cómo iba la investigación sobre las muertes de Bernard y del hombre que compró el Peugeot. Yo no las tenía todas consigo, y más cuando hablando con Rufo me dijo que se había enterado que el inspector René había sido encontrado suicidado.

El Círculo había preparado todo para que los cazadores fueran presas de sus propias armas. Ilde, una hora antes de la cena en el restaurante que había reservado Albert, provocó una avería eléctrica que dejó durante unas horas sin suministro el restaurante y una amplia zona colindante para no levantar sospechas. El control policial en la frontera donde retuvieron a los tres “acompañantes” de Albert y el tipo de las gafas negras, había sido urdido por el Círculo por medio de Ilde. La mayoría de las veces el dinero y otras veces la implicación por causas justas pueden poner y quitar controles.

El ofrecer la opción del restaurante del Mirador en Portugal era el as en la manga cuando al adversario se le había ido de mano la baza. Albert no sólo había reservado una mesa, reservó todo el restaurante sólo para los tres comensales, llevando a cocineros y a camareros que la servirían.

- Marcos, el juez ha archivado el caso por falta de pruebas contundentes para culpabilizarte. – dijo Carol con lágrimas de alegría recorriéndole las mejillas – Algún día espero que me digas qué fue lo que pasó. Aunque sé que tú no participaste en la muerte de esos dos.

El día Alpha fue programado para que al unísono en todos los parlamentos de las naciones y ayuntamientos de casi todas las ciudades, voluntarios simpatizantes y adheridos a la propuesta lanzada en internet por el Círculo, hicieran una demostración de diferentes modelos de motores de energía libre y no contaminante. Antes, el Círculo había vertido en la red, planos, videos y tutoriales de los diferentes motores para que llegado el momento se demostrara públicamente que cobrar por la energía era una estafa.

El Círculo del Jaguar había cortado como Hércules una de las cabezas de la Hidra de Lerna, la cabeza del monstruo que tenía subyugada a la Humanidad a la tiranía costosa y abusiva de la energía.

. El monstruo tiene más cabezas, y el Círculo lo sabe. Caerán.

FIN

Esta novela es un humilde homenaje a todos aquellos que obstaculizados por la amenaza del poder en la sombra no pudieron ofrecer sus inventos e ideas para el bien de la Humanidad.

Hay muchos más españoles obstaculizados, denostados, ridiculizados y hasta perseguidos en otros campos, como el de la medicina, la salud, la alimentación, la historia, el periodismo de investigación, etc. Pero aquí solo presento unos pocos del ámbito de la energía:

- Arturo Estévez Varela, inventor extremeño del motor de agua.
- Marcos Pinel Jiménez, inventor jiennense de la turbina magnética, propuesto a sus 41 años para el Nobel de física en 1980.
- Honorio Pérez Picasso, murciano autodidacta que fabricó un generador de energía libre no contaminante que producía electricidad captando las ondas del magnetismo terrestre.
- Alberto Vázquez Figueroa, canario, afamado escritor que patentó una desaladora de agua de mar de bajo coste que generaba electricidad.
- Antonio Romero, ingeniero español afincado en Alemania que fabricó un generador electromagnético de energía libre y gratuita.

Y tantos otros, españoles y extranjeros, en los campos de la energía, la salud y la alimentación. También a los que intentaron desvelar la historia que no conviene que se conozca.